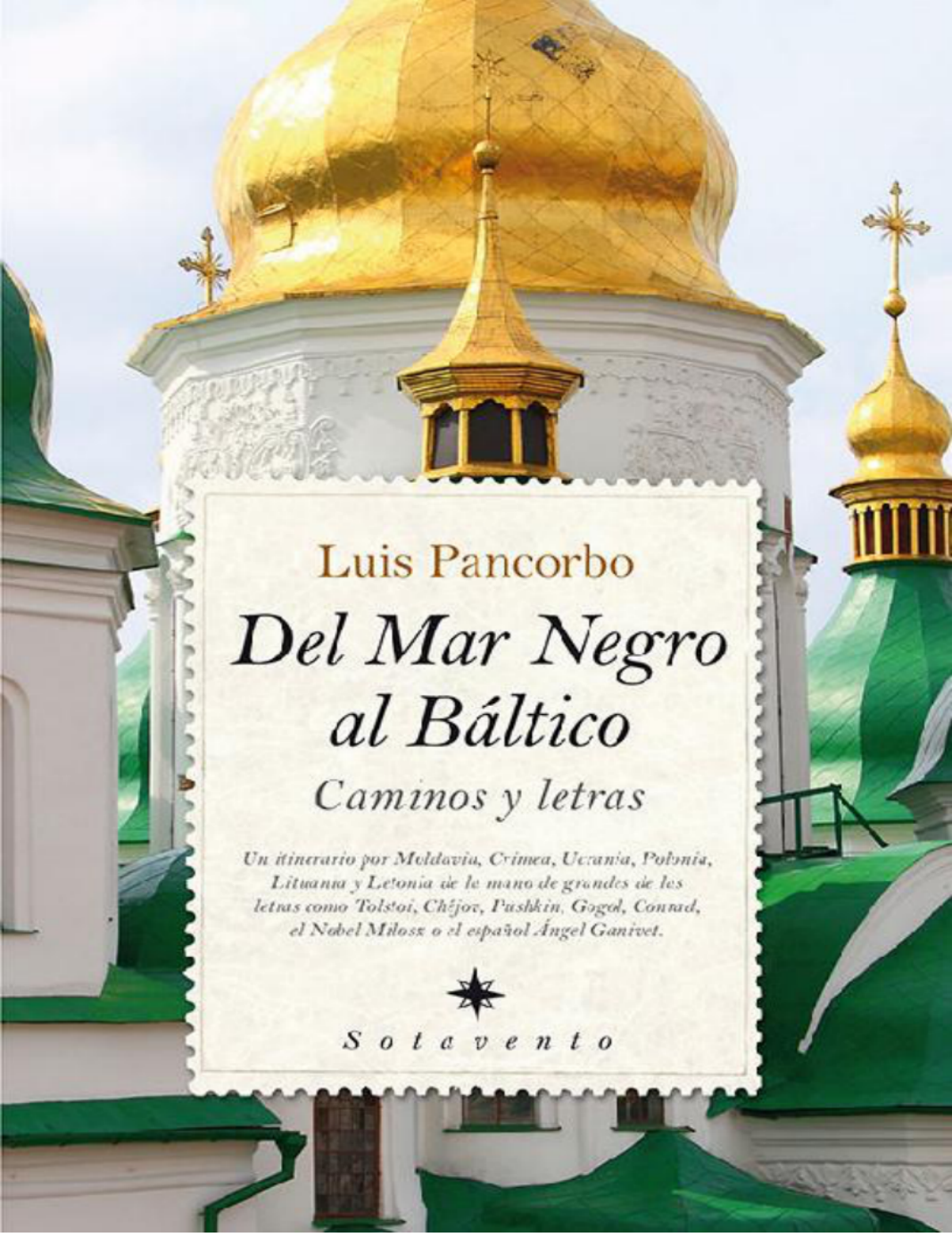

Luis Pancorbo

Del Mar Negro al Báltico

Caminos y letras

Un itinerario por Moldavia, Crimea, Ucrania, Polonia, Lituania y Letonia de la mano de grandes de las letras como Tolstoi, Chéjov, Pushkin, Gogol, Conrad, el Nobel Milosz o el español Ángel Ganivet.

Sotavento

Luis Pancorbo

Del Mar Negro al Báltico

(Caminos y letras)

© del texto y las fotografías: Luis Pancorbo, 2014
© Editorial Almuzara, s.l., 2014
Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.
Colección Sotavento. *Libros de viaje*
Editorial Almuzara
Director editorial: Antonio E. Cuesta López
Editor: David González Romero
www.editorialalmuzara.com
pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com
Corrección: Deculturas, S. Coop. And.
Conversión: Óscar Córdoba
I.S.B.N: 9788416100576
IBIC: WTL

1: Moldavia de Pushkin y más aún

Nunca me he fiado de los clisés, y menos de los que se adosan cansinamente a los caracteres nacionales, por mucho que Kant se enzarzara en ellos al suponer que franceses e italianos son inigualables en el sentimiento de lo bello, si bien alemanes, españoles e ingleses sobresalen en lo sublime, con el matiz de lo extravagante, lo noble y lo magnífico pegado a cada uno de esos tres últimos pueblos. Pero cuando fui a Moldavia a principios de agosto de 2013 se manejaba el dato, cual si fuese un axioma, o un arcano, de que era el país más pobre de Europa. Eso —supuse— merecía darse una vuelta por allí. Lo que más me gusta para iniciar los viajes es que los países estén revestidos de cierto desconocimiento por mi parte, por supuesto, a nadie hay que echarle el fardo de tus ignorancias, pero también es verdad que Moldavia siempre constituyó un satélite marginal del planeta aparte que fue la URSS. En esa escala de olvidos y lejanías (todo lo relativas que se quieran) Moldavia era una de las entidades que más se desdibujaban entre las antiguas repúblicas socialistas soviéticas, pese a estar pegada a Rumanía y Ucrania.

De modo que hace poco tiempo he intentado corregir mis propias lagunas —como el que usa un vaso para vaciar un mar— viajando por mi cuenta no sólo por Moldavia sino por varios puntos de la Europa oriental que me atraían, no sé si magnéticamente. Tampoco es que esperase ir a un territorio tan virgen como algunas islas Palaos. Cuanto encerraba el histórico acrónimo URSS (CCCP en ruso) siempre fue tan extenso y lleno de contradicción como para representar un envite a un observador de pueblos y diferencias. No obstante, antes de acometer esta serie de viajes desde el Mar Negro al Báltico, ya había tratado de saciar algo mi curiosidad por el mundo de la URSS dedicando mis vacaciones de 1969 a viajar desde Roma, donde vivía entonces como corresponsal de RTVE, a Yugoslavia, Rumanía y Bulgaria. Poniendo el acento en lo balcánico escribí un serial veraniego para el diario *Ya* de Madrid. De forma más espaciada en el tiempo guardo un buen recuerdo de unos días de enero de 1976 que, partiendo desde Estocolmo, pasé en Leningrado y en Moscú, con lo que di por conocidos los museos del Hermitage y el Kremlin. Poco más. Acaso un breve e instructivo viaje a Berlín oriental propiciado por la Fundación Friedrich Ebert, porque consistía en ir desde la parte occidental en metro y en autobús, aparte de andando, con toda la normalidad posible (como si se pudiera olvidar el blanco y negro de *El tercer hombre*). Pero tras la caída de la URSS, y en especial entre 2003 y 2008, fue cuando conseguí hacer cuatro horas de documentales televisivos en Kirguizistán, Tadyikistán, Uzbekistán y Kamchatka.

También aproveché las nuevas facilidades para conocer Praga y Budapest y Albania más extensamente, desde Vlorë hasta Scutari, y no sólo yendo por la costa sino subiendo a algún pueblo de los Alpes dináricos donde te lavaban los pies al entrar en una casa de campesinos… Lo difícil era negarse porque recuerdo que una señora mayor, que trajo la palangana al efecto, tomó mi negativa como un desplante a su vieja hospitalidad.

Así fue, con esas incursiones allende una cortina más de terciopelo que de acero, hasta que en 2013 decidí volcar buena parte de mi tiempo, que empezaba a cundirme fuera de antiguas obligaciones, en recorrer países de Europa oriental que aún no conocía. Pero la cuestión es siempre por qué ir ahí y no a otro sitio. Al hacer la maleta uno ha de meter en ella algo intangible, aunque suene más insólito que un cepillo de dientes, tal que una idea, un presentimiento, un argumento, un interés. No es preciso comunicárselo a nadie y más viajando solo, pero es lo que te anima de verdad, el hilo que enhebras en una aguja invisible y con el que das puntadas sin que al principio tengas claro cómo va a quedar el asunto. Uno cose palabras y no sigue un patrón de cemento armado, pero malo si en la maleta, un *trolley* cada vez más pequeño, falta un recurso secreto. Estarás abierto, lógicamente, a lo que pase, encuentres o procures, pero sin olvidar ese hilo de oro o de plata que guardas. Pues bien, lo que quería buscar en esos viajes, que ahora se han juntado en este libro, era el rastro de escritores vinculados a tales y cuales lugares. La mayoría de esos escritores eran los clásicos rusos, los que yo conocía aunque no tanto como me hubiese gustado. Y tampoco es que me importara tanto la fecha de nacimiento, y efemérides al uso, cuanto revivir *in situ* el influjo que me causaron en su día. Cierto es que, como el comer pistachos, no puedes pararte con un par de ellos. Pronto vinieron en ayuda del viajero las lecturas de otros autores del Este, tanto nativos como Milosz (de Lituania), o el polaco Malinowski, cuya prosa no fue inferior en brillo y mordiente a su etnografía, o como el desgarrado caso de un escritor granadino, el madrugador noventayocho Ángel Ganivet, que acabó sus días en Letonia.

Con lo mismo un día de agosto, mes en el que pintas poco en España si no tienes un contexto playero, o una paella familiar que te espere, me topé con el clisé de Moldavia como el país más pobre de Europa, y no lo pensé más. Tenía que ser un buen país simplemente por eso, y compré un billete de ida y vuelta a Chisinau, la capital de la República de Moldavia independiente desde 1991. En ese punto me animaba también, dentro de lo poco que sabía del país, la idea de evocar algo del espíritu libre de Alexander Pushkin, que estuvo exiliado cuando aquello era la Besarabia rusa, y que allí se enamoró hasta las cachas de una gitana. La fuerza, el aura, de Pushkin, aunque

no fuera precisamente el escritor ruso que más hubiese frecuentado, dotaría a mi viaje de cierta clase, si bien pensado no hay clases, hay seres humanos en varios grados de dentellada y tentetieso. Pero me agarré a Pushkin y a su carga de romanticismo, como si se tratara de un Byron del Mar Negro y alrededores, para no caer en ese tipo de sociología viajera, de tan amplio espectro como una aspirina, según la cual Moldavia estaba en la cola de Europa. Moldavia deprimida, Moldavia pobre, la Cenicienta de Europa, ¿cómo se comería eso? No podía ser cierto que allí las gentes, arrebatadas ya del paraíso soviético, durmieran sobre cartones en las calles… como en Nueva York o en Madrid. O como vi en la Calcuta de hace cuarenta años, donde las gentes usaban las calles a modo de cuartos de baño.

Puestos a fantasear con el fantasma de una Europa pobre, y dentro de ella con la superpobre Moldavia, habría que rememorar los escombros de las guerras mundiales, y muchas botas de cuero nazis y soviéticas pisando la hierba entre el humo de las bombas. Casas como esqueletos y hombres famélicos que comen raíces, incluso hígados de otros humanos, como contó con su exacta prosa glacial Ernst Jünger en sus *Radiaciones* dedicadas al frente del Cáucaso. ¿Todo eso iba a ser la pobreza moldava con que me iba a topar? ¿Cómo tomarse eso de que el producto interior bruto per cápita del moldavo fuera de 3 500 dólares en 2012? Por cabeza los españoles teníamos ese año casi diez veces más (31 100 dólares): por fin ricos o, al menos un pollo por barba, dado que algunos tienen dos pollos por cabeza y otros cero pollos, o sea, 31 100 dólares imaginarios, o tan poco resguardadores como el capote de Gogol del frío que echan los demás.

Alejaba cuanto podía los prejuicios y ensoñaciones, gallinas pepitorias que escapan de la cazuela de la realidad, antes de coger el avión para Múnich, escala para Chisinau. Pero no siempre te quitas el campanazo que te da la memoria, ésa que según el verso de Emily Dickinson lo mismo toca a gloria que a muerto («Memory is a strange Bell / Jubilee and Knell»). Después de muchos años de viajes uno cree saber, o si no recordar, que las gentes en todo el mundo se dividen en pobres o ricas, no siendo cuestión de naciones o regímenes, sino algo inherente a la naturaleza humana. ¿Algo genético?, preguntaría el contumaz calvinista para aliviar su conciencia. No me parece que sea el caso. Lo que creo es que perder el paraíso terrestre no fue moco de pavo para la humanidad: ahí se descubrió la desnudez moral del ser. Éste debía elegir y si tenía un destino predeterminado todavía era peor que se fingiera libre. Pues si no es cierto el edén adámico, al menos lo es su consecuencia. El mar de la intranquilidad que baña las costas del ser y la nada. Allí, en el buen jardín, al principio había poca gente, tampoco hubo mucha cuando el planeta echó a andar, pero lo terrible, lo dostoievskyiano, fue descubrir que, siendo pocos, no todo

el mundo era bueno. El Homo podía hacer daño a los otros, incluso hacerse daño a sí mismo. Y si esa desviación humana de la imagen divina —admitiendo que existiera un Creador y que no fuese por definición un malvado jefe de la orquesta— no se inscribía en la genética, sí lo estuvo enseguida en la sociedad y en la educación. En los primeros padres y madres del mundo que enseñaban a dar patadas y mordiscos a sus hijos. No sería genética sino hambre, el caso es que no se podía consentir que el vecino comiera a dos carrillos una pierna de mono o una chuleta de impala sin invitar.

Pero yo voy a la pobre Moldavia de ahora, en la segunda década del tercer milenio según algún calendario bondadoso, que igual estamos antes o después de ese tiempo. Lo que no engaña es la cifra: Moldavia es el país de los 3 500 dólares de renta per cápita mientras en la vecina Ucrania casi lo doblan con sus 7 500 dólares, y en países ex soviéticos como Letonia lo quintuplican con sus 18 600 dólares.

Cada vez que pienso en ese guarismo que le ha tocado a los moldavos me pregunto si comerán pan de corteza de pino como hacían los finlandeses pobres de hace un siglo. Son recuerdos otra vez, o serán tañidos más bien tristes de la campana de Emily Dickinson. Pero poniendo pie a tierra, que es lo que hago, el júbilo de iniciar un viaje te lo aguan las esperas. Llevamos un retraso de más de una hora en el vuelo de Lufthansa de Madrid a Múnich. Mi conexión con el vuelo a Chisinau corre serio peligro de saltar por los aires, supongo que se puede emplear con justeza esta expresión. Eso es lo que me acucia ahora, no puedo evitarlo por mucho que sueñe con la justicia universal, siempre pendiente como cierta revolución española del siglo pasado. También, supongo, habrá gente que no tenga prisa alguna en que se consiga la justicia social, ni un barrunto de igualdad, ni una pizca noble de solidaridad. Para qué, si les sigue pareciendo excelente para su bolsillo la explotación del hombre por el hombre. Además, quienes quisieron arreglar eso eran naturales de países donde hubo excesos y crímenes del tamaño de los estalinistas y los polpotianos. Negar los delitos de esos fanáticos es como negar el Holocausto de los judíos perpetrado por los nazis.

Pero lo que perdura de forma poco menos que universal, aparte del dolor de juanetes, la desafección marital y la caspa, y que es algo evidente sin necesidad de recurrir a Darwin, ni a la antropología de Spencer, Morgan o Harris, es que hay gente que basa su prosperidad en la desgracia ajena. Hay demasiada gente, salvaje en su corazón si no en su estructura tribal, que acumula poder y dinero, y no lo hace a fuerza de sus méritos, que ellos creen tener dado su éxito, sino porque quitan el aire a otros menos dotados o menos preparados. O simplemente menos informados, menos luchadores, poetas, músicos, pintores, eremitas, algún médico, algún abogado de los sidosos de este

mundo. Ese combate amañado entre el poder y los demás es lo que se da en las junglas urbanas y en las tropicales, en lo que antes se llamaba la viña del Señor. Luego los viñedos, al menos en Moldavia, fueron del zar o de Stalin, según quién mandase. Que Moldavia sea el país del vino supongo que es otro de los pretextos de un viaje que, antes de que tenga inicio, me está inquietando más que el par de cafés que llevo en Barajas.

De todos modos, creo que lo de pisar el cuello a un hombre por parte de otro hombre es muy anterior al dominio ejercido por la sociedad burguesa, y antes por la opresión de la sociedad feudal. Tuvo que venir desde cuando los monos en la charca de Kubrick descubrieron la potencia de un hueso lanzado contra un congénere. El mando era para el ganador. La presa, el sexo, la prole, todo para el más bestia. Luego eso se fue modulando en etapas de decidida civilización, de los asirios, de los egipcios, con sus hombres dioses y sus dioses animales, y con la esclavitud tan floreciente como el barro del Tigris o del Nilo. Costó muchas edades del hombre, y muchas tumbas desconocidas, ir limando aristas en el mundo, los burgueses empezaban a tener corazón, dado que no devoraban literalmente los cadáveres de sus útiles obreros. Las potencias coloniales se pusieron colorete en las mejillas consintiendo independencias a los países productores de materias primas, a los que seguirían controlando detrás de las bambalinas. Y así hemos llegado, tras una revolución comunista, tras el fracaso de la URSS, y tras varias guerras mundiales de diverso calado, a esta etapa estupenda donde los dueños del universo se ponen colonia y parecen buenos aun cuando ordeñen el sistema financiero como si fuese una vaca que da, más que leche, releche, el nuevo ideal.

Naturalmente, esos esquemas en blanco y negro son esquelas del pasado: «Abolid la explotación del hombre por el hombre y aboliréis la explotación de una nación por otra nación». Marx era un señor con barba blanca y eso se admite únicamente en un Papá Noel vestido de rojo. El sistema se ha hecho más sutil a nivel planetario, sin antagonistas de relieve a *Das kapital*, ese neutro tan macizo y triunfador como una maza marquesana de abrir cráneos, otra cosa son las hilachas o piltrafas que quedan de la batalla, y las confrontaciones de fondo religioso, eso dicen algunos que es la clave, tratándose lo más seguro de otro tema económico. Sin olvidar nacionalismos y conflictos regionales más o menos marginales, que apenas suelen ocultar los intereses de estos o de aquellos. Ya no siempre se necesita mandar gentes con porras y botas para acallar a otras gentes, se usan obleas de silicio, las nuevas hostias casi de naturaleza inconsútil, voraginosas por su capacidad, y con las que se pone el ciberespacio bajo la entrepierna. Todo mientras los ordenadores son regulados, son

parte del nuevo sistema, aunque alguien incauto crea que es libre navegando en la nada. Nada se mueve en realidad, no hay agujeros negros en este mundo que escapen a un control riguroso del ganador. ¿Hay resquicios? Llámenlos arte, estética, viajes, acuarelas, sexo liberador, confesiones a un lama. Más bien son las espitas, sale un poco de gas por el pitorro de la olla y ya está. Como tampoco hay una cosa antigua llamada prójimo. Se extinguió lo mismo que el sapo dorado o que el tigre de Tasmania. ¿Llamamos prójimo a un sujeto que parece un número? Un clic y ese ente queda despedido, dos clics y la operación de engaño y derribo de un ser, que ni siquiera es Raskólnikov, sino a veces un anodino padre de familia, queda grabada y santificada en los anales informáticos por los siglos de los siglos previos a ir a los tribunales. Ese sí que es un viaje y no el de Chisinau. Pues yendo allí, a esas espeluncas o juzgados, que la fuerza te acompañe y que la justicia se quite el parche del ojo. Con todo y eso, los bien situados, complacientes consigo mismos y con sus cuentas bancarias, dicen que el mundo mejora aunque sea a trompicones. Es la opinión optimista, aunque como se ha dicho el optimismo sea el hijo bastardo del pesimismo. Sobre todo en esa materia ha sido certera la idea de Antonio Gramsci: el optimismo de la voluntad frente al pesimismo de la razón. Y el relativismo cultural como Osa Polar. Salvo cuando uno está en el otro hemisferio y eso tiene que cambiarse a Sigma Octantis.

Baraja es una palabra española que viene del árabe *baraka*, suerte, y se aplica sobre todo a la suerte divina. También azar es árabe y significa dado. En Barajas tiro mi dado al vacío y no sale nada. Como nadie informa, los pasajeros miramos una pantalla donde bailan los nombres y las horas de los vuelos, y todo parece moverse menos el embarque para Múnich. Entra en la categoría de los vuelos *delayed* que en inglés queda más fino, pero igual de desesperante que vuelos *retrasados*, y eso lo ponen con letras verdes que parecen espectros más perturbadores que la baba de *El exorcista*. Como para preguntar a alguien, que no sea el capitán Nemo, qué puede pasar con la escala de Múnich cuyo tiempo previsto transcurre en vano en Madrid. Tiempo, lo que menos hay ya por el mundo. Todo era para ayer. ¿Y si uno quiere viajar hacia el mañana, pongamos a Chisinau? Lo que tú quieras no importa. Lo que importa es el sistema.

El silencio que te dan como respuesta es además bien conocido en España. Curiosamente es un país de algarabía y de vecinos que vindican su ombligo mediante los decibelios, y de pueblos enteros dedicados a la exaltación de los cohetes y petardos, y de jóvenes que alivian su futuro próximo con botellones, y de coches y motos que recuerdan las escopetas de cañones recortados de los sicilianos… El silencio aeroportuario en materia informativa sólo es una parte de un

sinnúmero de silencios de los ministerios, de los tribunales, de los organismos públicos y de buena parte de los privados. Yo no sé si eso tiene categoría para formar parte de un fracaso colectivo (como lo fue por ejemplo la última guerra civil), pero parece evidente que en España casi todo va entre francachela y amiguismo en el mejor estilo de *don't worry, be happy*, hasta que algo se tuerce, y entonces el español enmudece cual una estatua de sal. Puede ser ese resabio cabileño, que no viene tanto de cavilar sino de coger la espingarda y por si las moscas pegar un tiro a todo lo que se mueve. ¿Por si las moscas? Qué culpa tendrán: no son, me parece, el hacha de Raskólnikov. Pero si la imagen del cabileño parece racista se cambia rápido: vemos a un cristiano con barba que coge la espada, cuyo mango es una cruz, y que no pregunta si el moreno que tiene enfrente es de su misma pasta sobrenatural o moral: por si acaso le corta la cabeza y viva Dios en las alturas. «Jeder fur sich und Gott gegen alle», o «Cada uno para sí y Dios contra todos», que es lo que el cineasta Werner Herzog aplicó al enigma de Kaspar Hause, pero que también serviría como lema del héroe de otra de sus películas, la de Lope de Aguirre, el gran degollador. Cada uno para sí, ¿adónde irá a parar eso?

Menos mal que me ilusiono pensando que los pobres moldavos tienen buenos caldos, eso ponen todas las guías, igual los cato si a este paso llego allí. Algunos viajeros empezamos a ponderar qué nos puede ocurrir llevando ya un retraso de más de hora y media. Si una hora había para la conexión de Múnich a Chisinau ya se ha producido un roto en el tiempo pasado, en el futuro, y nada se diga en el presente. Eso salvo que, como dice una joven moldava y pelirroja, algo nerviosa ante la situación, retrasen el siguiente vuelo de Múnich a Chisinau por nosotros. ¿Por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte? Lo único es poner al avemaría música de Rachmaninov y te duermes.

Si esto sigue así de atascado van a venir gastos y molestias, ya sé que es *peccata minuta* comparado con lo que ocurre por el mundo. Según Tom Wolfe los amos del universo son los que mandan en Wall Street, pero también había gente muy mala en Moscú antes de ser derrotada por *Das kapital*. Y en Moldavia seguro que dominaba la *nomenklatura*, los que son más iguales que los otros según las normas de la granja de los cerdos de Orwell. Los nuevos amos del universo son más finos que los suinos orwellianos, se echan loción de *Boss* y arrollan a quien se ponga por delante. Son los que arruinan a otros y sacan beneficios hasta de su respiración, no sólo de sus inversiones; los que dominan los ordenadores que cantan números en verde y el aumento de cotización de los granos de soja, de las manchas de petróleo, de los móviles con tungsteno, y de cualquier impiedad

rentable de este mundo, y hay unas cuantas. Pero yo no quiero ser pastor de ovejas, y regresar a eso, al cayado y el zurrón, me digo en vista de los desperfectos del mundo. No aconsejo volver a coger la navaja, cortar un cacho de queso, silbar al perro y escapar del lobo. Si nos volvemos bucólicos lo tenemos crudo dado que la Arcadia no existe. No hay otra que vivir en el presente del ordenador y el móvil y procurar que no te pisen los callos, que es difícil si te pones a caminar por el mundo. Por lo demás, viva el planeta que algunos han recreado a su imagen y semejanza. Hay un árbol un poco gordo en el Amazonas, susceptible de ser convertido en palillos chinos, o en papel higiénico, pues se tala. Igual que si hay un pez de buen tamaño, por ejemplo un atún rojo, se ignora el mercurio que puede contener y a la cazuela. Hay un niño que cose bien con sus pequeñas manos temblonas una ropa de marca, pues a ése se le da dos duros, faltaría más, aunque él, bien visto, sea un poco pardo de color, un poco *foncé*, dicen en Francia, tirando a oscuro. Es cuando el racismo se alía con la codicia, segmentos del gusano que se regenera hasta cuando le cortas la cabeza o la cola. Y es que como la riqueza es limitada, en realidad, nadie quiere repartirla, al máximo basta un poco de caridad, un poco de leche en polvo, sobras del primer mundo para el tercer mundo pasando sobre la cabeza del segundo mundo, lo que era, eso se decía, el antiguo planeta socialista. La solución no parece haber venido, lo cual es lo que consterna o debería consternar. Ahí están los impertérritos, los que siguen acumulando, junto pero por encima de quienes tienen cada vez mayores agujeros vitales, no sólo en el estómago. La insolidaridad tampoco es que sea una cuestión de etnias, ni de países cercanos o lejanos, dándose en el interior de la nación, incluso de la familia, esa unidad burguesa, cristiana y antropológicamente santa, hasta que deja de serlo.

La evolución ética parece que no ha ido al mismo paso que la evolución de las especies por medio de la selección natural. La naturaleza humana es la de los hermanos Karamazov, con sus matices, por supuesto, porque en una ciudad como Skotoprigonievsk (Staraya Rusa) no hay una sola abyección humana que se ahorre, empezando por el parricidio, ni prodigio alguno como la venida de un Cristo que resucita a una vieja, pero que es expulsado por los lugareños. ¿A quién se le ocurre venir de nuevo para alterar el orden de las cosas? A veces, viajando por esos mundos, se encuentra gente buena, honorable, eso es cierto.

Pero cuando uno intenta ir como yo ahora hacia el Este de Europa, no puede ignorar que hace tiempo que ha fracasado el experimento comunista como remedio a muchos de los males intrínsecos del mundo. Hay quienes simplemente se regodean con el hecho, y sonríen con displicencia. Ya no hay enemigo —creen— y no se miran al

espejo. No sé si existen aún los que se fuman un puro tras encenderlo con billetes de cien euros, o de cien dólares, manifestando así, de forma cómico-gráfica, que los plutócratas han vuelto a ganar, y que los muertos de hambre tienen lo que se merecen. En ese sentido no me parece que hayamos avanzado tanto desde el primero de los estadios humanos estudiados por Lewis H. Morgan. En *Ancient Society* (1877) este antropólogo norteamericano vio clara la secuencia de la humanidad a través de tres fases, *salvajismo* (la gente se apropiaba de lo que encontraba en la naturaleza), *barbarie* (una forma acaso un poco hiriente de tildar a los primeros que supieron de agricultura y ganadería, si bien aún eran dueños de cierta tosquedad), y *civilización*, o la panacea, la felicidad humana, ya que el hombre conoce al fin cómo usar los productos naturales y encima los recursos inherentes a la industria y el arte.

De hecho, la civilización que alcanzamos con tanto esfuerzo ha producido, aparte de guerras mundiales y atómicas, una miseria continuada cuyo reflujo actual a veces aparece cuando los telediarios miran de frente, ya que no lo hacen bajo la alfombra. Es por ejemplo cuando salen las pateras de Lampedusa (o de Ceuta) con esos famélicos del mundo convertidos en cadáveres. Qué osadía, atreverse a morir a las puertas del paraíso que es Europa, la Unión Europea, mejor dicho, destrozando la hora del aperitivo. ¿Por qué no querrá todo el mundo ver la vida con los colorines de un iPad? Pero si esos desgarros que se llevan trozos de piel y de dinero de los otros se producen regularmente entre países y regiones, sin que exista ya el freno del Este, ni el del lobo, nos queda la familia occidental, la que reza unida, se supone, si bien ya no permanece inmune a su evolución o disolución en otros formatos que sin embargo abundan en el mundo occidental, desde la familia monoparental hasta las parejas gay que adoptan niños, etc…

Pese a las modulaciones del tiempo y de la historia, para algunos la familia burguesa sigue siendo sacrosanta. El aeropuerto está lleno de parejas con hijos ansiando escapar este verano a algún lado, pero todos juntos. Ahora que no hay países enteros que sean enemigos comunistas, y réprobos (bueno, Corea del Norte es muy útil para darle a la manivela del miedo), la familia ha vuelto a ser el paradigma de la perfección social y de la mejor distribución amorosa en este mundo, aunque esa familia en su versión burguesa, coincidente eso con retrógrada, ya fuese desmontada por Marx y Engels. En 1848 Karl Marx lo dejó bien claro en el *Manifiesto del Partido Comunista*: «¡Abolición de la familia!». Creo que sigue sonando más fuerte que decir «¡Abajo!» a tal o cual club de balompié. La familia burguesa, para Marx, iba a caer al basarse sobre el capital y la ganancia privada. Desaparecido el capital, adiós a la familia burguesa.

Eso no quería decir que se aceptara una alternativa como la que podía representar la familia *punalúa* de Hawai, un tema explorado por Lewis Henry Morgan, el antropólogo precursor que luego fue sujeto de larga denostación, precisamente porque algunas de sus ideas fueron tenidas en cuenta por Marx y Engels. Es como funcionan los marchamos intelectuales, como si fueran marcas de reses. Alguien se separa de la recta vía bienpensante y enseguida le ponen el hierro al rojo vivo. Como ha recordado Marvin Harris, el aprecio de Marx y Engels por las ideas de Morgan causó un ataque absoluto contra el antropólogo: ¿cómo osaba, y siendo un norteamericano por más señas, suministrar munición alternativa al enemigo? Se estaba muy al principio de la guerra ideológica moderna y no había que hacer prisioneros. Eso continúa por otras vías, hasta por el discreto neoperonismo del papa Francisco que ha dicho no hace tanto tiempo que el capitalismo mata. Pues bien, ahí estaba el chivo expiatorio de Morgan listo para ser arrojado al fuego de la inexistencia, o a las tinieblas del error, originándose así, como ha recordado Marvin Harris «… un retraso de cuarenta años en la verdadera puesta a prueba de la estrategia materialista cultural».

Fue el propio Marvin Harris quien recogería más de medio siglo después de Morgan la antorcha del materialismo cultural, y la hizo brillar con todo su ingenio y precisión. Morgan había sido degollado sacrificialmente en el altar de las ciencias sociales domesticadas. Morgan había conseguido enervar no sólo a los académicos de tipo político, bien alineados con el poder aunque disimulando, sino que molestaba a los habituales antropólogos de sillón y de orejeras, y hasta de anteojeras, porque él sí que se había desnudado de prejuicios antes de irse a patear el campo. Morgan había hecho etnografía con los chipewas de Wisconsin y sobre las varias naciones de iroqueses, y sabía muchas cosas sobre pueblos asiáticos y sus sistemas familiares. Fueron perceptivas y muy adelantadas, para lo que se estilaba en los estudios de la época, sus descripciones sobre las organizaciones primitivas de la familia, aceptando Morgan que ahí la humanidad había experimentado un adelanto viniendo de una etapa de salvajismo, la determinada por el incesto entre padres e hijos, hermanas y hermanos, aunque eso evolucionara después en algunos lugares hacia tipos como la llamada familia *punalúa*. Tal modelo de familia ya suponía un avance sobre el incesto al prohibir el vínculo matrimonial entre padres e hijos, o entre hermanos, aunque sí hacía posible el casamiento de los hermanos con las hermanas de las esposas. Y al revés, hermanas casadas con los esposos de cada una de las hermanas. Era progreso a la hawaiana, como luego ha habido progreso sindiásmico, que se da no cohabitando marido o mujer, o no teniendo ninguno de ellos la exclusiva sobre el otro. Progreso conejil a

lo Hugh Heffner y el mundo *Playboy*, dirán algunos escandalizados, eso sin entrar en el mundo de la poliandria y la poligamia, del amor sáfico y el de los matrimonios gay, ni en el mundo solitario del astronauta perdido en una estación orbital, con mono o sin mono.

Volviendo al *punalúa*, constituía también un peculiar tipo de parentesco según el cual una persona (o *ego*) llamaba madre a todas las mujeres de la generación de sus padres y llamaba padre a todos los varones de esa misma generación. Y así no sólo eran hermanos y hermanas los verdaderos hermanos sino los primos y primas. Eso, además del sistema *ambilineal*, fue estudiado por Lewis Henry Morgan a partir de 1871 con un rigor, no exento de la sorpresa de dar con temas inusitados hasta entonces en las aulas y academias. Morgan consiguió hacer un fértil trabajo de campo entre varios grupos indígenas norteamericanos. Y hasta tal punto, a finales del XIX, las ideas viajaban ya sin barreras y sin necesidad de Internet, ni de señales de humo, que Engels, en *El origen de la familia* (1884), se declaró directamente influido por Morgan, y no sólo por desbrozar éste nuevas facetas del parentesco, sino por la sinceridad de sus planteamientos generales sobre la humanidad, y por las semillas de futuro que había plasmado siete años antes en *Ancient Society* (obra de 1877 traducida en español como *Sociedad antigua* en 1966).

Engels no lleva su admiración morganiana hasta defender una rendición sin condiciones: «Algunas hipótesis de Morgan han llegado a bambolearse y hasta a caducar». Pero Engels defendió los datos básicos de Morgan y lo cierto es que su obra llegó a ser una especie de biblia de la antropología marxista. Luego, y especialmente con Franz Boas, vinieron las rebajas, los matices, no interesando ni siquiera desde un gran adalid del relativismo cultural como Boas una aportación marxista pasada por las lentes de un antropólogo estadounidense. Hay prejuicios más resistentes que las liendres. Y retrasos en los aeropuertos que no digo que no vengan bien, además de poder tomar otro café más, para repasar apuntes, leer libros y rememorar a Morgan, ese incomprendido. Su problema fue haber sido adoptado por los marxistas. Morgan empezaba con todas las bendiciones de Engels, quien puntualizó que el norteamericano había sido adoptado por los senekas, una de las tribus iroquesas, ese es un honor que no todos los blancos reciben, y fue especialmente lúcida su disección de la Prehistoria y sus estadios. Estadios primitivos, sin duda, pero ya se superaba con ellos la horda animal. Lo que ocurría era que Morgan trazaba un camino erróneo, unilineal, que desembocaba en la civilización europea como paradigma de las maravillas. ¿Puede haber mayor error de perspectiva? Hay que imaginarse lo que era esa Europa triunfante, y ese tiempo dominado por lo victoriano y con el colonialismo como expresión normal de las

relaciones humanas e internacionales, y con el subentendido de la opresión de pueblos de color oscuro o amarillo, y con la ni siquiera maquillada explotación de obreros en casa, blancos aunque algo tiznados en las fábricas. Es lógico que esa visión de Morgan sobre una civilización occidental, magnífica, o mejor que otras, no tuviera recorrido. Sin embargo, Morgan era especialista en caminos sinuosos, en encrucijadas, y en los mal llamados primitivos atisbaba asimismo unas dosis comunitarias, de reparto, de solidaridad, más elevadas que en los llamados pueblos desarrollados. En ese sentido Morgan fue sin duda un buen observador, y Engels no dejó de anotar en *El origen de la familia* lo bien que le venían algunas orientaciones del antropólogo nacido en Aurora (Nueva York), para apuntalar las ideas marxistas y las suyas propias. Engels no sólo analiza, es que disfruta explorando en *El origen de la familia* las ideas de Morgan y lo que contaban otros etnógrafos sobre modelos familiares, por ejemplo, el matrimonio por grupos de los aborígenes australianos, «la unión conyugal en masa de toda una clase de hombres, a menudo esparcida por todo el continente, con una clase de mujeres no menos diseminada». Por otro lado, Engels no hacía sino seguir la línea crítica inaugurada por Marx en 1848 cuando no sólo abogó en su *Manifiesto* por la abolición de la propiedad privada, sino por la abolición de la «familia cristiano-burguesa», hándicaps ambos en el camino de la liberación, y retrasos para el triunfo de una sociedad que, más que comunitaria, debía ser igualitaria, emancipada ya muy lejos de la alienación. Quizás allá al final de eso estuviera la felicidad.

Cuestión distinta es que el saber implacable de la historia, incluso las chispas que produce el paso del tiempo en la historia, dejaran pronto a todos esos acercamientos como superados, amén de criticados y, por qué no, olvidados. El mundo espera todavía el cambio de cañerías. La casa, y el matrimonio, van adelante dándoseles de vez en cuando una mano de pintura.

Bueno, pues si llego a Moldavia, que en estos momentos es el país más pobre de Europa, qué enunciado más bárbaro sin ponerle matices, igual tendré ocasión de ver el doble fracaso, el de la URSS y el de la independencia bajo un régimen ya democrático y occidentalizante. Y si no veo algo como la familia *punalúa*, o la poliandria al estilo de los sherpas de Nepal, donde una mujer se casa tranquilamente con todos los hermanos de su marido, a lo mejor percibo las grietas de la familia burguesa. Por echar hilo a la cometa de la mente, en una espera interminable de ir hacia allí, que no quede. Y tampoco por recordar que el Este, su realidad socioeconómica, no sale de la cabeza de un dios marino, no es un azar ni lo que pasó con los soviéticos y después de ellos. Nadie interesado en estos temas ignora que en *La ideología alemana* (1845-46) Marx y Engels desarrollaron diversos aspectos del

materialismo histórico, y una crítica contundente a los burgueses y sus llamados valores, entre ellos no soltar la presa del dinero aunque haya que apretar algún pescuezo aparte de los bolsillos ajenos. Quién sabe, igual en el país más pobre de Europa ha vuelto a afirmarse entretanto la vieja familia burguesa superando así el intento del régimen anterior de imponer la buena pareja monogámica, ajurídica, igualitaria, comprometida y emancipada, que se pretendía. Respecto a la vieja familia polinésica, la *punalúa*, eso es pura arqueología de las islas Sandwich, como puede comprobar cualquiera que se acerque al actual Hawai.

Sueño en Barajas con esos mares polinésicos de color turquesa aunque nada tengo en contra de los azules velazqueños de los cielos de una tarde de verano de Madrid, de la que no acabo de despedirme. A este paso cae la noche. Tengo tiempo de tomar otro café, de intentar no ponerme nervioso, de pensar en la relatividad de la riqueza y la pobreza incluso en un año tan desdichado como 2013 para la economía. Sin dinero el perro no baila. Ni en España ni supongo que en Moldavia. Es verdad que últimamente, o al menos desde 2008, se han mezclado mucho las cartas en la baraja del norte y del sur, han aumentado las pateras y los yates, y el perro del dinero ha mordido las manos de demasiada gente. Me figuro que riqueza *versus* pobreza, raramente es al revés, seguirá siendo uno de los grandes debates de la humanidad. Y expuesto así de descarnadamente, sin necesidad de poner las antiguas etiquetas de comunismo y capitalismo y su enfrentamiento. Las ideologías se han ido atenuando pero han dejado intacta la cuestión de fondo. Si viene el Cristo de los hermanos Karamazov y resucita a una vieja, lo echan del pueblo otra vez. En Nueva York una joven con talento teatral se disfrazaba de mendiga contrahecha y se forraba en Manhattan con las limosnas, hasta que la pillaron los de una cadena televisiva cambiándose de ropa ya en su barrio y disfrutando de las ganancias. Los budistas, y más si son de Myanmar (antes Birmania), son tan desprendidos y desapegados que cuando tienen el poder ninguna exacción ni represión les es ajena contra los súbditos. Serán budistas ejemplares los generales birmanos en exaltar la inacción, pero la de otros, la de los muertos de hambre que protestan poco antes de ser aplastados. Ellos sí actúan, pero como lo hacen los demás amos del universo de otras culturas. Ponen orden en el caos, alguien tiene que hacer el trabajo sucio, ¿no dijo eso Buda también? El reyezuelo africano que tiene muchas mujeres y muchas vacas tampoco está muy lejos de una lógica de dominación. Y algunas tribus van aún más lejos atribuyendo todo el poder y la riqueza a los muertos (en Madagascar, en las Célebes). Los muertos son los ricos (controlan la prole, el arroz, los búfalos) y los vivos se desangran ahorrando para funerales. Así va aún el mundo. Y así fue, porque

Engels, con el pretexto de seguir a Morgan y sus estudios sobre los senekas, llegaba con su análisis a cualquier época. «Toda la fuerza y la vitalidad que los germanos aportaron al mundo romano, era barbarie». Con eso, con barbarie, querían rejuvenecer una sociedad senil y moribunda. Pero dentro de la cual había y hay sus clases, y de eso se percató Engels perfectamente. «Lo que es bueno para la clase dominante, debe ser bueno para la sociedad con la cual se identifica aquélla». A eso hemos llegado: la sociedad cuanto más ha progresado, más maquillajes sabe poner en los males que ella misma genera. ¿La solución? Que salga ya el avión para Chisinau.

Y más entristecedor es que el futuro todavía sea injusto como lo fue el pasado. Eso se ve en *Elysium* de Neill Blomkamp, una de esas raras películas que alían lo premonitorio con lo verosímil. En el año 2170 las diferencias sociales siguen lo mismo de hirientes o más acentuadas. Los pocos ricos que hay en esa fecha disfrutan de todos los lujos en un planeta artificial, mientras la inmensa mayoría de los humanos se hacinan como ratas en estercoleros, en lo que se ha convertido por ejemplo Los Ángeles.

Si hiciésemos caso del marxismo, tal como lo explicó con su habitual lucidez Enrique Tierno Galván, «conocimiento auténtico y moral deben coincidir; de modo que en tanto en cuanto la estructura de las relaciones de producción condicionen el conocimiento y lo clasifiquen según los intereses, quien domine las estructuras de las relaciones de producción dominará el mundo según sus intereses, desde un conocimiento falseado, que implicará una moral falsa».

Cuando me recibió Tierno Galván en 1974 en su despacho de la calle Marqués de Cubas yo vivía en Italia. Me había quedado en Roma en régimen de excedencia de la TVE de la época, y sobre todo en régimen de exasperación personal ante un régimen no por agonizante menos pertinaz. Tierno Galván fue amable al dedicarme su tiempo y hablamos de cuándo España sería normal (y el mundo un poco más justo), aparte de comentar temas relativos a Diderot, cuyos cuentos yo traducía entonces y que él había escogido como pretexto en un ensayo. Diderot se habría partido de indignación y risa dolorosa en un fin de régimen como el que se vivía en España en 1974. Tierno estaba dentro del horror y aspiraba a que un día cambiaran las cosas no sólo en el país, en su caparazón político y en su concha legislativa, sino dentro de la gente. Habría que verlo y poco se vio luego, la verdad. El cambio fue más formal que sustancial. La clase social, derivada del dinero, y del poder que da ese dinero, más la falta de moral que da ese dinero y ese poder, están muy dentro de la naturaleza humana. Los regímenes tienen su importancia pero como la cáscara que recubre la nuez. Hasta en los países que en esa época eran soviéticos no pasaban de poner paños calientes a los viejos cánceres. En España el dictador

se murió en la cama y tres lustros después en el bloque del Este las esperanzas de mejora universal se esfumaron por esa tendencia que tenía el propio sistema a producir sus *nomenklaturas* económicas, no sólo políticas. Y ahí, en el puro agarrar la pasta o el caviar de turno, se embuchaban muchas gamas de perversión pese a la vitola retórica y las consignas marxistas-leninistas. Un chasco histórico que ha dejado un vacío, si no un abismo, en el mundo. Es posible, tal vez, o *vozmozhno*, una de las pocas palabras que sé del ruso. Uno no es de los que añoran lo imposible, pero, en fin, no deja buen cuerpo ni mejor espíritu el vacío de una utopía que fracasó, y más cuando se añade al demasiado largo repertorio de las ocasiones perdidas, las que jalonan la historia moral humana, si hubiese algo semejante. También hay una historia de la jovialidad frente a la adversidad, de la esperanza cuando caen chuzos de punta, del carácter recto de los hombres en mares corruptos, como el que uno supone por ejemplo a Conrad en cuanto a capitán de la marina mercante. Uno ha de tener derecho a tener sus propios santos y que éstos no sean los de las estampitas.

El caso es que un viajero también tiene derecho a hablar. Tiene su corazón, y no de las tinieblas. Lo que da el viaje, acaso, es perspectiva, y algo de escepticismo. Parecen ya incontables los intentos sociopolíticos de arreglar el mundo, los esfuerzos baldíos en mejorar la materia prima tras Confucio, Lao Tsé, Buda, Zaratustra, Jesucristo… Y Tasorenchi, el dios hablador de los machiguengas, y Quetzalcóatl la Serpiente Emplumada, y Wonambi la Serpiente del Arco Iris de los aborígenes australianos. No vamos a sacar la lista de tantos dioses encarnados, todos queriendo remediar al hombre (no habría que olvidar a Osiris, el dios resurrecto y encima sin la cara de ibis que tenía Thoth). A lo mejor querer remediar al hombre, o al género humano, es un camino equivocado. La gente es como parece, o peor, si uno sigue a Schopenhauer o a Cioran. Tal vez lo más sensato sea la melancolía. Cuando se ponía melancólico Charles Trenet entonaba: «Que reste-t-il de nos amours, que reste-t-il de ces beaux jours?». Y la respuesta era peor para la salud del recuerdo: «… une photo, vieille photo, de ma jeunesse».

Una tarde dorada, negra por la prisa inútil, en el aeropuerto de Madrid. Uno anda con el vuelo atascado, pero libre como pocas veces para reflexionar. A menudo me ha tocado viajar por el mundo de los pobres que en realidad son ricos (muchos pueblos indígenas), y se me ha dado conocer el mundo donde los peores pobres son los ricos, nada se diga de los nuevos ricos, y de los pésimos, quienes abrillantan las botas de sus nuevos amos para que éstos pisen a discreción. Más viajo y no me canso de asombrarme. Obviando las peculiaridades geográficas o étnicas, encontramos un ser humano que parece salido de un calco universal, y con un elemento unificador en los polos y en

los desiertos, en el Este y el Oeste. Se podría llamar a ese elemento, sin pecar de benevolencia, codicia, o si no avaricia que tanto monta, la que se agarra viscosa a la piel del espíritu, o a la corteza de cerdo del espíritu aún sin chamuscar ni ser deglutida. Codiciosa avaricia, contar monedas o atesorar anillos como un Gollum excrementos áureos, diamantes con una pequeña pluma dentro, barriles de petróleo más que del ron de Long John Silver, y fincas sólo un poco mayores en metros cuadrados que los yates y que los ceros a la derecha de los fondos de inversión. «Recordó las vivas discusiones, los gritos que oyó en el salón de Gubaref. Disputas de personas de diversas clases, altas y bajas, progresistas y retrógrados, viejos y jóvenes. —¡Humo —repitió —, humo y vapor!». Litvinof, el personaje de Turguénev, era moderado. No llamaba a las cosas por su nombre, echaba humo —como si fuera *eau de cologne*— sobre un pus, o una sociedad ya entonces con una facultad ilimitada de acaparamiento de lo que fuere, desde monedas a afectos, desde tierras a cualesquiera cromos e ilusiones. Humo y vapor, señor Turguénev, usted lo sabía bien. Todo cabe en el deseo humano de escapar de la muerte, que ya se sabe que vendrá, pero que algunos tratan de dilatar procurando rodearse en esta vida de materias perecederas como las angulas o inoxidables como ciertos relojes de oro rosado que con su movimiento *tourbillon* sobrevivirán al individuo, demostrando así que el tiempo es eterno en la maquinaria ultraplana, en la eternidad del titanio, en el oro o los diamantes, si no en los riñones humanos. Es la cuba del deseo humano que nunca se acaba de llenar, otra cosa es que sus duelas finjan ser inmortales, aunque eso no importa tanto: a algo hay que agarrarse, y si es a la rentabilidad de la injusticia no hay problema, como tampoco retorcer el cuello al pato que estará muy rico hecho *foie-gras*. Los rusos de antes de la revolución se enorgullecían, según una fina apreciación de Turguénev, de la invención de los productos más importantes del mundo, el samovar, el calzado de corteza y el *knout*, el látigo de castigo, pero eso último para los hombres no para los jamelgos. Los rusos ni siquiera eran los inventores de esos tres artículos capitales, pero había quienes creían (y a lo mejor aún existe esa especie descrita por Turguénev) que su forma de establecer que dos y dos son cuatro es mucho más definitiva que la que se usa en otro país. Como cuando algunos decían que la crin de cerdo ruso era superior indiscutiblemente a cualquier otra crin de cerdo.

Siempre recuerdo, y en Barajas no va a ser la excepción, el impacto que me produjo *Humo* (1867) de Ivan Turguénev. Sus personajes andan en medio de eso y son eso, volutas de humo de un cigarro, altivos generales, descocadas condesas, buscadores de felicidad burguesa en Baden Baden, sin importarles un nabo que Alejandro II hubiese decretado el 19 de febrero de 1861 la emancipación de los

siervos de la gleba, el viejo eufemismo zarista para compatriotas esclavos. Quizá Turguénev con su *Memorias de un cazador* (1852) influyó en el emperador con el resultado de atemperar la cruel y vieja ley rusa. Pero un decenio después Turguénev parecía desolado por lo que entrañaba su país y escribía *Humo*. «Litvinof miraba y callaba. Una idea extraña le ocurrió. —¡Humo, humo! —repitió diversas veces. Y todo al punto le pareció que sólo era humo, su vida, su vida rusa; todo lo que es humano y particularmente si es ruso.»

Supongo que en Moldavia habrá algo más que una humareda. Al ser el país más pobre de Europa (oriental) hay garantías *a priori* de cierta humanidad. Supongo que aún muchos no seguirán la táctica de llenar sus propias tumbas con toda clase de riquezas además de sus osamentas. Desde siempre el mármol, el jaspe, el oro parece que dan seguridad para el viaje al más allá de los diversos banqueros, mandamases políticos y amos varios del universo. No quieren que les incineren por si acaso resucitan. ¿Cómo volver a tener buen aspecto si uno está hecho cenizas? Algunos optan por hibernarse que tiene menos desgaste en la corrupción. En parte han cumplido su sueño, morir con las cuentas corrientes atiborradas, tal vez así les hará menos daño la inexistencia. Su lápida es fácil de escribir: aquí yace por fin un pequeño gusano presto a reunirse con sus congéneres.

Hoy es una tarde de verano pasada al borde del absurdo en una fila de asientos donde no hay ojos más que para una pantalla llena de nombres y horarios que van cayendo como fichas de dominó. Nombres y horas van corriendo puestos como si fueran los resultados de un hipódromo, pero no dan el caballo ganador, nuestro vuelo a Múnich, que sigue uncido al *delayed*, como si fuese uno de esos carteles vergonzosos, *inri*, *wanted*… Si esto sigue así las hojas de mi cuaderno de viaje van a quedar temblando. Pero ya llegaré a Moldavia, para qué inquietarme si nadie me espera. Me interesa más dilucidar por qué quiero remover las viejas cenizas de la pobreza de las naciones, que eso no es exactamente lo que deseaba Adam Smith, pero que por lo visto continúa pelechando. Como pelecha la falta de arreglo en el mundo al margen de pensadores que supusieron, dado el percal humano, que había que poner un cierto freno al acaparamiento, y un cierto énfasis en la distribución de las riquezas en este mundo. Y eso para ahora, no para cuando se haya producido el Juicio Universal y los buenos, es decir, los ricos, sigan fumándose un puro a la vera del dios que se han fabricado, ése cuya efigie han puesto en la vitola del puro. O cualquier otra ilusión, todo es humo, como decía el Litvinof de Turguénev.

Un viajero no debe opinar, lo sé, observa como mucho, y tiene el mismo peso sobre los países que visita que el de una libélula sobre una rama de sauce. En este punto es cuando se emplea mucho la palabra

verdad, a propio beneficio por supuesto, pues cuanto mayor parece la propia verdad más falsa resulta a otros. El mecanismo es conocido y lo delató Niels Bohr diciendo que «una gran verdad es una afirmación cuyo contrario es otra gran verdad». En fin, uno no tiene traje para viajar por lo *quántico*, ni por la microgravedad, harto será que llegue a Chisinau. Pero si en estas notas aeroportuarias, previas a algo que ojalá semeje a un vuelo, se intenta esbozar algún trazo de verdad profunda, mejor sería buscar algo de eso en obras que en el fondo nunca pasan de moda. Lo siento, pero no se trata de una guía de viajes. Puede ser la gaya ciencia de Schopenhauer, un autor a quien hay que hallarle el humor muy oculto, y sin embargo lo tiene y bien disuasorio. «La ignorancia no degrada al hombre más que cuando va acompañada de la riqueza», se lee en sus aparentemente modestos y menores escritos filosóficos de *Parerga y Paralipómena*.

La historia, incluida la más pequeña y desmigada, la que con suerte un viajero llega a escrutar, ha serpenteado mucho en el tiempo y dado notables quiebros en el Este de Europa desde la caída de la URSS en 1991. Por eso, y porque no creo que la riqueza degrade la ignorancia de los moldavos, he sentido la curiosidad de ir a asomarme al pobre país más pobre de Europa, lo que naturalmente más que un enunciado es una provocación.

Y allí voy si me dejan los aviones. De momento barajo mi viejo mus, tan antiguo ya que casi ni me acuerdo. Tal vez se me haya grabado alguna escena de los tiempos socialistas soviéticos de cuando visité Yugoslavia. Lo que sí que tengo claro es que en aquel viaje me compré un recio jamón de oveja en Montenegro. ¿Algo más? Mi mayor logro, si es que se puede hablar de algo así, fue hacer una entrevista clandestina a Milovan Djilas introduciendo en su domicilio de Belgrado la *Arriflex* desmontada en una bolsa de deporte. Siempre agradeceré el temple que tuvo en ese lance Julio Chillida, a la sazón camarógrafo de TVE. Eso fue en 1977, cuando las autoridades yugoslavas no deseaban que los extranjeros hiciesen entrevistas a un disidente de la categoría del montenegrino Djilas, comunista partisano, amigo de Tito, y luego crítico con su régimen. Me sentí orgulloso en una pequeña medida de que una televisión como la española, que hacía menos de un par de años defendía el Movimiento Nacional, emitiera un modesto pero infrecuente mensaje en pro de la libertad y de la consecución de una democracia a la occidental en el país de Djilas, una Yugoslavia tan ufana de su autogestión socialista y tan vergonzosa de su autoritarismo.

Años antes de eso, en el verano de 1969, viviendo en Roma, y cuando los aviones volaban, no como hoy, me puse como meta el Mar Negro de Rumanía y conseguí llegar a un sitio casi intacto como Tulcea, en las bocas del Danubio. Disfruté en la barca de un pescador,

que me alojaba en su casa, y que me introducía en su vino casero y los pinchos morunos, otomanos en aquel caso, que por alguna razón valoraba más que las suculentas carpas de los canales. Tenían esos peces que estar buenos si se los tragaban enteros los pelícanos en todo aquel laberinto que daba al viejo Ponto Euxino, amén de ser la raya de agua con la vieja Besarabia, un lugar justo para leer las *Tristia* de Ovidio. No contento, luego me acerqué a Bulgaria, más tétrica que Rumanía tal vez por lo nublado del cielo. Mi meta se centró en Burgas tal vez por esa frivolidad viajera de escoger un sitio por su sonido, o por su contigüidad con algo familiar, cuando no sabes bien dónde ir. La Burgas comunista (pero intentando ser un Benidorm del Este) y el Burgos franquista no es que fuesen ninguno de los dos la alegría de la huerta en aquel entonces. Mi impresión del Este, pese al azul oscuro del Mar Negro, no fue precisamente para firmar un papel de adhesión. Para eso prefería la caótica democracia de Italia, que por otro lado era un ejemplo para la España granítica de entonces.

Mejor recuerdo tengo de Leningrado, que así se llamaba la capital de los zares, cuando fui en 1975, siendo ya corresponsal de TVE en Estocolmo. Vi una Leningrado muy sobria en lo material, pero lo mismo de excelsa que siempre en su arquitectura, luces grises y blancas, el río dándole perspectiva, las fuentes de oro, y las pinturas atesoradas en el Hermitage, que dan para varias vidas de gozo y consuelo. En fin, ahí está mi primera lista del Este, apenas unas pinceladas de mi vida viajera, y un leve trazo de lo que fue la URSS, de modo que ignoraba la realidad y el alcance de la sexta parte de la superficie planetaria. Eso no lo quise echar en saco roto sino reparar en la medida de mis fuerzas. Llegados ya a 2013, me quedaba dónde escoger de la ex Unión Soviética, y decidí que poco a poco iría colmando esa enorme laguna, ese Mar Negro, que supongo que es una imagen más apropiada.

Por eso antes de llegar a Chisinau se me amontonan los deseos, y las ansias frustradas de partir, los pequeños recuerdos y las muchas ganas que tengo de ver sobre el terreno páginas de Alexander Pushkin, otro de los grandes clásicos rusos, el Byron ruso, si es que Byron no fue el Pushkin ruso, obviando las fechas. Me pregunto qué recuerdos de Pushkin encontraré en Moldavia, porque anteriormente a este viaje he ido a Ucrania buscando la sombra de Conrad, y la de Milosz en Lituania, y la de Chéjov en Crimea…

Pero, en fin, todo llega y llaman para embarcar y encima con prisas. Vamos a Múnich y casi ni me entero de que he llegado. Nada más atravesar lo que llaman el *finger*, el dedo que une el avión con la terminal, un joven alemán con pinta de ser todo lo eficiente que les han dicho desde generaciones que son sus paisanos, incluso lleva gafas, me capta a mí y a la chica moldava pelirroja, que está con todo

esto algo de los nervios, nos guía por vericuetos normalmente cerrados al público, y nos mete en un autobús cuyo destino es la propia panza del avioncito dispuesto para ir a Chisinau. Y veo que por fin es verdad, en ese mismo momento la bodega del pequeño avión está engullendo las maletas, si bien no todas como sabría luego. No hay un minuto que perder. Ya estoy sentado en un avión corto y estrecho para la hora y media que separa Múnich de Chisinau, y eso es lo que el destino me depara sin más dilaciones.

Tuve la suerte en ese trayecto de tener como compañero de asiento a Frank, un economista alemán casado con una ginecóloga moldava. Frank no sólo me dio algunas pistas sobre el país que iba a visitar, sino sobre sus fronteras y en particular sobre Chernivtsi (Chernaut en rumano), la capital de la Bucovina, antiguo territorio moldavo incorporado hoy a Ucrania. Me habló tanto y tan bien de esa vieja ciudad ilustrada, austrohúngara y judía, que sentí un poco de apuro por desconocerla. Cuando Chernivtsi estaba bajo el Gobierno de Viena allí residió un par de años, al principio de su carrera, Joseph Alois Schumpeter, Premio Nobel de Economía. Y fue el lugar de nacimiento de un poeta como Paul Celan, que se libró por poco del Holocausto que acabó con la mayoría de los 50 000 judíos de Chernaut, la llamada Jerusalén del río Prut. Un título que da idea de la importancia que tuvo la ciudad para el judaísmo de Europa oriental, aunque por otros motivos también se ganó el título de pequeña Viena, y fue donde esplendió la arquitectura neobarroca y la del *jugendstil*. Con esos antecedentes no he llegado todavía a Chisinau y ya me gustaría desviarme al norte de Moldavia y cruzar la frontera con Ucrania en pos de Chernaut. Máxime teniendo la debida admiración por uno de sus hijos más ilustres como Paul Celan.

En algunos aspectos Celan tuvo suerte, y lo primero es que fue un superviviente cuando todo a su alrededor estaba incendiado, destruido, podrido. Tras tantos horrores y malestares bélicos y posbélicos, Celan acabó refugiándose en Francia. Pero la conversación de Frank me lleva derecho a *Todesfuge*, un poema de Celan absolutamente clave sobre el tiempo que le tocó vivir. Ahora que la azafata nos ha obsequiado con un par de botellines de *sekt*, vino espumoso alemán, no todo ha de ser cerveza ni agua con gas, me recita algunos versos con una unción sorprendente para un conocido de hace pocos minutos. Quizá los aviones se presten para las confidencias. Bien se ve que a Frank le ha calado hondo esa poesía que Celan extrajo de las mismas cenizas de Auschwitz y Birkenau, por poner apenas un par de ejemplos de los lugares de exterminio nazi en el Este de Europa:

> … der Tod ist ein Meister aus Deutschland sein Auge ist blau…

Oír en el avión de Lufthansa a un joven alemán «… la muerte es un Maestro de Alemania, su ojo es azul…» me produjo un cierto escalofrío que no tenía que ver con el cava germánico. El escalofrío venía de muy lejos, de los recovecos de las conciencias convertidas en cavernas. Sólo los poetas, y en especial los poetas que rozan la desesperación como Celan, son capaces de ver esa luz atávica de tétrica muerte en el ojo azul. Alemán por más señas, y sólo alemanes muy conscientes recuerdan ese verso para que no se repita la historia.

Con eso clavado en algún lugar del plexo solar culminó mi vuelo de Múnich a Chisinau, tal el nombre en rumano o en moldavo, que tanto da, de la capital de Moldavia. También se usa el nombre de Kishinev con que se conoció a la ciudad en tiempos soviéticos. Pero sea cual sea su patronímico yo no entro con buen pie. No aparece mi maleta facturada desde Madrid y lo primero que hago en mi anhelado destino es hacer cola en el mostrador de las reclamaciones de equipaje, sumando mi malestar al de otros congéneres que apenas pueden aguantar su indignación. Ya son las once de la noche pasadas, menos mal que del hotel Dacia me han mandado un coche como estaba previsto. Lo conduce Andrei Cartin, un treintañero fornido y dinámico, que de día dirige sus empresas, una de lavacoches y una granja de pollos, mientras de noche no se pierde algún servicio que esporádicamente le procura su amiga, recepcionista en el hotel. Andrei se hace cargo de lo inconveniente que es llegar a Chisinau de noche y con lo puesto, y enseguida propone acompañarme a comprar algunas cosas de primera necesidad. «¿Vodka?», le pregunto por probar, pero Andrei tuerce el gesto: aunque algún supermercado abra hasta medianoche no expenden alcohol después de las diez. Eso está en línea con normas de la Unión Europea, si bien quién sabe cuándo Moldavia entrará en ese club. Andrei sabe todo lo que hay que saber de la capital moldava, sumida en plena celebración del viernes por la noche, como en tantos lugares del mundo. «¿Querrás comprar al menos un cepillo de dientes?».

Tras registrarme en el Dacia, firme en su antigua estética soviética de techos altos, pasillos voraginosos, y vigilantas en cada piso, vuelvo a salir y lo primero que visito de Chisinau es un supermercado parecido al que tengo en mi barrio de Madrid. Aquí también, pasadas las once y media de la noche, cuidan el hígado europeo sin vender siquiera una cerveza sin alcohol. Pero aún se preocupan más por los dientes disponiendo de todos los dentífricos imaginables, amén de proponer galletas mil, que nunca se sabe si sufrirás un ataque de gazuza nocturna. El sitio no da para más, y Andrei no parece tener prisa. Moldavia tendrá seguramente su ramalazo eslavo, no voy a decir tártaro, pero lo que salta a la vista es su componente latino. El idioma que se escucha en Chisinau es puro rumano, y desde luego hay

animación por el centro en una noche de verano, más suave que un bálsamo de tigre. Por beber algo a estas horas no va a quedar. Según Andrei lo mejor sería ir a un sitio, que además está cerca de mi hotel, y que se llama Mojito. Tal como Andrei pronuncia *muhito* al principio no lo entiendo, tal vez sea un nombre caucásico, hasta que caigo. «No es un sitio cubano. Es puro moldavo, la terraza más de moda de Chisinau.» Mojito pone mullidos pufs en una zona ajardinada junto a la Ópera, con lo cual se garantiza ser sitio de cierto nivel. La Ópera de Chisinau cierra en agosto, aunque un cartel enorme anuncia para primeros de septiembre a su gran estrella María Biesu, *prima donna* de la lírica moldava, en su versión más que acreditada de *Carmen* de Bizet.

En Mojito se reúne la gente bien de Chisinau, entendiendo por bien lo que en Madrid se llama pijerío y subtribus adyacentes. Aquí vienen los pimpollos de los nuevos ricos de Moldavia, que los hay quienes tras 1991, al socaire de la libertad económica, han hecho fortunas. Alguien tiene que gastarlas, porque los padres siguen ganando dinero a espuertas y con cierta furia todavía, y aparte queda la duda de cuántos de ellos son nuevos mafiosos. De modo que los hijos se aplican a la tarea del derroche capitalista, algo que han sabido aprender bien pese a haber conocido un régimen comunista de niños, y siempre de muy lejos. Reconocer la alienación no entra en los planes de sus padres ni en los suyos, buscando como lo hacen, fuera de ellos mismos, el objeto de sus deseos. Y son todos los deseos que hay que cumplir al mismo tiempo: coches, ropas de marca, gimnasios. ¿Y su capacidad de estudio? A eso lo sustituyen con generar empatía y repartir propinas. ¿Y su imparcialidad? La que ven en sus casas, todo para nosotros y el que venga detrás que arree. Andrei, que es de familia acomodada, tal vez de origen judío, no está muy seguro de eso tras tantos pogromos como hubo, es algo mayor que la clientela del Mojito, a la que dedica cierta mirada irónica. Él es un empresario, modesto, pero se ha hecho a sí mismo, siendo uno que persevera, que ahorra, y que hasta pone su coche para hacer algún dinero extra. El sí es un capitalista de manual, de hecho estuvo en Arizona trabajando en un hotel todo un verano y dice conocer cómo funcionan las cosas en la madre de las economías de mercado. Derrochar es absurdo, pero, en fin, hoy es viernes por la noche y es agosto en Moldavia, y si la luna no regala su *tintarella* poco le falta. Bueno, pues llegando a esta vieja capital del socialismo científico, y a este sitio y estas horas, la mejor opción de la carta es pedir *sushi*, o si no *makis*, rollos de salmón con sésamo, acompañados con una copa de vino. Se me ocurre preguntar por el Purcari, que en esta terraza promocionan con unos expositores que parecen urnas sobre unas columnas blancas. Cada urna contiene una botella de vino como si fuese una joya. Andrei me dice que esos

vinos son exquisitos, otra cosa es el precio, que casi salen como Burdeos pese a ser Moldavia un país más bien barato.

Los vinos de Purcari ya hacían las delicias de la reina Victoria de Inglaterra, pero la bodega moldava no se ha parado en los laureles del siglo XIX. Su sofisticación llega ahora al *ice wine*, vino helado, un vino blanco dulce hecho con uvas que se dejan helar en la viña y que al arrugarse en los rigurosos inviernos moldavos comprimen su carga de dulzura. Así sale, por ejemplo, todo un señor Muscat Ottonel Traminer Alb, un vino blanco de una uva casi pasa y quemada por el frío, pero a fin de cuentas muy distinguida. Tal vez lo pruebe un día.

Viene a saludar a Andrei en nuestra mesa un grupo de amigos y amigas suyas, entre ellas una chica que está estudiando Económicas en Burdeos y cuyo francés es impecable. Es la primera noción práctica que recibo de que la francofonía ha resistido en Moldavia, y además con tanto cambio y forcejeo en materia lingüística. Fue un asunto clave en la independencia de Moldavia, y aún hoy lo es, imponer el moldavo (no otra cosa que el rumano), escrito en caracteres latinos, y eso por encima del ruso, obligatorio hasta 1991, y escrito por supuesto en cirílico. Durante la Moldavia soviética había interés en que el francés llegara a ser una segunda lengua. Lo cual ha durado hasta hoy cuando el inglés logra penetrar mientras el ruso desde luego no pierde parcelas, regiones, y todo lo que acumulan las generaciones de mayores que lo aprendieron obligatoriamente en las escuelas. Hoy el francés sigue siendo lengua de élites, arrinconado pero no borrado, atestiguando de forma algo oblicua esa genealogía lingüística que lleva al moldavo (o rumano) a ser un pariente estrecho del latín. Hay incluso quienes piensan que no hay otro sitio como Moldavia donde uno se puede imaginar que está escuchando a los antiguos romanos de la periferia del Imperio, hablando aún su latín quebrado. Mientras, lo que queda de noche, es suave como el vino moldavo, uno que a veces pone su propio terciopelo en el paladar. Colijo que un Purcari bueno no tiene que envidiar a selectos caldos de Francia, de Italia o de España, aunque necesitaré más tiempo para cerciorarme.

Al día siguiente es un sábado lleno de calor agosteño que combato con mi nuevo cepillo de dientes y la ducha tibia del Dacia. Luego medito qué es lo que necesito para ir a desayunar, porque cualquier olvido me costará desandar largos pasillos y que me vuelvan a escrutar en la penumbra los ojos de la vigilanta de piso. Por lo demás encuentro confortable el viejo hotel, sin pasarse de carencias ni de lujos, como el mismo desayuno con su embutido estricto, que me recuerda las escuetas rodajas de salchichón, alegradas con otras de pepino y tomate, que no fallaban en tiempos de la URSS. Pero el Dacia tiene otro punto a su favor y es lo céntrico que está, al lado del Ministerio de Justicia y de la delegación de las Naciones Unidas para la UNICEF.

El silencio, sobre todo en fin de semana, está garantizado a no ser por las bandas de perros randas que vagan por las inmensas y vacías avenidas de esta zona tan oficial. En Chisinau me vienen ahora a la memoria los majestuosos perros randas que se ven en Estambul, acaudillados por algún sabueso importante, recorriendo las calles más nobles de la urbe del Bósforo con total indiferencia a coches y viandantes. Son como bajás, orgullosos de su estirpe aunque busquen basuras para subsistir, incluso en las inmediaciones del palacio de Topkapi o en lo mejor del barrio de Gálata.

Saliendo del Dacia no tardas ni un par de minutos en llegar al gran parque de Stefan cel Mare, uno de los muchos pulmones capitalinos. No hay por aquí apartamentos con vecinos, ni tiendas de comestibles. Todo alrededor es oficial, solemne, amplio y deshabitado, con algunos oasis que son los kioscos de color verde, una especie de búnkeres con estrechas ventanitas donde se atrincheran unas vendedoras de tabaco, cerveza, chicles, preservativos y artículos menudos para cualquier emergencia, ataque de sed, de hambre o de sexo.

Toda esta área verde tiene una salida a la gran arteria de Chisinau, que también se llama Stefan cel Mare (pronunciado chelmare), Esteban el Grande. Fue el gran príncipe de Moldavia, el que libró muchas batallas y casi todas las ganó, pasando a la historia de Moldavia como el héroe por antonomasia, y dando nombre a incontables óleos, bronces y esculturas, siempre empuñando su cruz y su espada y ambas parecen armas en sus manos. Precisamente su estatua de piedra en el parque marca el centro de la ciudad. Numerosas parejas posan para una foto de boda junto al parterre de flores siempre vivas que ponen en torno al pedestal del héroe. Trato de traducir la escena a otras latitudes y no me encaja. No es fácil imaginarse a novios españoles sacándose una foto junto a la estatua ecuestre de Felipe IV de la Plaza Mayor de Madrid. Nada se diga ante la estatua de Espartero y su bien dotado caballo de la calle Alcalá con O'Donnell. Moldavia es una tierra debatida, sujeta hoy mismo a secesiones territoriales, y se presta para pocas bromas. En tiempos de Antonescu, el *conducator* de Rumanía, la estatua de Stefan cel Mare fue llevada a Bucarest, y sólo volvió a Chisinau al acabar la segunda guerra mundial, tras la derrota del fascismo. Cual si fuera un Cid de estas tierras, el héroe moldavo también ha ganado batallas después de muerto.

La gente que voy viendo en Moldavia me parece muy tranquila, poco acomplejada, denotando cierta raíz campesina, no voy a decir tosquedad, pese a la capa moderna de Chisinau. No falta ni un McDonald's en su calle principal. Y luego origen, facciones y cabellos son cada uno de su padre y de su madre, pareciendo algunos eslavos rubios como el trigo de Ucrania, teniendo otros un ramalazo sureño,

moreno, y se diría que turco, y otros con unos ojos de ese especial rasgado, suavísimo, de los tártaros de la horda dorada. Pero en general veo rostros más angulosos que ovalados, yo diría que algo cuadrados, como los de unos romanos que se hubiesen quedado a vivir con los dacios recién sometidos por el emperador Trajano…

De todas maneras el elemento gitano, o zíngaro, es el asunto étnico que más llama la atención en Moldavia, hasta representar para algunos una especie de complejo nacional. Hay moldavos que parecen deplorar que les confundan con *rom*, como llaman ellos a los zíngaros. Enseguida recuerdan a quien quiera oírles que para rom ahí están los de Rumanía, un país con casi un cuarto de la población perteneciente a esa etnia. Distingos demasiado sutiles porque buena parte de la Besarabia, donde ahora se asienta Moldavia, fue tierra rumana durante largo tiempo. Y naturalmente cuando algo no se quiere aceptar, o se desliza hacia el resentimiento, la incompetencia y la manía, debe tener enseguida un culpable.

—Es culpa de Pushkin. Pushkin vivió aquí en Chisinau y escribió sobre Moldavia como si ésta fuese la patria de los gitanos, y desde entonces los rusos creen que aquí no hay más que gitanos.

Quien me hace entrar en ese tercio tan chocante cuando he sacado a Pushkin a colación porque quiero conocer la dirección de su casa museo, es el señor Dodatji, jefe de seguros de una empresa de Chisinau. Conozco a Dodatji de cuando en la biblioteca municipal pido ayuda a la recepcionista para poder navegar en uno de los ordenadores del centro. Dodatji ha vivido un tiempo en los Estados Unidos y habla un inglés impecable. Cuando le comento que quiero conocer los lugares de Pushkin en Chisinau se le nubla lo risueño de su expresión. Parece como si le hubiera mentado la bicha. Es, supongo, porque el escritor ruso, pasando aquí su exilio, conoció de primera mano a los zíngaros y enalteció hasta tal punto su tipo de vida, y su amor por la bellísima gitana Zamfira, que los rusos que leyeron sus loas pensaron que Moldavia era un país poblado por esa etnia. Un cliché que, según Dodatji, ha durado hasta nuestros días.

Aleksandr Serguéyevich Pushkin es mi pasión moldava, la que traigo en la récamara al menos. Como pocos escritores se merece Pushkin la guirnalda de romántico, y la de rebelde con causa. Un alma rusa en pleno torbellino poético, amoroso, político, hasta que murió en un duelo a los 37 años de edad. De forma que la casa-museo de Pushkin en Chisinau va a ser mi primera visita en la capital, y si algo lamento es haber leído menos de lo que me hubiese gustado a ese escritor poliédrico, apasionado, excesivo como muchos rusos, aunque también muy consciente, muy social, muy crítico contra los abusos del poder, y en su época eso significaba ir contra el omnímodo poder zarista. De hecho en 1820 lo mandaron al exilio a un rincón perdido

del mundo ruso que era la Besarabia, y en los tres años que Pushkin se quedó en estas tierras y las aledañas del Mar Negro, le dio tiempo a escribir poemas excelsos. El dedicado «A Ovidio» deja patente que Pushkin se identificaba con los sentimientos del gran poeta romano forzado a exiliarse ya fuera por error o por venganza. En el caso de Pushkin sus versos eran dinamiteros contra el régimen zarista, apenas disimulados por una vieja capa de melancolía. El tema de los gitanos se convirtió para él en otra fijación debida a su historia sentimental con Zamfira. Desde que la conoce e intima con ella, y encima le proyecta un halo romántico, los versos de Pushkin de ese tiempo están llenos de admiración por los cantos y bailes ante la hoguera, por aquel mundo de carromatos y libertad. Pushkin, además, era la persona menos indicada para sufrir algún tipo de reparo racial habiendo tenido él mismo un bisabuelo negro. Se trató de un joven, nacido en Abisinia, que fue comprado por el embajador ruso en la corte del sultán de Estambul para regalarlo al zar Pedro el Grande. Aquel antepasado de Pushkin, llamado Abram Gannibal, nada tiene que ver con el clisé de un atrasado africano y mucho menos con el de un antropófago. Gracias al zar, Gannibal llegó a estudiar en París y a hacer carrera en la Corte rusa, y siempre supuso un gran motivo de orgullo personal para Pushkin.

Lo que no es tan evidente es dar con la calle Anton Pann (antaño la calle Antonoskaia, n.º 19). Entro a ver si me orientan en una librería de la calle Stefan cel Mare (antes avenida Lenin, antes calle de Moscú) y las dependientas rivalizan por encontrar la mejor ruta de tranvía en el mapa que les compro. Tatiana incluso se desvive por hablarme en español y me dice que lo aprende con las telenovelas venezolanas. Al final cojo un taxi que me lleva a una especie de callejón flanqueado por una tapia larga, encalada, tras la que se encuentra la casa de un rico comerciante, I. N. Naumov, que fue quien acogió al joven Pushkin en 1820.

Lo primero de lo que uno se entera al entrar es que Pushkin no vivió en la casona familiar de los Naumov, sino al otro lado del patio, en una especie de barracón de campesinos con techo de juncos y paredes blancas. Ahí han puesto lo que pudo ser su camastro, su escritorio diminuto y su larga pipa. En la casa grande se instala el museo propiamente dicho, los cuadros, libros, autógrafos y demás. Soy el único visitante en estos momentos y Aleksandra, la directora del museo, al verme haciendo fotos de las caricaturas de Pushkin, se me acerca y me echa un jarro de agua fría: «No son materiales originales, aquí sólo tenemos copias. Los originales están el museo de Pushkin de San Petersburgo».

No pierdo por eso el interés por ver el cuadro con el árbol genealógico de Pushkin, y con su bisabuelo Gannibal abriendo una

importante línea materna. También me llama la atención una pintura del gran baile de Moscú donde se ve que Pushkin apenas llegaba al hombro a otro oficial. El guardia del museo no habla más que moldavo, pero intentamos comunicarnos. Cuando expreso mi sorpresa por la estatura de Pushkin, lo cual no le quitaba de ser un gran *tombeur* o conquistador de damas, hace una señal en la pared y me indica que hay que contar desde el suelo. Calculo un metro sesenta centímetros a lo mucho. La grandeza de Pushkin iba por otros derroteros.

En Chisinau y no sólo allí el general Ingov protegía a Pushkin, y le sacó de más de un apuro, lo que solía significar un duelo. Pushkin siempre hizo gala de rebeldía, de estirar la cuerda de la vida, no iba a estar callado e impasible un poeta de su porte emocional y de su calibre político. Y eso que tenía veintiún años cuando vivió en la Besarabia rusa. Pregunto a la directora si en el salón principal de esta casa, que fue de los Naumov, dan ahora conferencias sobre el escritor, y como toda respuesta Aleksandra se sienta al piano que hay allí y toca una antigua pieza rusa que me trae ecos de Borodin. Es como para dar aún más sentimiento a este lugar por el que acaso revoloteó el genio del escritor. Luego Aleksandra me lleva al patio y me enseña, junto a algunos árboles centenarios, una estatua de piedra de un Pushkin más arrogante que pensativo. Al verme tan interesado Aleksandra me recomienda que vaya a visitar la aldea de Dolna, donde Pushkin pasó varias semanas de su exilio. Eso anda a unos cuarenta kilómetros de Chisinau, en la finca de un terrateniente llamado Ralli, de origen boyardo, y desde luego le agradezco la idea. «Allí en Dolna fue donde Pushkin encontró a su Carmen». Aleksandra llama con toda intención Carmen a la gitana Zamfira sabiendo que vengo de España.

Pushkin nunca perdió el tiempo, espoleado por su sed de saber, de justicia, de interpretar el mundo con su lira formidable, en los tres años de exilio en la Besarabia, ni en casi otros tres años que debió pasar en Crimea y el Transcáucaso. En Chisinau fue crucial su ingresó en la logia masónica Ovidio, tenida por la más importante del sur de Rusia, y para algunos sólo segunda a la logia de San Petersburgo. Ovidio, desterrado por el emperador Octavio Augusto en Tomi, o Tomos, en algún punto del Ponto Euxino (probablemente la ciudad rumana de Constanza en el Mar Negro), no pudo de congoja tan lejos de Roma, y sus inmortales *Tristes* y *Pónticas* (*Tristia* y *Epistulae ex Ponto*) explican hasta las últimas fibras de sus versos la dureza del desarraigo. Hay que suponer que Pushkin no se hizo masón porque la logia se llamara Ovidio, pero desde luego se identificó con el exiliado romano, si bien reaccionando el ruso de forma muy diversa. Pushkin no sintió la necesidad de un melancólico acatamiento del poder

supremo que le castigaba: quiso cambiar ese poder. Y empezó a relacionarse clandestinamente con unos sutiles conspiradores, luego conocidos como los decembristas, oficiales descontentos con los abusos y prepotencias del zarismo, y hartos de los fallos militares que se produjeron cuando la invasión napoleónica de Rusia. Con algunos de los que serían futuros decembristas paseó Pushkin en Chisinau, compartiendo con ellos la germinación de una crítica clara contra el absolutismo zarista. Pushkin visitaba con frecuencia la casa de Mikhail Orlov, que fue quien recibió la capitulación de los franceses en 1814. Se tiene a Orlov y a Pavel Pestel, Alexei Youchnevski y Vladimir Raïevski como a los auténticos precursores de la Revolución de Octubre, y eso merced a encabezar la gran revuelta de San Petersburgo en diciembre de 1825. Los soviéticos así lo reconocieron, que los decembristas —y alguno había de la logia Ovidio— fueron pioneros de un movimiento, como el bolchevique, que cambiaría la faz de Rusia y aun de medio mundo, pues si ha habido una mayor madre de las revoluciones, ésa fue la de 1917, la que llevó en breve al poder a Vladimir Ilich Ulianov, más conocido como Lenin.

Esa mezcla de interés por lo etnográfico, las viejas costumbres y leyendas, ese romanticismo de Pushkin, y su estar al lado de los humildes sin importarle clase, condición ni color de piel, siempre me gustaron, incluso por encima de otros escritores rusos de gran nivel que también visitaron la Besarabia como Tolstói, o más tarde Gorki. Y por lo que voy sabiendo Pushkin influyó en la plétora de escritores moldavos en rumano de su época, desde Constantin Stamati a Costache Negruzzi y Alexandru Donici. Negruzzi concretamente fue quien tradujo al moldavo varias obras de Pushkin, empezando por su relato *Kirdjali* (1834), una de sus obras menos conocidas si la comparamos con la vibrante novela *La hija del capitán*, o con sus dramas que merecieron el adorno de músicas operísticas de la categoría de *Boris Godunov* y otras. Es sólo una parte de la avalancha que siempre supuso en el Este lo literario, el amor por las letras, en efecto, pero también prueba de un arraigo indiscutible, y un gusto popular, por la página impresa. Eso a lo mejor viene de la cantidad de revoluciones y desabastecimientos que han padecido los rusos. Hay que recordar aquellos meses en torno a la Revolución de Octubre, cuando llevarse algo que leer a los ojos era lo más valioso. El reportero norteamericano John Reed, privilegiado testigo directo de la revolución, y enterrado junto al Kremlin en la misma Plaza Roja, lo contó con su estilo electrizante en *Diez días que estremecieron el mundo*: «Rusia se tragaba el material impreso con la misma insaciabilidad con que la arena absorbe el agua. Y todo aquello no eran fábulas, no era la historia falsificada, diluida por la religión, no era la maculatura barata y corruptora, sino teorías sociales y económicas, filosofía, obras de

Tolstói, Gógol y Gorki». Pushkin ya quedaba a trasmano en 1917, pero en su época fue quien más instigó la afición por leer prosas y versos en un ruso que el pueblo por fin entendía. No tenía aromas de cera, inciensos eclesiásticos ni mohos de archivos estatales. Era la frase o el verso que manaba como de una fuente en el bosque.

Como entretanto ya habrá llegado mi pequeña maleta al hotel, lo mejor, creo, es que vaya planeando una cena en algún sitio, y esperando terminarla, más que con un postre al uso, con un vaso de Muscat de Moldavia.

Andrei había prometido llamarme para hacer planes para el domingo. Se ha debido de ir de juerga este sábado noche porque me llama por teléfono a la una. Se disculpa por la hora pero me da una buena noticia. Mañana, o sea, dentro de pocas horas de este domingo va a haber una gran fiesta religiosa en la catedral ortodoxa de Teodoro Tirón, en el barrio de Chuflea. Ayer en la librería conseguí un libro en francés escrito por Raisa Botnaru y Maria Botnaru-Baltag, madre e hija, filóloga la primera y estudiante de Económicas la segunda, sobre fiestas religiosas y civiles de Moldavia. Compruebo que en estos días sólo figura la fiesta que se va a celebrar el próximo 6 de agosto, la Schimbarea la Fata, que es como llaman en moldavo a la Transfiguración. En España se echan todos los cohetes el 15 de agosto, el día de la Asunción de la Virgen a los cielos, pero lo que conmueve y arrebata a los ortodoxos es cuando Cristo se transfigura, apareciendo en el monte Tabor como un auténtico dios, soberano del cielo y la tierra, rasgando las nubes y envuelto en toda la luz de este y de otros mundos. Unos selectos y atónitos apóstoles, Pedro, Santiago y Juan, asisten a ese espectáculo de poder divino incontestable: el carpintero no era tal, sino lo que decía ser, todo un dios en sandalias, y no siempre le creían. Andrei no sabe precisarme qué fiesta religiosa se va a celebrar en Chisinau hoy, primer domingo de agosto, pero me dice que en cualquier caso no hay que perdérsela. Y que no en vano el templo de Teodoro Tirón tiene categoría de catedral, de segunda catedral de Chisinau, y que conserva las pinturas más bellas de la ciudad.

—Es bellísimo y allí me bautizaron —me dice Andrei.

—Pero entonces —le repongo— no recordarás nada del sitio.

—Claro que sí, voy casi todos los años al menos una vez, especialmente ahora en agosto.

El asunto es que la llamada telefónica me deja desvelado buena parte de lo que queda de noche, que tampoco es mucho en agosto.

Me levanto temprano y esta vez el desayuno es más sustancioso, con unas crepes de queso y huevos fritos. Como Andrei no me ha precisado la hora buena para ir a Teodoro Tirón espero hasta las diez, y al no dar señales de vida cojo un taxi hasta ese templo ubicado en el

barrio de Chuflea. Ése, Chuflea, fue el apellido de unos comerciantes griegos, Teodor y Anastasio, que financiaron generosamente su construcción desde 1850 a 1858. En Chisinau aún se tiene a Teodoro Tirón por la catedral fetén capitalina pues la que hay en el centro, la de la Resurrección de Cristo, no tiene ese poso de tradición entre que está muy restaurada y que estuvo clausurada al culto durante el período soviético. Por suerte llego a Teodoro Tirón cuando están sacando de la puerta principal del templo el icono que hoy centra esta festividad. La gente, especialmente mujeres con velo, tanto mayores como jóvenes, empuja y se apiña para presenciar el paso del icono. Lógicamente nadie le grita como en Brenes (Sevilla) «Amargura, guapa y guapa», pero todas esas mujeres parecen estar muy conmovidas por la solemnidad de la pequeña procesión del icono. Se trata de un cuadro de casi dos metros de largo y cubierto con un cristal que representa a María como Virgen de la Pasión, la Patimitoarea en moldavo, o la Strastnaia en ruso, es decir, la que se compadece como nadie del dolor ajeno teniendo en carne viva el presentimiento del suyo propio, tener que ver un día a su hijo crucificado. Eso me explica un amable joven con pinta de estudiante a quien recurro en busca de luces y que por fortuna habla inglés. El icono es de gran belleza para quien le guste el arte oriental, y el dorado absoluto de los cielos y la tierra no menos de oro como fondo de las figuras, básicamente la Virgen y los arcángeles Gabriel y Miguel. El icono llegó a Chisinau desde Komargorod (Otcenasovca), una ciudad de la Podolia, en la profunda Ucrania, donde lo sobrenatural es de casa. Una vez allí talaron un árbol y vieron que en el tronco estaba incrustado un trozo de la Santa Cruz. El icono de la Strastnaia vino a Moldavia tras muchos viajes, azares y milagros, y por lo que voy viendo en Chuflea no puede ser más popular. Aunque el frenesí de esta gente sea contenido, se escapa más de un codazo con tal de ver de cerca a su Virgen de la Pasión.

Se diría que en esta pintura hay una lejanía casi sideral con el mundo ingenuamente azul que pintaron Giotto, Duccio o, luego, Fra Angelico. No se puede hablar de que prepondere en el icono de Chisinau el arte sublime, el arte llevado a los predios más indiscutibles, como refirió Louis Réau, profesor de la Sorbona y experto orientalista, acerca de la Trinidad que pintó Andrei Rublev a principios del siglo XV para el convento Troïtsko Serguievskaya Lavra (la Trinidad de San Sergio) de Moscú, donde hay tres ángeles a los que acoge Abrahám, aunque en realidad no son entes alados, siendo uno de ellos el Dios Padre. Sin embargo, en su terso paraíso de oro la bella Virgen ucrania tiene una fuerza serena y muy expresiva al indicar con su mano derecha a su hijo Jesús, ya crecido, el camino verdadero, lo cual parece una redundancia, tener que decir a un Dios, al margen de

su edad, cómo se va a un sitio. El caso es que el niño parece un tanto aterrado al ver sobre su cabeza a dos arcángeles del porte de Miguel y Gabriel llevando en sus manos instrumentos de su martirio, todo un avance de la crucifixión a la que le someterían a los 33 años. Eso está perfectamente codificado en la piedad popular de los ortodoxos rusos y por extensión en la de ucranios y moldavos, y los fieles conocen qué significa hasta el más mínimo detalle. Tal vez lo que más me choca es que la Dolorosa de Chisinau muestre un rostro de una serenidad completamente ajena a cualquier perturbación o tormento físico o psicológico. Es la pura beatitud en las antípodas de las Dolorosas españolas, y eso a veces no tiene límites: alguna imagen como la de la Virgen de Gandía llora lágrimas de cristal. Las advocaciones marianas son más que contundentes en el idioma español: desde la Virgen de la Encarnación a la Virgen del Perpetuo Socorro. La Strastnaia, la Pasionaria rusa, la más que Dolorosa, es una pura suavidad de facciones, afectada acaso por ver la capacidad de sufrimiento que puede generar la vida en este planeta. Ella es humana, pero también Theotokos, un nivel altísimo en la ortodoxia oriental, como el de Devi, la diosa madre para los hindúes, aunque no siempre se quieran reconocer los parangones.

Ahora las mujeres de Chisinau hacen cola para poner sus labios sobre el cristal del icono. Se supone que quisieran ser traspasadas o si acaso participar en alguna medida, al menos como sueño, de semejante hermosura ideal, intangible, de su imagen. O si no que la Patimitoarea les quite enfermedades, ruinas y desamores, para ir tirando en el país que al principio me llamó la atención por ser definido como el más pobre de Europa.

Tras los besos innumerables que rozan el cristal del cuadro, y cuyas huellas alguien que hace de sacristán se encarga de disipar con un paño, algunas personas se atreven a algo más. Las andas del paso donde va el icono se apoyan sobre unas banquetas y dejan en el suelo un pasaje estrecho y bajo, un túnel minúsculo. No es obstáculo para la devoción de algunos y algunas que reptan literalmente bajo la imagen. No sé cómo avanzan, quizá como los antiguos soldados en Verdun, con el vientre pegado a tierra, a fuerza de codos, y a ser posible salen sin darse un cabezazo por el otro lado de ese pasadizo. Esa fe es lo que confiere, dicen, el perdón de todos los pecados. Pasada la URSS, la costumbre sigue arraigada incluso en los corazones de muchas moldavas jóvenes, bellas y modernas, pero que tienen ese atavismo cultural incrustado en alguna parte de su mente o de su carácter.

El especialista en arte ortodoxo, el francés Louis Réau, ha especificado como guía de ignaros que fue a partir del siglo XVI cuando se produjo la decadencia del icono ruso. Y eso tras la gloria del período novgorodiano del siglo XV, cuando por si fuera poco los

artistas eran anónimos. Hay que imaginarse las toneladas de pinturas religiosas que se volcaron en siglos posteriores en los templos orientales. La profusión de iconostasios, el bizantinismo que copia hasta el infinito. En ese mar turbulento de la historia del Este de Europa los iconos han sido saqueados, quemados, destruidos, copiados, por lo que sorprende la fuerza de atracción que tiene uno relativamente moderno como el de la Dolorosa. No importa que se trate de una copia, de un rescate de un imaginero popular y sin nombre. Esa y otras pinturas dan alas a una religión como la ortodoxa que no se priva de manifestaciones devocionales mechadas con superstición. Apenas hay diferencia con el catolicismo popular y rural de España. Un día señalado como éste la gente también hace cola en el patio de Teodoro Tirón ante una fuente de donde mana agua milagrosa. Como apenas sale un chorrito, tiene mucha aceptación un puesto donde unas mujerucas venden botellitas de aceite de la Virgen. Al parecer tiene tanta o mayor virtud que el viejo linimento Sloan, o que el bálsamo de tigre de los chinos. Mientras en el interior del templo veo que ha resistido indemne pocos segundos la engalanada mesa donde un pope ha bendecido ofrendas varias, panes, manzanas, caramelos. Al acabar ha habido rebatiña por llevarse un botín gratis y santo, qué más se puede pedir un día como hoy.

El domingo sigue siendo joven tras esta pequeña incursión en la religiosidad de los moldavos, algo que después de todo no choca tanto viniendo del agosto español, mariano y festivo como pocos. Pero ya en el centro me asalta la curiosidad por visitar la auténtica catedral de Chisinau, la de la Resurrección de Cristo, la que tras la caída de la URSS en 1991 fue restaurada. Veo que tiene mucha aceptación para celebrar bodas. En poco tiempo salen del templo tres parejas, ellas vestidas de riguroso blanco, ellos bien trajeados para la ocasión. Pero al igual que lo que vi en Shanghai hace casi cuarenta años aquí lo más importante parecen ser las fotos. La memoria es frágil, tal vez, o como dice mi verso favorito de Emily Dickinson, el de la memoria, el que repito cada tanto no se me vaya a olvidar esa extraña campana que toca a gloria y a muerto. Los novios se dejan hacer fotos sin parar en el parque aledaño a la catedral de la Resurrección. No falta un ajedrez de piezas gigantes, en el estilo de la diversión constructiva de la antigua URSS. En torno hay terrazas donde la gente se alivia de la canícula moldava tomando un refresco. Lo más popular a este respecto son los puestos callejeros de kvas. Por unos céntimos dan un vaso de esa bebida hecha a base de levadura de pan, y mejor si de centeno. Dicen que el kvas ya no es como antes, cuando sabía casero y noble, y que ahora lo hacen químico, pero no se puede pedir peras al olmo y tampoco a la campana de Emily Dickinson.

Chisinau luce en verano como lo que es, una ciudad limpia y verde,

discreta y luminosa, y ha superado con bien historias muy crueles y destrucciones muy severas. Su gueto fue arrasado por los nazis. Los soviéticos rehicieron la ciudad sobre sus cenizas, y Kishinev, una vez borrado el nombre rumano de Chisinau, creció como un modelo de ciudad jardín, industriosa, intelectual, lejos de un clisé meridional o indolente. El propio camarada Breznev trabajó antes de su ascensión meteórica dirigiendo el partido en Moldavia, la cual era considerada una indiscutible joya soviética, como antes lo había sido la Besarabia para Rusia. Todo ello duró menos de medio siglo y acabó derrumbándose en 1991, cuando vino el capitalismo con sus botas de siete leguas, y dejando las faltriqueras vacías a mucha gente. Fue cuando empezaron a brotar los nuevos ricos como champiñones y los que vivían de una pensión estatal, al estilo soviético, todavía hacen ímprobos esfuerzos para poder comer, calentarse, pagar un médico. Naturalmente hay clases emergentes por llamar de alguna forma a las que, lejos de las mafias locales, o de los separatistas de la Transnistria, se pueden permitir una *pizza* en algún sitio de la cadena Celentano. Choca toparse con un sitio así en Chisinau, sobre todo porque, al oír el nombre de Celentano, recuerdo una canción suya que oía mucho cuando viví en Italia: «Chi non lavora non fa l'amore». Fue un gran éxito de los años setenta y no creo que en sustancia haya cambiado mucho el espíritu de esa letra.

Lo que no desaprovecho en esta tarde de domingo es que esté abierto el Museo de Historia Nacional de Moldavia, además queda a cinco minutos del hotel Dacia. Esta vez encuentro parejas de novios haciéndose fotos, con beso incluido, en el florido patio del museo, junto al pedestal que sostiene una reproducción en bronce de la Loba Capitolina, la que amamanta a Rómulo y Remo. En el plinto han grabado el verso de Mihail Eminescu que exalta el pasado latino del país: «*De la Roma venim, din Dacia Traiana…*». A los soviéticos eso no les gustó, ni que se mentara a Roma ni siquiera por la parte histórica de la Dacia, ya tenían bastante con Mussolini, con Antonescu y otros fascistas, y en 1940 destruyeron la estatua de la llamada Lupoaica. Así fue hasta que justo medio siglo después, en 1990, se vació una estatua igual que la anterior y se colocó frente al Museo Nacional.

A uno, si he de ser sincero, le gusta más el *balbal* que han clavado en la hierba, a mano derecha de la entrada. Es una estela antropomorfa de piedra, con ojos ingenuos, como de personaje de cómic, pero que parece mirar asombrado los cambios del mundo y de Moldavia. Su mayor enseñanza es demostrar que hubo vida antes de los latinos en Moldavia, eso parece decir sin palabras esa estela de piedra blanca.

Lo que me trajo a Moldavia, el récord europeo de pobreza que ostentaría, eso de momento no lo veo por lado alguno, y menos en una

capital tan aseada y discreta como Chisinau. Por eso también voy a centrarme en indagar algo de la cuestión histórica de la Besarabia. Tuvo mucho que ver con esa ubicación geográfica tan peculiar del país en los confines de Europa. Besarabia, la antigua Moldavia, fue sinónimo de un territorio disputado por Rumanía y por Rusia, a lo que luego se añadió el paréntesis de la ocupación nazi, y su posterior integración en la URSS. Pues bien, existe una fecha clave para entender el pasado de Moldavia y es el 27 de marzo de 1918. Fue un año después de la Revolución rusa cuando buena parte de la actual Moldavia, la que mayormente quedaba en la orilla derecha del río Dniéster, pues menudean allí los zigzags étnicos y territoriales, pasó a ser un protectorado de Rumanía, en todo caso una parte integrante del reino rumano. Mientras que ya en 1924 la Moldavia, especialmente la de la margen izquierda de dicho río, se convirtió en la República Moldava Independiente dentro de la República Socialista Soviética.

El museo tiene muchas salas y vitrinas dedicadas a este tema, que en realidad es una vasta tragedia disimulada por el paso del tiempo. Hay gran cantidad de fotos, libros y documentos donde poner el optimismo en salmuera. Todo en esta parte del mundo fue una sucesión crónica de desconsuelo. Merced al pacto Ribbentrop-Molotov, un acuerdo anti natura que vio cómo se aliaban nazis y soviéticos, toda Moldavia fue anexionada por la URSS, y el 28 de junio de 1940 tanto las tierras al este como al oeste del Dniéster se juntaron para formar la República Soviética de Moldavia con capital en Kishinev. Eso no fue sino el principio de un *pentimento* constante que pronto degeneró en un vendaval bélico salpicado de vaivenes. Los nazis se apoderaron de Moldavia y los soviéticos tuvieron que expulsarlos de ahí el 24 de agosto de 1944 mediante el Quinto Ejército mandado por N. E. Bezarin. Ese fue el día de la victoria, o «de la liberación de Moldavia de los fascistas», como aún dicen algunas guías turísticas del país. Siendo un punto que no es el que más se discute en Moldavia.

El asunto estriba en que cuando se habla de Besarabia no se trata de un mero ejercicio geográfico o histórico. Supone aludir al desgarro del país, unas veces parte de Rumanía, otras veces de Rusia. Por fin el país respiró su independencia en 1991, ya no eran ni rumanos ni rusos, sino moldavos, pero eso duró poco tiempo. Enseguida explotó una secesión, incluso militar, la de la Transnistria, que todavía hoy continúa. Se refleja en el museo con fotos de oficiales de policía moldavos que murieron en los enfrentamientos con los transnistrios apoyados por los rusos. Hay banderas, uniformes, y ese eco de sordo malestar que arrastra un país sometido a un atávico descuartizamiento, porque el museo es el sitio indicado también para recordar que hubo una larga ocupación otomana, sin mencionar las anteriores invasiones, tanto de pueblos del norte de Europa, como

asiáticos, por ejemplo los tártaros de la horda dorada, descendientes del Imperio de Genghis Khan.

Lo cierto es, y el Museo Nacional trabaja para ello, que los moldavos quieren ser algo distinto de los rumanos, pese a compartir con ellos la Dacia ocupada por la Roma imperial. Y tampoco se sienten estrictamente eslavos, aunque partes de su territorio sí que lo prefieran, y se hayan declarado unilateralmente independientes en la Transnistria, o territorio allende el río Dniéster (Nistru lo llaman en moldavo o rumano).

Casi sorprenden los paréntesis de vida normal, o civil, las pausas entre los conflictos armados. Otra cosa es la continuación de la guerra mediante la propaganda política. Veo el despliegue que dedican a la Exposición General de Besarabia que se organizó en Chisinau en 1925, y que se usó como un foco de la cultura rumana en todo su apogeo. Se inauguró el 8 de septiembre de ese año en presencia del rey rumano Ferdinand, la reina María y el primer minisro I. C. Bratianu. En aquel entonces se supuso que los destinos de la Besarabia rumana y del resto de Rumanía quedarían ligados como la uña a la carne. Mediante veintiuna secciones expositivas los rumanos presentaban la flor y nata de los productos agrícolas y culturales besarabianos, desde publicaciones a vinos, y desde los juguetes Leo de la fábrica de juguetes de Chisinau a los productos de la famosa mercería Batik. Se buscaban asimismo nuevos mercados occidentales toda vez que la frontera del río Dniéster quería implicar el aislamiento, si no un cordón sanitario, respecto a los mercados rusos.

Pero que en Moldavia no sean tiernos con el reciente pasado ruso, o soviético, lo demuestran a las claras en la sala n.º 6 del museo dedicada a la «segunda guerra mundial y la represión estalinista». Está claro qué quieren indicar con el cariz de las fotos, como una que enseñan de G. Nicolescu, comandante del Regimiento 12.º de Gendarmes. Fue el primer coronel rumano en caer en la batalla de Tiganca el 9 de julio de 1941. También es evidentemente antiestalinista una multitud de cartas, ropas, uniformes de presos y deportados en Siberia y otros gulags, evidencias de una época negra sin vuelta de hoja.

No menos cierto es que por otro lado se muestran fotos de los campos de exterminio nazis de Auschwitz y Birkenau (donde perecieron al menos 4 millones de personas de 27 nacionalidades), pero donde se pone más énfasis y despliegue es en los campos de concentración de los soviéticos. Allí llevaron a miles de moldavos, de besarabios, como prisioneros políticos. «Durante 11 años, desde 1940 a 1951, los de la MSSR [República Socialista Soviética de Moldavia] fueron conducidos en tres oleadas masivas de deportación, en junio de 1941 ya fueron deportadas 3 470 familias de elementos anti soviéticos

(22 848 personas)… En la noche del 5 al 6 de julio de 1949, 11 293 familias campesinas (con más de 35 000 personas) fueron enviadas a penar sin especial delito a Siberia y otras áreas remotas del Imperio soviético».

También exhiben en el museo materiales que alegran el ánimo, aunque se trate de las antigüedades del país. Tienen bellezas de gran calibre empezando en su sala n.º 1 con una impresionante ánfora achatada de cerámica que lleva una pintura de Potnia Theron. Era una diosa madre del final del Neolítico y aparece rodeada de seis discos con círculos concéntricos, ideas sofisticadas del mundo según los artistas de Cucuteni-Tripolye, una cultura de entre el 4500 y el 3000 a. C., extendida por Moldavia, Rumanía y Ucrania. La diosa Potnia Theron está representada en silueta con rasgos estilizados y apoyada sobre unos pies que parecen aletas de un pez sobre el cosmos, como en una hipóstasis fantástica. Potnia Theron era la Dueña de los Animales, de la Tierra, de la Luna y del Calendario, cual la particular Artemisa, o Diana, o Bendis, de la mitología de los tracio-dacios.

Por supuesto hay otras muchas piezas cruciales en un museo nacional del porte del moldavo, aunque pocas merecen un lugar tan honorífico como la reproducción de la espada de Stefan cel Mare. Fue ofrecida por el primer ministro turco Erdogan a los moldavos, y está hecha con acero de Toledo. En España se trafica hasta con la Tizona del Cid, pero en Moldavia una espada de Esteban el Grande, aunque sea una copia, es tratada como una reliquia nacional, y puesta dentro de una urna de cristal como si fuese un cuerpo incorrupto. Tampoco faltan en el museo curiosidades como una máquina de calcular Bamberger universal, trajes de cantantes de ópera, monedas, platos turcos de cerámica. Pero vuelvo una y otra vez hacia épocas más remotas. Otro de mis favoritos entre los objetos expuestos es un recipiente zoomorfo encontrado en Olanesti que muestra a un carnero sobre un pedestal rectangular. Parece un extraño botijo, pero al carecer de pitorro debió de usarse no tanto con propósitos lúdicos como para contener ritualmente alguna sustancia en la cultura sármata. Datado en la segunda mitad del primer siglo de nuestra era, fue un hallazgo en 1960 de la arqueóloga A. I. Melyukova mientras excavaba en una necrópolis de Olanesti, en el distrito de Stefan Boda. Las volutas del carnero dan a su piel de barro un aspecto de gran realismo y uno en esta tarde de domingo, tan lejos de los parámetros de casa, sueña con cuando este mundo oriental estaba poblado por adoradores de las estrellas y por diosas de bosques no menos nemorosos que los de Diana en Nemi.

Al día siguiente me desquité viajando no al pasado sino al futuro, y el vino siempre lo es y no sólo porque da olvido. Fue cuando decidí visitar las bodegas Cricova, uno de los grandes templos del vino

moldavo. Necesité un taxi para llegar a ese complejo vinícola a una veintena de kilómetros de Chisinau donde se enorgullecen, con cierta razón, de embotellar los mejores caldos del país. Si no fuera así Putin no tendría allí su propia *Kassa*, la n.º 275, una bodeguilla con unos centenares de vinos selectos. Y entre tantos personajes de lustre o poder ni siquiera falta Angela Merkel y su *Kassa* es la n.º 291. Putin no ha vuelto a Cricova desde su visita en 2002, lo que se atribuye a que comparte su afición por los vinos moldavos con otros vinos más cercanos, y especialmente se ha declarado admirador del tinto Aluhsta de Crimea. En eso Putin no ha traicionado el gusto de sus antecesores en el Kremlin, pues incluso en épocas zaristas los máximos jerarcas rusos parecieron enamorados del vino que nace en las laderas del Mar Negro.

En el exterior de la bodega han puesto una enorme botella de champán de plástico, un anuncio como el del toro negro en otros sitios. Si acaso en Cricova añaden su lema: «Nomen est omen» («El nombre es el destino»). ¿Por qué no? No cuesta nada aseverarlo. Me pareció curioso que la bodega hubiese escogido esa frase y la archivé para cuando en la cata pudiera brindar. ¿Hay un brindis más propio que por *Nomen est omen?* Claro que antes tenía que descender a sesenta metros bajo tierra y hacer un viaje con el tren que tienen para recorrer una parte de sus ciento cincuenta kilómetros de galerías.

Una bodega gigantesca, en efecto, pero en la antigua URSS lo de menos eran las dimensiones. Y tampoco es que bromearan en la Rusia imperial. Se calcula que sólo en la bodega de Massandra (hoy en la Crimea reconquistada), la que fue fundada por el zar Nicolás II en 1894, guardaban un millón de botellas. Massandra sobrevivió a innumerables azares en parte porque su entrada se camufló durante la ocupación nazi. Luego el camarada Stalin recuperó el tesoro vinícola de Massandra, el cual en buena medida acabó en Georgia, su tierra natal. Pero todo eso nunca ha hecho desmerecer los vinos de Moldavia, especialmente los de la bodega Cricova. En 1966 el astronauta Yuri Gagarin se quedó tan enganchado en su visita que no salió de Cricova en un par de días, tal como cuenta la leyenda local. Después Gagarin les escribió una carta muy sentida, que han enmarcado aquí, demostrando su entusiasmo y prometiendo incluso traerles la próxima vez que fuera al espacio todos los metales que necesitaran en Cricova. Realmente lo que más se necesita es más madera. Más barricas. Tal vez Gagarin bebiese también, entre tanto caldo, uno de la varietal feteasca, uva tinta y jugosa original de Moldavia, a la que el propio Francis Ford Coppola ha echado el ojo para implantarla en sus viñedos de Sonoma en California.

Existe en Moldavia una bodega aun mayor que Cricova y se llama Milestii Mici, con 250 kilómetros de galerías y dos millones de

botellas, con lo cual ha batido todos los records Guinness en su género. Yo ya iba bien servido con la más modesta Cricova siendo una notable ciudad subterránea del vino, un dédalo de galerías arduas de conocer, y menos si no se va en el tren, una especie de metro de la propia casa. Aconsejan llevar una prenda de abrigo, porque si fuera hacen 30 grados, abajo la temperatura constante es de 12 grados, ideal para la conservación de unos caldos muy respetables. Todo cobra sentido al saber que esto era una mina de caliza, piedra con la que se construyó media Chisinau. En las galerías de la vieja mina es donde ahora han puesto nombres como la calle Sauvignon, o la calle Merlot, y donde alinean su cerca de millón de botellas. Producen, como gran alarde, vinos achampañados con procesos tanto al estilo *champenois* como con el método del *prosecco* italiano, es decir, o dejando que nazcan las burbujas o insertándolas ex profeso. En sus inmensas naves llenas de barricas de roble maduran los jugos de las generosas uvas moldavas, la feteasca, la rara negrea, las que dan a sus tintos un gran cuerpo, prestancia y aroma que si es de nueces, de flores, o de limones, eso ya va mucho en la imaginación que le echan los enólogos. Tampoco descuidan el vino *alb* o blanco, y entre otros hacen sutiles *chardonnay* que resisten la comparación.

Primero embarcas en un pequeño tren rojo que caracolea por calles llenas de cubas, y entre el frío y el olor, el tiempo y las explicaciones, te van entrando unas ganas crecientes de probar algo de ese mar de vino. Ya puestos uno quisiera incluso dar una vuelta a las botellas de champán, para despegar la levadura que les echan, pero te cuentan que para eso tienen operarios que consiguen dar un toque a 35 000 botellas diarias, cada uno de ellos. Lo cual denota una muñeca de hierro y unos dedos ágiles como liebres para girar miles de botellas unos centímetros.

Encima de tener ese tesoro propio, producido por los viñedos de la casa, en Cricova se ufanan de acumular parte de la que fue enoteca personal de Hermann Göring. Otra parte de la bodega del mariscal nazi fue enviada por Stalin a sus queridas tierras de Crimea y Georgia. Como eso ocurrió también con la bodega de los zares de Massandra no estaría de más reconstruir la pista de todo ese vino fabuloso, si es que no se ha evaporado con el tiempo, o trasegado de forma y manera inopinadas. Respecto a Göring y su afición a empinar el codo sólo iba tras su pasión por la morfina y por hacerse con una pinacoteca particular a base de tizianos y otros cuadros robados de grandes maestros. Quizá de eso le viniera la frase inmortal: «Cuando oigo hablar de cultura echo mano a mi pistola». No se puede decir que Göring, el que iba a suceder a Hitler, se privara de algo y para demostrarlo en Cricova sobreviven muchas de sus mejores botellas, los espectaculares borgoñas, oportos y burdeos de su colección privada.

Pese a tantos azares aún se puede admirar, no tocar, una botella empolvada, de la recopilación de Göring. Nada menos que un *Bourgogne Dry* de 1938, y que lleva el n.º 163. O un *Oporto Offley* de Boa Vista (Portugal) de 1937 al que hay que resistirse mucho de mente para no limpiarlo de telarañas y darle un tiento ideal. Suponiendo que no contenga cianuro potásico con el que se suicidó aquella joya del nazismo que fue Göring, el que preguntado sobre una de las innumerables ejecuciones de hebreos de aquel régimen infausto —el de los desolladores, decía Jünger— podía exclamar: «¡Yo decido quién es judío y quién no!».

El consuelo para el profano o el ignaro de viejos caldos intocables es, ya se sabe, que no siempre envejecen bien. Hay sorpresas al descorchar ciertos vinos añejos, incluso salen vinagres en los más queridos y reputados tintos. Nada se diga en los tintos en sangre.

Luego en Cricova se exponen o guardan, o ambas cosas a la vez, vinos muy raros, joyas secretas de la antigua URSS que han acabado en estas estanterías de cemento blanco: un *AK-Bulata* de 1965, vino de postre de Kazajistán. O un *Alamedin* de 1957 de Kirguicia, donde también elaboraron ese año otro vino de postre, un *Muscat Violet*. O una botella de *Gulistan*, un vino blanco de Turkmenistán de 1958 que parece guardar un enigma digno de Aladino si alguien se atreviera a abrirlo. Vinos singulares, pues, de Asia Central, donde las meras viñas son como joyas en medio de una estepa y unas laderas frías donde las uvas compiten acaso con la producción de otra bebida muy distinta, y me refiero al kumis, la leche de yegua fermentada. Un latigazo ácido para aplacar desde siempre la sed de las tribus y de las hordas.

Por su parte los nazis fantaseaban con dominar el mundo, arrancando, ya que les pillaba más cerca, desde occidente. Su ambición, fruto asimismo de una ebriedad a base de los mejores vinos robados de Europa, no tenía límites en el mundo visible, pero eso hasta confinar con Hegoland, la isla sagrada. Existe una isla llamada Heligoland en el Mar del Norte, pero lo que pretendían los nazis esotéricos, amén de hacerse con el Grial, era la isla sagrada que nadie vería salvo ellos. Entretanto sus jerarcas expoliaban renoirs, oros y los mejores tintos de Europa, para eso la ocuparon en buena medida incluida Francia y sus delicias borgoñonas. Pasada la resaca bélica muchas de las botellas que acopió Göring se empolvan ahora en los subterráneos de Cricova, y son como líquidos de un Conde Drácula que ya no se va a despertar. Esperemos.

Por fin la guía decreta que basta de anécdotas y de pasar frío, no siendo el menor el que produce en Moldavia rememorar la segunda guerra mundial y sus secuelas, y nos lleva a las varias salas de degustación, todas a sesenta metros bajo tierra. Su decoración oscila entre lo más exquisito, salones con chimenea funcionante, como si se

estuviese en un elegante *cottage* inglés, y salas de lo más *kitsch*, como una decorada con motivos de sirenas y otras pinturas submarinas, tal vez sea ahí donde se agarre una trompa digna de Neptuno. Luego se exclama más de un «Ah» al ver otro salón con una mesa larga y maciza para sentar al menos a cincuenta personas. Todo un gobierno del mundo podría poner ahí sus posaderas, aunque sus decisiones serían clementes, tal vez sabias, si bebieran unos crianzas mientras deliberasen. Eso impediría de paso que se pusieran serios, exactivos o extractivos, o simplemente crueles y vengativos al uso, decretando al mundo, menos a ellos, hambre, impuestos, calamidad, guerra y sobre todo sobriedad.

En cualquier caso tampoco está nada mal la sala donde empiezo a catar, junto a un grupo de norteamericanos de Kentucky, que así corre hoy el mundo, los cuatro vinos que propone la degustación de la casa. Hechas las bromas de que esto es mejor que el *bourbon*, pero sólo en ocasiones como la presente, se empieza por un *alb*, un Chardonnay blanco ligero de 2012. El maestro catador, joven, serio y sobrio, para impresionar aún más, te enseña lo de siempre, a marear la copa, y a ver los colores de oro tras el cristal a contraluz, y a aspirar el aroma como si fueses un entendido. Uno cree serlo al menos hasta la segunda degustación, la de un Cabernet Sauvignon *rosé* muy respetable de 2011. Para pasar poco después, y merced a unas cuantas porciones de *placinta*, una especie de empanada de hojaldre rellena de col y queso, a un señor tinto de uva rara negrea, siempre de 2011, que levanta un muerto con su cuerpo profundo, muy tonal como si fuese una campana catedralicia, quizás le falte un punto del aroma del botafumeiro de Santiago de Compostela, el que aniquila cualquier olor o peste menuda de los peregrinos. En fin, esto marcha y los de Kentucky están como unas pascuas agradeciendo el día en que este antiguo trozo bendito de la URSS se acomodó a las delicias vinícolas y capitalistas. La libertad de movimientos da una gran felicidad a quienes se lo pueden permitir. Y así embocamos la recta final con un *prosecco* que, por no copiar la denominación italiana, aquí llaman *crisecco*. Y ese es nuestro último pasaporte para regresar sanos, salvos y contentos a Chisinau.

A ese viaje de vuelta seguro contribuye primordialmente mi taxista, Aleksandro, acabado en o, como su rostro franco y oval. Enseguida está dispuesto a contarme algo breve de su vida cuando yo le digo que el vino estaba bien pero que el frío en las cavernas de Cricova era notable. Sonríe un poco al decirme que él pasó su servicio militar en Jabarosv, en Siberia: «Eso sí que era un maldito frío, hasta cuarenta bajo cero. Había que partir el agua con un martillo». Aleksandro en época soviética se apuntó a portugués como lengua extranjera, pero me dice que ya se le ha olvidado casi todo, apenas recuerda alguna

palabra como *obrigado*.

Al día siguiente, el martes 6 de agosto, era la fiesta de la Transfiguración, pero no había nada cerrado en Chisinau. Pensé que de todos modos la fecha se prestaba para ir a Dolna siguiendo el consejo de Aleksandra, la directora del Museo Pushkin. Contacto con Aurelia, la dueña de una pequeña agencia de viajes que se llama intrépidamente *Capitan Tur* (ella bromea llamándola Capitán Vespucci), y me pone al habla con su hermano Dorian, quien estos días no tiene mucho que hacer. Dorian está esperando una respuesta para ver si va a Israel, a trabajar en la construcción. Como Dorian habla un inglés sucinto, Aurelia cree oportuno que me acompañe también un guía que habla un francés impecable, en la vieja tradición de la Moldavia socialista, cuando el idioma de Voltaire tenía gran predicamento y difusión. El guía se llama Ion Perojoc y es un hombre corpulento, enorme casi con su metro noventa, y su gran cabeza de pelo blanco en la que apenas cabe una gorrilla de antiguo marinero ruso de Odesa. Lo primero que me dice Ion para que no haya malos entendidos, que por otro lado me serían imposibles por mi desconocimiento de la lengua moldava, es que su apellido significa paté. Perojoc entra de milagro en el utilitario coche de Dorian, pero desarrolla una gran capacidad de aguante y una erudición a prueba de la movida historia de Moldavia en las últimas décadas. La conoce bien por frisar ya los sesenta años, pero no por eso conoce peor páginas literarias de su país, y sobre todo domina la vida de Pushkin en la vieja Besarabia. Es, después de todo, el objetivo de ir a Dolna.

El único inconveniente, según Ion, es que yo, un insaciable del Oeste, después de visitar ese pueblo de Dolna pretendo hacer una incursión en la Gaugazia, un territorio autónomo del sur de Moldavia. Nunca se me habría ocurrido plantearlo si ambos sitios distaran entre sí una enormidad, pero no es el caso. La máxima distancia de norte a sur en Moldavia viene a equivaler a la que existe entre Madrid y Burgos. Otra cosa es que hoy parece que también vaya a apretar el calor.

—Bueno, pues lo intentamos —admite Ion—. Vámonos primero a Dolna. Y según acabemos, a la Gaugazia.

Para convencer a Ion ha contribuido la idea de hacer, cuando toque, una parada para comer en un sitio que a él y a Dorian, el conductor, les parezca bien. Y sin más, a una hora tan buena como las nueve de la mañana, enfilamos la carretera hacia el norte. Vuelve a mí el entusiasmo de ponerme en ruta, aunque no es para tanto dado que Dolna es un pueblo a justo cincuenta y cinco kilómetros de Chisinau. Sin embargo, tras salir de la general se ve un país idílico, con prados y colinas que se van derramando hasta entrar en un valle verde y estrecho, junto a la Reserva Natural de Codri. Hay pocas y

desperdigadas granjas y en las calles vacías y sin asfaltar de Dolna circulan manadas de patos conducidas por un tío con una vara. Luego pasa una carreta tirada por un caballo, lo que retrotrae al viajero al tiempo de Pushkin si no a otro anterior.

En las afueras de Dolna es donde se encuentra la mansión de Ivan Ralli, heredero de una ilustre familia de boyardos, los Arbore, gentes ricas y rebeldes de lejanas raíces griegas. Allí se alojó el poeta ruso en los meses de julio y agosto de 1821. El entorno de la casona no puede ser más bucólico, con un jardín que abraza su porche como si fuese un amigo. Y entre flores y setos se eleva el monumento al poeta de mejor ejecución de todos cuantos tiene en Moldavia, una estatua obra de Oleg Komov, capaz de expresar en piedra el carácter de un hombre. Representa a Pushkin llevándose una mano a un rostro pensativo y tocando con la otra mano una columna de mármol rota. Esa es la cuestión. Según Komov, «Pushkin se había fundido literalmente con el pueblo de Moldavia».

Ivan Ralli y su familia poseían prácticamente todas las tierras en Dolna y él tenía muchas hijas, algunas muy bellas. En su casa convertida en museo hay un marcado toque femenino, colores rosas tenues, rosas palo, en cortinas y tapicerías, y muñecas cada una vestida de forma diferente y que llevan los nombres (Ekaterina, Mariola…) de las hijas de Ralli. Pero ninguna de ellas atrajo a Pushkin y menos tras conocer a Zamfira, la gitana que acampaba con su tribu en los alrededores de Dolna. Pushkin no se quedó prendado de Zamfira, sino fascinado y puede que enamorado perdido. Pushkin abandonaba el confort de la casona de su amigo Ivan para ir al campamento de los gitanos. Allí el poeta pasaba días y noches seguidas sin otros horarios que los que marca la luz de la hoguera y la oscuridad del interior de un carromato. Se emborrachó de nomadismo romántico, de canciones y bailes para derrotar la rutina del mundo, y así fue como Pushkin acabó componiendo en Moldavia un largo poema que dejó clavado para siempre el espíritu de los zíngaros de ese país. «Los gitanos, masa ardiente, /vagabundean por Besarabia. / Hoy bajo sus tiendas, / cerca del río, han dormido».

Dolna se llegó a llamar Puchkino en tiempos soviéticos, y prueba de la devoción que tenían éstos por el poeta de San Petersburgo fue que durante muchos años hubiera una especie de peregrinación hasta aquí el día de su cumpleaños. El pueblo ya ha regresado, como tantas otras cosas, al viejo topónimo, a Dolna, que tiene que ver con la palabra *dolina*, valle en varios idiomas eslavos.

Eugenia es una campesina de Dolna que acompaña a los visitantes en su recorrido por la mansión campestre de Ralli, restaurada varias veces y convertida en museo desde los años cuarenta del pasado siglo. Sonríe un poco tímida al poner en marcha una caja de música de 1816

que, pese a renquear un poco, todavía saca su ingenua melodía. Óleos, acuarelas, grabados se distribuyen por unas habitaciones donde no puede respirarse mejor aire, ni oírse más silencio, pero hay que imaginar encerrado ahí al inquieto Pushkin, el que tenía un alma que se le salía por la ventana y le llevaba a los prados de Zamfira. Ralli, el rico boyardo, propietario feudal, y al tiempo alma sensible, fue leal con su amigo y no se molestó porque prefiriera la compañía de los zíngaros muchas de las noches que pasó en Dolna. En una carta de Pushkin a Alexeiev, uno de sus amigos de Chisinau, escrita en 1830, cuando al poeta sólo le quedaba un gran equipaje de nostalgia de la Besarabia, suplicaba: «Háblame, querido amigo, de los lugares donde te aburres pero que son tan queridos en mi imaginación… de las bellas mujeres que ciertamente habrán envejecido, de todos los que me son queridos, mujeres y hombres, vivos y muertos. Mi estancia en la Besarabia no me ha dejado rastro alguno por el momento, ni en verso ni en prosa. Dame tiempo y espera y verás un día cómo yo no he olvidado nada».

Y así fue, luego le salió a Pushkin el poderoso poema «Los zíngaros», con toda su lucha interna entre la libertad del individuo y la coerción de la sociedad, y ahí volcó toda su posición individualista, y la felicidad como un problema filosófico y trágico, por eso quizá los soviéticos lo admitieron, reconociendo el tema principal de Pushkin, no otro que la humanidad y el mundo. La materia prima que todos los sistemas aspiran a cambiar antes de que venga el logro de «a cada cual según sus necesidades, de cada cual según su capacidad», la aspiración suprema superada la lucha de clases, aunque algunos se pasen todo el día esperando el Juicio Final y la resurrección de los muertos, y otros anhelando el *parinirvana*, que es más seguro con su extinción hasta del último átomo del ego. De quererse eso, que tampoco todos lo quieren, y de ahí que se construyan catafalcos de mármol de Carrara. En todo caso Dolna acogió en época soviética festivales de Pushkin (poesía, música, pintura) que no desmerecieron ante los que aún se organizan en Rusia en honor de ese autor, como los de Mikhaïlovsköié o de Boldino.

El escritor moldavo Pavel Bozzu ha recordado que el exiliado Pushkin buscaba en Besarabia las huellas de Ovidio, las más profundas, pero también los rastros de la cultura popular. «No cabe duda de que el poeta [Pushkin] ha sabido encontrar el camino más corto al corazón del pueblo moldavo. Empezó a comprender nuestra lengua, nuestras canciones, apreció en su justo valor nuestras riquezas espirituales».

En el museo de Dolna han puesto bustos en piedra de Negruzzi y Stamati, poetas moldavos considerados, no ya clásicos sino eximios, y que conocieron a Pushkin y, siguiendo de cerca sus huellas, tradujeron

sus obras al rumano del país. Y no faltan numerosos cuadros de artistas moldavos, que en época rusa, soviética, o ya independiente, han tratado de captar el espíritu de Pushkin vagando por los campos de la Besarabia como si fuese su gran bardo nacional, si no su Ossian particular. Eso es al menos lo que evoca la pintura de un Pushkin con aire entre épico y romántico de Anicheev de 1953, y lo mismo, otro óleo debido a Grigoreschenko de 1989.

Ion me dice que el amor de Pushkin por los gitanos, y por su Zamfira en especial, es algo que hay que encuadrar y valorar en aquella época, principios del siglo XIX. Había prejuicio étnico y cultural contra los zíngaros, pero nada que ver con el que existe ahora cuando todo eso se ha desbordado. La causa esté tal vez en las cifras de los gitanos y en la mala prensa que, según él, tienen los rumi en Rumanía (donde superan los dos millones).

—En Sibiu (Rumanía) es donde vive el emperador de todos los rumi —me recuerda Ion, a quien está claro que le gusta el tema—, y luego está también el rey de los gitanos, Florin Ciobá, que vive en la ciudad de Kraiova, siempre en Rumanía. Realmente ha sido él mismo quien se ha autoproclamado eso. Ciobá tiene una relación muy buena con Traian Basescu, el presidente rumano, y también una corona de oro puro de dos kilos, como lo oyes.

Por esas fatídicas carambolas de la historia fue en la academia militar de Kraiova donde estudió Ion Antonescu, el que en 1944 llegó a ser el *conducator*, el término rumano para *duce*, *führer* o caudillo, figuras todas equivalentes en el nazi-fascismo. *Cârmaci*, el hombre de la caña, el timonel, se decía en cambio de Ceaucescu (y de Mao). Pues bien, el *conducator* rumano se apuntó ser el responsable de la eliminación de no menos de 10 000 gitanos y de 300 000 judíos. Holocaustos de personas, hecatombes de hombres como si fuesen reses, y la campana de la memoria humana que repicaba a muerto en Europa no hace tanto tiempo.

Tras la segunda guerra mundial los gitanos supervivientes se quedaron en mayor medida en tierras rumanas. Ya sea en Rumanía como en Moldavia los rumi han mantenido sus dos grandes dialectos romanís, derivados ambos de la India, uno del Punjab y el Rajastán, y otro del sur, de Maharastra. Algo que les une es su adoración más o menos explícita a Davia (Devi), su antigua diosa suprema. Amén de la conservación de leyes propias, que se llaman *kris*, y que suscitan más acatamiento que las propias del país. Y por supuesto los rumi cumplen lo que manda el *vaida*, el jefe de los gitanos. En las ciudades moldavas de Soroka y Otaci viven los principales *vaida* y lo hacen en casas cuyo lujo por dentro no es comparable con su relativa modestia exterior. Ion conoció la casa de un *vaida* y le pareció de un boato indescriptible.

—Son la elite, tienen de todo —cuchichea Ion como si me confesara

un secreto—. Están en los mejores puestos aquí en Moldavia, nada de marginación. Ya quisiera mucha gente tener su nivel económico. Hasta hace poco tenían un *vaida* que vivía en París y que incluso quiso fundar un nuevo país llamado Romanestán.

El tema gitano apasiona a Ion, y se ha puesto tan contento tras la visita a la casa de Ralli que ahora me quiere llevar a la fuente, en las mismas afueras de Dolna, que Pushkin frecuentaba durante sus encuentros con Zamfira. Ion pronuncia la palabra *rom* (otras veces se dice *roma* en singular y *rumi* en plural) como si tuviese tres erres y las hace sonar con la rotundidad de un redoble de tambor. Hombre instruido como es, no deja de tener su propia teoría sobre el vocablo zíngaro, gitano, y especialmente sobre *tzigane*, que según él vendría de *tzi*, una dinastía o casta india del siglo XI que persiguió a esas gentes hasta el punto de que tuvieron que abandonar el Indostán y buscarse la vida en otras metas. Por otro lado, Ion no puede quedarse en un solo trozo de hipótesis. Como antiguo alumno de escuela soviética tiene que llegar al final del razonamiento y por eso añade algo aún más sorprendente, como que en la palabra *tzigane* la terminación —no está seguro de que sea un sufijo— *gan* o *gane* vendría de Ganga, el río sagrado de la India. A uno le parece más lógico que *rom*, o *zot*, o *dom*, tuviese algo que ver con alguna subcasta o con gente fuera de casta (los dom son los más impuros, los quemadores de cadáveres en las piras aún en la actualidad de la India). Siempre según mi guía Ion, indesmayable ante la exploración del mundo hipotético del léxico, cuando los zíngaros llegaron a esta parte oriental de Europa y les preguntaron quiénes eran, ellos decían que tzi-gans, en el sentido de huidos de los tzi del Ganges.

—Pero ellos a sí mismos no se llaman así tzigane, ni otras palabras similares que para algunos significan ladrones. Ellos se llaman rom, es decir, hombre. Y basta.

Ion no se mueve con mucha agilidad, yo creo que debe de tener bastante alto el ácido úrico, me suena que sufre de gota, pero es muy orgulloso y no acepta hablar de ello, ni que yo le tienda mi mano para sortear algún desnivel en el sendero. Me ha prometido ir a la fuente de Pushkin que debe de andar en medio del bosque que rodea a Dolna.

—Quiero que veas también un lugar llamado Poiana Zemphira, el claro del bosque de Zemphira.

Ion prefiere esa variante, Zemphira, del nombre de la gitana Zamfira, el amor de Pushkin. Un viajero tiene que estar atento también a las vocales, pocas como oasis en algunos idiomas llenos de consonantes, por ejemplo las lenguas eslavas. Y allí vamos, subiendo una pequeña loma y entre los mosquitos que este año, tras las grandes lluvias que han caído, han salido como legiones desesperadas en los bosques moldavos. Primero visitamos un humilde caño del que mana

agua muy fría y que según Ion es de la que bebían Pushkin y su enamorada. Puede ser y si no, está *ben trovato*. Es inútil ponerse a hacer disquisiciones a lo Heráclito y que nadie puede beber dos veces de la misma fuente. En realidad me gusta más pensar eso de que nadie se puede bañar dos veces en el mismo río. Todo fluye incluido el sudor por el cuello de la camisa, cuando el escudo del bosque no puede con el calor de esta mañana veraniega. Luego hay que ascender un repecho y así se llega a una explanada entre olmos y manzanos, el sitio exacto donde, según algunos estudiosos de Pushkin, y el propio Ion, los gitanos de la familia de Zamfira ponían su campamento y organizaban sus zambras.

—Pushkin desde luego tuvo que haber andado por aquí o si no muy cerca de este prado —comenta Ion entornando aún más uno de los ojos que tiene semicerrado y ahuecando en este sitio, tan solemne para él, su voz de bajo.

El caso es que le creo a Ion, más incluso que cuando trata de darme su versión sobre dónde fue a dar Ovidio con sus huesos. Este es un tema debatido pese a que los rumanos sostienen que el poeta latino murió y fue enterrado en la actual Constanza (la vieja Tomis de la Escitia griega). Ion no lo tiene tan claro.

—Hay un gran monasterio en la orilla derecha del río Dniéster que se llama Tipova, en realidad es una peña horadada con una iglesia. Eso está cerca de una cascada del río Nistru, ya sabes, es como llamamos aquí al Dniéster, y es donde algunos han situado el lugar de la posible tumba de Ovidio. Claro que según otros se trata de la sepultura de Orfeo.

—Pero, Ion —le repongo—. Orfeo fue un ser de ficción. Publio Ovidio Nasone era de carne y hueso.

—Es cierto, si hablamos de esas épocas las historias se mezclan con supercherías. Pero Tipova es un sitio fantástico, te lo recomiendo por si puedes ir, incluso puedes acercarte a otro monasterio rupestre de la zona, que es fantástico. Se llama Saharna, y ése ya tiene milagro en toda regla: allí se apareció la Virgen María en una roca.

Es lo que pasa en los viajes, que son ovillos interminables con los que juega en el aire el sonriente gato de Cheshire: tiras del hilo y nunca acabas.

—Por supuesto Ovidio —continúa Ion— fue tan real como su no tan velada crítica a la conducta ligera de Julia, la hija del césar Augusto. Esa, ya lo habrás leído, fue la causa de su destierro. Aunque también se cree que Ovidio cayó en desgracia por un mal augurio que no debía haber escuchado. Sea lo que fuere lo que motivó su exilio, Ovidio acabó sus días en lo que se llamaba la Escitia Menor, y eso era entonces un sitio espantoso para los romanos. Ahora en cambio vas a Constanza y para los rumanos es como su Costa Azul.

Pushkin tuvo desde luego dos amores claros en Besarabia, el de Zamfira y el de Ovidio, que no fue a la zaga. Y no sólo perteneció a la logia masónica dedicada a Ovidio, se ensimismó en el exilio del poeta latino hasta sentirlo como el suyo propio. Pushkin seguramente también temió la razón que Ovidio atribuyó a su desgracia: *Carmen et error*, poema y error, que ambas cosas se fundieron para su desdicha. Escribió unos versos que disgustaron al emperador Augusto. Pagó caro su error. Al poder no se le roza ni con una pluma. Otra cosa es que Pushkin compusiera «Los zíngaros» como resultado de su amor —mientras duró— por su Carmen, por Zamfira, la más maravillosa entre las muchas mujeres que le adoraban en sus días de exilio en Besarabia. Como nuestro plan es ir acto seguido hacia el sur del país, paramos a comer en Andy's Pizza, una franquicia moldava que tiene a su favor el hacer comida casera a precios de comida rápida. No sé cuánto durará, pero es un sitio con una relación precio-calidad imbatible. Nos hacemos con unos buenos raviolis moldavos y una *solianka* rusa (o *sopa salada*, que admite desde carne a pescado, a verduras de topo tipo), antes de acometer el viaje a la región sureña de Gaugazia. Es una autonomía que ha dado más de un quebradero de cabeza a la independiente Moldavia. Hay que retroceder a 1991, cuando afloraron viejas pulsiones nacionalistas que permanecieron amortiguadas durante la URSS. Moldavia era un soldado de la URSS firme como una roca. Una vez en un *Plenum* Stalin se fijó en el joven Breznev, que llegaría a ser secretario del PC de Moldavia, y al parecer comentó al mariscal Zukhov: «Mira, un buen moldavo». A lo que éste contestó a Stalin: «No, es un buen ruso soviético». Otro ilustre ruso vinculado a Moldavia fue Mihail Frunze, gran héroe de los bolcheviques, comandante luego de las fuerzas soviéticas, y cuyo padre era originario de la Besarabia. Mihail Frunze en cambio nació en Bishkek, o Frunze, porque la capital de Kirguizistán llegó a recibir su propio nombre. Pero llegado Stalin al poder Frunze fue uno de los muchos dirigentes que cayó en desgracia. Stalin lo purgó de una manera tan cruel como original: cuando Frunze se fue a operar del estómago no salió vivo del quirófano. Bastó aumentar la dosis de cloroformo.

Nuestro objetivo es ir todo seguido hasta Comrat, la capital de Gaugazia, región autónoma que cuenta con un territorio de 1 800 kilómetros cuadrados y con en torno a 150 000 habitantes de un origen poco claro. Esa es la cuestión. Para algunos se trata de descendientes de turcos de época seljúcida que se cristianizaron. Otros creen que los gaugazios proceden de una tribu urálica que fue descendiendo por el mapa oriental. Habrá que ver algo de eso sobre el terreno si es posible. El asunto es que poco antes de Comrat ponen en la orilla de la carretera un gran cartel de bienvenida a la «Unidad Territorial Autónoma de Gaugazia», todo ello escrito con grandes

letras, y bajo un poste con escudo propio, lo que al extranjero le suena como si estuviese llegando a otro país. Y al parar en una gasolinera cercana no es difícil comprobar que ya el moldavo, lengua cuyo sonido rumano y hasta romano puede resultarte familiar en poco tiempo, ha dado paso a un idioma túrquico e impenetrable, el gaugazio. Eso cuando esa gente no habla ruso, que también es muy utilizado.

De momento no vamos a visitar Comrat, la gran metrópoli de Gaugazia, una ciudad alineada y construida como tantas otras de la antigua URSS, sino un pueblo llamado Besalmá. Es un nombre poético pues se traduce por «cinco manzanos». Debe de ser un sitio pequeño y no damos con el desvío desde la general, una vez rebasado Comrat una buena decena de kilómetros. Tenemos que preguntar a un pastor de ovejas, cosa que me parece fascinante, pues es como saborear un requesón del tiempo pasado. El pastor anda con su rebaño a la vera del ramal de grava donde nos hemos metido, y no es que vaya con pelliza ni nada parecido, pero bien se ve que es de los que aún echan muchas horas en estos campos pelados de la Gaugazia, por no decir yermos interminables entre colinas pardas. Eso es lo que tiene en general la estepa de Budjak (Bugeac), el eje de la Gaugazia que llega desde el sur de Moldavia hasta el Mar Negro ucranio. El pastor nos dice que hay que retroceder y coger otro desvío, así que no hay más que echarle paciencia. Los días de verano siempre juegan con su luz a favor del viajero.

Los gaugazios que voy viendo son un poco cazurros, y se nota que su país, o lo que sea su diferencia, es sobre todo una lengua. En otros aspectos, como en materia de creencias y ritos, se sienten más ortodoxos que los ortodoxos de cualquier lugar de Moldavia. Respecto a los trabajos y modos de vida no hay diferencia apreciable entre gaugazios y moldavos, ambos cultivan viñas y producen vino, y algunas otras cosas. De este modo la vid es el árbol sagrado de su pueblo, aunque sea un poco chaparro, entre otras razones por la ausencia de bosques dignos de ese nombre en Gaugazia. No extraña entonces que también Gaugazia se enorgullezca de una bodega como si fuese el no va más de su cultura. La bodega Kirsova es una de las doce principales de Moldavia, las que en conjunto llegan a producir casi medio millón de litros anuales. Si a esa cifra se le resta un poco de lo que bebe el pastor en su casa, no altera el resultado.

Esgrimiendo la cuestión de que en la Gaugazia se habla un cierto turco, el Gobierno de Ankara da algún dinero, por ejemplo una subvención para el edificio de la Universidad de Comrat. Los turcos no quieren dejar pasar la oportunidad de ayudar económicamente (siempre de forma moderada, se entiende) a restaurar su perdida influencia en el país. Moldavia fue otra de sus colonias en tiempos otomanos. Lo cierto es que si Moldavia fue desgarrada por Rumanía y Rusia repetidas veces, de quienes nadie se acuerda es de los sultanes de Estambul, los dueños de buena parte de estas tierras durante siglos. Por eso resulta sorprendente, al menos me lo parece, que aquí en Gaugazia se hayan refugiado los turcos que abjuraron hace siglos del islamismo, y que son cristianos fervientes como pocos.

Los gaugazios constituyen más del 80% de la población de esta tierra que reclaman con más o menos clamor. Y así, aprovechando su cierta diferencia étnica, cultural y lingüística, pese a su exigüidad numérica y a estar rodeados por Moldavia por todas partes, se han sumado a la política del divide y vencerás, y a la de amenazar con ser independientes, no vayan a no concederles lo que piden. Y en ese tira y afloja andan con el Gobierno de Chisinau.

Siguiendo el curso de la más reciente historia moldava, Gaugazia ha estado bajo el Imperio ruso (1812-1917), bajo el reino rumano (1918-1940), con el dominio nazi de 1941-1944, y bajo la URSS, que ya intentó liberar el país en 1940-41, pero que de hecho integró a toda Moldavia desde 1944 a 1991. Y a partir de 1991 han estado en la nueva Moldavia. Los gaugazios temieron particularmente los renovados intentos de Bucarest de rumanizarlos, y por eso se inclinaron por lo ruso, y por esa lengua, la que más hablan después de la propia. Piensan que con el ruso tendrán más desahogo y acogida que con el moldavo, dado que su intención, y no tan oculta, sería llegar a una independencia. Una que no fuese tan folclórica como la

que intentó un campesino en 1906 declarando la República de Comrat y ésta duró cinco días. Volvieron a intentar algo parecido en 1990, y sobre todo en 1991, cuando Moldavia se emancipó definitivamente de la URSS hundida. Los gaugazios volvieron a la carga, y lo mismo la Transnistria, si bien hoy día es esta última región la que posee una separación *de facto* de Moldavia, cosa que en Gaugazia no ocurre. Por consiguiente las espadas siguen en alto y no ha ido adelante la idea de crear un Estado federal en Moldavia con tres repúblicas, Moldavia propiamente dicha, Gaugazia y Transnistria.

Teniendo el ejemplo separatista de la Transnistria en plena vigencia, en Gaugazia se aprovechan de eso en alguna medida para amenazar al Gobierno de Chisinau. Si nos dais mejores carreteras y tendidos eléctricos y demás, seguiremos sin rasgar —vienen a decir— el pequeño pañuelo de la vieja Besarabia, tierra tan ambicionada como rota en los siglos.

A treinta kilómetros de Comrat, Besalmá es la capital cultural de Gaugazia, en realidad un pequeño pueblo que a uno le trae recuerdos de Castilla, cuando en las tardes de verano nadie pasa por las calles y el calor se va comiendo las tapias blancas y los campos pardos. No es cierto que los pájaros caían desmayados o achicharrados por no poder respirar (conozco a quien los derribaba con un tirachinas). Por eso a lo mejor en Besalmá, para hacer ver que son muy buena gente, han pintado de azul chillón los muros de la iglesia del pueblo, mientras sus cúpulas con forma de cebollas de oro parecen faros de coches encendidos en pleno día, todo para que no se diga que este es un pueblo dejado de la mano de Dios.

Comrat es la sede del Gobierno autonómico, y donde reside el gobernador que se llama *baskan* en su lengua. En cambio Belsamá debe su aureola de epicentro cultural, y casi espiritual de Gaugazia, a haber sido el lugar de nacimiento de Dimitri Karatchoban (1933-1986), a quien en sus 53 años de vida le dio tiempo de ser un notable poeta, etnógrafo, director de documentales, autor de teatro y museólogo. De hecho el Museo Etnográfico de Besalmá constituye, desde su inauguración en 1966, una especie de modesto santuario consagrado a su figura. Karatchoban está presente en un busto de piedra y en otro de metal y en pinturas y dibujos. Todo cuanto tocó incluso de refilón ha sido rescatado: su diploma de estudios en el Instituto Gorki, cartas y fotos, y por supuesto sus versos: «Mi tierra es verde y generosa, / vibrante y libre como un pájaro».

Sin embargo no es así de libre pese a la autonomía conseguida en 1994. Además los gaugazios tienen el problema de que su territorio es discontinuo, con la mayor pieza situada en torno a Comrat y otros dos fragmentos que constituyen dos pequeños municipios aparte. El museo de Besalmá ignora esa clase de menudencias y Anna, la guía, una

joven con gafas y morena, que no desentonaría en el moderno barrio de Karaköy de Estambul, alardea de que atesoran entre una cosa y otra seis mil artefactos. Y como Anna es muy precisa, y consciente de que hay que cuidar al forastero que siente curiosidad por su conato de nación, se deshace en explicaciones sobre unas calabazas que antes se pintaban y se usaban como recipientes. Las tiene por algo único de la Gaugazia y no parece gustarle mucho mi comentario de que los indios huicholes de la Sierra Madre de México usan ese mismo tipo de cucurbitáceas para almacenar agua. Y es que algunos extremos nacionalistas a veces tienen el prurito de que han inventado la pólvora.

Peor llevan los gaugazios la discrepancia que aún existe sobre su origen. Por un lado el elemento turco es innegable en términos lingüísticos, y se suele manejar el dato de que proceden de Dobruja, de la Turquía seljúcida. Se trató además de turcos que fueron a los Balcanes, especialmente a Bulgaria, donde abandonaron el islam para abrazar el cristianismo, y desde allí pasaron a la Besarabia. Así las cosas vendrían de un clan turco, el de los Oghuz o Uz, clan que habría originado precisamente la palabra *gaugazio*. Ion, en un aparte, me dice que los de aquí nunca confesarían la verdad, que *gaugazio* significa *traidor*, y ello porque traicionaron su fe musulmana. Si bien no faltan otras versiones que relacionan a los gaugazios con pechengos y kipchak (cuman).

Anna, sometida a la pregunta directa del origen de su pueblo, sostiene que *gaugazio*, como tal nombre gentilicio, procedería de *gaga*, o *aga*, jefe o rey de los ogutz. Pero para mi sorpresa Anna no tiene inconveniente en admitir que todavía es más plausible que ellos vengan de una tribu urálica, por consiguiente del borde nororiental entre la Rusia europea y Asia, desde donde habrían emigrado hacia el sur. Hipótesis que desde luego necesitaría un más consistente apoyo científico. Y eso creo porque en este museo gaugazio dan incluso cierta relevancia al hecho de que ya en 1895 el general ruso Maskof, aficionado a la etnografía que yo tildaría de militar, sin contemplaciones, reduciendo las teorías a sus prejuicios, afirmó que los gaugazios eran completamente diferentes de los búlgaros. Maskof quería decir con eso que él era un exquisito estudioso y que no se dejaba llevar por las impresiones, pues hasta entonces para una potencia colonial como la zarista no se había entrado en exquisitas diferenciaciones de pequeños pueblos oscuros y a menudo balcánicos. El militar Maskof, llevado de su autointegridad intelectual, dio en cambio carta de naturaleza a una minoría búlgara (y luego moldava), de origen turco y de religión ortodoxa griega, y eso forma un puzle, el gaugazio, que dura hasta hoy.

No falta una reproducción de una inscripción túrquica que Raliof,

otro estudioso ruso, descifró por primera vez. Se la tiene en el museo por la primera mención de la existencia del pueblo gaugazio. Según Ion, que no deja de mover la cabeza de un lado a otro, y no como los hindúes que usan ese gesto para asentir, los gaugazios son eslavos, no turcos, por mucho que quieran imponer esa idea en Moldavia. Pero sin duda forman parte de la Moldavia profunda, o de lo que va quedando de ella ya entrada la segunda década del tercer milenio.

La directora del museo se empeña en que veamos una película documental hecha por Karatchoban en 1968. Las imágenes son en blanco y negro y tienen su fuerza al mostrar las costumbres matrimoniales de Gaugazia. Se ve cómo en una procesión nupcial los viejos del pueblo en un momento dado se tumban en el suelo y se hacen los muertos en medio del camino. Una manera de expresar que con el matrimonio muere lo viejo y se abre paso la juventud, la vida. En otra escena filmada en plena fiesta ellos y ellas se pegan monedas en la frente y sus parejas han de cogerlas con los labios. Es un beso que sella la mayor importancia del amor sobre el dinero. En otras secuencias los jóvenes juegan a darse de comer unos a otros con una cuchara. La cuestión es que no se pueden usar las manos para alcanzar la comida, ha de ser cazada con la boca, y los que empuñan las cucharas las retiran una y otra vez entre el jolgorio correspondiente. Esto se imagina, puesto que se trata de una película muda. En otro momento los invitados y los novios se manchan las mejillas, o se las embadurnan con alguna salsa, y según interpreta Ion eso es algo que aún se hace en Pascua, cuando las gentes más bien en ámbitos rurales se pintan las caras de rojo para denotar salud.

En varias vitrinas del museo reproducen escenas ingenuas con maniquíes. Por ejemplo aparece el campesino pobre, hecho casi un harapiento, y el campesino rico con altas botas de cuero. Hay hasta un trillo, y cuando le digo a Anna que los he visto usar en Castilla vuelvo a fundirle algún esquema museístico que le hayan enseñado, pues a ese patín con la base llena de pedernales lo tenía como único y representativo de la cultura gaugazia. Incluso parece enojarla un poco saber que los trillos adornan las paredes de bares y mesones de muchos pueblos españoles.

En un panel se muestra la oración para que llueva, y me gusta su título, Pipiridu, y su sustrato animista y pagano. Esa religión primitiva, a pesar de que los gaugazios tengan a gala ser más ortodoxos que los monjes del monte Athos, duró considerablemente y su conversión a una religión monoteísta debió de ser muy tardía. Lo más probable es que los gaugazios tuvieran un origen urálico, y que de ahí se deriven sus reminiscencias paganas y nórdicas. Su conversión de musulmanes en cristianos ortodoxos parece un automatismo demasiado forzado. En cualquier caso no escatiman

espacio para exhibir objetos de la religión ortodoxa, desde cruces procesionales a gorros de sus dignidades eclesiásticas, cuya antigüedad por otra parte descarto que llegue a medio siglo. Claro que eso es todo un éxito de antigüedad con todas las turbulencias históricas que han sufrido en estas tierras.

Ion mira el reloj y Dorian, nuestro conductor, que ni siquiera ha querido ver los documentales, ya parece tener ganas de volver, pero está de acuerdo con echar antes un vistazo a Comrat, la capital. Nos despedimos de la gente del museo, que hoy recibe la visita de un nutrido grupo de gaugazios, más bien campesinos y de edad, y muchos de ellos aprovechan para hacernos fotos a nosotros, los visitantes que venimos de Chisinau, como si fuésemos sujetos curiosos de observación, y no al contrario. Estamos no en vano en una zona que va un poco al revés de todo.

En la entrada de Comrat han puesto un monumental cartel que dice «Gaugaziya Komrat Dolayi», sugiriendo que se entra poco menos que en la capital del Estado libre de Gaugazia, no siendo así. Aparte están los lazos ortodoxos, más inextricables que un nudo gordiano, que unen a Gaugazia con el resto de Moldavia y aún con otros lugares del Este. Acaso es que en Comrat padezco un golpe de *déjà vu*. Pero algo así me pasa al contemplar la céntrica y voluminosa catedral de San Juan Bautista, que no tiene pérdida por la pintura de su atrio que muestra una cabeza del santo en una bandeja.

Los frescos de la basílica no son anteriores a la caída de la URSS, y yo no sé si es por las velas, o por el inminente crepúsculo, que parecen pálidos, como si estuviesen ahí pintados toda la vida. Y por supuesto sin dejar espacio vacío en muro alguno, y sin concesiones de ningún tipo a la imaginación individual. Todo es evidente, como un cromo continuo, nada digamos el iconostasio. Es el habitual uso pedagógico de las paredes y las escenas bíblicas de los templos ortodoxos, y hasta el propio techo y el interior de las cúpulas tendrían algo que ver si hubiese luz. Con todo hay algo que destaca en la catedral de Comrat y es el gran fresco de la Transfiguración que cubre la pared de la izquierda, tema que parece perseguirme en este agosto de Moldavia. Aquí se vuelve a mostrar al público, ahora compuesto por Ion y por mí, cuando Cristo se quita las sandalias de pescar y de andar por los caminos y la túnica breada por los soles y el polvo, y aparece en el Tabor como dios más que potente, omnipotente. Para que sus aterrados discípulos mayores, Pedro, Santiago y Juan, supieran de una vez con quien se habían jugado los cuartos. Ósmosis divina, seguramente, más que transformación. Un misterio si alguien lo atendiera, que lo dudo en este vacío. Preguntamos a las *babushkas* que venden recuerdos, estampas y velas dentro del templo, y responden que sí, que hoy mismo es cuando cae esa fiesta de la Transfiguración

pero en Comrat sólo lo han celebrado con una misa esta mañana.

Gaugazia posee un poco de frontera internacional con Ucrania, pero eso lo debe a Moldavia que es donde está enclavada. Siendo algo anecdótico no justificaría el revuelo que a veces arman los gaugazios para querer ser un nuevo país dentro del desconcierto de las naciones, salvo que se cambie de óptica y se admita que no sólo existan naciones diminutas, sino incluso individuales a poco que se tenga algo de especial respecto al vecino. Es una manera como otra cualquiera de decir que nuestro viaje a Comrat había concluido y que en menos de dos horas estaríamos en Chisinau y, uno particularmente, en el hotel Dacia donde el silencio sólo es interrumpido por la manada de los perros randas que salen a cazar basura al anochecer.

Tras Gaugazia uno estaba más que listo para la siguiente etapa del viaje, ir sin excusa al territorio plenamente rebelde de la Transnistria, y a ser posible regresar incólume del lance. Después de todo «Desacostumbrarnos de lo mediano» es lo que proponía Goethe en su «Confesión General».

—La Transnistria es un *buco nero* [un agujero negro] —me dice Valerio, un chófer moldavo que vive en Bolonia, pero que ahora está de vacaciones en su país.

Va a ser él quien me lleve a Tiraspol, la capital de los rebeldes, conduciendo por una carretera espléndida y vacía. A unos cien kilómetros al este de Chisinau empieza el territorio rebelde, la Transnistria, que quiere decir más allá del río Dniéster. Los rusos llaman a esa tierra Piniestrova y es como un micropaís fantasma del Este de Europa, no reconocido muy a su pesar por la comunidad internacional, como les pasa a Nagorno Karabaj, Abjacia y Osetia del sur, otros lugares en disputa de la antigua URSS. Conozco Nagorno Karabaj de cuando hice en 2007 un documental de televisión sobre Armenia, el país donde está enclavado. Es un lugar de gente muy aguerrida contra sus vecinos, los azeríes, a quienes no van a permitir fácilmente que los asimilen. Ahí se confrontan también cristianos *versus* musulmanes, petróleo y espacio vital. Viejos temas. Pero el de la Transnistria es si cabe de mayor calado. Semejante alteración territorial e internacional se produce en las mismas puertas orientales de Europa. Y los soldados rusos son quienes controlan las fronteras de ese país no tan imaginario a medida que avanzas hacia él.

He tenido la suerte de conectar en Chisinau con un agente de aduanas de Moldavia que me ha prometido pasar la frontera sin excesivas mordidas ni dilaciones, y por supuesto sin arriesgarme a ser detenido arbitrariamente. Eso se va a producir por la zona de Varnitza y si acaso me recomienda tener precaución con las fotos a militares fronterizos y con los dineros. Conviene cambiar dólares y no euros por rublos de Transnistria, pues ni siquiera se trata de rublos rusos, sino

de sus propios papelitos.

Al pasar el primer puesto fronterizo de Varnitza los policías moldavos miran someramente la documentación de nuestro coche, y así caemos enseguida en manos de los policías transnistrios pese a estar nominalmente en Moldavia. La cuestión es que ya se ven, sin disimulo alguno, los guardias fronterizos rusos, vestidos de verde, y con el kalashnikov en bandolera, indicando claramente que nos estamos metiendo en una excepción del mundo.

Valerio se encarga de la rápida gestión que ha facilitado previamente su hermano, bien conocido en esa frontera, y poco después estamos al otro lado sin que nadie haya visto ni sellado ninguno de nuestros pasaportes. Hecho lo cual son los mismos campos verdes a uno y otro lado de esa barrera que separa entidades, un país y un trozo que se le ha desgajado. Por esa razón en 1991 llegó a haber una guerra abierta entre Moldavia y su región rebelde de la Transnistria. Y fue un conflicto sangriento, con centenares de víctimas, especialmente entre los moldavos, que recién salidos de la URSS apenas tenían listas unas pocas fuerzas de policía. En cambio los independentistas transnistrios estaban equipados por la antigua URSS y contaban con el apoyo militar de los soldados rusos de las bases que había y hay en ese territorio. Las bajas en ambos bandos no han conseguido sino que el problema siga enquistado veinte años después. Ni Transnistria es aún una nación soberana, ni Moldavia ha dejado de reclamar su soberanía sobre esa tierra de unos 4 000 kilómetros cuadrados y con una población de en torno a medio millón de habitantes.

Circulando ya por la Transnistria se aprecia poco tránsito, más que nada hay abandono en las carreteras y las casas desperdigadas necesitarían una mano de pintura. En menos de media hora llegamos a la ciudad de Bender, un nombre turco que significa puerto, y que es de lo poco que debe de quedar del tiempo en que fue ocupada por los otomanos en 1538. En tiempos soviéticos Bender recuperó su nombre original, o preturco, de Tighina, y así es como prefieren llamarla los actuales transnistrios que tienen a lo ruso, incluso a lo soviético, como fuente de toda verdad y bondad. En cierto modo sucede aquí lo que analizaba Lou Andreas-Salomé sobre la Rusia donde se volcó la leyenda de Lenin sobre la leyenda de Cristo: «… fue un aprovechamiento intencionado y astuto de la piedad y la fe del pueblo».

Mi primera impresión en Bender es la de haber retrocedido en el tiempo. Es como si hubiese vuelto a una página del ayer, quién sabe si a una calle rumana o búlgara de las que recorrí en los años setenta del pasado siglo. Lo primero que sugiero es visitar la fortaleza de Bender, que tiene una larga historia de resistencia entre mundos y naciones

antagónicas, aunque más bien, en honor a la historia, de los rusos contra los otomanos. Sin embargo, estas tierras fronterizas del Nistru fueron también el teatro de operaciones de un rey sueco tan intrépido, o insensato, como Carlos XII. Se le llamó el Alejandro del Norte y bajó hasta esas latitudes meridionales de Europa para ensanchar sus apetencias de dominio y territorio, incluso hasta el Mar Negro si pudiera su Dios favorecerle. Pues bien, pese a la ayuda que Carlos XII recabó de los cosacos ucranios, el ejército sueco acabó aplastado por Pedro el Grande en la batalla de Poltava de 1709. Ahí se terminaron las apetencias suecas de conquista y emergió Rusia como gran potencia.

Como a veces sucedía, los turcos del sultán Ahmed III se portaron bien con el enemigo de sus enemigos y acogieron a Carlos XII en Bender cinco largos años, hasta 1714. En el castillo de Bender han puesto un pequeño museo histórico donde se refleja esa inserción de historia sueca en esta parte del mundo, y hay monedas, armas, y maniquíes de soldados y oficiales suecos. Abundan los retratos y estampas de Carlos XII aunque lo que suscita más curiosidad es un casco del rey sueco hecho con piel de nutria. Al parecer ese pellejo se ponía tan duro que las balas no lo traspasaban. Los turcos también están representados con muñecos a tamaño humano, desde generales de grandes bigotes y turbantes a soldados cuya ferocidad se va descascarillando con el tiempo. Pero lo que nadie me quiere precisar en el museo es de quién fue la idea de poner en la mazmorra del castillo una exhibición con toda clase de instrumentos de tortura: potros de madera llenos de clavos y ataúdes verticales también forrados de pinchos… Cuanto se pueda imaginar para desgarrar la carne y arrancar, se supone, algún secreto.

Más contradictorias si cabe son las huellas que dejó Carlos XII en las páginas sin desperdicio del libro que le dedicó Voltaire. El escritor galo parece sorprenderse porque el belicoso rey de los suecos, el que para su coronación había entrado en Estocolmo cabalgando un alazán ricamente enjaezado, arremetía contra Rusia, sus costumbres, ademanes, poderíos y calendarios. Rusia seguía en aquel entonces la era moscovita, creyendo que el mundo se había creado hacía 7 207 años, y encima echaban la cuenta de que el año tenía que empezar por fuerza el 13 de septiembre, dado que el otoño es la estación buena, la de los frutos. Carlos XII no soportaba esas cosas, pero él mismo era un rey sueco caprichoso a quien se le antojó dominar nada menos que a Rusia, el inmenso país de los caprichos. Todo eso echaba muchas chispas dialécticas que Voltaire fue recogiendo con su talento y delatando con su bisturí implacable.

Echándole ganas a la escalera metálica de caracol subes a lo alto de la mayor torre del castillo de Bender. Diviso una buena porción del

paisaje de la Transnistria que en este verano es todo lo bucólico que permiten las circunstancias. Hay una iglesia ortodoxa al frente mientras el Nistru, que naturalmente aquí es el Dniéster, corre caudaloso abriéndose paso con sus aguas verdosas hacia el sureste. En torno a la fortaleza se extiende un amplio espacio con algunos acuartelamientos que parecen abandonados, la cuestión —dicen— es lo que tienen bajo tierra. En Chisinau muchos insisten en que los rusos siguen guardando en sus bases subterráneas de la Transnistria las armas y municiones que siempre han tenido, incluso algunas más nuevas. Con eso se quiere decir que desde los tiempos del pacto Ribbentrop-Molotov no ha cambiado un ápice la política rusa respecto a la de la URSS. La división 14 del ejército soviético tenía su cuartel general en Chisinau, pero se trasladó a Tiraspol ya en los años ochenta, un decenio antes de la caída de la URSS y la independencia de Moldavia. Y ahí, en la capital de la Transnistria rebelde, se guardaría actualmente la mayoría de los arsenales y pertrechos de la división 14, a excepción de la parte de sus efectivos que en 1991 pasaron a formar parte de las fuerzas de la vecina Ucrania.

La cuestión sería saber con certidumbre, la que no tiene un viajero que oye campanas, qué material militar se quedó en la Transnistria y cuál en Ucrania, y si se repatrió algo de eso a Rusia. El hecho es que uno ha visto en la frontera de Varnitza que los rusos actúan como si ésta fuera su casa. Y por supuesto la mayor incógnita estriba en saber si en la Transnistria se oculta algún dispositivo nuclear, aparte de sus efectivos de fusileros, tanquistas, pontoneros, batallones de guerra química. Entre lo más florido del viejo ejército soviético fue al parecer engullido en bases enterradas por donde circularían hasta camiones con sus armamentos anti carros. Eso es lo que se oye, pero resuena más el silencio, o la imaginación.

A una visita ya de por sí extraña a la Transnistria se añade la sugestión de que estás pisando algún túnel secreto del tiempo. Ayuda a eso ver viejos cuarteles sellados con grandes portones metálicos oxidados. ¿Qué se encierra ahí? Quizás un mundo de fantasía, aunque menor que la que desplegaba el barón de Münchhausen. Con el barón mágico hemos topado, pues aquí, en esta tierra anfibia, casi en la frontera entre Moldavia y Ucrania, se alza bien alta y arrogante su estatua de un negro metal. O han pintado el bronce como si Münchhausen (llamado el conde las Maravillas en las versiones españolas del siglo XIX) fuera una pieza o un regimiento de artillería, no un hombre. Particularmente uno tenía a tan noble soldado por un tipo imaginario, coligiéndolo del hecho de que viajaba en una bala de cañón. Pero nada de eso, ahí está, ocupando un lugar destacado en el patio del castillo de Bender. Hasta cierto punto para los lectores de las *Aventuras del Barón Münchhausen* puede entrañar una decepción saber

que estuvo en esta fortaleza y que sirvió en carne y hueso en el ejército zarista. Los transnistrios, que son separatistas pero aficionados a la fantasía, han puesto junto a la estatua del barón una bomba negra y redonda, tal vez una mina marina. Es como un guiño, dando a entender a los escasos visitantes que esa bola o bala negra es la que habría empleado el barón para viajar por los paisajes de las viejas batallas.

El encuentro en la Transnistria con el barón Münchhausen, siquiera en efigie, ha merecido el esfuerzo viajero. Y es un choque que se añade a la génesis de su mito. Rudolf Erich Raspe escribió o reescribió, eso aún se discute, el libro *Extraños viajes, campañas y aventuras del Barón de Münchhausen, narradas por el mismo*. La edición original, un librito de 42 páginas, apareció en Oxford en 1785 sin mencionar una autoría. Lo que se sabe es que enseguida fue traducido al alemán por un poeta romántico llamado Bürger, quién se llevó la paternidad. Pero no era tal padre literario del asunto, sino que lo fue, como se cree generalmente, Rudolf Erich Raspe. Él sí que pudo haber tenido conocimiento de un barón real, el señor Karl Friedrich Hieronymus von Münchhausen, miembro de un antiguo linaje alemán de Brunswick, pero oficial al servicio de Rusia.

Aparte de existir, que eso nadie lo niega, el barón debió de ser un tipo singular. Tal vez se pasara a la hora de contar sus batallitas una vez retirado de la milicia, esa es otra cuestión. Al menos debió de pasárselo bien en su jubilación hasta que le llegó la hora de una muerte plácida en 1794. Por supuesto él no llamaba patrañas a sus lances, pero eran éstos tan cómicos y extravagantes que enseguida tuvieron un éxito espectacular, y se publicaron segundas y terceras partes de sus *Aventuras*. Incluso se le inventaron hazañas en Walcheren y en España (en un volumen publicado en Londres en 1811). Incluso apócrifamente se le situó en Sicilia, en Ceilán y hasta en los mares del sur haciendo de las suyas.

Y es que no podía ser para menos el interés que despertaban sus andanzas, pues una vez en Rusia el barón ató su caballo en lo que parecía ser un palo que salía de la nieve. Y a la mañana siguiente cuando se derritió la nieve vio que el caballo estaba colgado en la aguja de la torre de la iglesia. Pero por caballos no iba a quedar, y el barón tenía uno que podía pegarse un baile sobre una mesa de té sin romper ni un cacharro. Y en otra ocasión su caballo, aunque ya devorados sus cuartos traseros por un lobo, seguía galopando. Hasta que al final era el propio lobo quien, engullida la montura, seguía corriendo.

Era su «fogoso lituano», un caballo al que podía poner alas. Y levantaba polvo para mejor espiar a los turcos en la fortaleza de Oczakow, y así poder luego derrotarlos. Otra vez su «fogoso lituano»

abrevaba en una fuente con tanta avidez que los hombres del barón sospecharon algo raro: al caballo le faltaba toda la parte posterior, grupa y patas, pero seguía bebiendo. «Lo cosí con algunas ramas de laurel que tenía a mano; la herida se cerró y sucedió algo inusitado salvo en un ilustre corcel como aquel, aquellas plantas echaron raíces, crecieron, formando un parasol sobre mi cabeza, así que luego hice muchas expediciones a la sombra de mis laureles y de mi caballo». Eso escribió Rudolf Erich Raspe asegurando no poner nada que fuese incierto.

Münchhausen no es el único alto oficial del ejército ruso que ha merecido estatua de bronce en Bender. Junto a las murallas hay toda una hilera de militares desafiando al tiempo y la historia, como el príncipe Peter Witgenstein, comandante en jefe de las tropas rusas contra los turcos. O el generalísimo Alexander Suvorov (1730-1800), quien crearía Tiraspol, la actual capital transnistria.

Antes de la caída de la URSS Transnistria formaba parte de una pequeña franja autonómica moldava, pero que más bien estaba gobernada por la vecina República Socialista Soviética de Ucrania. Después de todo Odesa, el gran puerto ucranio, y antes soviético, queda a menos de una hora en coche de Tiraspol, es decir, los transnistrios están más cerca del Mar Negro y de Odesa que de Chisinau. Fue ya en 1990 cuando se creó una República Moldava de Prinestrovia, la RMP, y esa entidad es aún acatada por la policía y el ejército propio que han creado en esta parte del Dniéster.

La cuestión de fondo es que los transnistrios desde siempre, y más desde la guerra de 1991-92, tenían miedo de que su tierra, como el resto de Moldavia, pasara a ser parte integrante de Rumanía. Es decir, que se consumara la ley del péndulo y que la nueva Rumanía independiente hiciera de nuevo bascular hacia Occidente la historia de la vieja Besarabia. Eso los transnistrios no podían admitirlo, y todavía menos cuando vieron claramente que el moldavo, o rumano, escrito con caracteres latinos iba a ser decretado idioma oficial del país, condenando por tanto al ruso a su paulatina desaparición, y lo mismo a la escritura cirílica. En vista de lo cual los descontentos transnistrios, apoyados por los rusos que no quisieron perder del todo el control del territorio, se alzaron en armas. Y la Transnistria se desgajó *de facto* del devenir nacional de Moldavia formándose una frontera prácticamente de la nada, como hemos visto, y dejándose de acatar las leyes del Gobierno de Chisinau. Ahora los transnistrios sólo obedecen lo que manda Tiraspol, nueva capital de la RMP (y Moscú nunca está lejos de sus pensamientos). A Moldavia de nada le ha valido criticar la pervivencia hasta del propio pacto Ribbentrop-Molotov, entre rusos y alemanes nazis, al haberse utilizado como excusa para justificar una invasión de parte del territorio moldavo por Moscú. Los fantasmas del

pasado se encallecieron y a veces han resucitado sangrientamente.

En el centro urbano de Bender la idea que se tiene es la de que la URSS sigue viva. No voy a decir que Bender, y menos un día tórrido de agosto, recuerde los primeros copos de nieve que cayeron en los diez días que estremecieron el mundo, los que narró magistralmente el periodista norteamericnano John Reed, testigo de excepción de la Revolución de Octubre, cuando «… contra los soviets unieron sus fuerzas los junkers, los cosacos, los terratenientes, la nobleza, las centurias negras y tras ellos se acercaban ya el zar, la *Ojrana*, las minas siberianas y, por último, la ilimitada y terrible amenaza de los alemanes. La victoria, digámoslo con palabras de Carlyle, significaba "la apoteosis y la Edad de Oro sin fin"».

Queda en Bender como una imagen congelada de otro tiempo, el vacío Palacio de las Culturas, y las avenidas enormes, exentas hasta de tráfico de bicis. Nadie camina, será por el calor o por falta de necesidad, pero por eso uno se imagina que va a presenciar de un momento a otro un gran desfile patriótico, o una parada de carros armados. Las pocas, pobres, tristes y desguarnecidas tiendas de Bender ponen sus rótulos en cirílico, ya se trate de una lechería o de una freiduría de empanadillas locales. Pero como la contradicción es la salsa de este mundo enloquecido, no falta un local de máquinas de juego que se llama Las Vegas y una cadena de supermercados que se titula Sheriff, y además es de un grupo que también posee gasolineras y hasta el equipo de fútbol de Tiraspol. Por supuesto es un negocio de los jerarcas máximos de la Transnistria. Por eso a nadie le sorprende si este país inexistente trafica con todo lo habido y por haber, y el contrabando es hasta de armas, sosteniéndose como un elefante sobre el hilo de una araña un año tras otro sin que pase absolutamente nada en la persistencia de la anomalía.

Luego de comer un pastel de setas en el centro de Bender, donde hay un Andy's Pizza igual que en Chisinau, pero con especialidades rusas, tomamos el camino de Tiraspol. Le pido a Valerio si es posible que pare junto al puente de hierro sobre el Dniéster, y que al parecer es copia de otro puente atribuido a Eiffel que hay en la frontera entre Rumanía y Moldavia. Abajo pasa el río fronterizo con su cachaza y tintes verdosos. En sus orillas han hecho playas artificiales para que los transnistrios disfruten un poco del agua en medio del bochorno.

La cristianización de Rusia fue tardía sucediendo a partir del 900 de nuestra era, pero si lo juzgamos por cuanto se aprecia en Tiraspol se diría que la fe ortodoxa ha cubierto incluso el latido del marxismo-leninismo con una gruesa capa de pintura dorada. No hay más que verlo en la iglesia de la Navidad, o de la Natividad de Cristo literalmente, con sus cinco cúpulas de oro reluciente brillando al sol, una gran cebolla y cuatro ajos que desafían los cielos saliendo de un

edificio blanco y azul como una gran tarta. En el mismo patio del templo está la tumba, llena de flores frescas, de un pope barbudo, y por alguna razón, seguramente bélica o patriótica, mueve a devoción. Una mujer con la pañoleta bien ceñida se arrodilla ante esa sepultura y musita sus plegarias.

Sin embargo, el actual templo de la Natividad de Cristo data de 1999. Los frescos de sus bóvedas y paredes parecen pintados ayer. Eso no quita que, siendo las tres de la tarde de una tarde completamente canicular de agosto, acudan a un oficio religioso en la iglesia gentes muy vestidas y emperifolladas, ellos y ellas. Al pasar me miran con cierta intensidad, y lo mismo los popes, que no deben de estar muy acostumbrados a ver forasteros en su santuario.

Pero no es lo único sagrado de Tiraspol. En la plaza más central de la ciudad han plantado sobre una peana de cemento un T-34, ese tipo de tanque tan vital y simbólico que los soviéticos fueron poniendo como adorno en media Europa oriental. El carro armado se frena sólo en una plataforma un tanto diagonal y su cañón apunta decididamente al cielo. Parece haber aterrizado en ese sitio con la intención de que no se mueva por muchos siglos. A eso le da una especie de réplica muda y férrea el bulbo dorado de una iglesia contigua y que tiene una estrechez inusitada para tratarse de un templo ortodoxo. Más bien parece un campanario, pero no, es el propio templo de San Jorge, un importante mediador entre el cielo y los dragones de la tierra. Si entras allí, aunque poco dada su angostura, la cuidadora o sacristana pretende darte una lección rápida, y en ruso, del mal encarnado por el dragón y del bien que representa el santo. A la buena señora sólo le faltaría explicar que el bien es Smirnov, el máximo dirigente de la Transnistria, y el mal cuanto implica Moldavia. Ya se sabe que por sostener ésas o parecidas cosas, y mantenerlas con las armas, las gentes se enfrentan y mueren, y ahí mismo, al lado de San Jorge, arde la llama perpetua junto a las tumbas de los caídos en la guerra de 1992. Es una especie de recordatorio continuo y mudo de que la Transnistria no será un país reconocido más que por sí mismo, y por Rusia de forma vicaria, pero que no se moverá, pues ya ha costado el derramamiento de sangre de algunos cientos de sus hijos. O lo que dure todo en la gran impermanencia, ésa que tiene su reflejo en el corto y bochornoso estío transnistrio.

Cerca de ahí fluye el río Dniéster como si fuese una colada de plomo. La tarde es como para echarse el sombrero mexicano en una esquina y doblar las rodillas. Un puente estrecho, de un carril, sirve igual a peatones, ciclistas y a los escasos coches. El sitio tiene su animación gracias al quiosco que vende kvas por unos pocos kopeks. Enfrente del quiosco se aposta, dejando su mercancía en el suelo, una vendedora de unos peces del río Nistru que se llaman *karash* y que se

comen muy salados para beber abundante cerveza. Cervantes diría que es un incitativo, como el *cavial* que saca en el episodio del morisco Ricote. La joven y fornida muchacha también tiene a la venta unos puñados de camarones del Mar Negro, de la parte ucrania. Pasan unas chicas arrastrando grandes maletas sin ruedas, y otra mujer lleva un oso de peluche que es más grande que ella misma. Estampas sacadas del neorrealismo soviético, aunque también tienen una pizca de algo italiano, de una especie de comedia congelada en el tiempo.

Pero evidentemente no se puede decir que la Transnistria sea cara. Con el rublo local (dan 12 por cada dólar, y 14,60 por un euro) se puede hacer milagros, como comprar una botella grande de *brandy*. Tres cuartos de litro de una buena marca como Kvint se ponen en un par de euros, y el vino es tan barato que da miedo comprarlo, y eso que no creo que le echen sulfitos. De todos modos no es lo único que se puede hacer en este regreso al pasado de Tiraspol. Si así se desea no hay problema en fotografiar a Suvarov, el fundador de la ciudad en 1791, hecho una triunfante estatua ecuestre en el mismo centro urbano. A pocos metros de distancia se alza Lenin, representado en su habitual estereotipo, ya mayor, calvo y con su barba puntiaguda, es decir, muy lejos de cómo salía en 1917 en la foto de su tarjeta de identidad. Era cuando Lenin era el obrero K. Ivanov, un Vladimir Ilich con gorra plana y popular y un buen abrigo de paño grueso de espiguilla. Y sobre todo con rizos de un pelo abundoso que le caían sobre la frente, sin olvidar una sonrisa que quien la mira no sabe si ese obrero aún clandestino está llamado a grandes responsabilidades o simplemente se está riendo para sí mismo.

El asunto es que en Tiraspol ponen pegas a tirar fotos a su gigantesco Lenin de piedra. Es la confirmación más evidente de que siguen anclados en el culto teórico, icónico, y bastante prejuicioso, al hombre que en cambio cortó por lo sano acabando con los resabios de junkers, mencheviques, capitalistas, socialistas y demás, y asentando un régimen que ciertamente no se pareció a ningún otro de los que había habido en el planeta tierra. Pero como la Transnistria es precariamente legal, tampoco quieren que salga retratada a cada rato como el último territorio comunista de Europa. Por eso prohíben las fotos a Lenin además de a las instalaciones militares y a los emplazamientos de ametralladoras que aún tienen en algunas encrucijadas.

Así me llega el tiempo de salir de ese extraño y pequeño lugar que es Transnistria esperando que todo salga igual que a la venida. Si acaso me va entrando algún temor pero de esos raros, como los que aparecen en *El Maestro y la Margarita* de Bulgakov: no sólo existen quienes saben números de ilusionismo, y presentadores que pierden la cabeza parlante, sino que algunos invocan al hipopótamo, signo del

diablo. Hasta el personaje Berlioz, redactor jefe de la revista *Massolit* (*Literatura de masas*), tiene una extraña visión al contemplar en medio del aire a un hombre alargado y neblinoso. Y duda si no será Cristo el que se le aparece, después de todo Berlioz mismo estaba escribiendo en contra de su existencia citando a Filón de Alejandría y a Josefo Flavio, que no mencionan a Jesús. Y si Tácito sacó a relucir la ejecución de Cristo en sus *Anales*, eso fue una añadidura impostora y posterior. «¿No quiere decirme algo de despedida?». Eso le pregunta Voland a Margarita, otra protagonista de la novela de Bulgakov que no se andaba con chiquitas entre verdad e irrealidad: «No me he cansado nada y lo he pasado muy bien en el baile. Si hubiera durado más tiempo, estaría dipuesta a ofrecer mi rodilla a miles de ahorcados y asesinados para que me la besaran…».

Un aficionado a Carroll también se quita el sombrero ante Bulgakov. Pero la cuestión era para uno ir saliendo sin acabar con algún perjuicio en una tierra donde las leyes se estiran y encogen como chicle. Pasamos ya junto al estadio donde juega el Sheriff, el equipo local y joya de una *mininomenklatura* que posee media Transnistria. Creemos no estar lejos en momento alguno de las numerosas bases militares rusas que hay bajo tierra. No veo que asome ningún periscopio. Valerio aprieta los dientes y conduce con la habilidad y calma de siempre. Volvemos a pasar el puente de hierro sobre el Dniéster, una pequeña torre Eiffel horizontal, y poco después ya decimos adiós a Bender, donde el barón Münchhausen por fin se ha quedado quieto en su estatua de bronce. Quedan las dos extrañas fronteras, pero ni siquiera necesito presentar un pasaporte que tampoco fue sellado a la entrada. Por su parte, Valerio arregla en un santiamén el papeleo especial para sacar de Transnistria su coche que entre otras cosas tiene matrícula italiana. Y pocos minutos después salimos del último embudo fronterizo. A fin de cuentas nadie sabe que he estado en un agujero del tiempo y de la historia.

Una vez pasada la frontera de Varnitza, en el lado ya plenamente moldavo, intento ver dónde se situaba, hasta su destrucción en la guerra entre Moldavia y Transnistria de 1992, el monumento dedicado a las gestas (que más bien fueron derrotas) del monarca sueco Carlos XII. Hoy en ese mismo lugar los moldavos han aprovechado para poner un memorial que exalta la patria. Dicen ahí con grandes letras esculpidas que la patria no es sólo tierra, sino huesos y sangre de los que cayeron por ella. Tampoco faltan las lágrimas en esa literatura de caídos que sin embargo no alcanza las cotas de la del barón Münchhausen, el que viajaba en una bala de cañón, uno de los mejores servicios que pueden prestar tales ingenios bélicos.

Mientras, nosotros, sanos y salvos, en un coche italiano de color blanco rodamos a toda mecha hacia Chisinau. Esta noche la capital

moldava se nos va antojar tan ajetreada como Nueva York.
Suelo ir en Chisinau a cenar al Mojito desde que descubrí la primera noche que aquí la congelación obra milagros. Estamos a menos de 200 kilómetros del Mar Negro y no sé de dónde viene el atún, no creo que sea de ahí, pero se puede comer un aceptable pescado crudo. El interior del local es de diseño avanzado, lejos de «Si bebes para olvidar no te olvides de pagar» y otros azulejos que se ponían antes en las tabernas españolas. Aquí los moldavos quieren jugar a ser internacionales y *chic*, o mejor, *cute*, o *cool*, y ponen por ejemplo: «I'm on a seafood diet. I see food and I eat it». Un juego de palabras traducible más o menos por «Hago una dieta de marisco. Veo la comida y me la como». La gracia estaría en cambiar *sea*, mar, y *seafood*, marisco, por *see*, mirar. No veo que alguien preste atención en descifrarlo. Tampoco veo que se beban muchas de las botellas de Purcari que están expuestas en urnas como si fuesen vasijas griegas. De todos modos uno le va cogiendo el gusto al vino moldavo, y especialmente al *negru* o tinto, aunque no sea precisamente de la cosecha que ponen en la propaganda: «Purcari, desde 1827». Tenía que ser bueno cuando lo pedía la reina Victoria para sus banquetes y al parecer esos reservas siguen gustando a su tataranieta la reina Isabel. Por otro lado, destaca mucho un vino de otra zona moldava, el *romanesti*, éste ya de los viñedos del norte de Straseni. Hay que catar al menos una copa porque lo cobran como si fuese néctar. El *romanesti* fue el primer vino elaborado a la manera de Burdeos y fue introducido en la recién conquistada Besarabia por los zares de la dinastía Romanov. A la primera cosecha el burdeos *romanesti* pasó a ser el caldo favorito en la casa real rusa desde el zar Alejandro II. Y aún en su bodega los enólogos siguen buscando el *Tsarskii Standard*, o estándar del zar, para sus mejores producciones.

Efluvios que a algunos se les suben a la cabeza como las ideas peregrinas. El otro día, volviendo de la Gaugazia, escuché contar a Ion algo que me dejó perplejo. Para él toda la historia, la vida, el mundo y demás, se reduce a la lucha sin cuartel entre los Rothschild y los Rockefeller. Confieso que por mi trabajo documental yo me había topado a lo largo del tiempo con sistemas dualistas, a veces tan extremados como el de los indios kogi de la Sierra Nevada (Colombia). Incluso debí adentrarme en la comprensión del peculiar dualismo zoroastriano que, entre otras influencias, siguen los yezidis de Armenia, unos kurdos que adoran a Melek Taus, su divino pavo real, una forma de Lucifer, el ángel de luz y de la sombra, dios y demonio. Pero venir a Moldavia para que alguien me suelte que todo se reduce a la contienda por la hegemonía planetaria entre esas dos familias de banqueros, nunca lo habría sospechado.

Viajando es verdad que a veces se oyen muchas cosas

estupefacientes. Hay que llevar preparada la criba en los oídos y en la mente. Hay gente que no repara en las tonterías que suelta y encima lo hace poniendo gesto de catedrático huero. Lo de las dos familias de potentados antes citadas peleando por la hegemonía de la riqueza mundial, y usando como instrumento nada menos que las logias masónicas, y el poder oculto de los judíos, fue algo que me retrotrajo a la época de la propaganda franquista y sus nervios por ver conspiraciones judeo-masónicas hasta en la sopa. Por otro lado no hay que olvidar que en el Este de Europa fue donde se generó un *bluff* como el de los *Protocolos de los Sabios de Sión*. Para algunos ese libelo suponía la explicación fehaciente del presunto dominio universal de los judíos, base para justificar su posterior exterminio. Las locuras son libres y la conspiranoia en todas las ramas y direcciones se reproduce como los gusanos a los que se les cortan algunos anillos y continúan reptando.

Sin embargo Ion tiene una faceta que le redime de sus extrañezas e intemperancias, y es la de tener un conocimiento exhaustivo de la historia de su país. Eso lo aprecié enseguida y fue la razón por la que no quise dejar Moldavia sin que me guiara por Orheiul Vechi (Orhei la vieja), por sus ruinas y monasterios rupestres que conforman el escenario monumental de más categoría del país. Y en eso quedamos, en hacer un viaje el jueves próximo en el mismo coche con que Dorian nos llevó a Dolna y a la Gaugazia.

La única condición que les puse es que, aparte de antigüedades de Orheiul Vechi, sita a unos 60 kilómetros al nordeste de Chisinau, aprovechásemos para visitar primero Orhei, la ciudad moderna y ver así un poco la realidad provinciana de la actual Moldavia. Y en efecto allí fuimos, y antes de entrar en el casco moderno de Orhei valió la pena parar en un altozano ocupado por la iglesia de San Dumitru (Demetrio). Se atribuye su construcción en 1637 a Vasile Lupo, un príncipe que pudo ser de origen albanés y que llegó a reinar diecinueve años en Moldavia. No habría que confundirlo —me aclara Ion— con Basile cel Mare, Basilio el Grande, nacido en Capadocia en el siglo IV, uno de los ocho grandes doctores de la Iglesia, y santo mayor de los ortodoxos que organizó la vida monástica con sus *Reglas*. En la entrada del templo a mano izquierda hay un pozo con una marquesina pintada con ingenuos motivos bíblicos. Sobre el brocal han puesto una rueda con una manivela para sacar agua, y es lo que hace una señora con gafas de sol que tiene pinta de sacristana. Dice que usa el agua para regar, pero que es muy fresca y buena y que antes se consideraba milagrosa. La iglesia, consagrada a San Demetrio, mártir en tiempos romanos, luce unas paredes de piedra de más de un metro de espesor, por lo que más parece un castillo inexpugnable, o acaso una monumental fresquera. En pleno verano el templo tiene una

temperatura ideal para refrescar melones si ése fuese el intento en una nave oscura, casi tétrica sin ser humano a la vista, al menos cuando la visitamos.

Hasta la segunda guerra mundial en Orhei los judíos llegaron a constituir el 80% de la población. Antonescu, el *conducator* rumano, aliado de los nazis, de cuyo nombre nadie quiere acordarse en Moldavia, se distinguió persiguiendo a los judíos moldavos y mandó a miles de ellos a los campos de concentración de la Transnistria, sinónimo de perecer para la inmensa mayoría. Me cuenta Ion que Avigdor Lieberman, el hombre que llegó a ser ministro de Asuntos Exteriores y viceprimer ministro de Israel hasta 2012, aunque nacido en Kishinev tenía familiares en Orhei, y fueron de los pocos que sobrevivieron al Holocausto. Pese a que Lieberman era de una familia fuertemente *yiddish* de lengua y cultura, nunca olvidó sus raíces ni la deuda de gratitud que tenía con su patria chica moldava, lo cual se tradujo en importantes donaciones.

El pueblo actual de Orhei tendrá en torno a 30 000 habitantes. Se cree que fue fundado tras la destrucción de la vieja Orheiul a manos de los tártaros de Crimea. Lejos de esa historia solemne la nueva Orhei también tuvo alguna importancia llegando a ser sede capital de los turcos. Luego en el país, o si se prefiere en la Besarabia, el mando pasó a los rusos. Hoy todas esas glorias y azares confluyen en unas calles del centro cuyo mayor mérito es ser idénticas a las de otros sitios de Moldavia, del Este de Europa, y aun del mundo. Eso es lo bueno que tienen los viajes en días laborables a no importa dónde. Carece Orhei de espectaculares templos con cúpulas doradas y azules giottescos, pero tiene su aquel ver a la gente ir a la peluquería, o a comprar flores, o al banco, y aunque los bares no se prodiguen como en España, no falta uno con un nombre francés de por sí invitante: *Tête à tête*.

Me parece que Ion se ha aburrido de ver estampas antiturísticas y él mismo me propone un desvío, para ordeñar mejor la vaca de este viaje, hasta Kurki. Después de todo está en el camino hacia Orheiul Vechi, nuestro destino, y vamos bien de hora. Dorian asiente y no porque sea particularmente religioso, sino porque Kurki es objetivamente uno de los mayores lugares de peregrinación de los moldavos. Y en menos de veinte minutos vemos las dos grandes iglesias de Kurki en un paisaje de colinas verdes, sin pueblos o aldeas a la vista. A la izquierda se alza con arrogancia un templo de aire barroco, el de la Natividad de la Virgen. Está cerrado por obras y según Ion lleva en reparaciones casi desde que se construyó. A la derecha hay otro templo de color blanco y de estilo bizantino, el de San Nicolás, y en medio se encuentra la residencia del *staret*, prior, o maestro, o viejo del monasterio. Le pregunto a Ion si tiene algo que

ver con Staré Mesto, la Ciudad Vieja de Praga, y no sabe a ciencia cierta, pero desde luego *staret* es palabra eslava. En lengua griega viejo se diría *geron*.

El rey Miguel de Rumanía, que ya había visitado cuando joven la Besarabia en su moto, volvió al país en 1943 acompañado por el primer ministro Antonescu. Una de sus visitas más sonadas fue a Kurki, y para que no se dijera de los rumanos éstos dieron un millón de leis para reconstruir la deteriorada iglesia de la Natividad de la Virgen. Sin embargo, algo fatídico debe de pesar sobre este templo que sigue sin abrir sus puertas al público. Y nunca fue por falta de devoción. Remontándose a 1810 Teodor Sabeu, un joven oficial ruso que acabó haciéndose monje, fue quien contribuyó con su fortuna personal a la construcción de la Natividad de la Virgen. Pretendía hacer algo memorable, y eso fue continuado por otros, y por más dinero que se echó. Contemplando sus torres y cúpulas queda claro que se parece como una gota de agua a la iglesia de San Andrés de Kiev. Pero es que ambas son a su vez una copia de la catedral que domina el convento Smolni de San Petersburgo, obra de Bartolomeo Rastrelli. Ésa fue la inspiración primigenia de Kurki, luego fallaron periódicamente los dineros, y la calidad de los materiales, para sostener tanta magnificencia en el complejo ortodoxo de Kurki, una especie de ciudadela, rodeada por bosques, que evoca un antiguo cuento. Su modelo, Smolni, también tuvo un destino distinto del proyectado. Iba a ser colegio de doncellas para acoger así a la princesa Isabel, hija de Pedro el Grande, pero ésta dio un quiebro en su vida y no quiso entrar en la vida religiosa. Pero aunque el proyecto de San Petersburgo perdió el esplendor inicial previsto, se trata a fin de cuentas de una obra original del gran Rastrelli, el que dominó en Rusia el arte barroco y el rococó. Rastrelli hizo nada menos que el Palacio de Invierno y el Palacio de Verano de Tsarskoye-Selo o de Catalina, y las mansiones palaciegas de los nobles Vorontsov y Stroganov. Amén de que Bartolomeo fuese el fundador de una saga de arquitectos y artistas famosos en la Rusia zarista. Su hijo Carlo Rastrelli inmortalizó en bronce a Pedro el Grande y a la zarina Ana Ivanovna.

Pero así pasa la gloria del mundo y la de Rastrelli, cuyo brillo rococó palideció en épocas menos dadas a exaltar las exquisiteces un tanto retorcidas. No obstante Rastrelli tiene en Riga un museo dedicado a su tarea que es digno de verse. Mientras aquí en Kurki, según me cuenta Ion, los desastres financieros siempre fueron de la mano de los políticos en una especie de cadena fatídica. Durante la etapa soviética de Moldavia llegó a haber un centro de rehabilitación de alcohólicos en las dependencias del monasterio de Kurki.

Ion me guía a la iglesia que está abierta al culto y al público, la de

San Nicolás, el santo protector de los viajeros, y de los chóferes, y de los aventureros y de los niños que creen en él bajo el aspecto de Santa Claus. Nicolás nació en Licia, en lo que hoy es Turquía, y está enterrado en Bari (Italia), pero la imaginación popular le ha hecho viajar incesantemente aun después de muerto. Para los ortodoxos es desde luego un santo emérito. Su templo de Kurki refulge con sus pinturas doradas en el iconostasio y la bóveda. A estas horas nadie lo está visitando, lo que anima a Ion a hablarme un poco de temas ortodoxos en los que parece ducho. Según él la palabra *liturgia* en griego significa servicio, servicio religioso se entiende. Pero eso sería muy sencillo en una religión como la ortodoxa, que a veces es rococó hasta la médula. O bizantina, si no queremos apelar a una línea recta como la más corta entre dos puntos. Hay entonces tres liturgias en la Iglesia ortodoxa: la de San Juan Crisóstomo, la de Basilio el Grande y la de Gregorio el Dogmatikó.

—¿Dogmatikó? —no puedo por menos que preguntarle extrañado a Ion.

—No es lo que crees. Dogmatikó es como se dice teólogo en griego.

Las palabras no es que estén enfermas, es que «los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo», como decía Wittgenstein. Que un hombre como Gregorio fuese al mismo tiempo un teólogo y un dogmático no tiene nada de especial o contradictorio en sus términos. Todo hace buen caldo en la olla de la fe. Ion me explica luego que los iconostasios suelen tener una especie de gramática visual que los aúna, si bien haya sus diferencias, estilos y épocas. Ion trata de esquematizarme un poco los iconostasios indicando que en la parte inferior están las pinturas que iluminan y flanquean las puertas del paraíso, es decir, las puertas que dan acceso a patriarcas y obispos al secreto del otro lado, el *sancta sanctorum*. Aunque también hay puertas laterales para popes y jerarquías menores. Mientras naturalmente el pueblo se queda fuera de todo, a este lado del iconostasio y sin poder siquiera atisbar qué misterio esconde.

Por encima de eso hay otros registros o niveles. En el primero se suelen colocar pinturas relativas a los fundadores de la religión, entendiendo por ellos a Cristo, a la Virgen, a veces a San Pedro y San Pablo… En un segundo nivel aparecen las imágenes de otros apóstoles, y concretamente en este nivel del iconostasio de la iglesia de San Nicolás se reproduce la Última Cena. Ya en un tercer registro o nivel se sitúan los profetas del Antiguo Testamento, y no suele faltar alguna escena bíblica relevante. Con lo cual percibo que el asunto es un tanto repetitivo, y hasta confuso, pero Ion no se inmuta:

—Yo te he referido la gramática, luego están las composiciones particulares, cada iglesia tiene una.

Pero en este punto se abalanza sobre nosotros una mancha negra y

atorbellinada, con unos ojos azules llenos de ira. Es un sacerdote —aunque parezca más bien un diablo— que nos conmina al silencio. ¿Qué nos hemos creído? ¿No sabemos dónde estamos? Miramos alrededor y no hay ni una mosca. Ion se resiste a darle cancha porque aparte de que no haya nadie en el templo, después de todo me está ilustrando sobre la religión del lugar, y no parece que sean ideas muy heterodoxas. Pues nada, el cura tonante y nervioso, que alza más la voz que nosotros tres juntos, aunque ha empezado diciendo que él no quería discutir, se va calentando a medida que Ion le replica en moldavo, y desde luego domina un cuerpo a cuerpo dialéctico en su idioma. De forma que Ion repone al eclesiástico absolutista, o aburrido, o mal intencionado, quién sabe, que un templo es la casa de Dios y secundariamente la casa de todos, no la casa de los curas. Nunca lo habría dicho. El pope de los ojos azules y las barbas blancas como banderas caprinas se irrita ulteriormente, cual si fuese una ampolla a punto de reventar. Su tesis es clara: esta iglesia no es un museo, y hacemos mal en estar hablando allí aunque sea de religión, o de arte. Eso ya le saca de quicio a Ion quien después de todo ha tenido que aguantar buena parte de su vida bajo el sistema soviético y sus burocracias. Ahora es Ion quien monta en cólera, llama gran porquería al cura, por lo obtuso que es al no entender que pueda haber una pequeña conversación artístico-histórica en un templo, y al final sacudiéndonos los zapatos nos fuimos. Dejamos al cura entre vapores de ira y pensando que esa iglesia es suya. He ahí una apropiación indebida, porque si de alguien han de ser los templos sería de sus comunidades, las que contribuyeron a lo largo del tiempo a su construcción y mantenimiento, así como a la manutención del clero en tantos lugares y religiones. Pero el aspecto patrimonial de algún indocumentado a veces produce esa clase de meteduras de pata.

Para los ortodoxos un monje es un *kalugar*, un «viejo feliz», y es el arquitrabe de la orden monástica que fue instaurada por San Antonio, el de las tentaciones en el desierto de la Tebaida que tanto juego literario dieron a Flaubert. Un monje debería tener más puntos a su favor que un cura apresado por las ambiciones del mundo. Pero eso no quita que muchas veces monjes y monjas hayan procurado también el desdén de la gente: sus imperfecciones no casan bien con sus ínfulas. En Moscú llegó a haber un museo anti religioso ubicado en una iglesia ortodoxa del XVIII, y allí ponían hasta momias de cazadores encontrados helados en el Ártico para demostrar que el supuesto milagro de los incorruptibles santos cristianos no tenía nada de especial. En la propia catedral de San Isaac de Leningrado llegó a haber un Museo del Ateísmo que incluía un péndulo de Foucault.

Aconsejo a Ion que sigamos adelante y que desista de querer denunciar al cura destemplado. Se le baja un poco el cabreo, bastante

justo por otro lado, y así seguimos viaje rumbo a Orheiul Vechi, o lo que queda de la vieja ciudad que dominaba la vega del río Raut. En realidad se trata de un conjunto arqueológico y de monasterios rupestres, como si diversas capas de culturas y civilizaciones se hubiesen superpuesto en las mesetas del cañón que excava el Raut, río que más parece un canal largo y estrecho, y dicen que antaño hasta navegable.

Para los amantes de la historia tiene su interés saber que por aquí pasaron construyendo y destruyendo desde los dacios a los tártaros, y en este mismo sitio un día esplendió la ciudad otomana de Sher El Jedid. Hoy lo que más llama la atención son los monasterios ortodoxos excavados en la roca del cañón. Uno de ellos, el más visitado, es el de Uspenski, la Dormición de la Virgen. En 1904 se usaba como iglesia de Butuceni, el pueblo de campesinos al pie de la escarpadura. Ya en 1917 los monjes se fueron de esa pared arañada en cuyos huecos hay celdas que más parecen guaridas. Y a poca distancia, pero en la parte alta del cañón, empezaron a construir Santa María, un espanto de cemento que desde entonces es la iglesia parroquial de Butuceni.

El viejo templo de Uspenski ha quedado a cargo de un monje de barba blanca que se mueve como una ardilla bajo tierra. Su mayor trabajo es vender velas e iconos. Le compro un cuadro que representa la Dormición de la Virgen, la cual parece más bien una mujer enferma en la cama. Le pido un poco de historia de la pintura y ni él ni Ion aciertan a precisarla. El monje se limita a comentar que ese icono viene de uno original que hay en Rusia, y esforzando al máximo su vista cansada reconoce los santos que figuran en los lados del cuadro. A la derecha arriba San Cosme y abajo San Damián. A la izquierda arriba San Antipa, y abajo Santa Juliana.

Siguiendo el camino que recorre el espinazo del cañón me sorprende que, después de la nueva iglesia de Santa María, haya en el suelo un círculo hecho con pequeñas piedras blancas. Lo comento con Ion y me aventura que eso debió de marcar un antiguo sitio de sacrificios humanos a Gebeleizis, el viejo dios de los getas. También pudo haberse tratado de un observatorio astronómico, siendo óptimo el sitio para mirar el cielo y sacarle alguna conexión con el valle de abajo, sembrado hoy sobre todo con maíz. Gebeleizis, divinidad de los getas-tracios, era el dios de la tormenta, o del rayo y el trueno, si bien esos pueblos también adoraban a Zalmoxis, dios del inframundo. Algunos autores, Heródoto incluso, hacían coincidir ambos dioses replanteando así la falta de conocimiento preciso, tanto de antiguos como de modernos, sobre cuanto se suele adscribir al ramo de lo mágico o de lo religioso. Según Ion la historia todavía es más enrevesada mitológicamente. Ese dios Zalmoxis procedía de un humano, de un esclavo de veinte años que tenía Pitágoras en la isla de

Samos, y que al parecer también estaba iniciado en los misterios eleusinos. Tras ser liberado se metió en cavernas de las que no salió en muchos años, tras los cuales su reaparición indicó que era un poderoso dios del inframundo, uno que predicaba y sostenía con su propio ejemplo la existencia de la inmortalidad.

Heródoto llegó a afirmar que Zalmoxis era el mismo Gebeleizis de los getas, una tribu tracia, si acaso otra de sus caras o manifestaciones, pero para Mircea Eliade había más tela que cortar en el tema. Zalmoxis y su mito sugerían, según Eliade, un rito de pasaje. En su libro *De Zalmoxis a Genghis Khan* (1970) Eliade supuso que el tránsito de la vida a la muerte y a la resurrección consistía en eso, en un pasaje, y que morir equivalía entonces a entrar en una cueva, y resucitar o renacer era salir de esa caverna. Eliade siempre demostró sentir una fascinación especial por ese dios tracio tan ondulante en sus manifestaciones, y lo exploró asimismo en *Zalmoxis, The Vanishing God* (1972). Un discípulo de Eliade, Ioan Coman, no lo dudó más y llegó a sugerir en Zalmoxis una anticipación de Cristo, por su reaparición-resurrección y otras místicas concomitancias. Pero en este terreno escabroso, sin dejar de ser atractivo, de las interpretaciones, no es menester usar las últimas o las que están más de moda. Según Diógenes Laercio, Zalmoxis significaría «piel de oso», siendo eso lo que vestía aquel dios, o demiurgo, o semidiós extraño y potente de los antiguos dacios.

A menos de cien metros del círculo de piedras blancas se encuentra una insólita estela de cemento y lo es porque todas las letras han sido borradas así como el nombre de a quién se dedicaba. Cierto es que no se puede eliminar la campana de la memoria, ni fundir su bronce para siempre. Ese monolito se erigió en homenaje a Basil Kurdenoski, el arqueólogo ruso que impuso durante un largo tiempo su tesis de que el territorio moldavo no estuvo poblado primeramente por los llamados dacios, sino por los eslavos. Teoría que fue ampliamente desmentida con hechos y las sucesivas excavaciones han demostrado una antigüedad geto-tracia y dacia en concreto cada vez mayor, remontándose incluso a los siglos IV y III a. C.

El monumento a las tribus eslavas tiene hoy ese patético estado de los escritos arañados, borrados, que se querían aniquilar, aunque en ese caso se eliminó únicamente lo erróneo. A veces los daños son menos si se derriba lo injusto.

Bajo el farallón se extiende, no mucho, Butuceni, pueblo de ritmos nulos a las dos de una tarde de verano. La canícula aconseja algo de refresco y parar de seguir hurgando en el pasado interminable. Pero el viajero no va a estar toda la vida en donde ha tenido la suerte o desgracia de caer. Es ave de paso y de presa, y si hay algo más que ver coge fuerzas de sus propios sudores. Mañana quién sabe dónde estaré.

En el centro de la aldea han remozado una antigua casa campesina que en realidad se compone de varios edificios, todos ellos pequeños, de techos bajos, pero separados entre sí. La idea es hacer un museo de cómo era la vida labriega de hace más de medio siglo. Una de las viviendas se llamaba *baska*, y se dedicaba a los ancianos. La casa principal era la de los hijos casados, y lleva columnas de piedra rematadas con capiteles de carneros, tal vez signo de fertilidad. El tejado está hecho con haces de juncos secos, muy apretados, a la manera tradicional de Moldavia. Dentro del par de habitaciones de la casa han acumulado aperos, herramientas, ruecas, y varios tapices de lana con motivos hechos con tintes vegetales, uno de ellos con hojas del árbol que llaman *malin*, y que da un color negro indeleble. Son recuerdos de un tiempo no tan lejano, cuando Butuceni vivía una existencia dependiente del cielo y las cosechas, en los interregnos entre guerras. La vieja pobreza atenuada acaso por el verdor de un maizal que se va a librar de la quema, la plaga o el saqueo.

No quería irme de Moldavia con el calor reinante en el mes de agosto sin intentar darme un baño en el mar. Sé que suena un poco extraño puesto que Moldavia no tiene costa, pero si consideramos que el Mar Negro, sobre todo por la parte de Ucrania, queda a no más de dos horas y media de Chisinau, igual podía considerarlo una simple excursión, lo mismo que hacen los moldavos. Ciertamente, con más tiempo, uno puede irse al Mar Negro de Rumanía, aunque el Mar Negro de Ucrania sea lo que más conviene por distancia y presupuesto. Y Pushkin, que no lo olvido tan fácil.

Si cogía una *marshrutka* para Odesa, un minibús colectivo en la estación de Chisinau, y salen constantemente, apenas gastaría una decena de euros. Lo pesado de ese viaje estribaría en pasar la frontera en Maieki, no teniendo yo práctica en el lugar, ni siendo mi dominio del ruso todo lo amplio que debería, nada digamos del idioma ucranio. Pero cuando comenté este tema a Valerio, hermano del inspector de aduanas que me había resuelto a la perfección el viaje a la Transnistria, empezó a interesarse por mi nuevo proyecto, hasta el punto de que me hizo un precio muy razonable para ir a Odesa y volver a Chisinau, y así él aprovechaba también para pasar unos días de vacaciones en el mar. Eso sí, tendría que llevar a su amigo Dumitru, paisano suyo de Razeni, un pueblo a veinticinco kilómetros de la capital moldava. Para Valerio nada hay en el mundo que se pueda comparar con Razeni, con sus vinos y hortalizas. Me insistía en que a la vuelta de Odesa podríamos pasar por Razeni y me haría probar el tinto que hacen en casa de su madre, y los tomates que crecen en su huerta y que saben a tomate, no a química, como no se cansaba de recalcar. Y es que todo eso se debe, según él, a que tienen la mejor tierra negra (*churne zum*) del mundo.

—¿Sabes que un día vinieron los japoneses a nuestro pueblo y querían comprar toda la tierra negra que quisiéramos venderles? Pero no les dejamos. La tierra no se toca.

Sin embargo, no siempre fue así y se lo recuerdo a Valerio:

—Ya sabes, porque eso viene en los libros de historia, que los alemanes se llevaron trenes enteros de tierra negra de vuestro país, de Moldavia, durante la segunda guerra mundial.

—Sí, lo sé, pero ésos eran nazis. Un poco más y habrían acabado con robar toda Europa.

Y así fue cómo una mañana de agosto, sin una nube en el cielo, cogimos carretera para Ucrania pasando por los mismos lugares que cuando fuimos a la Transnistria. Lo único ahora es que, en vez de ir derechos por Tiraspol, al llegar a Aneni Noi tenemos que coger la bifurcación a la derecha y debemos dar un rodeo de más de cincuenta kilómetros. Una de las bromas pesadas que la secesión de los transnistrios ha jugado a los moldavos.

Valerio vive en Bolonia conduciendo camiones y haciendo entregas de mercancías de lo más variado. Si no le hubiese enrolado para el viaje a Odesa pensaba acercarse a Aliova, a ver al padre Gyorgy, el párroco de allí. Tal día como hoy va a celebrar una fiesta con óleos santos y bendiciones especiales. Valerio no lo dice porque sea un devoto, que no lo es, sino porque me confiesa que el padre Gyorgy le curó hace un par de años.

—¿Qué te pasaba, Valerio? ¿Tenías algo grave o…?

—Nada, escuchaba extrañas voces aquí, dentro de la cabeza. No sabía cómo arreglar eso, y me hablaron de Aliova y allí fui.

Tal como me lo cuenta suena a una especie de delirio, pero Valerio sostiene que el cura Gyorgy se lo ha quitado. Al parecer es famoso en media Moldavia por sus prodigios. Conduce coches a sus ochenta años sin tener carné. Una vez hizo que nevara en Aliova en pleno mes de agosto. Valerio no se encuentra del todo a gusto con esta conversación y prefiere enseñarme, con la anuencia divertida de Dumitru, un par de juramentos en ruso por si los llego a necesitar: *pidarask*, que debe de ser mucho más fuerte que *vaffanculo*. Y *zaibish*, algo más que la leche de bueno, o sea, más que la releche. Con esa horquilla de positivo y negativo me aseguran Valerio y Dumitru que puedo tirar millas en Ucrania, menos mal que ya conozco un poco el país de otras veces.

Al pasar por Causeni, donde trabajó en un tiempo Valerio, quiere que vea a todo trance una iglesia que se encuentra en reconstrucción. Es la de la Dormición de la Madre de Dios (*Adormirea Maicii Domnului*), una de las muchas iglesias ortodoxas que tienen esa advocación mariana, la de Uspenski como generalmente se dice en ruso. Cuenta Valerio que antaño —él así lo ha oído— corría un pasadizo por debajo de la ciudad y una vez, que estaban haciendo una

obra y bajó al subsuelo, vio que estaba lleno de agua. La iglesia actual está hundida casi un metro en el prado, y para acercarse a la puerta hay que bajar unos peldaños. Una rareza que al parecer se debe a que los tártaros nogái que dominaban Causeni no admitían que hubiese templos más altos que los suyos. Hoy no vemos a nadie trabajando dentro de la iglesia, aunque andan restaurando las pinturas, y algunas son de los siglos XVII-XVIII. Se dirá que no es excesiva antigüedad comparando con parámetros italianos o españoles, pero el templo de Causeni tiene la reputación de ser el más viejo que ha sobrevivido en Moldavia.

Valerio a veces siente ganas de exagerar y quiere hacerme creer que la media luna que atraviesa una cruz de hierro puesta sobre las tejas prueba que este sitio es algo musulmán. No se queda muy convencido cuando le repongo que la media luna es uno de los símbolos de la madre de Cristo y que son incontables las imágenes en que la Virgen María se alza sobre la luna y bajo una corona de doce estrellas, tal como indica el Apocalipsis. Otra cuestión es si el culto de la Virgen cristiana no se inspiró realmente en el de Isis y otras diosas lunares, pero ese tema queda para comentar en otra iglesia si es que la vemos, que no es precisamente nuestro plan.

Uno, si acaso, va influido por el espíritu pushkiniano, y por su romanticismo, algo que no tiene por qué reducirse a donjuanismo. Pushkin toma la vida como una emoción inagotable, digna de ser estirada al límite, y la belleza no puede ser ajena a esa visión. Un viático que no falla para moverse por la antigua Besarabia es *La hija del capitán*, donde Pushkin narra entre otras cosas lo que ocurrió cuando el cosaco Pugachov se autoproclamó zar en el siglo XVIII trastocando así todo el sistema dinástico, los intereses creados y las insidias de los ratones que no faltan en los palacios, en los cuarteles y en los juzgados. Fue la última de las novelas escritas por Pushkin y ciertamente su lenguaje está impregnado de trompetas románticas, lleno de mandobles pero bien dados por el honor y la justicia (en el otro filo, o más bien en la parte roma, iba el amor). «¡Iván Ignátievich! —dijo la esposa del capitán al tuerto—. ¡Cualquiera averigua cuál de los dos, Projorof o Ustina, tiene razón! Castígalos a ambos».

Después de Causeni pasamos por Stefan Boda, un pueblo con fama de producir buenos melocotones. Valerio y Dumitru reconocen, sin embargo, que los mejores melones y sandías siempre fueron los de Ucrania, en concreto los de Querconeso, lo cual llena de reminiscencias clásicas una trivial conversación sobre frutas. Ahora, con tanta química, quién sabe qué melones son los mejores, igual han ganado los moldavos de Stefan Boda a los de Querconeso.

El viaje se nos hace tan corto que casi sin darnos cuenta hemos llegado a Palanca, pueblo moldavo ya fronterizo con Ucrania. En

Palanca han puesto un museo etnográfico bastante pregonado en Moldavia, como lo de Butuceni pero a mayor escala, con objetos y trajes del mundo campesino ya prácticamente desaparecido. Pero a lo que venimos es a pasar la raya y los papeles. Lo hacemos en pocos minutos, sin problema además siendo amigos del agente aduanero hermano de Valerio. Ha pasado la voz y las puertas de Ucrania se nos abren de par en par. Unos metros más y ya está Maieki, el primer puesto fronterizo ucranio y primer pueblo de ese país que por esta parte parece una sucesión de marjales y pantanos, y con el río Nistru serpenteando. Luego, tras una media hora por una carretera ya con mucha circulación, empezamos a entrar en Odesa, gran ciudad y puerto de Rusia y ahora de Ucrania, una villa ilustre del arte y la historia, de la paz y la guerra, que aparece aplastada por el calor de agosto.

El mundo no es lo que era y al llegar a Odesa a las tres de la tarde, hora muy indecisa en algunos sitios sobre si comer o cenar, las posibilidades de tomar algo son abrumadoras. Hay una Ucrania bastante cerrada aún, con su querencia indudable por Moscú, y eso causa periódicas y graves crisis, choques, incendios y víctimas mortales, pero Odesa ha abierto sus ojales y más a cuanto bueno llegua de Occidente, nada se diga si hablamos de las cosas de comer. Damos con un restaurante llamado La Tavernetta y la pasta es *al dente*, y todo en consonancia, no el clásico truco del italiano internacional que calienta la pasta ya hecha en el microondas. Así que recuperamos fuerzas que en realidad no habíamos perdido y antes de que me lleven a un hotel, sugiero a Valerio dar una vuelta por lo que siempre tuve ilusión de ver, naturalmente las escaleras de Potemkin.

Un día de agosto el centro histórico de Odesa recuerda el barullo que se puede armar en Segovia o en Ávila con los autobuses vomitando turistas y los locales tratando de colocarles cochinillos y jarras de cerámica. En Odesa se han dejado de semejantes menudencias, y exhiben junto a la Ópera la mayor concentración de limusinas que uno haya visto jamás, ni en Hollywood las tienen tan largas. Son desde luego para hacerse fotos, para tirarse el variado rollo que cada cual se plantee. Aunque uno de los éxitos más claros y populares del verano de Odesa es hacerse una foto con un águila real posada en el antebrazo. Y salir indemne del trance, porque el águila es una santa comparada con los monos con los que algunos jóvenes ucranios quieren sacar dinero a todo lo que se mueva.

Eso se ve hasta en las escaleras de Potemkin, un imán guardado en mi memoria desde que vi *El acorazado Potemkin* de Serguei Eisenstein en un cineclub del barrio Prati de Roma en 1970. Pasaron cuarenta años y siempre se me quedaron grabados los primeros planos que alterna Eisenstein de mujeres aterrorizadas mientras el cochecito de

niño sigue precipitándose por las gradas, pero conservando ese extraño equilibrio que impide que caiga, aunque al final caerá. La épica de los marineros rusos que se rebelaron contra el zarismo, gracias al montaje de Eisenstein no se quedó en retórica, sino en los anales del mejor cine y de la historia más justa, ésa que quita la máscara a los ejércitos que disparan a la gente indefensa. Y sin embargo se trataba de una película con actores aunque no profesionales, no era un documental rodado, como algunos se piensan, en el momento en que se producían los acontecimientos.

Ya allí, en el arranque de las míticas escaleras, lo primero que hago es acercarme a la estatua de Armand Emmanuel du Plessis, duque de Richelieu. Toco uno de sus bajorrelieves de bronce ya dorado de tantas manos como lo han rozado con la esperanza, se supone, de volver a Odesa. Que se pida también amor al duque de Richelieu, o que a uno le toque la lotería, o no pillar una gripe, es más inverosímil, pero todo puede ocurrir en este mundo. Richelieu, cual un laico y arrogante San Pedro, mirando el mar en este borde de las escaleras de Potemkin, triunfa en Odesa como punto de encuentro, como referencia para visitar el centro, o para enrolarse en alguna excursión de las muchas que ofrecen por la ciudad y alrededores.

En 1803 el duque de Richelieu fue nombrado alcalde de Odesa, y luego gobernador del Mar Negro, por el zar Alejandro I. No fue el único extranjero que brilló en Odesa, bien es cierto que de casta le venía al galgo. Richelieu tenía dotes para la política, descendiendo como sobrino tataranieto del propio cardenal Richelieu, el que tuvo como primer ministro de Luis XIII a media Europa en un puño, y en su bolsa. Pero su descendiente, el quinto duque de Richelieu, buscó otros horizontes y acabó jugando un papel estelar en la fundación de Odesa. Eso constituyó otro de los empeños geniales de Catalina la Grande, no ceñirse a San Petersburgo, hacer una capital deslumbrante en el salvaje sur de Rusia. Y en ese sueño de hacer realidad una ciudad como Odesa también participaron el ingeniero naval holandés Franz de Volan, y el conde español José de Ribas, quien era a la sazón contraalmirante de la flota rusa.

Ni a diez metros de la estatua de Richelieu nacen las famosas escaleras que descienden hacia el puerto. Lo primero que observo es que carecen de esa inclinación que yo suponía por la película y por la velocidad de la caída del cochecito. Vistos desde arriba los rellanos producen la ilusión óptica de que se comen las gradas, y si te tomas la molestia de bajar hasta el puerto y mirar hacia arriba, lo que notas es un continuo de escaleras sin rellanos. El caso es que entre la magnitud de la escala de piedra, y la longitud de sus peldaños, que empiezan por tener doce metros y acaban en veinte, y la gente que se agolpa como si eso fuera un parque vertical, o una especie de torre de Pisa al

bies, se evapora un tanto el regusto romántico que te quedaba de ver la película en blanco y negro. A veces pasa que la realidad estropea una buena historia. Más cuando se comprueba que lo que cuenta Eisenstein, la masacre en plenas escaleras, nunca ocurrió, otra cosa es que le sirviera para acentuar como si fuese una epopeya el conato de revolución que hubo en Odesa en 1905, y que en cierto modo supuso un antecedente de la revolución de 1917. En Odesa se produjo, en efecto, una represión indiscriminada de la población por parte de los soldados al servicio de la tiranía al mando, lo único es que estas escaleras no se tiñeron precisamente de sangre como apunta la película.

Otra cosa que me llama la atención es que los rellanos sean casi explanadas entre tramos de escaleras. Ahí es donde se montan emboscadas por parte de los que pretenden que te hagas una foto, ya no con una manida y noble águila real, sino con un mono, el mismo mono que está en todas partes, uno que de pronto te ponen sobre los hombros y notas cómo te pinchan sus uñas bajo la camisa. Y en fin, será el calor, y la turbamulta turística, y los tipos de las rapaces y los simios ofreciendo fotos inolvidables (en Tailandia proponen hacerlas con cocodrilos y tigres), el caso es que ahí se sufre cierta decepción. Pero Odesa no permite bajos estados de ánimo duraderos siendo una ciudad elegante como pocas y no de ahora. Odesa, tal como escribió Pushkin en una carta, era «… donde todo a Europa huele y respira». Y eso permanece aunque Odesa haya sufrido embates de gran calado, pues tras la Revolución de Octubre se convirtió en capital de la República Socialista Soviética de la Besarabia. Fue ocupada por tropas nazi-rumanas en 1941-44, y desde que fue liberada por los rusos formó parte de la URSS pero enclavada en la RSS de Ucrania.

El influjo de los arquitectos italianos y franceses ha marcado el centro urbano, con edificios tan espectaculares como la Ópera, que en sí misma es un homenaje a las líneas circulares. Sólo eso parece un canto hecho piedra, como si las danzas polovtsianas del *Príncipe Igor* de Borodin pudiesen hacer girar el propio edificio donde a veces se representan. Pero supuse que debía buscar cuanto antes la estatua y los recuerdos de José de Ribas y Boyons, quien después de todo tuvo mando en Odesa, y desde casi su creación. Aunque nacido en Nápoles, Ribas era español de nacionalidad y lo sorprendente de su carrera militar fue que la culminara en la Armada rusa donde alcanzó, en tiempos de Catalina la Grande, el grado de contraalmirante, la cúspide de su carrera militar. Pues bien, en el centro de Odesa se le recuerda con mucho honor, no sé si también con afecto, mediante una buena estatua en la que aparece muy galano apoyando un pie sobre una pala, y consultando un mapa de la ciudad que él contribuyó a fundar. Con lo mismo creo que con Ribas he topado y me prometo a mí mismo,

que no me cuesta nada, seguir buscando otro día más evocaciones del marino español.

Voy a alojarme en Arkadia, que como su nombre indica es un sitio que trata de traer placeres que no son de este mundo, al menos los más bellos son los imaginados. Y si no hay tal pues, Arkadia cuenta con todo lo que el cuerpo pide en verano. Existe una playa, y establecimientos con *chill-out* como uno que se llama *Ibiza*, y discotecas a la última como Ithaka, jugando a imitar el estilo de la isla balear, y a ser posible superarlo con sus atracciones, desde animadoras semidesnudas a lluvias de confetis dorados, como si la nueva Ucrania fuese un inacabable cuerno de Amaltea. En otros locales de Arkadia, del sector musical, vamos a dejarlo ahí, se va desde un atrezo galáctico y animadoras con rayos láser a un viejo barco pirata con todas sus consecuencias de parches en el ojo, sables y demás. Las chicas piratas aprovechan para enseñar prácticamente su integridad. Pero no faltan puestos de marisco local ni de *doner kebab*. Arkadia es el nuevo espejo de Ucrania, deseosa en verano de competir con cualquier lugar de moda del mundo pese a estar junto a un Mar Negro, que en realidad está verdoso por la cantidad de algas que se crían en sus orillas.

Valerio y Dumitru me hablan de la «ensalada», como llaman a las algas, que puebla el agua, pero no les preocupa disfrutando como están de los mojitos en la playa y de las rubias chicas ucranias. Volver a Chisinau dentro de unos días les parece algo muy lejano, y es mejor no pensar en lo irremediable. Mi idea es visitar de nuevo el centro de Odesa y encontrar más lugares relacionados con José de Ribas. Una mañana en mi hotel me llaman un taxi y llega a Arkadia al cabo de tres cuartos de hora. La razón de la demora según la recepcionista es que estamos a sábado, pero eso no es lo peor, sino que el taxista casi atropella a un peatón. Es un conductor, que ya no cumple los setenta años, flaco como un palillo, y con ojos grises con unas ojeras que denotan un poco de falta de sueño o de descanso, tal vez sea otra cosa pero no lo podría jurar. El conductor encima le echa la bronca a la cuasi víctima, y ahí es donde veo un resabio a caballo entre lo napolitano y algo de la antigua URSS. La ley del más fuerte, se podría resumir.

Mi meta es el Pasaje de Derivas, que así se llama uno de los lugares de Odesa más refinados, y con un punto decadente. Pero antes de internarme ahí no puedo resistir dar una vuelta por la plaza de la Soborna, la catedral, que está justo enfrente. Es un sitio lleno de gentes atraídas por el mercadillo de pinturas y de recuerdos de Odesa. Algunos también van a hacer una visita al gran templo ortodoxo de la ciudad, que no por haber sido repetidamente reconstruido es menos impresionante. La catedral se consagra a la Santa Transfiguración, o

Santa Preobrazhensky, con una *elbow room*, capacidad de codo, como dicen los folletos en inglés, para 12 000 personas. Los soviéticos en 1936 prácticamente destruyeron el templo, pero no porque lo volaran, como algunos creen, más bien lo desmantelaron piedra a piedra. Por fin en 2005 alcanzó su antiguo esplendor, reforzado por algunos timbres de orgullo. Uno es la milagrosa Cruz de Cobre, hecha con kopeks, céntimos de rublo, con los que los soldados que iban a la guerra de Crimea de 1854 pagaban las velas. Más portentoso parece ser el icono de la Madre de Dios Kasperovskaya, con un fondo dorado y cuajado de piedras preciosas (supongo que no son cristales). Es el no va más para los fieles odesanos encabezados por la imponente figura de Su Eminencia Agathangel, el Metropolitano de Odesa e Izmail (una localidad también en el Mar Negro). Agathangel, con una corpulencia de oso elegante, escenográfico, suele lucir una tiara casi más blanca que su larga barba, lleva tres pectorales esmaltados sobre la sotana negra y empuña un báculo de plata. Así puede evocar perfectamente los tiempos en que la Iglesia ortodoxa hacía y deshacía con un poder rutilante sobre los pobres mortales. Le queda aún cuidar su aspecto hasta rizar el rizo, siempre para reforzar los símbolos sagrados, pues otras veces Agathangel se pone un gorro que parece una campana rematada con una cruz, y con un ribete de piel de color gris azulado. ¿Será zorro, será marmota?

Un punto clave en la catedral es la cripta, restaurada no hace mucho. En 2007 llevaron allí un cuerpo más o menos momificado, dentro de un ataúd de madera con pinturas que recuerdan vagamente las de un sarcófago egipcio. Es lo que queda de San Innokentiy, a quien en Odesa atribuyen milagros sin cuento.

El contraalmirante De Ribas fue quien invitó al entonces Metropolitano Gabriel, patriarca de la región de Novorossiya, para que pusiera las primeras piedras de las primeras iglesias de la Odesa recién fundada. Al español —con sangre irlandesa y héroe de la guerra ruso-turca— se debe pues ese primer movimiento en pro de la ortodoxia en la Odesa de 1808. Casi pisándole los talones a De Ribas, el duque de Richelieu intervino con su sentido práctico pidiendo al Tesoro 40 000 rublos para empezar a construir sin dilación la catedral de Odesa, suma que enseguida se disparó, como suele suceder, hasta los 100 000 rublos. Pero se hizo la catedral y fue una meta del Imperio. Otra cosa es que se incendiase enseguida. Cuando el emperador ruso Alejandro I visitó la catedral en 1818, al ver las pinturas ahumadas y deterioradas de su iconostasio, decidió tomar medidas. Y en ese punto es donde interviene el magnífico príncipe Vorontsov, gobernador general, dueño de un palacio en Odesa que quita el hipo. Vorontsov (Pushkin no andaba lejos, sobre todo de su mujer), fue quien detrajo del presupuesto municipal 50 000 rublos para la reconstrucción del

templo, cosa que lógicamente se gastó en un suspiro y hubo que poner más fondos para eso y para hacer un campanario exento en 1837. Para ver lucir a la catedral en todo su esplendor, con su cúpula que era una copia fidedigna de la de San Isaac de San Petersburgo, se debió esperar hasta 1840.

La cuestión es cuánto iba a durar algo así en paz en medio de los recurrentes vendavales rusos. Ya en época comunista un decreto del nuevo Gobierno obligaba a retirar los objetos religiosos y valiosos de los templos. En la catedral de Odesa metieron cuanto pudieron en sacos y lo cargaron en camiones. Dicen que así se salvaron bastantes tesoros, pero no es que existan al respecto datos y repertorios fiables. Más tarde, en 1936, una explosión derribó el campanario de la catedral, uno de los símbolos del paisaje ciudadano de Odesa. Y en ese punto fue cuando estalló un tema de los de espoleta retardada. Los restos mortales del príncipe Vorontsov fueron sacados de su sarcófago catedralicio y desapareció todo lo que contenía, empezando por su rico sable, y hasta su uniforme mortaja fue desgarrado en pequeñas piezas, y al final sólo quedó el esqueleto. Llevaron esos huesos a una zanja junto a la tapia del cementerio de Slobodka en las afueras de Odesa, y allí fue donde algunas mujeres piadosas recogieron sus restos. Por fin, el 4 de julio de 2005, los restos mortales, o una parte de ellos, del príncipe M. S. Vorontsov, y los de su esposa Y. K. Vorontsova, volvieron a ser inhumados en la catedral. Su mujer había sido famosa por motivos muy prosaicos: era la misma Elizaveta Vorontsova a quien Pushkin escribió una carta de amor.

En la Odesa de los últimos años no ha debido de faltar el dinero pues han logrado construir un nuevo campanario de 72 metros de altura, aparte de operar una restauración general de mármoles y oros, en altares, pavimentos y hasta en paredes. Viendo la nueva Soborna de Odesa está claro que ha vuelto a estrecharse la complicidad entre el poder político y eclesiástico, lo que en el zarismo tuvo caracteres casi de yugo indiscutible. Eso en los tiempos actuales se trata de disimular, y más o menos se consigue. Gracias a la ayuda extraordinaria del ayuntamiento para la reconstrucción del campanario, el alcalde de Odesa, E. I. Gurvits, tuvo el privilegio de recibir en la Navidad de 2001, y con todos los honores catedralicios y de la mano de Su Eminencia Agathangel, la Orden de la Natividad de Cristo. Eso es tanto como reconocer que Gurvits es un caballero cruzado en vanguardia y un eximio exponente del nuevo orden y de los mejores alimentos que han llegado para algunos.

Uno ve esas cosas, y los oficios ortodoxos con los que se tropieza, con el pasmo que suscitan los ritos de otras épocas. Uno viene de Arkadia, donde cualquier desnudez tiene su asiento, y donde el neopaganismo es más que evidente, mientras en la catedral se entra en

un mundo en el que resuena entre mármoles de un blanco cegador la letanía (*ektenia*). Se leen fragmentos de los Apóstoles y de los Evangelios, y se bendicen las aguas como si en vez de en el Mar Negro se estuviera en un nuevo río de Jordán de oro. Todo eso y más ocurre en las grandes celebraciones, cuando Agathangel asperja al gentío y el coro canta «Gloria al Padre, Gloria al hijo…». Así fue inaugurado «el faro espiritual» de Odesa, la nueva y enorme campana de bronce. Uno prefiere el zumbido popular contra la injusticia que se imagina en *El acorazado Potemkin*, pero la nueva campana de Odesa tiene sus seguidores y su propia retórica. Hay gente devota en Odesa que tiene a las campanadas por la voz del Evangelio, y a la propia campana por el cuenco del que desciende la gracia divina, y no de forma distinta a como lo hace y es el cuerno del arcángel. Dicen que muchos ciudadanos de Odesa ajustan su reloj con el repique de las catorce campanas de la catedral, la mayor de las cuales pesa 4,2 toneladas. Yo creo que eso no es tan cierto con el reloj en el móvil que llevan ya casi todos. Pero los fieles ortodoxos de Odesa, dados al arrobo, hablan maravillas del sistema automatizado de su campana, para que no se diga de la vieja Rusia, o de la nueva Ucrania. Por supuesto que no se han quedado anclados en la Edad Media ni en tirar de una cuerda para que el badajo golpee el bronce.

Son quizá elementos de lo que antes se llamaba en la URSS enajenación, la parte errónea de una superestructura. O la lucha abierta contra la propia «esencia del hombre», esencia del humanismo de la vieja escuela sobre la que también Marx quiso saltar y superarla con su propio método, revolucionario según él en la historia de la filosofía. Es el materialismo histórico y Louis Althusser lo recordó en una añeja polémica en la que Semprún, Michel Simon y Michel Verret se pusieron en contra suya. Pero Althusser tenía el don de la claridad y la virtud de no tener pelos hipócritas en la lengua: «A partir de 1845 Marx rompe radicalmente con toda teoría que funda la historia y la política en la esencia del hombre». Otra cosa es que aquello fuese positivo. Pero en todo caso nació por fin la crítica absolutamente radical del humanismo filosófico, el que arrastraba sus añejas pretensiones teóricas, y se rompía con toda la antropología que hasta ese momento estaba concebida en torno a esa esencia del hombre.

Si uno va a la Ópera redonda de Odesa y escucha la fuerza de Rymsky-Korsakov, incluso en su *Doncella de hielo* (la Snegurochka, la nieta y ayudante de Ded Moroz, el Papá Noel helado de los rusos), puede sentir, pese a los años transcurridos desde su estreno en 1882, la sensación de que el tiempo también se congela, de que es inmune, mediante ciertos arrebatos y bellezas, al paso de la historia. La antropología de Marx no parece que haya bastado para defender elementos esenciales del mínimo ser humano ante el arte embaucador,

existencial, aplastante. No queremos ser presa de Rymsky-Korsakov, ni siquiera de Pushkin, que miraba el Mar Negro y lo veía del color verde manzana, si no de verde esperanza, y eso que también pasó parte de su exilio en Odesa. Pero la vieja esencia del hombre necesitaba y necesita un giro de tuerca, con o sin Marx, en el Este o en el Oeste. Si no seguirá habiendo arte y élite y hambre y abuso. Incluso sigue habiéndolo, cree uno, más cerca de lo que se piensa.

Hay escritores que siempre dieron ejemplo en medio de los tiempos tenebrosos. Pushkin, por ejemplo, exiliado en Odesa, vuelve a tener en ese lugar marítimo, como la tuvo en Chisinau, una gran virtud. No rendirse a la evidencia del mundo zarista, es decir, la verdad tal como la pintaba el poder instituido. En lo personal busca la libertad, incluso de enamorarse de casi toda mujer que aunara belleza e inteligencia. En lo político no creía que el recién conquistado Mar Negro iba a añadir liberación a Rusia, sino extensión de la colonia, del poder central con nuevos y exóticos tentáculos. Sin embargo, Pushkin no tenía madera de santo ni nada parecido. Era pagado cada mes por el ejército ruso, y aun así mantenía algún nivel de crítica al sistema (bien cierto que pre-rrevolucionaria), compaginándolo con su verdad más íntima, ésta sí revolucionaria, y era no ser indulgente en el arte literario. Ir al máximo de lo que da un corazón y una cabeza.

De manera que la esencia del hombre en Pushkin estaba muy clara al menos para él. La pulsión es la pulsión, y una mujer que conquistaba no era una víctima, era una compañera, puede que ocasional, es cierto, para compartir un tramo de las alegrías y desventuras del mundo. Se le criticó por tener un alma de Don Juan, pero más bien se parece a *lord* Byron en mezclar romanticismo y rebeldía, gusto por las mujeres, las letras, las espadas, los clásicos, el sur.

Y el sur de Rusia es Odesa, y Odesa es la vieja capital de la Rusia menor, de la Malorossiya, Pequeña Rusia, o Micro Rusia. De ahí le venía lo europea, lo refinada que es aún esta ciudad portuaria, de calles rectas, adoquines impolutos, edificios de una geometría impecable, como cuando las grandes faldas de la emperatriz Catalina la Grande amparaban como una gallina clueca a aquella última y meridional criatura de la Madre Rusia. Pushkin también amaba todo eso, pero había añadido ya en su anterior etapa de exilio nuevos elementos, los amores por *Los Zíngaros* y por su Carmen particular, la Zamfira de Dolna: «Los gitanos con su ruidoso tropel / por Besarabia van errando…». Aunque Pushkin también había tenido días tristes, ovidianos en Chisinau, y le había dado por componer una *Gabrieliada*, una odisea arcangélica, algo entre atea y panteísta (blasfemia para los bienpensantes de la época) poco antes de caer en un renuncio final en su poema, y elevar una oración a un ángel que habla.

Cuando Pushkin llega a Odesa encuentra indudablemente una ciudad más en línea con San Petersburgo que la provinciana y a veces chismosa Chisinau. Pushkin va a sufrir también arrebatos más distinguidos que en la Besarabia. Las damas visten como en París y son de mentes más finas que sus cabellos rubios. Pushkin ama a Odesa y a lo mejor se siente correspondido.

El museo dedicado a Alexander Pushkin en Odesa no era precisamente lo que me habría gustado perderme. Se enclava en la calle Pushkins'ka, en el número 13, antes llamada calle Italiana, y es donde el escritor tenía un apartamento en el que vivió entre 1823 y 1824. Es imprescindible visitarlo para rememorar al escritor ruso en su etapa más gozosa del exilio. Ahí tuvo su *quantum* de consuelo (un *solace* más cauto que el de James Bond), pese a seguir con su estatuto de exiliado. Pushkin se encontraba a gusto en aquel oasis europeo donde parecía estar al resguardo de esas expresiones tiránicas que a menudo azotaban las estepas rusas y sus ramalazos urálicos y asiáticos. Y al mismo tiempo no estaba lejos de Crimea, ni del exótico Transcáucaso, siguiendo la costa del Mar Negro. «Visité Bakchisaray / su abandonado, olvidado, palacio». *La fuente de Bakchisaray* es una de las principales obras que Pushkin compuso en su casa de Odesa, en lo que hoy es su museo. Se trata de un largo poema con el que esperaba poder comprarse un par de botas en Odesa y resulta que consiguió tres mil rublos, una pequeña fortuna. Es un poema de amor tan encendido y orientalizante que parece sacado de los tules y evanescencias de un harén. Bakchisaray existe como tal palacio y localidad al oriente de Odesa, en Crimea, y sigue siendo un sitio que reune ese toque exótico que Pushkin sabía captar. Como sabía atraer la atención de las bellas damas de Odesa, a las que no sólo cortejaba, como a la bella judía italiana Amalia Riznich, sino a las que se atrevía a escribir cartas, por ejemplo a Elizaveta Vorontsova, ya ésta en la zona más roja del peligro. La noble polaca era la esposa del gobernador de la Rusia del sur. Elizaveta fue, y no como parecería la judía triestina Amalia, quien habría dado a Pushkin un anillo con la inscripción *Simcha*, *Alegría* en hebreo. Fue un gran amor el de Pushkin por Elizaveta, sin duda, y a lo mejor no pasó de platónico, quién puede decirlo. Lo cierto es que esa pasión se juntó con otras varias. Nabokov, cuya capacidad perceptiva siempre es pura precisión, no estaba de acuerdo con que Pushkin en «Digresión sobre el pedaleo» (poema que se incluye en *Eugene Onegin* y que cuenta una excursión marítima en Odesa) quisiera aludir con su verso de los «dulces pies» a la Vorontsova. Más bien esas extremidades divinas habrían pertenecido a María Rajevskaya, otra de las conquistas de Pushkin en Odesa.

No sabemos mucho del mercader veneciano, casado con la judía triestina Amalia Riznich. Pero lo verdaderamente increíble es que el

conde Vorontsov no se impacientara o algo peor con el asedio de Pushkin a su mujer, y con su manía de escribir poemas de amor cuando lo que debería hacer, que para eso le pagaban, era informes oficiales. Una vez Vorontsov no pudo más y le encargó a Pushkin un informe sobre una plaga de langostas en Quernoneso (Crimea). Pushkin, impertérrito, escribió «El grillo». Y un epigrama suyo dedicado al conde empezaba con «Medio *milord*, medio sabio…». Sin duda había pasión entre Pushkin y la condesa, pero la pregunta no es si lo sabía el conde, sino por qué lo soportaba. Vorontsov se las daba de omnímodo y de omnisciente, y tenía desde luego poder absoluto en la Pequeña Rusia, tal vez por eso no hacía sino despreciar, erróneamente, a un grillo como Pushkin.

Otro poema de Pushkin de su época de Odesa es «Prisionero en el Cáucaso». Pushkin está en su apogeo y se ensimisma como un prisionero en unos montes terribles: «Es un nido de tribus de asaltantes, /termina allí la libertad del Cáucaso». Pero al mismo tiempo se atreve a contar los amores entre un prisionero ruso y una beldad chechena, cosa que ha vuelto de cierta actualidad cuando los chechenos fundamentalistas (y algunos terroristas) actúan como acérrimos enemigos de los rusos. «Águilas volando sobre los precipicios…»: es otra de las inspiraciones que recibe Pushkin de los montes de Chechenia. Y no vaciló en poner allí, según algunas traducciones, hasta «… asustados alces buscando refugio». Tal vez quisiera decir ciervos. Pero no se iba a detener en menudencias. Pushkin saltaba sobre las especies de mamíferos como sobre las nacionalidades, o como sobre las convenciones, y buscaba el amor ideal ya fuera el de las mujeres tártaro-crimeas de los harenes de los kanes, o el de las doncellas chechenas, o el de las bailarinas gitanas, si no el de aún más lejanas calmucas. Una vez escribió con su habitual y circunstancial arrebato «Confesión, a una chica calmuca». Todo ello aparte de amores prohibidos como el profesado a la mujer de su jefe, el príncipe Vorontsov, gobernador de Odesa y de la Pequeña Rusia que englobaba a Ucrania en aquel tiempo.

Pushkin salió indemne de todos esos azares vividos en los últimos confines de Rusia, como lo logró alguien que le imitó tantos años después, y tanto lo hizo que su vida se podría tildar de calco, si es que las personas pueden calcarse, que lo dudo. En todo caso Mijail Yúrievich Lermontov (1814-1841) presenta tantas analogías con Pushkin que parece haber perseguido su sombra. En primer lugar ambos son poetas, ambos son exiliados por el zarismo en el Cáucaso, y ambos recurren a los duelos para matar el tedio que a veces se presenta en la vida. Y ambos mueren en sendos duelos. Dos glorias de la literatura rusa, impresionados por los cielos azules del Mar Negro y del Transcáucaso. Lermontov había escrito «La muerte de un poeta» y

eso sentó peor que a cuerno quemado en la corte. Ahí se cuenta, más que esboza, la propia historia del final de Pushkin, algo que fue un secreto a voces. Lermontov indicaba que alguien había manipulado la pistola que se usó en el duelo en el que mataron a Pushkin. El zar y su Gobierno consideraron eso más que una impertinencia, una acusación intolerable, y Lermontov tuvo que pechar con las consecuencias. Siendo también él oficial del ejército lo mandaron a guerrear contra los rebeldes chechenos. Lo único es que Lermontov conocía Chechenia y había vivido temporadas en el Cáucaso con su abuela. Igual que Pushkin Lermontov era terco, y ya de vuelta a San Petersburgo en 1839 se enzarza en una nueva disputa que deriva en un duelo contra Ernest de Barante, hijo del embajador francés. Lermontov se salva y se pone a escribir una novela, *Un héroe de nuestro tiempo*, donde el desairado protagonista, llamado Pechorin, ha sido visto como trasunto o reflejo del propio autor.

En su corta pero intensa existencia, como la de Pushkin por otro lado, Lermontov pintó cuadros, como uno magnífico sobre *Tbilsi*, la capital georgiana, en 1837. Tres años antes se había adentrado en sus más viejas raíces al escribir *La tumba de Ossian*, con su capacidad de evocar pulsiones de Escocia, de donde provenían sus antepasados de apellido Learmont: «En mis adoradas tierras altas de Escocia / bajo una cortina de frías nieblas / entre el cielo de las tormentas y los yermos arenales / existe la tumba de Ossian». Y eso para Lermontov no era cualquier cosa sino «el tesoro de una segunda vida».

Algo así, de existir, le habría venido bien a Lermontov, aparte de la ayuda intangible del mítico bardo Ossian, pues a los 27 años Lermontov muere en otro duelo que libra esta vez en Piatigorsk, capital del distrito de Stavropol, en el Cáucaso norte de Rusia. Su matador fue Nikolai Solomonovich Martinov, un oficial del ejército cuya memoria se diluye a diferencia del balazo mortal que le metió a Lermontov, y de los poemas y dramas de éste que han quedado cimentando el amor de los rusos por las bellas letras. Un ejemplo preclaro es el de *Mascarada*, un ataque a la nobleza que lógicamente no cayó nada bien en una corte empolvada. Pero para eso estaban artistas como Lermontov, o como Katchaturian cuyo *Vals*, inspirado en el drama de Lermontov, sigue haciendo correr la sangre por las venas y volar la fantasía más allá de la cabeza.

Pero Odesa tiene tantos atractivos para el buscador de imágenes culturales, que se necesita un buen gajo de la naranja de la vida para paladearlas. A la altura del n.º 33 de la calle Derivasovskaya, es decir, la calle de Rivas, es donde se abre el pasaje, o galería, que también lleva el nombre del español. En realidad el pasaje tiene dos entradas, una por Derivasovskaya y otra por la calle Preobrazhenskaya, ambas decoradas con dos estatuas, Fortuna en un barco y Mercurio en un

tren. En 1901 hubo un fuego que dañó las de la calle Preobrazhenskaya.

La cúpula del pasaje es de cristal y hace el efecto de que uno entra en un gigantesco invernadero. Lo más impactante de todas formas es que todas las paredes están colmadas de esculturas. Parecen bosques de figuras, un teatro congelado y delirante. Hay muchas cariátides de senos desnudos, pero a la mayoría es difícil ponerles un nombre, un mito o una función. El efecto se basa en hacer una gran algarabía de figuras barrocas, de un yeso color de nata sobre un fondo *beige*. Se puede pasear dentro del pasaje como si fuera una microvilla siciliana de Palagonia, con todos los figurantes imaginables esculpidos en yeso, sátiros y ninfas, dioses y semidioses, todos absurdos en sus alturas, pues para verlos en el pasaje de Odesa hay que torcer el cuello. Pero si marean tantas estatuas se puede echar un vistazo a lo que ofrecen las distinguidas tiendas del pasaje, desde aspiradoras a camisas, molduras para cuadros y por supuesto *matrioshkas*.

Saliendo a la calle Derivasovskaya, una gran arteria peatonal confinante con un bello parque, se encuentra la Odesa más refinada en los actuales parámetros. Al lado mismo del pasaje han puesto una pastelería que se debería llamar «*O tempora, o mores*» pero que se ha quedado en un rótulo inglés de «*Home-made chocolate*». Un templo del cacao como en las mejores plazas del Occidente europeo. Y siguen alternándose por la misma acera platerías, relojerías y bancos, sin que falte uno de nombre hasta cierto punto ingenioso como el Platinum Bank (PO. T.). Derivasovskaya, aparte de ser en sí misma un homenaje a De Ribas, ni siquiera se priva de un lujoso a la par que discreto Hotel Derivas en el n.º 27. Hay también quienes se sientan en una terraza de moda como Fusion para darse cuenta de que la matanza de las escaleras Potemkin hace mucho que dejó de hacer mella en las mentes y los corazones.

Paseo por el jardín municipal que flanquea uno de los lados de Derivasovskaya. Su origen reside en los jardines que se atribuyen, como obra pionera ya en 1803, a los hermanos José y Félix de Ribas. Cierto es que los parterres han visto pasar de todo, pero han recobrado aún más esplendor si cabe tras la gran reforma de 2007. Ahora el jardín municipal es sitio habitual de conciertos, y al parecer los decibelios no dañan las fuentes ni las estatuas, que desde luego son lo más destacado del lugar. Veo que la gente hace largas colas para hacerse una foto junto a Leonid Utiosov. Su estatua representa a un hombre sentado en un banco que tiene una de sus manos de bronce completamente amarilla de tanto como se la cogen. Utiosov, de origen judío, fue un cantante de *jazz* enormemente popular, y declarado Artista del Pueblo durante la URSS. Eso fue en 1965, y lo que me llama la atención es que chicas jovencísimas, que ni siquiera habían

nacido cuando murió Utiosov, hagan una cola descomunal para inmortalizarse con una foto hecha con móvil. Y siempre abrazando o dando la mano a la figura broncínea de ese cantante y actor, que ha merecido claramente la placa que le han puesto: «A Leonid Utiosov, Odesa agradecida».

Pero no es el único monumento que goza de gran aceptación popular en este lugar. Éxito a tope tiene asimismo una sencilla silla de bronce en la que todo el mundo quiere sentarse, y que le hagan un clic por supuesto. Se trata de evocar *La silla duodécima*, una novela de Ilf y Petrov ambientada en Odesa, y de forma tan eficaz que se ha convertido en emblema de la ciudad. Las gentes más variadas se sientan pues en la silla vacía, viejos, niños, jóvenes, todos con ganas inmensas de que les hagan una foto, sí, pero a ser posible inventiva, y por eso cambian de posturas y posan como creen que lo hacían los personajes de esa novela.

Una ciudad que aún pone en lugar destacado tal tipo de distracciones no está perdida en la marabunta neocapitalista. Tiene como un resabio ingenuo, marinero más que campesino, y sólo faltaría poner en ese cuadro algún ser volante como los de Chagall. Bien es cierto que tampoco hay que incomodar a la esperanza de que vuelvan tiempos más clementes por motivos tan fútiles. Aquí en el parque tienen sus trampas sentimentales, juegan también a la ingenuidad, incluso unas chicas ataviadas con largos y floreados trajes retro van vendiendo caramelos y piruletas por los jardines.

Dicen los propios del lugar que si no se pisa la calle Derivasovskaya no se puede decir que se conoce Odesa. Cambió de nombres a lo largo del tiempo. Fue Gymnasicheskaya, Ferdinand La Salle, Chkalov, y desde 1941 Derivasovskaya, por su primer alcalde, al que aquí llaman Joseph Mikhailovitch de Rivas (y otras veces de Ribas). Se le tiene por el primer edil y actuando en el mismo momento de la fundación de Odesa. Claro que eso es en competencia con lo que otra historiografía vuelca en el duque de Richelieu llamándole primer alcalde de Odesa. Casi todo depende del poder entre bambalinas. Si los españoles quisieran alzarse con el santo y la limosna de José de Ribas tendrían que empezar por conocerle. Los franceses llevan mucho camino adelantado dejando fluir la confusión de su pionero Richelieu. Tal vez todo eso no merezca una guerra ni siquiera semántica. Una película cómica (de 1992) lo dice todo en su título, que es literal, no una invención interesada: *Buen tiempo en la calle Derivassovskaya, llueve de nuevo en Brighton Beach*. El filme muestra historias inverosímiles de espionaje, códigos secretos descifrados un tanto absurdanente en la guerra fría… Curioso, aunque el *Acorazado* de Eisenstein juega en otra liga. Otro ilustre hijo de la ciudad fue L. L. Zamenhof, creador del esperanto. Y en consecuencia merecedor de una estatua siempre en la

misma y famosa calle de Odesa que recorro. ¿Cómo se dice esperanza en esperanto?

Volvimos a Chisinau después de unos días gloriosos en Odesa, con el Mar Negro verde pero no del todo frío, con unas orillas lujosas tomadas por muchachas cada vez más rubias y un vodka cada vez más blanco. Valerio y Dumitru seguían empeñados en pasar por su pueblo Razeni, antes de llegar a la capital moldava. Por supuesto me pareció muy amable por su parte y encantado de la vida, porque tanto había oído hablar de su vino casero y sus tomates sin química que ya deseaba probarlos. Fue entonces cuando hicimos planes por si un día podíamos hacer otro viaje.

—¿Volveremos a Odesa, verdad? —me preguntó Valerio como asaltado por cierto presentimiento.

—No estaría mal —le contesté—. Pero me gustaría ir también a Vylkovo.

Ahí mis amigos se sintieron un poco perdidos. Vylkovo es un pueblo, a cuatro o cinco horas por carretera desde Odesa, enclavado en las bocas del Danubio, que realmente son fauces. Conocí algo semejante hace casi cuarenta años en Tulcea (Rumanía) donde los esteros, los canales, los peces y los pelícanos eran la imagen de la abundancia a punto de desembocar en el Mar Negro. Por lo que sé Vylkovo de Ucrania presenta ese tipo de características siendo otro de los deltas del gran río europeo y en concreto de tres ramales que son como las puntas de un tridente. Pero no es solamente por sus maravillas faunísticas y anfibias por las que me atrae ese pueblo, ni por tener 200 especies de pájaros y 100 de peces, sino porque ahí viven los Viejos Creyentes, es decir, gentes que no aceptaron las reformas ya en tiempos del zar Pedro I y prefirieron alejarse de la madre Rusia tanto que acabaron en territorio entonces otomano. Así fue como los Viejos Creyentes fueron a parar a la tierra de los turcos, los cuales en vez de escabecharlos, los toleraron y permitieron que siguieran con sus ancestrales cultos ortodoxos, amén de con sus indumentarias más antiguas. Todavía se ve a esos viejos rusos con barbas que jamás afeitan, y mujeres con vestimentas de cuello a tobillos indiferentes al calor que hace. Y por supuesto Vylkovo es una zona donde no se puede ir al cine, o al teatro, o al bar más cercano. Todo permanece como congelado en el tiempo, en una especie de versión religiosa de lo que ocurre en el terreno político en la Transnistria.

A Valerio parece entusiasmarle lo que le cuento, después de todo en la Transnistria lo pasamos bien, y hacemos planes escritos sobre el aire, que son los más emocionantes cuando se regresa de un sitio con cierto compañerismo. Y ya llegamos a Razeni, un pueblo grande de unas 10 000 almas, y dos iglesias, con sus colinas y trigales, bosques

incluso, y a escasa distancia de Chisinau (se llega en media hora). La casa donde vive actualmente la madre y la tía de Valerio tiene una huerta plantada de hortalizas y frutales. Más sus perros y gatos, a uno le recuerda alguna estampa campesina que vi de joven en España, pongamos hace más de medio siglo.

Notando enseguida que me interesan las viejas historias me cuentan algunas, y la más destacada la de Bordei Turcesche, una gruta en medio del bosque que alojaría un enorme tesoro de los turcos, y que se ha buscado sin éxito, pues el que entra ahí se pone enfermo para empezar. La señora Carabat nos obsequia con una *mamaliga* de campeonato, una polenta con una sabrosa salsa de carne, y el vino es en efecto como dice Valerio, puro de uva, sin que le echen nada más que paciencia. Luego me da una botella para que la beba a su salud. «Y recuerda, no le echamos nada raro». Mis amigos de Razeni desde luego tienen otra clase de química.

2: Por la Crimea de Chéjov

Un buen día de primavera de 2013, ya casi rozando el verano, cogí un avión en Kiev rumbo a Simferopol, el gran aeropuerto de Crimea y su puerta de acceso más común. Cuando allí aterricé, viniendo de Kiev, aún era territorio ucranio, pero no pasó un año y esa ciudad se convirtió en la flamante capital de la nueva República de Crimea, volviendo a la madre Rusia que es de donde salió en 1954, cuando Nikita Khruschev se la regaló a Ucrania, creyendo que nunca iría muy lejos de Moscú mientras existiese la URSS.

La historia corre a veces como la pólvora, y todo ha cambiado incluso en Crimea, una tierra que se encierra en sí misma como la península que es, un sitio de geografía torturada, de picachos y cañones, de cuevas y cascadas, de sierras y costas rotas en peñascos, que contradicen tanto las llanuras trigueras ucranias que en realidad se diría un país aparte. Un buen sitio también para echarle la zarpa. Antiguamente Crimea fue la joya de muchos pueblos y culturas, y el balneario de los zares de Rusia, y antes objeto de la ambición de dominio de los europeos, especialmente franceses y británicos que intentaron por ese lado nada menos que la conquista de las Rusias, error meridional como el que más al norte cometieron Napoleón y Hitler. Rusia es inconquistable, otra cosa es que le echen una bomba atómica.

Uno también en este viaje por Crimea se quiere poner en la piel de Pushkin para tratar de entender por qué le arrebataba la belleza de estas tierras. Vistas desde una altura, un monte, nada se diga de un globo, o de un pequeño avión, Crimea parece también la piel de toro, si acaso con el trozo de Portugal cortado, pero por lo demás uno cree reconocer en esa casi ínsula a Galicia en el occidente y a Cataluña al oriente, poseyendo incluso ese mapa imaginario una Tarifa, que es una punta al oeste de Yalta.

Aparte de figuraciones, la realidad de Simferopol es que nada más aterrizar te asalta una turba de taxistas decididos a no dejar escapar carne fresca que viene de Kiev, ni a despistado alguno. Y dado que estás solo y que todos suponen que vas a ir al Mar Negro, que es lo suyo desde esa ciudad mesetaria en medio de la península, te piden veinte veces más de lo que cuesta habitualmente el viaje a Sebastopol, a Yalta, o a otros destinos.

Rodeado por una masa vociferante de taxistas que no ceden su presa, acude en mi ayuda una chica, que resulta ser la representante de Air Baltic en Kiev, da un grito a la turba, los pone firmes y llama a un taxi de los normales que se presenta de ahí a poco y que me cobra lo que es justo en estos pagos. Una samaritana que el viajero ha

encontrado en Simferopol y me parece un buen augurio para entrar con buen pie en esta tierra de águilas, de vinos, de grandes paces y no menores guerras.

Estando en pleno mes de junio, cuando el calendario te presenta un reto, o retrocedes a tus nostalgias o avanzas hacia lo que venga. El solsticio divide junio en dos mitades como si fuese una naranja, así que pensé que lo mejor siempre es ir adelante, ir al verano, al sur, que eso no falla. El Mar Negro de Yalta iba a ser mi mejor opción solsticial. Con el calor reinante igual podía darme un baño en alguna parte y coger fuerzas para visitar el memorial de Pushkin, la casa de Chéjov, y algún que otro lugar más. Sin embargo, me pareció una pena dejar Simferopol, esa encrucijada de caminos, sin echarle un vistazo, sobre todo a las ruinas de Neápolis, que fue su primera fundación, obra además de los escitas, aquellos bárbaros de la antigüedad tan denostados a causa de sus costumbres por los autores clásicos empezando por Heródoto. ¿Dónde está Neápolis? Esa es la cuestión que sin saber ucranio, y aún mejor ruso aquí, resulta difícil de transmitir a uno de los muchos conductores que se agolpan en la estación de tren de Simferopol, la que también sirve de estación de taxis, de autobuses y de *matrushkas*. Insisto en usar la palabra *skifski*, escitas, pero al parecer lo pronuncio mal o no dice mucho a quien vive, como la mayoría de la gente en esta parte de Crimea, con la ansiedad de subsistir, y de ganarse la vida como pueda.

Remacho la palabra Neápolis y sigo con *skifski*, y enseño un mapa, hasta que a alguien se le ilumina la cara y me abre la puerta de su coche. Podía haberlo dicho yo mejor y antes. Vamos a Neápolis, o espero que así sea. Los rusos y los soviéticos ya pusieron en Simferopol su capital de Crimea, su base de operaciones, su retaguardia militar ante las invasiones. Neápolis se separa de esa anodina ciudad moderna incluso físicamente. Hay que tomar una carretera del extrarradio que pronto se convierte en una calleja llena de agujeros que trepa entre lomas y busca un campo pelado, algo que si no es un mustio collado merecería serlo. Para no equivocarnos y acabar en el mar de Azov hay que preguntar en alguna casa, que ya parece una granja con sus gallinas e higueras. ¿Neápolis? Un hombre por fin nos indica apuntando al cielo el camino que lleva a las ruinas de los escitas.

El agobio de la incertidumbre desaparece ante una verja metálica, sin caseta, ni custodio. La puerta es porque falta un trozo enorme de alambrada y a pocos pasos un par de estructuras de piedra semiderruidas que se alzan sobre un campo lleno de agujeros y trincheras de antiguas excavaciones. Esta es Neápolis, hay que creerlo, la que fue floreciente capital escita ya en el siglo III a. C. y duró la friolera de seiscientos años, hasta cuando en el siglo III los godos la

arrasaron. Godos por supuesto germánicos, no los que suponen en Canarias que son godos, es decir, los españoles. Uno desde luego no se siente godo pisando la hierba de Neápolis o entrando a ver en la desierta torre, con su extraño aspecto de pequeño castillo como los que hay en España, el mausoleo de Skhilouros, un potente rey escita del II a. C. De tal monarca se ha querido incluso reconstruir las facciones de su rostro posible en una estatua de gran empaque y barba, hecha en tiempos soviéticos para un museo arqueológico.

Neápolis fue una introducción especial en Crimea, lo reconozco, no había ni lagartijas en las ruinas escitas, pero me dio impulso para continuar viaje y seguir interesándome por las antiguas culturas de la península. Desde un punto de vista de dominio diríamos militar, subyugante, no cabe duda de que después de los escitas los más contundentes en Crimea fueron los tártaros, hasta el punto de moldear la que iba a ser la población original o autóctona en una tierra de tantas invasiones. Sin embargo, en mayo de 1944 estas ideas tan esquemáticas, que a veces sólo sirven para entender un poco el puzle étnico, se fueron al traste. Ese año, según un estudio sobre la Ucrania multiétnica, publicado en 2008, y ya hoy desfasado, «… el régimen totalitario de la URSS organizó la deportación de los crimeo-tártaros». Cerca de 200 000 crimeo-tártaros fueron llevados a la fuerza a Uzbekistán, Kazajistán, Kirguizistán, y Tayikistán. A partir de 1991 es cuando empezaron a volver y su población ya se estima en un cuarto de millón. Pero el proceso de repatriación continúa, y hasta hace poco se trató de una política que tuvo cierta prioridad para el Gobierno ucranio, antes de que sospechara que se iba a quedar de golpe sin Crimea. En todo caso, sólo a indemnizaciones se dedicaron 71,4 millones de UAN (gribnas) en el presupuesto de 2008. Y en Kiev, cuando estaban para esas cosas, no para el desastre en que se convertiría el país ya a fines de 2013, se puso en marcha un Comité Estatal de Nacionalidades y Religiones que trabajaba en una ley de título prometedor: «Sobre la restauración de los derechos de las personas que fueron antiguamente deportadas sobre la base de su origen étnico». Tal política de adaptación sociocultural, por lo que se refiere a los crimeo-tártaros, empezó a surtir sus efectos con la apertura de escuelas y hasta de una universidad. También se publicaron dos periódicos en lengua tártara (*Kyrym* y *Yany Dyunya*) y se emitían programas de televisión en su lengua. Un esfuerzo que se quiso aplicar también, aunque no dio tiempo cuando Rusia dio ya en marzo de 2014 su golpe sobre la mesa y se autorestituyó su vieja Crimea, a otras minorías étnicas que fueron expulsadas de sus lugares de residencia, lo que fue siempre una de las cruces históricas de Ucrania. Y es que sólo en Crimea existen trescientos lugares que, antes de los desastres de la segunda guerra mundial, estaban ocupados por

grupos de armenios, griegos, búlgaros y alemanes. Lo cierto es que la vuelta de los crimeo-tártaros confirió a Simferopol un toque de diferencia étnica apreciable en una población ya de por sí bastante mezclada de ucranios y rusos. Los rusos no admiten eso diciendo que todos son rusos, y los ucranios decían lo mismo hasta que se quedaron sin Crimea. Pero no creo que sea difícil reconocer a un tártaro-crimeo si es hombre: gasta un poblado bigote negro, sus pómulos son angulosos y tiene un leve rasgueo en el pliegue de los ojos.

Respecto a la religión crimeo-tártara sus mezquitas son más que nada un recuerdo orgulloso de piedras. La mezquita de Juma Jami (Dzumu Dzami) de Yevpatoria, construida entre 1552 y 1564 por el gran arquitecto turco Mimar Sinan, flanqueada por un par de alminares que parecen arrancados de Estambul, da una estampa poco habitual en Crimea. Espumas de un pasado a la sombra del Imperio otomano. Últimamente han sido los Emiratos Árabes, y en especial el de Sharje (Sharja), los que han mandado dinero a Crimea, y no sólo para construir mezquitas sino casas y suministros de agua potable. La pelota a partir del 17 de marzo de 2014 pasó sin más a los rublos rusos.

Lo que mayormente iba buscando uno en Crimea eran huellas de culturas, buenos vinos, paz, paisajes, y ecos de escritores que iluminan el resto. Pushkin dejó improntas anchas y duraderas pese a su exigua estatura física. A tal efecto es imprescindible acercarse a los pies del monte Ayu-Dah donde se encuentra el pueblo Gurzuf. Tienen allí un pequeño museo del escritor enclavado en la dacha que perteneció anteriormente al duque de Richelieu. El que fue ilustre gobernador de Odesa empezó a construir su casa de campo en 1808, convirtiendo desde entonces a Gurzuf en uno de los puntos exquisitos de la Riviera crimea. Escolleras, islotes, rocallas donde las flores rojas buscan cualquier grieta para nacer, Gurzuf en verano conjuga la piedra y las plantas con cierta cortesía de lo salvaje. Y eso que puntos de belleza extrema no faltan en la península, desde Sebastopol a Yalta, y contando también con las menos conocidas villas marinas de Alushta, Sudak, Feodosia, y sobre todo la bella Yevpatoria, Eupatoria, la de la mezquita tártara y más de todo, por sus derviches andarines, y por sus judíos karaítas. Gracias a sus muchas sinagogas fue tildada de pequeña Jerusalén.

Pushkin viajó por Crimea en compañía de la familia del general Nicholas Rayevsky, con quien había compartido previamente un periplo memorable, ya más hacia el oriente, a Taganrog, en el Mar de Azov, la localidad donde precisamente nacería Chéjov. Eso supuso el mayor acercamiento de Pushkin al Transcáucaso. De regreso a Crimea Pushkin vivió tres semanas de 1820 en la antigua dacha de Richelieu, la ubicada en un lugar privilegiado de la costa, entre arboledas y el

litoral sembrado de rocas. Ahí mismo, en la vieja casona encalada, y ennoblecida con una galería abierta en el piso superior con esbeltas columnas y mirando la bella y salvaje Crimea, es donde Pushkin empezó a componer su poema «El prisionero del Cáucaso», cuya redacción completaría en su apartamento de Odesa. Para muchos pushkinianos es su pieza más lograda, aunque también debió mucho a los felices momentos que vivió en Crimea, «los más felices», según llegó a decir, la inspiración para *Eugene Ongedin* y *La Fuente de Bakchisaray*.

Pero lo ruso siempre da más de sí siendo una civilización ancha y prometeica en lo físico y en lo cultural. Aunque queramos ceñirnos a un pequeño pueblo como Gurzuf, y tatuarlo casi en la piel de Pushkin, no fue éste el único escritor ruso en disfrutar las delicias del lugar, las brisas que alimentan ideas y éstas, frases. Anton Chéjov, el maestro en modular amargura, desilusión y un humor tan tibio como el sol de Crimea en invierno, fue otro enamorado de Gurzuf. Un trozo privilegiado de Crimea, un rincón del mundo apto para perderse, como se percataron pronto los zares jalonando de palacios la costa, desde Livadia a Masandra, y nobles como el conde M. S. Vorontsov, el señor de Odesa y de la Malorusia, quien no se privó en 1851 de construirse otra mansión fantástica. Es el palacio de Alupka, nombre de una antigua colonia de los griegos, otros que sabían muy bien dónde poner sus casas y sus templos. Pero Vorontsov era insaciable, lo que quería era epatar aún más, y así Alupka tiene una fachada norte de estilo inglés y una fachada sur que se inspira en los azulejos del Registán de Samarkanda.

Muy lejos de esos lujos estaba la caseta, no más que eso, del sobrio doctor en medicina, y sobre todo doctor en pliegues del alma, Anton Pavlovich Chéjov. Se quedó prendado de las escolleras de Gurzuf, un pueblo a quince kilómetros de Yalta, donde por otro lado tenía una casa de campanillas, convertida hoy en museo. Chéjov traicionó Yalta con Gurzuf porque lo que buscaba ya en esa época postrera de su vida era silencio, salitre, soledad. Su cabaña de madera de Gurzuf era acaso un pequeño refugio veraniego, pero entre sus muchas gracias figuraba la de estar en el mismo paraje que había pisado su glorioso antecesor Pushkin.

En cierto modo Chéjov, igual que antes Lermontov, iba pisando los talones a Pushkin. Ha contado Rosamund Bartlett que el nombramiento de Chéjov como miembro de la Academia Imperial, en su sección de Literatura, coincidió con el centenario de Pushkin y con el día de su cumpleaños, el 17 de enero de 1900. Coincidencias, claro, ya que el azar (que significa *dado* en árabe) no existe para algunos. Para Chéjov acercarse a la fuerza que emanaba el pequeño Pushkin, un gigante de las letras, suponía un reto, y un estímulo tan grande

como el de las brisas del Mar Negro acariciando los pinares de Gurzuf. Todo allí parece desprender energía pushkiniana, y un ejemplo es la llamada roca de Pushkin, una peña marina que más semeja un chapitel, o una isla imposible de vivir sin alas, estrecha y picuda.

La casa que más tiempo habitó Chéjov en Crimea, y la que se ha convertido en un notable museo suyo, es la que poseía en Yalta, en medio de unos jardines y un huerto en pendiente que colmaban sus ansias de tener un pequeño edén particular. Una mañana decido encontrar esa casa de Chéjov, aunque no es algo tan evidente. Yalta se ha convertido en un Benidorm de rusos, especialmente por lo que se refiere a su paseo marítimo. En la tortuosa configuración de la ciudad hay calles y callejas que no parecen ir a ningún sitio salvo a oasis camuflados, como el que precisamente disfrutó Anton Chéjov. Su casa museo se mete como el caracol dentro de una concha al final de una calle solitaria y con mucho desnivel. A un lado han puesto un pabellón con sus fotos, libros y papeles. Y enfrente, tras varios tramos de huerto y jardín se encuentran las dos viviendas. En la que le servía de salón para recibir visitas y comedor aún parecen resonar las frases amablemente aceradas del padre de *El jardín de los cerezos*. En el exterior una chica rubia, subida en una escalera, está podando un laurel a conciencia con unas grandes tijeras. Y no faltan vides, ni árboles que dan albaricoques, y huecos desde donde se aprecian retazos azules del Mar Negro. Se entiende la pasión botánica de Chéjov vivida en su propia casa. Pero si no tenía bastante con lo propio no debía más que irse a Oreanda, que es otro rincón privilegiado en las cercanías de Yalta. Allí es donde llegó a alzarse el espléndido palacio de Alexandra Fedorovna, la mujer del zar Nicolás I, que fue pasto de las llamas en 1882, aunque todavía hoy sus jardines, una y otra vez remozados, pasan por ser los más idílicos de Yalta.

Y es que realmente Yalta comprende no sólo el núcleo urbano que lleva ese nombre, sino unos alrededores plagados de reliquias zaristas y de panoramas que constituyen un baño para los ojos, algo que un alma sensible como la de Chéjov no podía resistir. En su cuento *La dama con perrito* se ensimismó hasta personificarse en Gurov, un tipo enamorado al mismo tiempo de Anna y del paisaje de Oreanda: «La hierba está cubierta de rocío— djo Anna Serguéyevna rompiendo el silencio. —Sí, es hora de regresar».

La guía de la casa-museo de Chéjov en Yalta es una mujer de aspecto sobrio y recatado, de las de manga larga en verano, pero no puede ocultar que está enamorada platónicamente de su antiguo propietario. Es su trabajo, sin duda, pero entona cada fecha chejoviana como si fuera una oración: «Esta casa la construyó Anton Chéjov en 1898». Y parece sonar una campana. Me enseña el saloncito, mínimo de dimensiones pero confortable, y aún más

acogedor si el visitante deja volar su imaginación al tiempo en que Chéjov recibía ahí a sus amigos. Uno podía ser Tolstói, veraneante en Yalta. Hay un piano que bien pudo ser tocado por Rachmaninov. Y en torno a él pudieron sentarse, en esas sillas modestas y elegantes de la vieja burguesía rusa, otros artistas gigantes de la Rusia finisecular. Chéjov vivió en esa casa una buena temporada de 1899, el último año de un siglo del que había sido intérprete y en cierto modo su analista al destripar una enorme panoplia de sentimientos en decenas de obras de teatro y cientos de cuentos, muchos de ellos firmados con el seudónimo de Antosha Chejonté. Ya se sabía de sobra que eso ocultaba poco al doctor sutilísimo, el que encontraba en Crimea, y en Yalta particularmente, el sitio justo para su recarga de baterías.

Anton Pavlovich Chéjov había nacido el 17 de enero de 1860, según el viejo calendario ruso, el actual 19 de enero, en una ciudad al borde del Mar de Azov llamada Taganrog. Su familia era de tenderos, una categoría que le salvó entre otras cosas de ser un *alma*, una palabra equivalente a siervo, y eufemismo en la Rusia zarista de estar sometido en vida a un amo que disponía de él ya fuese con el látigo como con la punta de la bota. Baste pensar que la abolición oficial de la esclavitud por parte del zar Alejandro II tuvo lugar en 1861, apenas once meses después de nacer Chéjov. Víctor Andresco, en su prólogo a *La estepa* y otros cuentos de Chéjov, recuerda hechos que marcaron al escritor, como la violencia paterna. En cierto momento su padre se arruinó y no pudiendo pagar la casa en Tangarog —le faltaba un plazo de 500 rublos— huyó a Moscú con toda su familia. Esa fue la gran suerte de Chéjov. Estudió medicina, que iba a ser para él una buena manera de ganarse la vida en un tiempo ahíto de turbulencias, marcado por el asesinato del zar Alejandro II y la subida al trono de Alejandro III. Se conoció a esa época como «los días malos». Pero Chéjov no se amilana, cura a quien se pone en sus manos y escribe cuanto puede, que fue mucho más, cuentos breves, magistrales, llenos de tipos verdaderos, colegas de la comedia humana. Luego vendría la finura magistral de *Tío Vania*, *La gaviota*, *El Jardín de los cerezos*, o *Drama en la cacería. Un hecho real* (1884), una de sus últimas narraciones, la más *noir*. El éxito se traduce en rublos y en algún tiempo libre de vez en cuando. Por eso y por su salud pone los ojos en Yalta, un sitio inmejorable para cultivar uvas en su jardín. Lo volteriano, o lo ácido, lo dejaba para las cerezas inmaduras.

Chéjov en Yalta se encontraba en el momento justo de recoger los frutos en sazón y de paliar, por otro lado, la melancolía del hombre razonable que ve más el final que el medio del camino. Chéjov es de los que se niegan a cortar árboles y a podar afectos, nada se diga de segar vidas y esperanzas. Nada más lejos de su ser auténtico que emular a su criatura, el *Tío Vania*, un hombre tan lleno de pasiones

otoñales que en fin de cuentas resultan más abrasivas que las de la ardiente juventud.

En una casa aparte es donde el escritor y su familia tenían sus habitaciones. La guía enseña con mucho gusto el samovar y enseres de la cocina, pero rehúsa entrar en el dormitorio del escritor.

—Está cerrado y hoy no está el director del museo. No lo podemos enseñar.

—¿Por qué? —le pregunto, y la guía se encoge de hombros como toda respuesta.

Un pequeño misterio chejoviano, aunque el escritor no murió en Yalta sino en Alemania, víctima del penoso proceso tísico que arrastraba desde hacía años. Yalta a fin de cuentas apenas le supuso un leve bálsamo con su benigno clima añadido a los bellos paisajes. En el siglo XIX los balnearios y sanatorios para tuberculosos habían proliferado allí. María Alexándrovna, la mujer del zar Alejandro II, sufría tuberculosis y fue la razón por la que su marido decidió hacerse con la gran finca de Livadia donde todavía se alza el palacio más fenomenal de toda la zona de Yalta. La zarina no iba descaminada. Rusia es una tierra hermosa pero tiene un invierno que es peor que una cimitarra apuntando al pecho. Muchos inviernos cargados de humedades, sobre todo en el báltico San Petersburgo, minaban saludes precarias y la tisis mellaba la salud de muchos. Los rusos más pudientes, empezando por la familia imperial, miraron el sur de su país como si fuese su Costa del Sol, y el remedio de sus morbos y tristezas. Así surgió la idea de convertir a Livadia en el paraíso terrenal que aún es a ojos de los comunes mortales que lo visitan.

Va a ser un buen amigo mío el taxista Nikolay, eso lo veo a la legua. Me hace buen precio y me recoge a la hora prevista en el Yalta Intourist, una mole hotelera de dieciséis pisos y casi un millar de habitaciones, con restaurantes e instalaciones calculadas para 3 500 huéspedes. Tiene la ventaja de que se come el mar con sus balcones, y la desventaja de que es un hotel donde puede ocurrir cualquier sacrificio, incluido el del silencio de los corderos, en la magnitud de sus pasillos, en la tardanza en subir de los ascensores, en sus comedores donde una masa ataca el bufé con el mismo ardor que la marabunta. Pero hace un sol espléndido, la brisa del Mar Negro trae sus buenos efluvios para tísicos, para señoras gordas, para enormes rusos que vienen de los Urales, y para algún ucranio que se pueda permitir este dispendio de hotel a precios españoles. Y el desahogo de esa mole es meterse en el centro de Yalta, una especie de ciudad de goma, con influencias y ramalazos tanto de Miami como de algunas zonas de Palma de Mallorca. Su paseo marítimo es una sucesión de atracciones de feria, y de puestos de suvenires, y no falta el carrito del algodón hilado con el que en medio mundo se quiere hurgar en los

bolsillos de la nostalgia. Hay barcos mil para hacer excursiones por el Mar Negro y bajo la estatua de Lenin, que respetan así como su enorme pedestal, toca una orquesta y las mujeres entradas en años, siendo eso sí indesmayables, bailan entre ellas, mientras varones viejos y maduros, y jóvenes de ambos sexos, no se deciden a imitarlas. Todo ello junto al viejo teatro que han convertido en un supermercado, y los restaurantes a los que sólo les falta la paella para imitar el estilo levantino, y en general un turismo nutrido, pero que al cabo de pocos días estará deshuesado y aprovechado como si fuese un pollo.

Pues bien, uno escapa de todo eso y Nikolay en menos de media hora me pone en Livadia, el palacio que fue residencia veraniega de tres zares, Alejandro II, Alejandro III y Nicolás II, el último de los Romanov. Y donde los amos de esta tierra, tras la segunda guerra mundial, se sentaron confortablemente a fumar puros, paladear vinos y repartirse las naciones.

Las colas para visitar Livadia son tan aparatosas como las que se forman en el Palacio de Oriente en Madrid y sitios semejantes. Hablo con un responsable en la entrada, le expongo mis motivaciones viajeras, y se hace cargo: «No hay problema si no viene en un grupo. Adelante, vaya por donde quiera». No puede haberme hecho un favor mayor. Voy al contrario de los circuitos guiados. No debo tragarme la explicación secuencial de los acontecimientos históricos que desembocaron, de sala en sala, en la mesa en la que Stalin, Roosevelt y Churchill firmaron su acuerdo clave de 1945. Puedo ir a mi aire y tratar de sentir de qué forma tuvo que permear la belleza del lugar el ánimo de los vencedores. El palacio de Livadia parece diseñado para estimular la magnanimidad. Eso tras la satisfacción de la victoria más aplastante. Los jardines son un triunfo sobre la tierra y sobre el mar que se contempla desde muchos puntos como si estuviese formando parte de un cuadro perfecto. Ni siquiera se trata de un palacio recargado, y un punto odioso, sino de la serenidad de líneas y la de un color blanco que convoca al optimismo, dado que la pureza no es de este mundo.

Tampoco me extraña que tras la llamada Conferencia de Yalta los dirigentes soviéticos usaran este sitio para relajarse. Lo que es museo únicamente se abrió en 1975, y luego al lado tiene una serie de elegantes pabellones, como el del Sanatorio, que se especializa en cardiología. Infartos de miocardio, anginas de pecho, arritmias, y prevención de hipertensos, no hay aspecto en ese sector que no traten a los enfermos con ciertos posibles, pues en eso sí que sigue habiendo clases pese a Marx. Y los más animados entre los cardíacos pueden intentar recorrer lo que puedan del Paseo Soleado, un ameno sendero de 6 700 metros entre el mar y las escolleras.

Hoy el Mar Negro (*Chornye More* en ruso) se desmiente a sí mismo derivando hacia el azul de los ojos de algunas mujeres. Los rusos, y los ucranios en la medida que hablen el ruso, que es lo habitual aquí, diferencian una mujer que tenga los ojos de color azul cielo (*golubye glaza*) de la que tenga los ojos de color azul marino (*sine glaza*). En mi época estuvo de moda la canción «Ochie chornye», y con el tiempo uno aprende que ese título es una forma poética, casi zingaresca, de decir «Ojos negros» (literalmente sería *chornye glaza*). Como acaso los de la bella Zamfira, la amante de Pushkin.

También me parece un privilegio poder pasear en solitario por las habitaciones privadas del zar y la zarina, contemplar a placer sus fotos, sus cuadros, sus libros, la sobria elegancia que ha quedado de algunos miembros de la dinastía Romanov. Los de una realeza que no veía que el mundo iba a cambiar y a explotar precisamente por el mal estado de las cosas en Rusia, y eso por mucho que los Romanov fuesen a orar en su pequeña iglesia bizantina de Livadia, la de la Exaltación de la Cruz.

Actualmente venden estampas del último zar Nicolás II en algunas iglesias ortodoxas de Crimea como si se tratara de un santo. Eso vi por ejemplo en Sebastopol, una meta ineludible, y a la que me prometí ir en cuanto pudiese. Sebastopol es además un nombre irresistible para un viajero, no sólo para un buscador de batallas históricas. Si en el XIX había una ciudad que sonara a lo más lejano de Europa, eso ya no era Lima. Debía ser Sebastopol, una lejanía contradictoria, no excesiva, pero envuelta en guerra, en sangre de unos atónitos europeos.

—¿No vas a visitar el palacio de Masandra? —me dice Nikolay al recuperarme limpiamente de entre la multitud a la salida de Livadia. Con tal de no perderme tan pronto Nikolay me tienta con más palacios imperiales, como el de Masandra de Alejandro III, pero que se acabó de construir en 1902 a los ocho años de su fallecimiento. Y me habla de un castillo colgado en el aire como su nombre indica, el Nido de Golondrina, y de jardines aún más hermosos que los que he visto, y funiculares que van a picos salvajes. Y sobre todo me tienta con algo que no me deja indiferente, con bodegas que ya eran el súmmum en tiempos de los Romanov y siguieron siéndolo durante Stalin. Poco a poco voy sabiendo que algunos vinos de Crimea son de quitarse el sombrero, figurando entre mis favoritos un blanco, como el Aligote, que acaricia el paladar como una cola de langosta recién pescada.

Cuenta Rosamund Bartlett que en 1894 a Chéjov una vez le abrieron en Masandra unas botellas que pertenecieron a la bodega del zar Alejandro III. Entre ellas, una que costaba un millón de rublos en 1888, un precio no de andar por casa. Dicho emperador murió a los 49 años en Yalta y precisamente el mismo año en que descorchaban para Chéjov algunos de sus vinos fabulosos, los que envejecían en su

bodega desde los tiempos de Vorontsov, el temido jefe de Pushkin, y gran aficionado a exprimir el jugo de la vida, no sólo los racimos de uvas.

Me voy a ir de Yalta y no creo que pueda quejarme de cuanto he visto. Especialmente llevo grabadas la roca de Pushkin en Gurzuf y las dos casas de Chéjov, entre ellas la que ahora es museo y llaman *dacha blanca*. Me imagino a Chéjov comiendo una fruta al atardecer en su jardín pensando en que no hay remedio para evitar que a uno le llegue su virus, su microbio, su proceso degenerativo, su hora. Al doctor Chéjov, enfermo de tuberculosis, a lo mejor contagiado por sus pacientes, buscador en vano de cura en Crimea, le llegó el fin el 15 de julio de 1904 en el balneario de Badenweiler, en la Selva Negra. Sí, pero antes de morir se tomó una copa de champán, genio y figura. Su tumba no fue en tierra germánica, aunque sus últimas palabras fuesen en alemán, dirigidas a su colega el médico que le atendía: «Ich sterbe» («Me muero»). Y como en una de sus mejores obras teatrales lo hizo sin rechistar. Abriendo el silencio con el cuchillo de sus palabras tímidas y exactas. Metieron su cadáver en un tren provisto de un vagón frigorífico, usado para transportar ostras, y se llevaron sus despojos a Rusia.

«El pulgón se come la hierba, la herrumbre el hierro y la mentira el alma. ¡Señor, sálvanos, pobres pecadores!», como dice Riédka, un obrero que pintaba tejados y se mataba trabajando sin contar siquiera el dinero, como si eso fuese una maldición capitalista, según ese extraño y enfermizo personaje de la premonitoria, desconsoladora y chejoviana *Mi vida. Relato de un provinciano*.

3: Sebastopol al fin y el sitio de Tolstói

Voy en una *matrhuska* que he cogido en la estación de autobuses de Yalta con destino a Sebastopol. El conductor va silbando por una carretera que bordea los acantilados, pero entra bien y sale mejor de las curvas que da una estrecha cinta de asfalto entre las faldas verdosas de la sierra y el mar azul claro. Me entra algo de somnolencia viendo una belleza tan continua en el paisaje, pero no es para decaer. En un par de horas estamos entrando en la estación de autobuses de Sebastopol, otro viejo objetivo que ya tengo en la punta de los dedos.

Algo hace que algunas ciudades y sitios ignotos te caigan bien desde el principio. No puedes achacarlo a nada ignorando absolutamente hasta dónde estás. Llegar un mediodía a Sebastopol produce esa especie de contento. Nadie te espera, nadie sabe que estás aquí, estás tu solo y en manos de lo que la ciudad tenga a gala ofrecerte. Te hundes así en la marea de un día laborable en el que tú no tienes un hueco concreto, un quehacer, una cita, y da lo mismo si vas hacia allí o al revés. Tampoco eres tan distinto como para que la gente te mire. Eres uno más en Sebastopol, una ciudad que ha consumido hace tiempo sus raciones de asombro, al haber pasado por tantas guerras y paces. Está claro que lo que más anhela la gente es que no vuelvan los conflictos de antes de la *perestroika*, y ahora que les vaya bien con Moscú. Respecto a la economía sí que es mejorable, no hay más que verlo, pero la paz es lo que mejor alimenta.

Cierto es que el anonimato del viajero solamente es una capa superficial. Lleva almacenada, si no incrustada, la lectura por ejemplo de *El sitio de Sebastopol*, donde un genio como Tolstói se eleva a gran altura haciendo la crónica de la ciudad sumida en la guerra, la de diciembre de 1854: «Al pasar por el puerto, produce desagradable sorpresa la mezcla de olores; huele a carbón de piedra, a estiércol, a humedad, a carne muerta». Tolstói es el cronista del horror, no en un exótico río Congo, sino en una ciudad bombardeada, asediada por la ambición conjunta de Inglaterra y Francia, las potencias que querían reducir a Rusia a un estado colonial, subordinado, y a ser posible laminado. Se olvidaba por supuesto el intento de Napoleón. Pero un escritor del talento de Tolstói descubre la gloria que hay en la resistencia, en la derrota inicial, en el sacrificio. No todo ha de ser siempre sujeción del pueblo y triunfo del obús mayor. Tolstói mira la gloria de los asediantes en qué se queda, en la basura y el odio que generan, los objetos se amontonan en las calles como las piltrafas de

carne humana en los hospitales, gentes y soldados se mezclan como sonámbulos en el desembarcadero.

Apenas descanso un poco en el viejo hotel Ucrania, de la calle Gogolya, que no es mal nombre evocando a otro gran escritor. Respecto al nombre del hotel eso ya lo tiene más difícil a partir del ingreso de Crimea en el planetario ruso. Desde las habitaciones del tercer piso se divisa un generoso panorama de una ciudad que va siguiendo las líneas del litoral, con sus varias bahías y puertos, el de guerra y el de las naves que se usan para trayectos turísticos por el Mar Negro. Todo bien respaldado por unas colinas con sus parques y castillos que dominan varios barrios. Luego recorriendo a pie el centro de Sebastopol te topas con el despliegue casi opresivo de monumentos a las víctimas, a los caídos, a los generales, a los almirantes, a los marineros, a los que en tantas capas militares y civiles resistieron y ganaron la batalla de Sebastopol. Un timbre de gloria patria para Rusia, como lo pudo ser Numancia de la vieja Hispania en una cierta literatura épica. Pero Sebastopol condensó un esquema respetado tanto durante el zarismo como durante la URSS, y al final ha vuelto a lo ruso. Cuando visité la ciudad el verano de 2013 ya tenía que echar cuentas con un espíritu y un poder netamente rusos. Lo cierto es que Rusia nunca prescindió de reservarse derechos tradicionales, por ejemplo para fondear naves de guerra, y para que no se olvide una epopeya, la de Sebastopol, que es parte esencial del repertorio histórico del pueblo ruso.

Durante aquella fase de la guerra en 1854, la que relata Tolstói, Sebastopol se había convertido en un inmenso hospital de sangre. Tolstói lo vio así y lo contó con un estilo ciertamente jeremíaco, o bíblico: «Apenas hayáis abierto la puerta, cuando el olor que exhalan cuarenta o cincuenta amputados os asfixiará». Sebastopol era una mezcla de «la elegante ciudad y el vivac fangoso». Y por eso y razones similares lo primero que pregunto en la recepción es cómo puedo visitar el Panorama, el edificio circular que aloja la gran pintura sobre el asedio de Sebastopol de 1854-1855. La recepcionista me dice: «Está ahí enfrente».

Cruzando la plaza a mano derecha se alza una loma con jardines y atracciones varias, y donde va mucha gente de paseo en verano. Veo varias madres con sus cochecitos y no puedo reprimir la interferencia de *El acorazado Potemkin*. Pero aquí la estampa es la de una madre rubia joven, atlética pero no al estilo de una forzuda o una culturista, empujando un doble cochecito donde lleva a sus mellizos. Hay puestos de camisetas de rayas azules y blancas, como las que vestían los antiguos marineros rusos, y por lo que voy observando es una moda tanto en Odesa como en Sebastopol. Hay columpios, y chiringuitos para tomar refrescos, pero uno va derecho al edificio circular del

Panorama, que por fuera es como una gran rueda de mármol. En una época como ésta cuando los videos recrean tanto antiguas civilizaciones como extraterrestres, choca que una gran atracción sea todavía un diorama como el de Sebastopol, que no implica sino una gigantesca pintura en una pared semicircular. El juego de la profundidad de campo hace que en esa superficie plana parezca existir un primer término y otro lejano. Una especie de trampantojo de las distancias que basa mucho de su poderío en las dimensiones que tiene y en la habilidad a la hora de pintar pequeñas figuras, y en los colores espectrales de los incendios, de las explosiones, los rojos de las llamas y la sangre. Es una obra de Franz Roubaud, pintor laureado de fines del siglo XIX (falleció en 1928) y me parece muy logrado sin que pueda decir que sea mi pintura favorita. Lo que aprecio es el intento de congelar y resumir el asedio de Sebastopol en miles de figuritas, soldados y oficiales, en detalles muy meticulosos en barcos y cañones, haciendo verosímil los impactos de los proyectiles, en cómo dejan incendios y heridos. Hay tantos ataques y contraataques que el desmenuzamiento de cada escena lleva su tiempo, con el resultado quizá de que el conjunto de algo fijo es, en este caso, más impactante que unas posibles imágenes en movimiento. Eres tú quien creas el movimiento con tu cabeza, haciendo resbalar tu mirada sobre tales o cuales escenas, y volviendo a ellas, y tratando de encontrar secretos que se te habrían perdido en la grandiosidad de ese fresco. «Podrá ser que encontréis en vuestro camino el entierro de un oficial; un ataúd de color de rosa, seguido de músicas y banderas desplegadas», escribía Tolstói.

Hay una gran animación en la actual Sebastopol sobre todo en torno a la avenida Nakimova y el cercano puerto de los ferris. Sin llegar a los extremos turísticos de Yalta, Sebastopol es un destino acreditado para viajeros, sobre todo rusos. Muchos aprovechan el buen tiempo para dar una vuelta en un crucero de unas horas. Los barcos pasan junto al monumento de las Naves Naufragadas, lo que no deja de ser un título original. Es un peñasco largo y estrecho en medio del mar sobre el que se eleva una columna de mármol blanco. Un islote que invoca la memoria temerosa, tal vez aun más olvidadiza. Enfrente se despliegan como en un arco los severos edificios del centro urbano, los que pudieron salvarse tras tanta calamidad, y que pese a todo dan a Sebastopol un sello de ciudad antigua, decaída pero nunca derrotada. En el puerto es constante el tráfico de botes, además del punto alegre que ponen las gaviotas, sobre todo porque aún no picotean abiertamente a los humanos. Y el aire es fino con ese punto salobre que a uno le recuerda la buena combinación veraniega de una cerveza fría con patatas fritas a la hora del aperitivo.

El paseo marítimo, que en Sebastopol consiste en el bulevar

Primorsky, nada tiene que envidiar a una Croisette sólo que al viejo estilo ruso. Por mor de los tiempos hasta un McDonald's se ha adueñado de una posición neurálgica en el mismo centro de la ciudad. Pero Sebastopol, que se expande por colinas y vaguadas, ofrece también la posibilidad de ir a pasear lejos de la masa a otro muelle, como el de Grafskaya, que goza de tranquilidad salvo cuando se organizan allí paradas de la Marina y revistas de armas en magna pompa militar.

Sin necesidad de ser un espía a la antigua usanza, desde varios puntos ciudadanos se observa el abra donde fondean los buques de guerra rusos. Supongo que antes eso era una visión prohibida. Ahora ahí están tan grises y tan tranquilas esas naves marcando presencia y poderío naval, el que Moscú quiere conservar en el Mar Negro pese a que Ucrania se independizara en 1991 y se llevara a Crimea en el lote. Pero donde resulta indiscutiblemente espectacular la vista de las varias ensenadas de Sebastopol abiertas a la bahía de Kalamita, y de sus edificios apiñados y graves, es en la colina o *kurgan* Malakov (o Malakoff). Coronada por una fortaleza del pasado siglo, en Malakov a cada pocos metros hay estatuas de mártires, soldados y obreros en bronce negro y con un ceño que no va a la zaga de ese color, como queriendo indicar, en la iconografía no abolida de la URSS, que la revolución sigue siquiera en estado larvado. En la colina Malakov el lector disfruta todavía más que en otro sitio con el relato de Tolstói: «El silbido, más próximo ya, de las balas y de las bombas, os impresiona desagradablemente mientras subís al cerro, y de pronto apreciáis de diferente manera que antes lo que significan los cañonazos oídos en la ciudad». Y pensar que el *kurgan* de Malakov cayó en manos de los franceses en uno de los episodios del asedio. «—¡El pabellón francés sobre el mamelón de Malakov!… —¡Imposible!».

Respecto a qué se puede beber y comer en la actual Sebastopol la respuesta es lo que desees. No faltan desde restaurantes italianos a armenios, así como abundan más los teatros que las iglesias, y sin embargo en alguna de ellas si fuera por sus popes canonizarían a los últimos Romanov. En un pequeño supermercado del barrio de Lenin encuentro botellines de vodka aromatizado con hojas de abedul. Y los mismos caramelos que en Madrid, sólo que no tienen la versión «sin azúcar». Eso parece una tontería en Crimea, donde la gente es robusta, y más en Sebastopol, donde aún se encuentra buen pescado y buen vino de los cercanos viñedos de Inkerman, prácticamente en las afueras de la ciudad, donde se ubicaban las últimas defensas rusas durante la guerra.

Me pregunto en la bella Sebastopol qué error fue asociar su nombre a un remoto lugar donde Europa perdía su casto nombre, o donde entonces cualquier salvajada se podía hacer sin remordimientos. Los

europeos, entre ellos nada menos que ingleses y franceses, pero también italianos (ahí estuvo y murió Alfonso La Marmora, el fundador de los *bersaglieri*, los soldados que llevan sombreros de plumas), quisieron tomar Sebastopol como el que se toma un aperitivo. ¿Por qué no conquistar Rusia de paso? ¿Y Asia central? A finales del XIX todo era posible para el inevitable blanco del oeste. Por fortuna no todas las personas salen siempre tan ciegas, agresivas, o robotizadas, como les mandan sus guerras. Sebastopol por ejemplo, con todo su emblema de desastre bélico, estimuló la sensibilidad de Florence Nightingale, la otra cara inglesa de la caballería ligera que pretendía arrasar a los rusos en las cercanas campas de Balaclava. Florence se arremangó y dio ejemplo en el hospital de sangre de Sebastopol, y luego en el de Scutari (en el Bósforo) convirtiéndose en símbolo de la enfermería y de la solidaridad humana. Su historia de abnegación ha seguido hasta nuestros días inspirando a la propia Cruz Roja, y a gentes que han dedicado su vida a los pobres, heridos, enfermos y desahuciados del mundo. La guerra de Crimea vista por Florence es toda compasión por los ensangrentados soldados británicos, no hay rastros ahí de política, de imperio, de rubios contra morenos, de cruces occidentales contra cruces ortodoxas. Su manera de confortar a los heridos ha marcado incluso algunos novelones de nuestros días como *Encuentro en Sebastopol* (2007) de Katharine McMahon. Ahí la novelista londinense se replantea de nuevo la figura de Florence Nightingale aplicando ese modelo a su personaje Rosa Barr, una enfermera entregada y sorprendida por el mundo en descomposición que generaba la guerra. «A las mujeres rusas les gusta volar sus cometas sobre las barricadas. Se supone que es un gesto de desafío, pero no me creo nada. Ahora mismo las defensas rusas están desmoronándose» Y no se trataba sólo de lo que una enfermera podía ver en el hospital de Koulali, por las heridas de metralla, o por el tifus, sino por el cólera, la plaga más voraz. «Un hombre podía desayunar tranquilamente a las ocho de la mañana y haber muerto antes de la hora de comer», recuerda la McMahon.

Pero si usamos el punto de vista de Tolstói, que es infinitamente más aconsejable por su cercanía a la lengua y al sitio, el dolor no es ni más oriental ni más occidental, sólo que está ennoblecido por la defensa del suelo propio. Llamarlo patria, y aún mejor madre patria, es lo indicado para el progenitor de la literatura rusa moderna. El que escribía sobre la guerra de Sebastopol no de forma distinta a lo que luego se hizo en la guerra de Vietnam. «"¡Un mortero!", y repítense el silbido, el golpe y la explosión, acompañados esta vez de un grito humano. Os acercáis al herido a la vez que los camilleros. Revolcándose en el lodo mezclado con sangre, ofrece extraño aspecto; parte del pecho le fue arrancada por el casco».

Contacto con Lena en la agencia de viajes Riviera, regida por el enorme Alexei, uno de esos ucranios que parecen encarnar el clisé del oso ruso. Quedamos para que me guíe al día siguiente por metas de esta zona como Querconeso y Balaclava, insignes puntos de la historia en diversos momentos. Ambos lugares se encuentran en la misma dirección y carretera, y Lena me pregunta si quiero también ver algo del aspecto militar de la zona.

—Te lo digo porque muchos extranjeros se interesan por la batalla de Balaclava —me dice Lena con su voz sugerente—. Ya sabes que es el escenario de la carga de la caballería ligera. ¿Quieres visitar el campo de batalla?

Lena está casada con un suboficial ucranio pero que pertenecía a la marina rusa. Nada que ver con un *junker*, como se llamaba a los sargentos o suboficiales nobles del ejército zarista, y que tanto se opusieron al triunfo de la Revolución de Octubre. El marido de Lena no hace mucho que se ha retirado y no debe de quedarle mucha pensión dado que Lena tiene que arrimar el hombro. Su herramienta es un inglés espléndido al que saca partido con su trabajo de guía, si bien eso sea esporádico y tengan que afrontar la aventura de haber tenido un hijo hace año y medio cuando ella ya no cumple los 35 años.

—Mi marido es que está loco. Se empeñó en que tuviéramos un hijo más, porque ya teníamos una hija de diez años. Y bueno, ya está hecho, todos contentos.

Lena se tiñe el pelo de rojo y tiene la piel tan blanca que parece increíble, como si fuera inmune a los soles de Crimea. Supongo que tiene a gala ser tan blanca por coquetería, y que eso le debe de venir de sus ancestros uzbecos pues ella nació en Tashkent. Es un claro ejemplo de cuando en la URSS mucha gente se movía por distancias gigantescas y no siempre de manera forzosa. También se trataba de mejorar las condiciones de vida, conseguir buenos trabajos y demás.

Vamos no muy temprano, que nunca hay que exagerar, en un coche con Vasily, un maduro conductor, él sí muy ruso de aspecto, con ojos claros y canas en su pelo cortado a cepillo. Me parece que Vasily no anda lejos de los setenta, pero parece un tipo ágil y fuerte, y la carretera tampoco es matadora desde Sebastopol a Balaclava, total, para hacer una veintena de kilómetros.

Balaclava es un pueblo en medio de un fiordo que se adentra como una serpiente azulada entre colinas pardas y suaves. Constituye un puerto natural tan obvio que no hay probablemente otro mejor en Crimea. Los soviéticos lo eligieron para poner su base secreta de submarinos, y cuando lo visito se ha convertido en una atracción turística, así pasa la gloria del mundo. No hay empacho alguno en enseñar una base naval peculiar como pocas pues ni siquiera se ubica

al aire libre. La propia montaña horadada aloja, bajo 126 metros de roca, la que fue famosa base de submarinos soviéticos. Desde su independencia los ucranios se hicieron cargo de la base, ya sin elementos militares, pero que tuvo su importancia durante la guerra fría. Luego, en 2014, los crimeos rusos recuperaron el lugar, que para ellos es más bien un santuario.

Los genoveses se percataron de la relevancia estratégica de Balaclava y ya en el siglo XIV pusieron su fortaleza Cembalo en una de las lomas que dominan la entrada de la bahía. En el transcurso de la crisis internacional de Crimea, la del XIX me refiero, Balaclava fue el teatro de una de las mayores batallas. En su puerto, que hoy tiene un cierto aire mediterráneo y hasta provenzal, los ingleses desembarcaron miles de caballos, pero calculando mal las distancias y los botes muchos se ahogaron. Los caballos supervivientes sustentaron la célebre carga de la caballería ligera, la que acabó en desastre total pese al descomunal despliegue de medios británicos y franceses.

Desde entonces el nombre de Balaclava ha incendiado poderosamente la fantasía de muchos caballeros del Reino Unido, y algunos son incluso de las nuevas generaciones. Sin embargo, Balaclava supuso especialmente para los ingleses la más amarga de las derrotas (un poco como la que sufrió Custer en Wounded Knee). Pero para los rusos Balaclava, o el 28 de octubre de 1854, es sinónimo de lo contrario, ahí es nada, un triunfo tal que debelar el sitio de Sebastopol, el que hizo proferir a Tolstói: «¡Rusia conservará durante mucho tiempo las señales sublimes de la epopeya de Sebastopol, de la que el pueblo ha sido el héroe!». Y eso por supuesto incluye en lugar destacado a lo que ocurrió en la campa de Balaclava donde *lord* Raglan y *lord* Cardigan mandaban la caballería ligera, lo que quedaba de ella tras un transporte marítimo desastroso concluido con un desembarco por el sistema de echar los animales al agua y ver cuántos llegaban a tierra.

Hubo heroísmo británico, con todo, en la vaguada junto a las colinas de Kadikoi, en las afueras de Balaclava. Ahí estuvo situada la famosa «delgada línea roja», una línea de resistencia lo más estrecha y lo más dura posible, símbolo de una resistencia inverosímil, de hecho se haría famosa en su traslación a una novela de James Jones (*The thin red line*, 1962) sobre la batalla de Guadalcanal en la segunda guerra mundial, y a una película sofocante de Terrence Malick. Pero a fin de cuentas, o a fin de errores, de órdenes y contraórdenes, los caballeros ingleses aguantaron en formación casi hasta llegar a las bocas de los cañones de los rusos, quienes entre tanto habían hecho una escabechina de los valientes y arrogantes invasores. ¿Cuántos murieron? ¿Caballos u hombres? ¿O eran centauros? Eso dijeron algunos bardos póstumos tocando el tambor. Prácticamente quedaron

destruidos cinco regimientos de dragones, lanceros y húsares. El que mejor cuentas hizo fue el poeta Tennyson: «Por el valle de la muerte, cabalgaron los seiscientos…». De lo mejor de una ingente literatura militar inglesa que se ha volcado en esa carga fatídica de la caballería ligera.

Tolstói contaba el sitio de Sebastopol adueñándose a veces de la jerga de los médicos cuando visitaba los hospitales: «"*Perforatio capitis*…", y un doctor ponía un corchete en la cabeza de un oficial. "*Perforatio pectoris*…". Por lo demás es inútil; no lo inscriba usted; *moritur*. Llevádselo —añadió el médico alejándose del moribundo, que con la vista vidriosa y extraviada, agonizaba ya».

En Balaclava lo primero que hago, como está mandado por Lena, mi guía pelirroja y atenta al reloj, es visitar la base secreta de submarinos.

—¿Es aún tan secreta? —pregunto a Lena y no sé si mis palabras son en realidad «sopa en leche», lo que diría Tolstói para una candidez.

—Sigue siendo una base militar —me contesta Lena sin perder nunca la sonrisa—. Pero por supuesto no hay problema en entrar. Compramos tu entrada en la taquilla —yo no la necesito— y nos metemos dentro de la montaña.

No se necesita nada especial para acceder allí, ni siquiera ponerse un pasamontañas negro, de los que los anglosajones llaman *balaclavas*, y que parecen más de atracadores que de esquiadores, dejando sólo las pupilas sin celar. Vamos caminando ya, en compañía de nuestras dos sombras, en la que fue supersecreta base de submarinos, más de uno atómico, de la Unión Soviética. El pequeño viaje por el interior de una montaña hueca al mismo pie de un brazo del Mar Negro, tiene tintes de viaje al pasado. Por los canales subterráneos lucen unas lámparas rojizas un tanto espectralmente. Pasamos por portones de hierro que tienen una anchura próxima al medio metro, y algunos con un peso de doce toneladas, según me informa Lena.

—Hasta 3 000 personas podían vivir aquí abajo en esta base —me indica Lena haciéndome ver lo vacío de un sitio, donde ni siquiera parpadean unas luces mortecinas. Las aguas del canal mayor del interior están tan quietas que parece mentira que se movieran hasta nueve submarinos en sus mejores tiempos. Entraban aquí desde el Mar Negro como Pedro por su casa. Lena me hace reparar en unas pilas de submarino que son como armarios. Según me cuenta, los operarios y marineros que trabajaban aquí dentro no debían decir nada, ni siquiera a sus familias. Todo estaba cubierto de un sigilo que no convenía romper.

—Pero ¿sabes cuál era la compensación? —me pregunta Lena retóricamente—. Era la paga, aquí daban mucho más que en otros

destinos de la URSS, yo lo sé por mi casa.

Después de esta visita entran ganas de tomar algo en el actual puerto de Balaclava. Las casas son bajas, de colores, y no faltan cafés y terrazas donde los ingleses nostálgicos pueden evocar el valle de la muerte teniendo al alcance una botella de vino de Crimea. Comemos un pez del Mar Negro llamado *pielengas* y lo preparan en *papillote*. Es una pequeña y fresca lubina, o furagaña que dicen en Asturias, o una pequeña loba (*loup* es lubina en francés), pero de carne tan blanca como mansa y sabrosa. No viniendo además de una piscifactoría es de lo mejor con que me he topado en el litoral del Mar Negro. Otra cosa es que siempre recuerdo, busco y no encuentro tan fácil, el *schugá ikra*, o caviar de lucio, unas doradas bolitas que vienen de un pez de cualquier agua dulce, no precisamente del Caspio. Lo servían en Ibiza, el sitio elegante de Arkadia, la playa de Odesa. Y, en fin, menos da una piedra a falta de huevas de esturión. Hablando de estos temas con Lena recordamos la foto de Putin pescando un lucio en Siberia de 45 libras y enseñando bíceps.

Es decir, estamos listos para visitar la reserva nacional de Querconeso Táurico, que dicho así suena a un inmenso parque arqueológico, y se queda en unas ruinas muy accesibles y caminables, sobre todo por la parte que da a la playa. El viajero interesado en una civilización griega, como la fundada aquí en el siglo VI a. C., encontrará toda clase de sugestiones en piedras rotas y desperdigadas, con la excepción de algunas bellas columnas de mármol con sus capiteles desafiando el tiempo y el salitre. Otros prefieren tomar el sol y la brisa en la contigua playa dejando a sus espaldas, a menudo enrojecidas, las ruinas de Querconeso. Se comportan como unos amables vigilantes del pasado, pero no tanto como para que a uno lo torture. Ellos, pocos, saben ponerse morenos con un sol suave del Mar Negro que induce a la somnolencia, y a pensar qué vinos acompañarán mejor los maravillosos melones de la zona a los que pronto echarán mano.

El descanso para los ojos en la playa ha sido demasiado breve y Lena ya quiere enseñarme la campana que han puesto bajo un arco solitario, sin templo anexo. Era la campana de la niebla, la que avisaba a los barcos de rocas traidoras. Fue fundida en 1766 con el metal de los cañones rusos, pero en la guerra de Crimea los franceses la cogieron como botín y la llevaron a Nôtre Dame de París, a alegrar quizá las orejas peludas de Quasimodo. La historia también es buena a veces como un corderito, al menos cuando te la cuenta Lena. Ya en 1913 los franceses rectificaron y devolvieron la campana a la entonces Rusia zarista, y hasta aquí llegaron sanas y salvas sus cinco toneladas.

Sobre las ruinas hay una elevación que ha aprovechado la catedral de San Vladimiro. Ahí le viene a uno el recuerdo de Coricancha en el

Cuzco, donde los dominicos superpusieron su iglesia sobre el propio templo del sol. San Vladimiro se alza triunfante sobre el paganismo que evocan las ruinas, como despreciando la belleza restante, como la de una columna intacta con su capitel en la antigua basílica griega que está al borde del mar. San Vladimiro toma en cambio la mayor cota del lugar y luce a los cuatro vientos una cúpula acebollada sobre sus macizos treinta metros de edificación, con su blanco impoluto de muros, y sus dos pisos en cada uno de los cuales hay una iglesia. La del piso bajo se consagra a la Natividad de la Virgen y tiene otro altar donde se venera a San Martiniano. Mientras en el primer piso el templo aloja tres capillas, siendo la principal la de San Vladimiro, con su icono de cuerpo entero enmarcado con oro. Destaca, pues, por no llevar una riza, esa lámina, dorada o plateada, que suele recubrir las pinturas ortodoxas. Luego está la capilla de San Andrés, apóstol que se cree que viajó a Querconeso en el siglo primero, y otra capilla de quien no fue apóstol, pero sí un ruso de excepción, el Santo Príncipe Alexander Nevsky, alguien que ya en el siglo XIII supo compaginar rectitud y riqueza (aún no era el caso de definirla plutocracia).

Nevsky, príncipe de Novgorod, y de Kiev y de Vladimir, aplastó a invasores germanos y suecos, si bien pactó con los tártaros de la horda dorada, con lo que su vertiente orientalizante marcó la historia rusa. Pero en conjunto, y pese a que su voz parecía una trompeta, se le tiene por un proto-ucranio, y proto-ruso, de armas tomar y al tiempo caritativo, bondadoso, es decir, como esos santos reyes que también ha habido en Occidente, los que por mucho que mataran para defender sus reinos hacían que en ellos imperase una santidad que al final, por arte de conciliación y birlibirloque, se les reconocía.

La catedral de San Vladimiro fue restaurada en 2001 y reconsagrada en 2004, y predomina en ella un blanco en general cegador, siendo a veces como si uno estuviese en la calle. Todo el color, de oro naturalmente, parece concentrarse en los iconos, en sus marcos y rizas, y en sus dos iconostasios de dorados rutilantes. Quien puso la primera piedra a este templo fue el zar Alejandro II en 1861 y se terminó de construir en 1888. Pero se cree que su fundación se remonta al año 988 con motivo del bautismo de San Vladimiro, lo que equivale al bautismo del antiguo país de los rus. Fue cuando los rus, antepasados de los rusos y de los ucranios, en fin, los eslavos primigenios de esta parte del mundo, abandonaron su paganismo y se pusieron en línea con la Iglesia ortodoxa de Oriente.

Entonces Ifigenia había callado sus cuitas y lamentos. Decayó la *polis* griega de Querconeso, y se acabaron las funciones del teatro, y todo ya enmudeció y degeneró a finales del siglo IV cuando se sucedieron las invasiones en este lugar que domina un pequeño estrecho del Mar Negro. La ambición militar sobresalía, pero siempre

es tiempo de volver atrás, y de evocar las advertencias de Eurípides, el autor de *Ifigenia en Táuride* en el 414 a. C. Ifigenia no era cualquiera que pasaba por allí. Era la hija de Agamenón y pudo escapar del designio de su padre, un rey que creía en los oráculos. Uno de ellos le había dicho que tenía que sacrificar a su propia hija. Con esa sangre había que propiciar la partida de la flota griega en rescate de Helena de Troya.

Gracias a las buenas artes de la diosa Artemisa, que hizo el portento de que un ciervo sustituyera a Ifigenia en el bárbaro altar de los sacrificios, la joven princesa se salvó viajando lejos, al país de los tauros, una tribu de cimerios, y llegó a convertirse en sacerdotisa del templo de Artemisa en Tauris, la capital. Así fue hasta que los dioses, siempre inquietos, o insaciables, en la mitología helena, volvieron a revolver en su destino. El rey de los tauros le plantea a Ifigenia la paradoja de tener que ser ella quien mate a cualquier extranjero, a cualquier griego, que se acerque. La que iba a ser víctima es obligada por el *fatum* a hacer víctimas humanas, la tragedia griega no se concede un minuto de gracia.

Siempre según el oráculo Orestes, el hermano de Ifigenia, tendría que acabar matando a su madre Clitemnestra por haber asesinado ésta a su marido Agamenón, cosa que fue negada por otro oráculo. Hay un principio de incertidumbre en las galaxias terribles de los antiguos griegos. Eso permite muchos caminos de asombro y letras. Uno lo agradece porque a veces el tiempo pasado realimenta más que los melones. Entre vaticinios contradictorios Orestes fue enviado a Táuride a robar la estatua de Artemisa y evitar así ser perseguido por las Erinias, las que han sido conocidas como diosas de la venganza, las furias que remediaban los entuertos con los que no podía la justicia, los sutiles crímenes que yacen en las familias, pero que nadie repara. Dicho sea para invocar el retorno de las Erinias a nuestro ordenamiento jurídico hispánico y demás. Orestes se zafa de las Furias y al llegar a Táuride con su primo Pílades es capturado. Ifigenia, sin embargo, tiene un nuevo cometido que cumplir en relación con los extranjeros que se acerquen. Eliminarlos como por cierto se quería hacer con ella en un principio. Ifigenia, que es cauta, juiciosa, y a lo mejor imparcial, medita sobre si sacrificar a uno de los dos extranjeros, y enviar al superviviente a Grecia con un mensaje suyo. Pero Orestes, antes de ser reconocido por Ifigenia, se descubre a sí mismo contando a su hermana lo que les pasó a sus padres. Es ya la tragedia en su mayor apogeo.

Nada hay en la combinación de lo cruel que se ahorre, por eso nadie sonríe, nadie se come unas uvas, nadie es compasivo en la tragedia griega, para qué si es peor. Ifigenia quiere escapar entonces de Táuride y la diosa se lo permite a condición de que construyan otra

estatua de Artemisa, es decir, a ella misma. Eso es lo que quieren los dioses, más mármol a la locomotora. Los humanos se redimen con facilidad si echan ese óbolo. Si no tienen dinero es mejor que esperen a que nazca un nuevo Marx.

Hoy Querconeso es un barrio de Sebastopol, aunque hasta hace poco se distinguía por sus huertas y la calidad de sus melones y sandías. No todos daban importancia a sus ruinas arqueológicas, a su pasado glorioso. Desde su fundación en el VI a. C. ahí resistió, con todos sus avatares, una capital de diversos reinos y pueblos hasta el siglo XIV. Primero se trató de la colonia griega que había entre Sebastopol y Eupatoria. Luego pasaron por allí romanos, hunos, godos, bizantinos, mongoles y genoveses. Los tártaros impusieron el nombre de Crimea a la región. Pero no pudieron con el sustrato bizantino y luego con el ortodoxo, el que acabó por enseñorearse sobre Ifigenia, Artemisa y demás figuraciones. Los viejos dioses fueron corridos del lugar a golpe de incienso, ahuyentados de sus últimos mármoles, de sus templos quebrados ya de columnas, y triunfaron los santos dorados como San Vladimiro.

Despidiéndonos ya en Sebastopol, con la nostalgia, si no quemadura, que eso deja dentro de la piel, Lena me insiste:

—¿De verdad que no quieres ir a ver el palacio de los kanes de Bakchisaray, el que inspiró el poema a Pushkin?

—Querida Lena, me gustaría ir a todas partes, y también al otro lado, a Eupatoria, aunque no por los fangos, que de esos tenemos en España, en la Manga.

Lena cree oír La Mancha, y le suena a *Don Quijote*, que después de todo es un libro con el que los rusos se identifican igual que nosotros. Le digo que hay una Manga del Mar Menor donde la gente se pone negra de barro. Pero en Eupatoria lo que me atrae, y bien que lo siento, porque ya no me queda tiempo en Crimea, es la sinagoga, o *kenesa*, de los karaítas, unos judíos con algunos rasgos musulmanes. Tendrá que ser en otro momento.

—O en otra vida —me dice Lena—, pero no tardes tanto en volver a Crimea.

4: Ucrania donde nació Conrad

También fui a Ucrania buscando algún reflejo de Conrad, y como la vida del viajero se compone de metas que él mismo se pone (si se las pusieran otros ya no funcionaría la cosa) busqué como núcleo de mi afán dar con el sitio natal del padre de *El corazón de las tinieblas*, *La línea de sombra* y tantas obras clave. Sentía debérselo a Conrad, sin que existiese una hipoteca registrada, por haberme hecho viajar tantas veces desde mi butaca, y a veces desde la cama, hacia esas regiones verdinegras de la existencia humana que no siempre vienen en los mapas. Con la ayuda por supuesto de Charlie Marlow, el que ponía el dedo en los espacios vacíos de una carta geográfica y decía que de mayor iría allí. En fin, consideré una especie de deber, todo lo absurdo que se quiera, manifestar reconocimiento al maestro Conrad y recorrer los caminos de Ucrania donde transcurrieron sus primeros años de vida.

Apenas llegó a dos años el tiempo que pasó Conrad en su cuna, o dando algún paso tambaleante, en un pueblo de la Ucrania profunda. Habida cuenta de que las versiones sobre su lugar de nacimiento son varias —empezando por si fue en una ciudad o en una aldea— eso añadía a mi pesquisa por Ucrania el aspecto de un trabajo, cosa que siempre agradece el viajero maduro que llega un buen día a la estación de tren de Berdychef, donde no pasa nada de nada, ni nadie le espera, pero él procura dar la idea de que tiene algo entre manos.

Berdychef es la primera grata sorpresa que me llevo y sobre todo porque he llegado de milagro. Preguntando en no sé cuántos idiomas, todos al parecer ininteligibles para guardias y paisanos, he podido coger el tren en la monumental y casi voraginosa estación de Kiev. El ceño de una revisora al verme subir a toda prisa, mientras golpeaba con su dedo índice el reloj de pulsera, me recriminaba por venir tarde aunque fuese a un tren que ya iba a salir con una hora de retraso. A quién se le ocurre, si no a un extranjero torpe, llegar retrasado a un tren que ya tenía que haber salido, y que a lo mejor tarda tres horas y media en cubrir los 180 kilómetros que dista Berdychef de Kiev. Poco a poco consigo que se me vaya enjugando el sudor en el angosto sitio de un asiento de tres, duro como un potro de los que se usaban para hacer gimnasia en mi colegio. Al lado tengo unos tipos fornidos que, apenas se pone la máquina a bufar, y eso que es eléctrica, sacan las cartas, y luego no paran de ir a comprar cervezas sin que haya un vagón restaurante ni nada por el estilo. Así me esperan más de tres horas y el mayor problema consiste en no pasarme de estación. Pero si hay un nombre, que al poco tiempo se me quedó grabado como a fuego, fue el de Berdychef. Y la gente al final me entendía cuando lo

pronunciaba.

La tarde del mes de junio, poco antes de que entre el verano, se echa suavemente en Berdychef, donde sobra anchura a las avenidas para los pocos coches que circulan. Tampoco hay viandantes, como si en esta ciudad de unos 80 000 habitantes, todo el mundo tuviese que hacer algo rematadamente importante o urgente, en vez de ponerse a pasear contando con tantos sitios para hacerlo, incluso una alameda junto al río Gnilopiat. Pero no quiero ni debo impacientarme teniéndome por un viajero que ya he dicho que posee un objetivo, es decir, uno alejado de la contemplación y del ritmo de los girasoles según declina el día. Soy el único que se apea en Berdychef que yo sepa o vea, y el joven taxista, que me coge en la estación, y que chamulla un inglés suficiente para que se le entienda, me cuenta en pocos minutos que quiere emigrar, y aún no sabe si a Canadá, a los Estados Unidos, o por qué no a España.

—¿Qué tal está España ahora? —me pregunta dejándome sin argumentos para creer que Berdychef tenga algún punto en común con Borneo o con Costaguana, que aún es más difícil de llegar allí.

Así de repente me parece casi emocionante que alguien de esta pequeña ciudad ucrania pretenda ir a trabajar a un país como el nuestro, que aquel verano ya tenía seis millones de parados, pero de todo hay en la viña del mundo. Y además no hemos tardado ni cinco minutos y con una tarifa en grivnas que no llega a los dos euros, para llegar al centro y ya allí al hotel que no es otro que el *Déjà vu*.

Desde luego es una alegría de nombre para un hotel, y aún más considerando que ésta fue la tierra natal de Conrad, y donde, por si fuera poco, se casó Honoré de Balzac con la princesa polaca Hanska. *Déjà vu* se enclava en un modesto y moderno edificio que hace chaflán, a tiro de piedra de una sinagoga cerrada tras una tapia, y de la iglesia ortodoxa pintada de verde manzana. Desde la ventana de mi habitación veo cómo nadie entra en un pequeño supermercado que está al frente. La última vez que pasó un coche, hace ya veinte minutos, fue mi propio taxi.

Queda luz y la tarde no es que sea joven, pero aún no ha muerto, cuando pregunto en la recepción adónde podría ir. La bella Anastasia hace todo lo posible por no defraudar mis ganas de moverme y me promete que mañana sí que podría organizar mi visita al museo municipal. Conoce al director, el señor Stepanovich, y él podrá informarme de cuanto sepa sobre el nacimiento de Conrad. Ella tiene previsto librar mañana y seguramente podrá acompañarme. Respecto al resto de la tarde me recuerda que estará abierto el castillo-iglesia de los carmelitas, pues con ambos conceptos se presenta un complejo arquitectónico que es la gloria antigua de la ciudad. En todo caso supone un paseo de menos de un kilómetro, y todo seguido por la

calle principal.

Es lo que me gusta de este tipo de viajes sin compromiso, que alguna persona, tan bella y sonriente como Anastasia, te diga que su ciudad no tiene pérdida. Sólo hay que caminar todo derecho. Y es lo que hago entre abedules verdes, algún pequeño monumento de la segunda guerra, y un par de madres con su bandada de niños alrededor. Por lo demás, ni un hombre, ni bueno ni malo, ni un caballo, ni un pájaro tampoco. La temperatura es casi balsámica y así llego casi sin enterarme a un muro blanco que rodea el convento de los carmelitas descalzos. Es de 1630, fecha en que lo mandó construir Janusz Tyszkiewicz, el *voivoda* o gobernador de Kiev, como agradecimiento por haberse quitado de encima a los tártaros. Lo cual no pudo ser sólo por la fuerza del *voivoda*, sino por el milagro que prestó el icono de Nuestra Señora de las Nieves. Ese fue el núcleo, o la almendra en torno a la cual se desarrolló un complejo-fortaleza que hoy incluye una iglesia con su cripta, donde dan conciertos y charlas, el museo municipal, y las defensas de un pequeño castillo muy doblado por los años, la incuria y su marginalidad en la gran historia.

Y eso que por siglos Berdychef fue una especie de centro neurálgico del catolicismo ucranio. Venían de lugares lejanos de Polonia a rendir homenaje al icono de la Virgen. Luego se sucederían oleadas de invasiones y de políticas varias. Los zaristas quitaron privilegios y confiscaron propiedades del convento. Los soviéticos pusieron «un cine ateo», curiosa acepción: se supone que no echaban películas aptas para meapilas, pero igual estaban llenas de mensajes igualitarios y un punto evangélicos por ese motivo. Pero en 1941 los alemanes, que ocuparon la ciudad, se dejaron de cuentos. Eran nazis y como su nombre indica se limitaron a practicar una de las cosas que sabían hacer mejor, quemar y saquear cuanto tuvieran a su alcance. Al llegar la independencia en 1991 en Berdychef esperaban la llegada del Papa Juan Pablo II, quien había alentado, y no siempre en la tramoya, la nueva política de los países del Este tras una URSS minada por sus errores y por fin abatida. Pero el papa polaco no se acercó a Berdychef pese a tener el convento y la ciudad una tan estrecha conexión con Polonia. No obstante, en la capilla de Santa Hedwige de su amada catedral de Cracovia, el papa bendijo el icono de Nuestra Señora de las Nieves, tras lo cual lo empaquetaron y enviaron a su sitio. Misión cumplida.

Una tarde de verano unos niños se bañan en las esclusas del río Gnilopiat. Desde ese sitio se divisa la mejor estampa del imponente convento de los carmelitas descalzos. Desde ahí parece un castillo que sale flotando en el aire, como en un cuento antiguo, o en una pintura de Magritte. Por un instante me parece que he llegado tan lejos de todo como si esto fuese un rincón dogon del acantilado de Bandiagara,

como si estuviera paseando por Tarabuco donde los campesinos bolivianos se ponen monteras de cuero, como si fuesen cascos de hierro, para ir a la guerra diaria de la coca y de las papas. Lejanía o cercanía, es la cuestión. Depende. Hay distancias que no se miden en pulgadas. Fue Conrad, no Charlie Marlow, su personaje *alter ego*, quien contó una parte de su auténtica vida en *Crónica personal*. Dado lo sobrio y comedido que era Conrad desvela que en 1868, teniendo él nueve años, puso el dedo en un espacio blanco del mapa de África «y con una redomada confianza y con una audacia asombrosa, ninguna de las cuales forman ya parte de mi carácter, me dije: "Cuando sea mayor iré allí"».

Berdychef desde luego se enorgullece de su pasado rico en estratos históricos, pero sobre todo porque ningún invasor pudo derribar su castillo, es decir, su cristianismo, aunque luego eso se subdivide ahí entre católicos y ortodoxos. Dominan los primeros, más que por su cercanía geográfica con Polonia, por sus vínculos culturales y políticos con ese país. Me acerco a la iglesia barroca de los carmelitas cuando están en plena misa de tarde y el número de fieles no llega a la media docena, entre señoras maduras y muy mayores. Fuera unos obreros encalan y ponen algún cemento en las muchas grietas del patio que servía conjuntamente a la iglesia y a la fortaleza. La parte dedicada a museo la visitaré mañana.

Berdychef también tuvo una importante comunidad judía aunque quedó literalmente arrasada por los nazis en la segunda guerra mundial. Se da la cifra de 30 000 ejecutados, lo que equivale a prácticamente el cien por cien de los judíos que había a principios de los años cuarenta del pasado siglo. Junto al castillo se abre un pequeño parque con unos frondosos abedules. Las parejas de recién casados de Berdychef van ahí a hacerse fotos de boda, obviando el terreno que pisan. El ayuntamiento ha puesto una lápida que recuerda el Holocausto, con la famosa frase del Talmud hecha mundialmente famosa por Spielberg en *La lista de Schlinder*: «Quien salva una vida salva al mundo entero» («Wer ein einziges Leben rettet, rettet die ganze Welt»). Repetirla en alemán suena solemne, aparte de exacto e irónico.

Pero Berdychef tuvo (y de algún modo no quiere perderla) una floración importante de cultura judaica. Lo prueba el que ahí fuese enterrado en 1809 el rabino Levi Isaac Itzhok (otras veces escrito Yitzchok). Un hombre excepcional, apodado el abogado defensor por su capacidad de intercesión entre los hombres y el Innombrable, por su don de compasión, y por el impulso que dio al hasidismo, una reforma del judaísmo con su propia piedad y sus estudios sobre la renovación hebrea. Itzhok debió de ser un hombre excepcional puesto que hay judíos que peregrinan a su tumba desde Israel. Un día fui a

visitar su mausoleo en el cementerio de Berdychef, y aparte de los mendigos que se apostan allí con la esperanza de que los visitantes sean ricos, cosa sorprendente, pues un día cualquiera no hay un alma en todo el cementerio judío. Sólo centenares de tumbas, muchas antiguas, sin nombres, piedras alargadas con un filo lleno de verdín, como soldados minerales criando raíces. En cambio el mausoleo de Itzhok es un cuadrado de color blanco y se alza como una mole sobre el común de los mortales. El guardián, tocado con su solideo, me deja entrar con mi habitual sombrero de tela y me habla en alemán como si yo perteneciese de alguna forma al judaísmo. No le engaño diciendo que vengo de España, que no es lo mismo que Sefarad.

El féretro de Itzhok, situado en el centro del mausoleo, está revestido con colchas bordadas con letras hebreas. Itzhok era un gran cabalista, aparte de un hombre bondadoso que no hacía distingos entre judíos y gentiles, si podía ayudar. Eso ha quedado en su historia, y quizá su aptitud para repartir o atraer el bien, o la luz. Es lo que ha hecho que dos parejas de judíos de Tel Aviv hayan venido a rezar en su tumba. Los dos hombres llevan largas trenzas de pelo negro, y grandes sombreros del mismo color, siguiendo el estilo de los hasídicos haredim, que son ultraortodoxos en su liturgia y atavíos. Bisbisean sus oraciones y se mecen mientras sus mujeres, sentadas en sendas sillas, nunca vuelven la cabeza y no dejan de mirar el ataúd del rabino. Van vestidas con largos vestidos hasta el tobillo y una especie de cofia. Es una imagen que parece arrancada de los asquenazis de finales del siglo XIX, cuando podían estudiar la Cábala en libertad en Europa del Este, y progresar, o simplemente luchar por la vida, sin sospechar que un día iba a venir el nazismo y su terrible cosecha de sangre judía. El guardián del mausoleo cree que la cifra exacta de los apresados y ejecutados por la Gestapo en Berdychef fue la de 38 536 judíos.

—Nadie sobrevivió —añade.

Conrad no era judío, ni tampoco tenía sangre rutenia, que son los eslavos orientales de esta zona entre Polonia y Ucrania. Pertenecía a una familia de la pequeña nobleza polaca tanto por vía paterna como materna. «Si yo hubiese sido israelita nunca lo habría negado siendo miembro de una raza que ha ocupado un lugar tan único en la historia religiosa de la humanidad». Conrad tuvo que defenderse de muchos sambenitos, entre ellos el de judío, en su larga carrera hasta convertirse en escritor inglés, pero dejó claro lo que pensaba de esa cultura. Otra cosa es que no estuviera orgulloso de su estirpe, incluso de un pintoresco tío abuelo suyo, el capitán polaco que a veces saca en sus escritos como Nicholas B. (por Bobrowski), un oficial al servicio del ejército napoleónico. Nicholas se convirtió en terrateniente, pero se había hecho célebre por un lance de sus tiempos bélicos. Se había

tenido que comer un perro en Lituania cuando él y otros dos camaradas suyos estaban cercados por los cosacos. Esa era una anécdota familiar que Conrad oyó a menudo en las reuniones familiares y que le dio pie para decir su propia broma. Él también se había tenido que comer la *vache enragée*, pero nada de vaca ni de furiosa, sino como dicen en Francia sapos y culebras, disgustos profesionales y sinsabores literarios y políticos, que no van a la zaga en la vida de los que produce tener que subsistir.

A la hora del desayuno del día siguiente tengo que lamentar que Anastasia me diga que no le dan libre y que lo siente, tendrá que acompañarme su colega Margaret, que según ella habla mejor inglés. Y así fue, vino Margaret y cogimos el camino al convento-castillo de los carmelitas, repetidamente destruido y reconstruido. En 1758 alcanzó su punto de gloria con el rey Augustus III de Polonia, y Elector de Sajonia, gran aficionado a la música y la caza, cosas que parecen antitéticas para las almas sensibles, pero a él nadie le echaba un galgo. Un día mandó que se abriera en Berdychef una imprenta para publicar libros en latín, polaco, *yiddish*, alemán, francés y rutenio. Había años en que del calendario de Berdychef se tiraban hasta 40 000 ejemplares. Está claro que una ciudad con esas potencialidades necesitaba un milagro, y lo tuvo, y bien espectacular, con la aparición del icono de Nuestra Señora de las Nieves. Exaltado, robado, quemado, reaparecido, copiado, es el cuadro que aún preside la iglesia de los carmelitas descalzos.

Pero la cuestión de acercarme allí aquella mañana iba por ver el museo municipal, y especialmente la parte que dedican a Conrad, que no es mucha consistiendo en una vitrina, en unas cuantas fotos y libros suyos en ucranio y en polaco. Al menos otorgan a Conrad el mismo espacio que a Balzac, o que a otros escritores ucranios que pasaron por Berdychef, como Alisiev Rabinovich, cuya obra sirvió de inspiración para *El Violinista en el tejado*. Y por supuesto Taras Shevchenko, nacido siervo en las tierras del rico prohombre Engelhardt en 1814, pero que con su poesía se liberó él y muchos lectores ucranios de las diversas suertes de opresión.

Stepanovich, el director del museo, da la casualidad de que fue profesor de Margaret en la escuela, y trata de complacerme en mi pesquisa sobre el nacimiento de Joseph Conrad.

—Tiene que ir a Terechowa, allí nació Conrad, no hay duda de eso.

Stepanovich no pierde el tiempo en telefonear a su amigo Bedy Mihailov, director precisamente de un pequeño museo de Conrad que hay en esa aldea de las afueras de Berdychef.

—Los estudiosos polacos sostienen que Conrad nació aquí en Berdychef —puntualiza Stepanovich—. Eso se dice inclusive en un libro de un investigador ruso. Pero yo no creo que Conrad naciera

aquí, en la clínica del doctor Románski, sino en la casa noble que tenían sus padres en Terechowa, ése es el punto, no otro.

Cuando pregunto a Stepanovich si en Berdychef no se ha pensado en crear un amplio museo de Conrad, admite que es un proyecto de los polacos, y que algunos pretenderían ponerlo precisamente en este complejo de Sobor, como llaman a la iglesia-catedral de los carmelitas y castillo en una pieza.

—Pero desde que se empezó a hablar de eso han pasado los años, y ya ve cómo está todo, siempre en obras, y nunca se acaban.

En el museo municipal al menos han puesto unos libros de Conrad donde destaca *El espejo del mar* en ruso, fotos de sus padres Apollo y Ewelina, y una cita de Conrad que no puede ser más apropiada para alentar el nacionalismo de patria chica: «Coge tu tierra, nunca encontrarás otra tierra mejor que la nuestra en todo el mundo». Veo también una foto de Conrad a los ocho años tomada en la ciudad de Chernihiv. Allí tuvo que ir con su familia errante y perseguida, y ya su madre, ese año de 1865, estaba tocada de muerte. Hay otra foto hecha en Varsovia de Konradek, el cariñoso apelativo polaco de Konrad, a los cinco años, es decir, de antes de tener que volver con su familia al exilio en Rusia. Fue cuando toda la familia contrajo la tuberculosis infecciosa.

El resto del museo municipal de Berdychef es muy interesante sobre todo porque algunas de sus ventanas dan al plácido río Gnilopiad, y sus alamedas están pletóricas de verde y pujanza veraniega. Ponen de todos modos una sucesión de bustos de militares y políticos, en madera y en piedra. Y platos de cerámica con un escudo nazi, y granadas soviéticas. Más emotivo es el recuerdo a los caídos de Berdychef en la guerra de Afganistán, sus botas y guerreras y su ardor por defender otro país, porque entonces estaban resguardando a la URSS.

Pero Berdychef atrajo con su imán invisible presencias de mucho más calado. Chopin se alojó en el palacio que tenía en la ciudad Anton Radziwill. Este noble polaco fue uno de los primeros en reconocer el talento del músico. Durante su estancia en Berdychef Chopin supervisó la construcción de un órgano. En fin, un cúmulo de glorias pasaron por una ciudad donde hoy las operarias de la industria más lucida, una de calzado, se quejan de los vapores que despiden los productos químicos que usan. Es como un pequeño fantasma de Chernobyl en una fábrica de zapatos, un tema que tal vez no tenga la altura romántica y trágica de los de Conrad, pero todo no se puede.

Un taxi nos lleva a Margaret y a mí por quince kómetros entre colinas y maizales, en una mañana radiante cuando ni pasan otros coches por la carretera, ni se ven campesinos en los campos. Vamos a Terechowa y es como si estuviésemos viviendo una estampa fija, bella,

verde y soleada, sin el drama que constituye la vida de las gentes a poco que se sinceren. Al llegar a Terechowa, una aldea de quinientas almas, los únicos seres que se ven son caballos, y parecen derrengados por el calor. Buscan un poco de fresco en las tapias, y algunos aun estando atados triscan las ramas bajas de unos olmos cuyos troncos tienen una mano de pintura blanca repelente, para que no se les suban los bichos. Me llaman la atención unos montículos con su puerta que resultan ser bodegas, pero no han de ser de vino, no se dan las uvas en esta región de Zhitomir.

—Tal vez guarden ahí la leche —me dice Margaret mientras caminamos hacia la escuela del pueblo.

Han puesto una placa escrita en caracteres cirílicos en la pared de ese edificio bajo y largo, con un pórtico realzado por un par de columnas airosas. Margaret me lo traduce literalmente: «En esta casa nació el famoso escritor inglés Jósef Teodor Konrad Korzeniowsky y la fecha de su nacimiento fue el 3 de diciembre de 1857, y la de su muerte el 3 de agosto de 1924». Por consiguiente, Conrad nació ruso, siendo la Rusia zarista quien dominaba esta tierra que antes había pertenecido a la unión de Polonia-Lituania. Si bien la familia de Conrad fuese de origen polaco y él mismo acabara siendo un marino mercante británico y un clásico en vida de la literatura en inglés. Por otro lado, sus nombres tienen una coherencia interna y patriótica muy especial. Josef Teodor se lo pusieron por sus abuelos. Konrad (que él transformaría en Conrad como apellido tras dejarse Joseph como nombre de pila) es por Konrad Wallenrod, el héroe del poema épico que se representa aún en Polonia, titulado «Dziady» («La víspera de los antepasados» (1823), de Adam Mickiewicz. Era éste un autor al que admiraba sobremanera Apollo Korzeniowsky. El padre de Conrad era un poeta, un traductor y un patriota perseguido por un zarismo decidido a aplastar la aspiración de los polacos por ser independientes. Y la casta le llegó a una criatura que luego, por su cuenta y riesgo, por su tesón, integridad y talento, llegaría a la cumbre del mar con novelas como *Nostromo*, y al mismo corazón negro de la selva del Congo de la mano de Charlie Marlow.

Por si fuera poco Conrad tenía otro nombre de pila más y era Naleçz, por el escudo de armas al que su familia, de la pequeña nobleza polaca, tenía derecho. Pero todos esos reflejos de gloria se diluyeron entre tantas tragedias colectivas y tantas aristas de su carácter, como se refleja en su *Crónica personal*, un libro de un Conrad deseoso de no entrar en detalles. «¿Podría empezar con las palabras sacramentales “Yo nací en tal fecha, en tal lugar”? Lo remoto de la localidad habría quitado todo el interés».

He llegado, pues, a mi meta, que no era dar con el señor Kurtz, sino con la casa natal de Conrad, hoy la sencilla escuela de Terechowa.

Está cerrada por vacaciones, como nos informa el conserje que anda encima de unos obreros aplicados en barnizar el parqué y ajustando las ventanas. Las aulas sin niños, repintadas, frescas, con cuadros muy alegres y floridos en las paredes, hoy dan una idea bastante alejada de la realidad. Dentro de poco caerán las nieves, y cualquier árbol, aunque sea pintado, parecerá un Amazonas. Aunque lo que a uno le conmueve más es pensar que aquí nació un niño, con muchos problemas físicos además, que acabaría imponiéndose sobre su propia salud, sobre su orfandad, sobre la indecisión de su nacionalidad hasta su decantación británica, sobre las diversas lenguas que debió usar hasta emprender un camino de no retorno mediante el idioma inglés y su profesión de marino mercante en Gran Bretaña, que le llevó por los siete mares. Y fue un camino de gloria pues Conrad llegó a catarla en vida pese a tantas carencias y amarguras iniciales.

Sus padres debieron de temer por su vida, dado que hay dos partidas de nacimiento, una fechada en Berdychef, y otra en Zhitomir, la capital del distrito de esta parte de la antigua Volinia. Hay quienes creen que Conrad nació en la clínica que tenía el doctor Mihail Románski en Berdychef, y que fue bautizado en una parroquia de la ciudad. Si acaso se duda si el nacimiento tuvo lugar en verdad el 3 de diciembre o el 21 de noviembre. Luego apareció otra partida de nacimiento de Conrad fechada en Zhitomir, ya una gran ciudad de la Volinia, y quien ofició el bautismo habría sido un sacerdote también llamado Románski, por más señas un carmelita descalzo del convento de Berdychef. Se tomaron esas precauciones bautismales o sacramentales por si el niño tenía que afrontar un viaje a la ultratumba.

Pero la cuestión de fondo es que Conrad no nació realmente en Berdychef, sino en Terechowa. Aunque existen más hipótesis. Dmitrij Urnov, un periodista ruso, afirma en su libro que Conrad pudo haber venido al mundo en Iwánkowce (Ivankivci), un pueblo al sureste de Berdychef donde sus padres habrían encontrado acogida en la granja de los Zukowski. Eso si Apollo y su mujer Ewelina, embarazada de muchos meses, no se hubieran ido a vivir, siempre según Urnov, a la granja de Derebczyn, sita en la Podolia, región ucrania entonces bajo influjo de los polacos y bajo dominio de los rusos. El periodista Urnov llegó a publicar incluso un dibujo de la presunta casa de Conrad en el n.º 2 del año 1974 de la veterana revista geográfica rusa *Vokrug Sveta* (*Alrededor del mundo*), que sigue publicándose con sus altibajos desde que salió en San Petersburgo en 1861. Toda una anticipación del *National Geographic Magazine* de los Estados Unidos, que apareció treinta años después.

Cierto es que la familia de Conrad, siendo en origen *szlachta*, es decir, miembro de los *gentlemen* polacos de campo, pero arruinados,

sin tierras propias, debió de errar por una buena parte de esa zona oriental de Europa, siempre acosada por el zarismo a causa de las ideas que defendía Apollo, el rebelde padre de Conrad. Sin duda fueron varios los lugares por los que pasaron los Korzeniowsky antes del nacimiento de su único hijo, sin necesidad de compararlos con la Sagrada Familia. Al fin se mudaron a Terechowa (Terekhowa se escribe otras veces), el pueblo a 15 kilómetros de Berdychef, y lo hicieron por una razón de peso. Es donde vivía en esa época Teofila Biberstejn-Pilchowska, la madre de Ewelina (Ewa) Bobrowska, a su vez la madre encinta de Joseph Conrad.

Sólo la primera y azacanada historia personal de Conrad impresiona a los aficionados de ese autor. Pero son tantas sus huellas y sus libros, sus caminos y letras, que no extraña la formación de una especie de red internacional de admiradores. Todo un caso de adhesión conradiana fue el del carismático editor italiano Mursia, cuyos libros tuve la oportunidad de devorar cuando vivía en Italia. Ugo Mursia, nacido en Sicilia, fue el traductor al italiano de *Tifón* y sobre todo de *Cuore di tenebre* (*Heart of Darkness*, *El corazón de las tinieblas*), inclusive del más raro *Le Sorelle, romanzo incompleto*, un texto de apenas cinco mil palabras donde Conrad revela su nada secreta decisión de ser escritor por encima de otras consideraciones. Ugo Mursia fue uno de quienes fueron tocados por las flechas doradas de Conrad, en tiempos y países distintos, que eso no es sustancial, sino cepillar la introspección de los personajes conradianos con la propia garlopa, sacar virutas hasta suponerse que aflora una especie de perfección. Mursia se basó en un artículo de Urnov para sustentar su ponencia en la Conferencia Internacional sobre Conrad que se celebró en Canterbury en 1974. Y en otras reuniones internacionales, como la segunda Conferencia Internacional sobre Conrad celebrada en Pisa en 1983, hasta la que ha habido en 2004, se ha recordado a Mursia, el que fue el primer conradiano de Italia, y el editor en cinco volúmenes de las obras completas de Joseph Conrad en el idioma de ese país.

Mursia no ha sido el único en seguir las hipótesis de Urnov, tal como ha recopilado Norman Sherry en su edición de 1976 de *Joseph Conrad: A Commemoration*. Datos del mismo tenor espiga Zdzislaw Najder en *Joseph Conrad: a Life* (2007), pero todo eso suena a sacrilegio si se repite en Terechowa y ante la casa natal de Conrad. Hay quienes no ponen en duda que el sol sale todos los días.

A cincuenta metros de la escuela de Terechowa se abre, cuando lo hace, un pequeño museo que han dedicado a su paisano. Esperamos en la puerta a que aparezca Bedy Mihailov, el director de ese museo, a quien ya ha llamado por teléfono Stepanovich desde Berdychef. Y por fin aparece Bedy, un hombre a quien le destellan sus ojos claros y que despliega una sonrisa que delata pocos dientes pero forrados de oro.

Es la moda que he visto en Uzbekistán y otros países ex soviéticos de Asia Central, la riqueza se la lleva uno puesta a la tumba. Pero Mihailov no piensa de momento en eso sino en cómo sostener su pequeña institución. Cuando nos abre la puerta del edificio, indistinguible de una de las casas del pueblo, nos recibe un gran retrato de Conrad, aunque tampoco es menudo el de Lenin. Y es que el museo pudo inaugurarse, según cuenta Mihailov, porque durante la URSS se avinieron en Terechowa a reflejar también las conquistas soviéticas con algunas fotos y paneles. No obstante, está claro de lo que va este museo, del ídolo que Mihailov adora, y lo demás son argucias, cáscaras y espumas que se han ido quedando atrás. Superada la entrada un tanto paradójica, con Conrad y Lenin recibiéndote, los primeros tres cuadros de cierta importancia que se ven en la primera sala son ya plenamente conradianos. Representan a un Conrad de nueve años, a su madre Ewelina Bobrowska, y a su tío Tadeusz Bobrowski, su tutor cuando se quedó huérfano, primero de madre y luego de padre a los once años.

El caso es que tras un par de años de estancia en Terechowa, y dado que Apollo no era lo que se dice un granjero, siendo cada vez más honda su ruina económica, la familia volvió a peregrinar primero por Zhitomir, la capital del distrito, y luego por diversos lugares enclavados hoy tanto en Ucrania como en Polonia. En 1861 residiendo los Korzeniowsky en el número 47 de la calle Nowy Swiat de Varsovia, la policía zarista les obligó a marcharse de allí. El lugar marcado para su exilio fue nada menos que Vologda, y el clima de esa ciudad, a 500 kilómetros al norte de Moscú, hizo estragos en los pulmones del padre, la madre y el hijo Konradek. Luego se movieron a Chernihiv, en el nordeste de Ucrania, pero ya estaban muy afectados sobre todo la madre Ewelina, la cual, tras un permiso de tres meses para visitar a su familia en Nowochwastow, fallecía de tuberculosis en 1865. Joseph Conrad tenía siete años y a cargo se quedó su padre, traductor de Dickens, de Shakespeare, de Victor Hugo, pero poco ganaba con eso y menos teniéndose que buscar la vida siempre con la policía zarista en los talones. Aun así estuvieron en Lwiw (hoy Ucrania) y en un hospital de Topolnica (hoy Polonia). Ya en 1868 Conrad va a la escuela en Lemberg (Lviv en ucranio), y por fin el año siguiente llega a Cracovia (Polonia). Un año después allí fallecería Apollo, el romántico e irreductible padre de Conrad, el que le enseñó las primeras letras y amar la literatura. Apollo había puesto a su hijo un marchamo indeleble con el «Poema bautismal» que le dedicó al nacer: «Pequeño hijo mío, di a ti mismo / que no tienes tierra, ni amor / ni país, ni gente/mientras Polonia, la Madre, está en la tumba».

Joseph Conrad tenía once años en 1869 cuando muere su padre Apollo y se queda en la orfandad total. Gracias a su tío materno

Tadeusz no se precipitó por un barranco de miseria mayor que los que traducía su padre de las novelas de Dickens. Tadeusz se toma en serio su tutoría, y añade a eso su generosidad personal. Le recomienda a ciertas amistades que tiene en Marsella y Conrad, aunque apenas tiene diecisiete años, empieza la aventura de su vida fuera de Polonia y de Rusia. Se debe desgajar de sus raíces, pero saca partido a que el francés era su segunda lengua tras el polaco, y con el tiempo lo fue el inglés, idioma en el que llegó a ser maestro. En 1873 es cuando ve el mar por primera vez, y esa fecha habría que esculpirla en mármol, si no escribirla en las olas como en el poema de Shelley. El mar es desde luego el *fatum* de Conrad, mucho más que una manera de ganarse la vida.

Su tío Tadeusz se portó hasta el final como un padre con él. Viajaron juntos por ejemplo al balneario checo de Marienbad, y las 1 600 libras que al fallecer en 1894 le dejó como herencia (100 000 libras de hoy acaso), a Conrad le sirvieron para afrontar a sus treinta y siete años, ya colmados de viajes y pasiones marinas, el resto de su vida y una cierta sonrisa de la fortuna.

Mihailov no es que vaya a llorar, pero su incandescencia recordando los sinsabores de la familia de Conrad le ponen un velo en sus ojos claros. Supongo que por esa razón se pone las gafas de sol dentro del museo.

—Y también Tadeusz, el tío de Conrad, nació aquí, en Terechowa. Tadeusz era paisano nuestro, y hay datos de su nacimiento el 18 de marzo de 1829, así que no hay dudas.

Bedy Mihailov pasa enseguida a ser presa de la indignación cuando me refiere las estrecheces de su museo, la falta de ayudas, y que él lo tiene que hacer todo solo. Y, sin embargo, estudiosos de Conrad (la revista *Conradiana* de Estados Unidos, y publicaciones eminentes de Polonia como *Perspectiv* y tantas otras), no hacen más que ahondar en el autor y sus motivaciones, en sus novelas y personajes, como si fuesen excavaciones de los hititas. Como si nunca se acabara de llegar al fondo del pozo de Conrad. Ni a explorar todos los perfiles de caracteres humanos casi insondables como los de *Lord Jim* o los de *El copartícipe secreto*.

Mihailov no sabría decir si Conrad hizo contrabando de armas desde Francia a España a favor del pretendiente don Carlos. Tampoco podría asegurar que Conrad se enamorara de una mujer en zona carlista y que se batiera en duelo con un norteamericano llamado J. M. K. Blunt. ¿Intentó suicidarse Conrad en 1878 cuando tenía veintiún años? Mihailov no entra en los rebordes de una vida y obra, como la de Conrad, que considera una cumbre de la cultura de su país, Ucrania, y del mundo entero. Él hace todo lo que puede en su aldea, y no deja de leer a Conrad cada día, y parece recitar una letanía al decir los

nombres de los buques donde Conrad sirvió y luego mandó, desde el *Mont-Blanc* de Marsella, con el que a sus dieciocho años llegó a la Martinica, al *Skimmer of the Sea*, goleta con la que costeaba en Inglaterra, y el *Duke of Sutherland*, el clíper con el que teniendo veintiún años dobló el Cabo de Buena Esperanza y llegó por vez primera a Sydney, y el *Loch Etive*, *Palestine*, *Otago*, *Torrens*… sin olvidar por supuesto el *Roi des belges*, el vapor que pilotó en el río Congo en su viaje de 1890, y que lejos de ser ficticio puso en marcha su viaje a *El corazón de las tinieblas*. Pero es que Mihailov lo mismo canta barcos como tierras recorridas por Conrad en la Sonda, y Borneo, y Australia… Y si algo lleva en el corazón es Costaguana, el escenario de la libertad y el pudrimiento que rezuma *Nostromo*, una república que en cierto modo geográfico e imaginario coincide con algún lugar de Venezuela visitado por Conrad.

Bedy Mihailov lamenta, y me parece sincero al decirlo, que no haya en su museo ninguna traducción al español de obras de Conrad. Eso me mueve a mandarle un día una de sus novelas. Veo también al firmar en su libro de visitas que nadie de España se ha acercado por aquí. Mihailov habla que acaso haya venido un mexicano, pero no está seguro. Él lo que cree es que Conrad es tan beneficioso para su aldea como la lluvia. Y la lluvia hace crecer el pasto, un tema que Mihailov también domina estando orgulloso de poseer la mejor vaca lechera del pueblo. Rascando un poco en Terechowa no hay más que maíz y viejos porque los jóvenes se van a Berdychef, a Kiev, a donde puedan emigrar.

—Esto es un desastre, deberíamos tener en el Gobierno a la reina Isabel de Inglaterra.

Tal vez a Mihailov la pasión por Conrad, su paisano, le haya nublado un tanto el entendimiento, pero hay ilusiones que no sólo no hacen daño sino que adornan la vida con el descanso que da algo pequeño, interno, propio, casi familiar, algo tan necesario a veces como el agua fresca. Mihailov fue director durante muchos años de la escuela de Terechowa y comparte punto por punto los argumentos de su colega Stepanovich sobre el nacimiento de Conrad en este lugar. Sabe perfectamente que periodistas rusos y profesores polacos tratan de llevar la gloria a otro lado. Mihailov esgrime a su favor que este museo, inaugurado en 1987, y, por tanto, en época soviética, pese algunas pequeñas concesiones a ese período y sus logros, ya se volcaba entonces en enaltecer la obra y figura de su paisano Joseph Conrad, de modo que ya habría llegado la hora de dar al César lo que es del César.

Otra cosa es la falta de datos fehacientes y conclusivos sobre la niñez de Conrad. En *Crónica personal. Remembranzas*, el libro de Conrad más autobiográfico sin acabar nunca de serlo, el autor no se

arroja al pantano de los recuerdos infantiles, de los que lógicamente no le quedaba huella alguna. Tampoco describe su infancia tras su breve estancia familiar en Terechowa. Conrad no quiere excavar ahí, ni inventárselo, aunque no exista otro testigo de sus asertos más que su palabra. Va por otro lado de la memoria, el lado en el que un escritor de viajes, pero de viajes profundos como Cees Nooteboom, ha dejado definido así: «La memoria es como un perro que se acuesta donde quiere».

Ese perro es el que su abuelo se comió en Lituania. Conrad lo que quiere es lo que manifiesta una y otra vez en sus novelas y principales personajes. Algún tipo de verdad. No es el moralismo de estirpe a lo Marco Aurelio y sus sensatas, augustas e impecables reflexiones. Conrad se siente un artista, es lo que es, y no engaña ni debe engañar en ese punto. «Puedo prometer la verdad de una índole más modesta, y la sinceridad también, esa sinceridad absoluta y digna de todo elogio que así como nos entrega a manos de nuestros enemigos, es harto probable que nos granjee la discordia de los amigos».

No nos hemos ido y Mihailov lo lamenta, hay que volver sin haberse ido. Margaret me traduce esas cortesías como si fuesen un puré de manzana que conforta los días de invierno. Respecto a ver algo más de Terechowa hay cuatro caballos a la sombra de las tapias. Las vacas están en los prados y el maíz engorda solo. Tal vez los pájaros que escucho sean currucas mosquiteras, acaso sean currucas capirotadas, y cuando le digo a Mihailov que las hay en España (son chimbos que dirían en el País Vasco), sonríe, eso ha aprendido de Conrad, que el mundo es un pañuelo de lágrimas con algunas pequeñas satisfacciones. Ya escribió Conrad que la belleza del paso de la Furca, que tuvo el privilegio de conseguir como navegante, «… terminó por estropearme del todo, y de haber sido motejado de "Don Quijote incorregible"».

Ahí es nada ser acusado como Conrad de falta de patriotismo, de escritor impostado en inglés, de carecer de corazón. ¿Él, que cuando usa la palabra gutapercha hace soñar? Desde luego una palabra como gutapercha, tan conradiana, ya nadie la maneja, pero uno aún la oyó en los años cincuenta y se le ha quedado grabada. Luego el lector pega un brinco cuando Conrad habla del *guttah* en *La locura de Almayer*, la novela con la que se estrenó en el mundo de las ficciones publicadas: «Aquella mañana desayunó con nosotros en silencio». Almayer guardaba sus cargas de *guttah*, el látex de los caucheros de Malasia, en un pozo de un par de metros de profundidad. Ah, la gutapercha, pero aún es mejor lo que luego Conrad le clava a su querido y gran primer protagonista: «Tanto el remordimiento como la gratitud parecían ajenos al carácter de Almayer».

Y tantas otras cosas, por supuesto, porque el mundo de Conrad es

ancho y profundo, y nada ajeno, ni enajenado, aunque algún tipo de esa última clase salga en sus navíos o en sus selvas. En fin, es hora de ir volviendo a Berdychef. Margaret me confiesa que leerá en cuanto pueda a Conrad. Y en otra medida a su paisano, de ascendencia hebrea, Vasili Semionóvich Grossman, que le tienta por una mayor cercanía temporal. Grossman podía escribir: «La vida del cementerio es inseparable de la vida del país, de la nación y del Estado». Y luego todo lo demás. Fue otro gran escritor de esta tierra, al margen de sus raíces. Su padre era *bundista*, un judío de la federación socialdemócrata. Una organización que pretendía unir a los judíos del Imperio ruso pero lejos del sionismo y sus postulados. Esa gente fue arrasada por la velocidad de la historia. Por otro lado, los nazis mataron a la madre de Grossman, una entre las 30 000 víctimas judías de la ciudad.

Sin embargo, Grossman, que empezó como reportero, se atrevió a contar la realidad de la batalla de Stalingrado para *Krásnaya Zvezdá* (*Estrella Roja*). Luego fue más lejos y se puso a destripar en *Vida y destino* (publicada póstuma en 1980) las interioridades del estalinismo, y de una manera tan vigorosa y tolstoiana que se habló de una nueva *Guerra y paz*. A Margaret le gusta leer además de viajar, aunque sea por Ucrania y por motivos más o menos religiosos. Ella se declara ortodoxa, de familia, aunque no tiene por qué ser devota, ni nada parecido. Una vez sí que fue a Pochaev, un monasterio ucranio en el distrito de Kremenets, donde se dice que hay huellas de la Virgen María, y reliquias de Job, y el cuerpo incorrupto de un santo como Amphilochius.

El tal Amphilochius suena a ser antiquísimo, pero murió en 1971, curaba y sobre todo ajustaba los huesos, y al final consiguió ser un *schemanum*, o monje del gran esquema, el nivel más alto de la espiritualidad monacal (los otros dos grados son el de *rasafóro*, o portador de sayo, y *stravróforo*, o portador de cruz). Le digo a Margaret que en España tampoco vamos mal de cuerpos incorruptos, pero debe de creer que exagero. En Pochaev los peregrinos se toman muy en serio el llevar al santo incorrupto ofrendas de trigo, vino y aceite de oliva. Es tanto como decir que los antiguos dioses de la cosecha del Mediterráneo se asoman también en estas llanuras del Este. Pero aún hay algo más importante en Pochaev y es la fuente y la poza de Santa Ana.

—Yo me metí dentro, desde luego, a eso iba —me cuenta Margaret —. El agua estaba helada, helada. Pero prometí hacerlo y lo cumplí.

No puedo por menos de preguntarle si para hacer eso hay que desnudarse, después de todo uno ha vivido tiempo en los países nórdicos donde son capaces de meterse hasta en un agujero de hielo, tras la sauna naturalmente.

—En Pochaev las mujeres nos ponemos ropa, una especie de camisón, y hay que sumergirse tres veces para que funcione.

Luego me enteraría de que la temperatura constante a lo largo del año en la poza de Santa Ana es de seis grados, lo que te puede cortar la respiración y la vida si te entretienes. Pero para algo es milagrosa esa agua y el templo adyacente ha sobrevivido a las destrucciones periódicas de Ucrania, empezando por la de los tártaros. Ahí se apareció el icono de Santa Ana y la gente lo tiene por portentoso y le pide lo que cree menester. Luego los fieles se llevan botellas llenas de agua casi helada para que no les falte combustible sobrenatural en su hogar. Lo cual me recuerda, y así se lo comento a Margaret, que parece sorprenderse por ello, lo que hacen los romeros quechuas del Cuzco. Tras subir al glaciar de Colloriti, a cinco mil metros de altitud, luego bajan cargando carámbanos, bloques, barras de hielo y cuando eso se disuelva lo llevarán a sus casas en botellas y garrafas. Creen que así aseguran su salud hasta el próximo año.

Margaret me confiesa que tras estudiar la carrera de Económicas en Zhitomir le gustaría encontrar un trabajo más permanente que el de las sustituciones que hace en el hotel. En cualquier caso tiene poco tiempo para leer, y eso será un problema para ella con Conrad, al que ve oceánico en páginas y densidades. Me atrevo a recomendarle un relato muy pequeño en extensión y muy profundo en alcance como *El copartícipe secreto* (*The secret sharer*), que fue publicado en dos entregas en *Harper's Magazine* en 1910.

—Es como un reportaje de una revista —le digo a Margaret—. No se tarda nada en leerlo.

—¿Y de qué trata?

No me voy a librar tan fácilmente de la precisión inquisitiva de Margaret. Trato de condensar en pocas palabras ese episodio de una costa que quién sabe dónde podría estar. Por sus trampas de pesca hechas con bambú uno diría que es Malasia; y por un mar azul, que parecía de plomo tal como se mostraba de calmo y casi estancado, desde luego tenía que ser un país tropical del sureste de Asia. Pero pensándolo mejor, si allí cerca desembocaba el río Meinam, y había una pagoda en un sitio llamado Paknam, eso está dentro del golfo de Siam, y no hay que darle más vueltas.

—¿De qué dices que trata?, insiste Margaret.

—Bueno, de un marino que está con su barco atracado en un pequeño puerto, y entonces pasa algo tan raro como que aparece otro barco allí, entre las islas, un misterioso carguero de carbón.

—¿Pero de qué va el relato, cuál es el misterio?

Los quince kilómetros hasta Berdychef pasaron en un santiamén y yo no había acabado de contar *El copartícipe secreto*, tal vez porque nunca se acaba de hacerlo. Me detengo en una frase de Conrad y con

ella me quedo hasta que puedo oler, extrayéndolo de mis recuerdos, el salitre del golfo de Siam y de tantos otros lugares conradianos.

—Dime al menos cómo acaba el relato de Conrad —me insta Margaret mientras tomamos ya un expreso de postre.

—Bueno, Margaret, es la historia de un capitán y de su otro yo.

Y le sigo contando que su otro yo se llamaba «algo así como Archbold», pero en realidad era de Conway, el mismo pueblo del capitán de barco, y tenía su misma estatura y facciones.

—Todo eso me parece muy inquietante, pero se nos va el tiempo y tenemos que pasar a Balzac.

En el exterior del centro comercial de Berdychef, el mayor con sus tres pisos, han puesto un enorme busto de Balzac en piedra rojiza, muy en plan de general, o de héroe, cosa que le habría hecho sonreír al autor de *La comedia humana*. Pero ahí está Balzac, siquiera figuradamente, viendo pasar la alegre juventud ucrania, camino a la sala de juegos, o a un supermercado donde la ilusión capitalista se fragmenta en toda clase de envases y envoltorios, aunque cada precio sea un auténtico mordisco al nivel de vida que aún hay en la Ucrania periférica. Necesidad disimulada, y corrupción en las alturas. Los sueldos tampoco es que cundan en Kiev, pero la economía se resquebraja en un lugar de provincias como Berdychef, sin industrias salvo una fábrica anticuada de zapatos, y sin muchas perspectivas de un rápido desarrollo. El país anda hecho polvo y Berdychef no es la excepción. Me acuerdo de lo que decía Balzac sobre las calles y casas de Berdychef, que estaban tan torcidas que parecían bailar la polca.

—¿Qué te parece eso de las calles que decía Balzac, Margaret?

—Pues ya las ves, más anchas y rectas no pueden ser. Aquí cuando en la URSS se hacía todo a lo grande.

Margaret me ha prometido llevarme a la iglesia donde se casó Balzac. Me parece una magnífica idea, después de todo uno coincide con Conrad también en lo de que era un gran aficionado a las maneras de narrar del escritor francés. Sobre *La comedia humana* Conrad publicó incluso un breve ensayo en 1905 donde reconoce en Balzac la «cómica y asombrosa verdad de la rapacidad humana». Un estudioso de Conrad como J. H. Stape ha recordado que en *El espejo del mar* (1906) salen personajes, unos jóvenes marselleses, marineros borrachos de sol y audacia, que son típicamente balzaquianos. Lo cierto es que Balzac cubrió todos los palos literarios, una inmensidad de trabajo a base de novelas, obras filosóficas, obras esotéricas, incluso inclasificables como *Viaje de un león de África a París*. Y amplios estudios de costumbres y de vida pública y privada de los animales, como el título *Peines de coeur d'une chatte anglaise* (1844-45). Y libros de viajes como *Voyage de Paris à Java* (1832), y a veces descriptivos de sitios sin pisarlos como *La Chine et les chinois* (1842).

A estas horas de la tarde está cerrada la iglesia de Santa Bárbara, donde se casó Balzac con la condesa polaca Ewelina Hánska. En el muro exterior de la iglesia una placa recuerda sus nupcias el 14 de mayo de 1850 (siete años antes de que naciera Conrad en Terechowa). Fue una decisión meditada, pues Balzac había conocido a Ewelina en 1833, en el lago suizo de Neuchâtel, con lo que llevaba diecisiete años de relaciones con la noble polaca. Pero Ewelina le instó a casarse de una vez eligiendo a Berdychef como lugar de la ceremonia. El asunto era no dar mucho bombo a su unión, por eso se escogió una hora prudente, las siete de la mañana, para evitar el gentío. Luego vienen las leyendas, las que a veces anudan los cabos sueltos de la memoria. En este punto suele salir a colación la historia del sastre de Berdychef que a la salida de la boda preguntó a Balzac dónde le habían hecho el traje que llevaba. Balzac le respondió que en París y le apuntó la distancia a la que quedaba de Berdychef. A lo que el sastre le repuso: «Pues no cosen del todo mal en París».

No les casó el obispo de Zhitomir, aunque hubiera sido lo suyo en semejante boda, pero al menos el abad Czarouski, que era conde antes de meterse en religión, dio lustre a unos desposorios que por otro lado estaban cantados desde hacía más de tres lustros. Ewelina Hánska y Balzac ni siquiera se pararon un tiempo en Berdychef ni celebraron un banquete de bodas. Subieron a su carroza y enfilaron el camino a la finca de la condesa en Wierzchownia, donde tenía un castillo propio, y serían las diez y media de la noche, de su noche de bodas, cuando llegaron allí. No contaban con una luna de miel especial, si acaso lo que querían era quitarse el polvo del camino. Tras la muerte del marido de Hánska en 1842, Balzac había vivido largas temporadas en ese castillo, y casi todo un año entre 1847 y 1848. Balzac era un novio de 51 años, mucho en aquel tiempo y aún más con lo cascado que estaba. Entre sus varias enfermedades sobresalían los ataques de gota. Ewelina, una mujer noble, rica, severa, culta, era la viuda del conde polaco Hánski de quien tomó el apellido. Balzac, por su parte, no había escatimado en su vida conquistas y galanteos, empezando por su fastuoso enamoramiento de *madame* Laure de Berny, la Dilecta como él la llamaba, una mujer veinte años mayor que él y que podía ser su madre. Honoré fue acumulando experiencias, sin duda, y así pudo escribir también su obra inmortal, *La fisiología del matrimonio* (1829), que despliega con ingenio todo un abanico en torno a la felicidad y la infelicidad conyugal. Para algunos expertos ese libro fue el cimiento de su posterior *Comedia humana*. De ahí también la importancia de tener éxito en las relaciones matrimoniales. Balzac parecía saberlo todo de antemano, hasta lo que ocurre en el viaje de novios. «Ya en la luna de miel el marido se pone a la defensiva cuando la esposa amenaza su felicidad conyugal». Otra apreciación suya en cierto modo

premonitoria fue: «En cualquier cosa no se recibe más que en razón de lo que se da». Y volvió a ser muy preciso al decir: «El matrimonio debe combatir incesantemente un monstruo que devora todo, la rutina».

Pero Balzac tuvo por la condesa polaca auténtica devoción y la prueba son las 4 044 cartas que le escribió. Su matrimonio, empero, no le evitó un empeoramiento repentino de su salud. Cuatro meses después de su boda en Berdychef, gota y gangrena se juntaron en Balzac, y éste moría en París el 18 de agosto de 1850. Supongo que a estas alturas es vano que alguien se ponga a echar culpas, como si fuese un personaje conradiano de *El copartícipe secreto*. Sin embargo, hubo un autor francés, Octave Mirbeau, que redactó un libro, *La mort de Balzac*, muy polémico y escandaloso sobre los últimos meses del escritor mientras éste yacía enfermo en su casa. Al parecer Ewelina Hánska tenía relaciones en ese tiempo con el pintor parisino Jean Gigoux. Eso fue la comidilla en la capital y se escribió con más o menos malevolencia ese tipo de historias en línea con el vulgar pensamiento de que el que no se consuela (o la que no lo hace) es porque todavía no ha encontrado el modo. Conrad decía esas y otras cosas con su propio estilo: «Pero me amparé en una razonable reflexión: esa nave no difería de otras, esos hombres no diferían de otros, y difícilmente el mar me reservará sorpresas especiales expresamente urdidas para mi desconcierto».

Margaret dice que en Berdychef no va a encontrar fácilmente *El copartícipe secreto*, quizás en Internet.

—¿Por qué ese libro es tan importante para ti? —me pregunta.

—Me llamo Leggatt —le respondo, ya que tenemos confianza.

—¿Cómo dices?

Leggatt era el nombre del hombre del barco misterioso, el *Sephora*, un nadador no muy bueno, pero asombroso en otro sentido, se quedó en el mar, aguardando a remojo, desde el día a la noche. Todo era algo extraño en él; su estatura, ropas, expresiones, eran clavadas a las del capitán narrador, el yo protagonista. «Era como si, en la noche, hubiese enfrentado mi propia imagen en las honduras de un espejo inmenso y sombrío».

¿Era su doble y encima nacido en Comway? Margaret me dice que no me preocupe, que transmitirá mis saludos a Anastasia, la recepcionista del *Déjà vu* que nos puso en contacto. Y que vuelva cuando quiera a Berdychef. «—Mejor que venga a mi camarote —sugerí, moviéndome con cautela. Mi doble me siguió: nuestros pies descalzos no hicieron el menor ruido.»

5: Las Cavernas de Kiev y la Poltava de Gogol

Después de los días pasados en Berdychef volver a Kiev se me hacía cuesta arriba. No tengo nada en su contra, al contrario, Kiev ha sido siempre una ciudad culta y combativa, y con las nieves del año pasado emblema de una revolución sangrienta. Y siempre villa ancha y generosa como el Dniéper, su río azulado, y sus orillas sembradas de viejos barrios e iglesias. Me gusta especialmente San Andrés, un gran templo ortodoxo obra de Rutelli, con su mercadillo aledaño tan animado los domingos, sobre todo por los pintores que exponen sus cuadros en las aceras. No me extraña que la cuesta de San Andrés sirva de inspiración a cineastas y gentes de televisión.

El asunto es que hay que ir a Kiev cuando no estalla, o procurarlo al menos, que no es cosa fácil. El gran periodista y narrador sevillano, Manuel Chaves Nogales, en *El maestro Juan Martínez que estaba allí* dedica varios capítulos a Kiev cercada por el hambre más atroz, y por los asaltos periódicos de rojos y blancos, de nacionalistas y bolcheviques. «La guerra civil daba un mismo tono a los dos ejércitos en lucha y al final unos y otros eran igualmente ladrones y asesinos; los rojos asesinaban y robaban a los burgueses, y los blancos asesinaban a los obreros y robaban a los judíos». Un descuajeringamiento criminal que se dilató años y que le partió por el eje a Juan Martínez, un flamenco de Burgos, que erraba, bailaba, hambreaba y sobre todo sobrevivía con su mujer Sole, por la Rusia donde le había sorprendido la Revolución de Octubre.

Kiev siempre ha sido un termómetro con tendencia a romperse por hielo o fuego. No sólo sufrieron la guerra civil sino una ocupación nazi que se puso la espantosa medalla de Babi Yar, unas fosas tan comunes que ni aún se sabe los judíos que acabaron allí. Por si fuera poco, en la antaño próspera Kiev, capital de un país rico y agrícola como pocos, sufrieron tras la guerra el Holodomor, la política del hambre obligatoria impuesta por Stalin. Y el desgarro continúa por varias vías en el país entre los partidarios de la Unión Europea y los de Rusia, entre los que llaman Euromaidan al Maidan, su gran plaza antaño roja, y entre los devotos de la estirpe soviética, éstos últimos con alguna añadidura de los fieles de la Iglesia autocéfala de Kiev, que son los ortodoxos que siguen la jerarquía de Moscú. Kiev es así una especie de lupa que aumenta las dos almas de Ucrania, almas y cuerpos que siempre van juntos, por supuesto. Y este y oeste del río Dniéper son dos mundos culturales. En los últimos tiempos la contradicción estalla, parece ganar la gente que apoya a la ex

presidenta excarcelada, la europeísta Yulia Timoshenko, mientras el presidente pro-ruso Víktor Yanukóvich se acoge al manto ruso. En suma, la Kiev que vi en el verano de 2013 ya disimulaba una fiebre alta, y en ella se hacía cierto plenamente aquello que decía Michel Foucault: «En realidad hay dos tipos de utopías: las utopías proletarias socialistas que gozan de la propiedad de no realizarse nunca, y las utopías capitalistas que, desgraciadamente, tienden a realizarse con mucha frecuencia».

Sin embargo, cuando no están a palos los ucranios, sus dos almas hemos dicho, su ser del Este o del Oeste, en Kiev parecen haber ganado esas segundas utopías de Foucault, por llamar así a bares, comercios y ambiciones, que giran a gran velocidad en la ruleta occidental. Mientras los nostálgicos, en el lado opuesto, quieren parar eso y cuanto huela a burgués. Claro que eso era ya difícil de determinar incluso en 1917. Juan Martínez, acusado de ser «un cochino burgués», se libró de recibir un tiro enseñando sus manos. «Eran los callos que a todos los bailarines flamencos nos salen en las manos de tocar las castañuelas. Ellos me salvaron».

Como en el relato de Conrad, siempre puede haber un doble insospechado, y el doble de Kiev es el de sus viejas utopías, ya no tanto las comunistas como las que se derivan de su viejo carácter oriental. En ese punto aún tiene mucha pujanza la religión ortodoxa en general, aparte de sus tendencias más proclives a lo moscovita que otra cosa. La ortodoxia es un claro dominio, un nuevo poder en el Este, ya no sólo entre bastidores, y una evidencia desde el punto de vista simbólico. Por más que me hubieran dicho hasta la saciedad que Pecherski Lavra, el monasterio de las Cuevas, es uno de los conjuntos monumentales más importantes del Este de Europa, como si fuese un Vaticano de los ortodoxos, no acababa de imaginármelo. Tal vez esperaba encontrarme, dada la incomprensión que da la ignorancia, con otra iglesia grande o con varias iglesias juntas con sus iconostasios, sus oros y demás. Pero naturalmente todo eso fue hasta el domingo en que por fin fui a Pecherski Lavra.

El monasterio no quedaba muy lejos de mi hotel Dnipro, ubicado en la calle Khreshchatyk, la vena aorta del centro de Kiev, pero como pensaba coger el autobús consideré prudente llevar un librito que me estaba acompañando desde mi viaje a Berdychev. Por su tamaño me cabía en el bolsillo de mi pantalón veraniego y aún había sitio para la cartera. Me refiero, como se puede suponer, a *El copartícipe secreto*, que no sé si Margaret ya lo habrá conseguido, pero pienso que la dejé lo suficientemente intrigada para intentarlo, y eso siendo ella de Económicas. Después de todo, hasta los físicos no tienen respuestas a las grandes preguntas. ¿Por qué hay algo en el universo en vez de nada? ¿Por qué me espoleaba tanto esa obra de Conrad? «Poco antes

de la cena, más inquieto que nunca, volví por un instante junto a mi otro yo. Su calma era asombrosa, antinatural, inhumana». Y tanto. Está claro que cuando visito en solitario un país, y eso me sucede a menudo, hay muchos momentos en que la falta de compañía, el no entender el idioma circundante, que hace como una campana de vacío a tu alrededor, aparte de lo esporádico que puede ser un guía samaritano o una guía salvadora, te llevan a aumentar tu percepción hacia dentro, o hacia la lectura. «Constantemente me observaba a mí mismo: mi yo secreto (yo mismo) dependía de mis actos tanto como mi propia personalidad (que dormía en esa cama al sentarme a la cabecera de la mesa). Se asemejaba a la locura, aunque era peor, pues uno se daba cuenta de todo».

Eso escribía Conrad y tan sumergido estaba en sus ondas que me equivoqué de parada y de cambio de autobús. Pero, en fin, no creo que llegó a una hora lo que tardé en llegar a la calle de los templos donde se incrusta Pecherski Lavra, y todo su despliegue de quioscos y de puestos de recuerdos. Por doquier se ven gentes ucranias del campo, y de otras ciudades, y aun de otros países, porque esto atrae a los ortodoxos de Europa del Este como lo pueda hacer San Pedro de Roma, o incluso la sucesión de templos de Kioto, o de Haridwar y de tantos sitios. Las religiones varían pero el monasterio de las Cuevas es algo que impresiona tanto al moderno peregrino como al antiguo *strannik*, el típico romero de las Rusias que iba caminando en busca de santuarios con un zurrón casi siempre vacío.

El libro *El peregrino ruso*, que data de 1864, refleja la sociedad rusa tras el impacto de la guerra de Crimea, y cuando aún la esclavitud era en muchas partes de Rusia un hecho crudo y normal, sin disimulos de vasallaje ni de almas muertas. El terreno volvía a estar abonado para la ascética caminante y para la vuelta masiva a la vida monástica, la que había comenzado en Rusia en concomitancia con la evangelización o conversión del país hacia el año 989. Y su epicentro fue precisamente Kiev, y dentro de la ciudad, lo que ahora visito, el monasterio de las Cuevas, que también se ha traducido como convento de las Cavernas. San Antonio, fallecido tal vez en el 1073, tras su estancia en el monte Athos llevó a Ucrania, como decir a la Rusia de entonces, el modelo monástico griego. Su trabajo no cayó en un erial recogiéndolo y ampliándolo el abad Teodosio. Augusto Guerra, en su prólogo de la edición en español de *El peregrino ruso* (1976), recuerda la importancia que dio Teodosio a la vida conventual en el convento de las Cavernas: «La organiza conforme a los reglamentos de los *Studitas* de Constantinopla, y servirá de pauta a todos los claustros eslavos. Parece que las relaciones entre los territorios ucranios y Constantinopla eran frecuentes».

La calima de hoy no es el humo del opio de antaño. Mi impresión es

que todo se ha mixturado en este planeta, lo religioso y lo antireligioso, ir a ver templos o ir de excursión. Las diferencias son tenues, como la caza sutil que practicaba Jünger de escarabajos y mariposas. Veo una masa de fieles que se santiguan nada más llegar al arco de la entrada del complejo, inclinan un poco la cabeza y parecen deseosos de acceder a otra dimensión, ciertamente atacada por el ruido, por el calor bochornoso de los primeros días del verano de Kiev, por el ansia de combinar turismo y fe y sacar partido de ambas cosas. El caso es que hay una tensión especial en el aire, si bien nadie roce ni de lejos el hesicasmo, ese modo de oración continua de la ortodoxia, que puede ser de clase espiritual, el de la escuela sinaítica de los siglos VI-VII, o el hesicasmo filosófico-teológico de Gregogio Palamas del siglo XIII. La paradoja del hesicasmo es que habría que traducirlo por paz, quietud, calma, tranquilidad. Y contemplación y ascesis. De vez en cuando pasa un pope con prisa porque hoy es día de recados y de vigilancia extra en las Cavernas. Mientras los mercaderes se agrupan en una calle del complejo con sus puestos entoldados intentado colocar iconos, medallas, cruces, huevos pintados… nada falta en el ramo de llevarse algo a casa de la santa madre conventual de Kiev.

La oración no siempre ha de ser egoísta, dice el *strannik*, al contrario, la mejor es orar de forma desprendida, y cuidar las técnicas de respiración y repetición, y comer poco, pero eso estaba cantado para el peregrino por los caminos rusos en invierno. Empiezo a ver aquí y allá cúpulas de oro que resplandecen en un cielo esmaltado de color cobalto, y me parece que cobra sentido el concepto de *filocalia*, el amor por lo bello, que se suele sumar en el peregrino ruso con el amor por lo bueno. Así que sólo faltaría lo justo para salir de la caverna ilusoria de Platón y subir con él a su paraíso en tierra, ése que se pisotea cada dos por tres. Sin embargo, el *strannik* también quería unir en un ideal lo bueno, lo justo y lo bello, algo más que un *beau geste*. Después de todo, el *strannik* fue el equivalente del *sanyasin* hindú, del derviche, del sufí andariego… Claro que se necesita una cierta técnica, hacer como los Santos Padres ortodoxos, como recomendaba el monje Nicéforo, y concretamente como un *staretz*, el abad de un monasterio, que enseñaba así a rezar a un peregrino: «En pie o sentado, caminando o acostado, repite constantemente: "Jesús mío, ten misericordia de mí". Repítelo suavemente, sin esfuerzo, pero que sean exactamente tres mil veces. Sin aumentar o disminuir el número voluntariamente».

Yo voy entre tres mil peregrinos ahora, o más, dentro de un río que toma el camino descendente hacia los templos que están en la hondonada del convento de las Cavernas. Cierto es que hay aquí santuarios más altos y lejanos, y algunas cúpulas del conjunto parecen elevarse a kilómetros, pero el mayor objetivo sigue consistiendo en

visitar las cuevas. Así voy confundido con la gente y conmigo mismo un domingo radiante de Kiev. ¿Dónde estará ahora Archbold, mi copartícipe secreto? El capitán verdadero ya le ha dado tres soberanos de oro, los ha metido en un pañuelo, y espera el mejor momento para que su doble salga de su barco sin ser notado. Luego fueron al pañol y allí al capitán verdadero le entró algo de lástima por el capitán que iba a huir, vestido apenas con un pijama, sin zapatos, sin comida. «Me vi, con la cabeza y los pies desnudos, errante bajo el sol que atormentaba mi nuca. Me quité la gorra y, apresuradamente, en medio de las tinieblas, se la calcé a mi otro yo».

Yo llevo mi gorro de tela de color arena, uno que compré hace años en Johanesburgo, y gafas de sol, y la cámara lista para disparar por si hay un barba blanca que destaque entre la multitud de pañuelos de las mujeres, todos de colores fantasiosos, y todas las faldas hasta las rodillas como poco. Van así las mujeres entre alegres y recatadas, si bien sus atuendos de aquí distan bastante de lo que se estila en la vida normal de Ucrania. La pañoleta uniforma hoy desde niñas a viejas. La estudiante, la doctora, la ingeniera, dejó de ser atea si es que viene aquí a rezar. A lo mejor les horroriza luego ver a las musulmanas con unos velos un pelín más largos que los suyos, pero no ven el suyo. La viga y la paja. O el velo español que, hasta bien entrado el franquismo, era de rigor en las mujeres españolas en las iglesias.

Pero aquí nos encontramos en el cogollo de la tradición ortodoxa y rusa, conceptos que se unen como el haz y el envés de una hoja de abedul. Hay que salvar el escollo de comprensión histórica y así se entiende mejor que los antiguos ucranios, algunos al menos, fueron protorusos, o rus. Y eso por más que ahora, por razones sociopolíticas, una buena parte del país quiera diferenciarse apelando a lo ucranio como timbre de europeo o de occidental. Otra cosa es la nostalgia de la URSS que para no pocos ucranios también es sincera.

Vamos bajando por la calle empedrada hasta una cruz negra donde se bifurcan los caminos a las iglesias principales, y de nuevo muchos hacen un alto y lanzan una oración. En cualquier capilla ponen una vela que vale dos grivnas, dos céntimos de euro, una cantidad que todo el mundo se puede permitir aunque sea quitándose un cacho de pan de la boca. Y así vamos lentamente y empiezo a tener ganas ya de entrar en las catacumbas. La palabra catacumba me retrotrae a mis años de corresponsal en Roma, cuando visité más de una que no está abierta al público gracias a un experto de la Comisión de Arqueología Sacra del Vaticano. Un día me abrió una que había bajo una alcantarilla en el barrio Appio-Latino, en una parte totalmente moderna y vecinal de Roma, con casas de cinco y más pisos, y por allí bajamos con la cámara de televisión. Pude contemplar en persona y en directo a finales de los años sesenta una tumba subterránea, con

pinturas de la vida de Eliseo, y otras maravillas como las que imaginó Fellini en su película *Roma* de 1972. En esa época las obras del metro de Roma encontraban cada dos por tres hipogeos y frescos llenos de policromía. ¿Habrá algo de eso en Pecherski Lavra?

Lo que de momento voy viendo es una ciudad dentro de la ciudad, el Vedado Kievo-Pecherski lo llamaban en tiempos comunistas, no dejando de recordar que estos monumentos arquitectónicos de los siglos XI-XII y XVII-XVIII eran valiosos, pero dentro de su significado sociopolítico deplorable. Y digno de una buena crítica, como la que se merecían las obras de un capitalismo insensible y opíparo. «En 1917, la reserva de oro que el monasterio tenía depositado en los bancos del Imperio ruso, se evaluaba en tres millones de rublos». Eso decían en la República Socialista Soviética de Ucrania. Pero hubo una corrección y los tesoros históricos y artísticos de esa *lavra*, o laura, que es como llaman los griegos ortodoxos a un monasterio o eremitorio, «fueron proclamados patrimonio del pueblo, y por decreto de 1919, transferidos al Comisariado del Pueblo de Instrucción».

Este es un Vedado (pero vedado acaso a los capitalistas, pues se abrió como museo al pueblo), o una ciudad aparte, o un Vaticano si se prefiere, pero aún hoy entraña algo profundamente ruso desde el punto de vista cultural. Tan lejos del Anillo de Oro, que luce al nordeste de Moscú, Pecherski Lavra es un lugar donde los ucranios tienen también a lo ruso como indiscutible. No es éste el momento ni el lugar para ucranios que se sientan pro-occidentales, y hasta un pelín austrohúngaros, como por ejemplo pasa en ciudades como Lwiw. En Pecherski Lavra suena a pura fantasía considerar a la Unión Europea su nuevo Grial. Si es por Griales los devotos ortodoxos de Pecherski Lavra tienen suficiente con el triunfo de lo oriental, y si lo ponemos en imágenes ortodoxas, con su versión de la Transfiguración. La pura gloria de la ortodoxia. Y por supuesto por encima de todo el Pantocrátor, la imagen más rotunda de victoria, de avenencia con el poder divino.

Es rusa la cultura y lengua que amamantaron la liturgia de los popes, cuando Rusia la grande se abría camino hacia el Mar Negro. No querían ni medias lunas ni enteras en su proceder al sur, ni cristianos occidentales, comedidos en sus boatos comparándolos con los orientales. Ucrania, después de todo, estaba en medio, entre el Mar Negro y la Rusia profunda, sin hablar de los Urales y allende. Su misión era casi sagrada, contener a los tártaros del este, a los teutones del norte (luego hasta los franceses), y a los turcos del sur. Fue la misión de los eslavos ucranios, de los rusos ucranios, los que suministraron cosacos en ingente cantidad y calidad. Cosacos reaccionarios, se dice, y no va descaminado ese cliché que se añade al de unos incansables jinetes y bebedores de vodka.

Alguien entretanto tiene la bondad de explicarme que hoy domingo, 23 de junio, no es un día cualquiera en Pecherski Lavra. Hoy es Troitsa (la Trinidad), como llaman los ortodoxos a Pentecostés. En cierto modo Pentecostés se junta este año con la entrada del verano. La plenitud acaba de empezar y es un domingo verde, porque en las casas ponen hierbas y en las iglesias forran con ramas el suelo mismo, incluso con algunas palmas aunque no es lo más frecuente. Hay quien coge una rama de árbol, aliso por ejemplo, para llevarla a casa como se hace en España el domingo de Ramos. Y al poco no quepo en la primera iglesia de Pecherski Lavra a la que me acerco, tan abarrotada está. Pero yo no había arrojado mi gorra al mar para luego ahogarme, y desaparecer, como el copartícipe secreto. Lo que yo recibí enseguida fue una rociada de hisopo monumental, una ducha que nos caía hasta en las últimas filas del templo. Todo sea por Pentecostés aunque aquí no sea sólo el día del Espíritu Santo sino también cuando salen a la calle los *skomoroks*, bufones, o payasos. Por la tarde vería junto a la gran estatua de la Madre Ucrania, en el centro, a un tipo vestido de protocosaco ucranio y arengando a los paseantes como si fuese un guerrero a punto de conquistar Kiev.

Pensé que ya era el momento de dejarme de rodeos y de afrontar la visita a las catacumbas cercanas, pues las hay también lejanas, aunque ambas conectadas por un pasadizo. Las catacumbas de San Antonio se componen de 73 tumbas y tres iglesias subterráneas. Las catacumbas de San Teodosio tienen 47 sepulcros y otras tres iglesias. Les une también una razón: el clima del subsuelo hacía incorruptibles a los cuerpos de los monjes muertos, y los monjes vivos aprovechaban de cara a los fieles el impacto del supuesto milagro.

Supuse que en Troitsa la gente estaría en la superficie, adorando a la Trinidad, volando con la paloma de Pentecostés, derrotando la torre de Babel del mundo con un nuevo don de lenguas. Supuse mal. Eran incontables quienes como yo se metían bajo tierra para ver las momias de los monjes cercanos y lejanos.

Las entrañas de la ciudad santa ucrania son un laberinto que por fortuna no tiene pérdida. Sólo que hay que entrar, caminar y seguir hasta el final. En sus largos pasilllos, de unos dos metros de altura, pero que a veces de ancho apenas dan para que una persona camine de frente, se produce una especie de peregrinación por el otro mundo, y lógicamente se parece al de ultratumba. Uno tiene que esperar a que quien le precede toque y bese devotamente el cristal del sarcófago de un monje santo. Dentro apenas se ve una mancha oscura, puede tratarse de un antiguo cuerpo humano, no lo niego. En todo caso no queda mucho de esos monjes desde mediados del siglo XI, polvo acaso en una de las necrópolis más singulares con que uno se haya topado. Las cuevas cercanas tienen 228 metros de longitud, y 280 metros las

cuevas lejanas, estando todas ellas entre cinco y quince metros bajo tierra.

Aparte de visitar catacumbas, y aires más o menos imputrescibles, en Pecherski Lavra el curioso, no sólo el fiel, tiene a disposición incontables acicates arquitectónicos e históricos. Hablando de los primeros no quiero perderme un templo que se propone como fundamental, y lo es la catedral de la Asunción, o Dormición otras veces, la Uspenski Zabor. Es un templo de planta cruciforme, con seis grandes columnas, que data de 1073-1089. Posee un iconostasio tan amarillo que parece forrado todo con pan de oro. Se reconstruyó tras la segunda guerra mundial y por eso parece aún nuevo y reluciente. Allí es donde compro un icono de recuerdo, una pequeña tabla que lleva los muchos santos del lugar, capitaneados por San Antonio y San Teodosio y teniendo en medio a San Vladimiro, el cristianizador de Ucrania. A sus espaldas y a los lados, como una legión, o mejor una miríada, filas de incontables santos. Es como si Ucrania hubiese producido santos en masa para contentar al mundo y para derrotar cualesquiera males de la humanidad. Sin embargo, ahí está la cantidad de guerras y tragedias que se han cebado con el país.

Otro templo que no me quiero perder es el del Salvador de Bérestovo, erigido en el siglo XII. Bérestovo era la residencia veraniega de los príncipes de Kiev, y donde se enterró a Yuri Dolgoruki, el fundador de Moscú. Nuevamente conexiones ruso-ucranias de gran fortaleza y evidencia, como en otro plano lo es el fresco magnífico, y casi atlético, de la *Aparición de Cristo a sus discípulos en el lago de Tiberíades*. Abruma un poco pensar que en 1644 los tártaro-mongoles asolaron ésta y otras iglesias, con lo cual empezó el trabajo de Penélope de repintar, de reconstruir, de rehabilitar. A veces, como sucedió en 1970, bajo la capa de frescos deteriorados aparecía otra capa de pinturas datada en el siglo XII.

El fundador del convento de las Cavernas fue San Antonio, el también llamado San Antonio de las Cuevas, que nació en Liubech, en el distrito ucranio de Chernihiv, en el año 983. Es sin discusión el fundador de la vida monástica de los eslavos orientales, y se preparó para ello a conciencia. Vivió un tiempo en el monte Athos antes de volver a Rus, lo que antaño era Ucrania. En Kiev buscó un sitio para fundar y en Bérestovo encontró una cueva usada ya por los varegos, o vikingos del sur, donde puso una capilla. Luego regresó al monte Athos creyendo que había cumplido, pero una llamada divina le reveló que aún se le necesitaba en Kiev. Volvió para vivir en la caverna comiendo pan duro y agua sólo cada dos días, y a veces cada tres días. Fue famoso en Rus por sus virtudes y muchos iban a que les tonsurara él personalmente. Hasta un monje llamado Nikon le siguió, y lo mismo el que luego sería San Teodosio.

El noble Barlaam y su siervo Ephraim quisieron ser monjes al mismo tiempo que Nikon, pero su plan se fue al traste cuando éste fue arrestado. Había que tomar medidas de protección. Fue cuando San Antonio, con sus primeros doce discípulos, excavó una galería con celdas, y en una de ellas el santo permaneció cuarenta años. En poco tiempo ya eran cien monjes. A San Teodosio, que fue elegido abad, se debe la construcción de la primera iglesia de madera, aparte de que se adornasen las cavernas con pinturas. San Teodosio también quiso proteger el monasterio con una empalizada mental no sólo física, de ahí el estricto cumplimiento de las reglas monásticas. A todo esto, San Antonio sobrevivía en su cueva, donde recibía a la gente que le visitaba y daba hierbas curativas a los enfermos. El monje Agapito le sucedió en el conocimiento y gestión de esa farmacopea popular.

Pero, como recuerdan los píos lectores de las viejas historias, como las que se recogen en *The Kiev Pechershy Paterikon* (2013) —*pechersk* es caverna en ruso— el príncipe de las tinieblas no dejaba de tentar al viejo San Antonio. La idea malévola era que el santo se marchara del lugar, que se fuese a Kiev, para lo cual había que hacerle malquisto por el príncipe gobernante Izyaslav, uno de los tres hijos del rey Yaroslav.

Es un relato que parece sacado de un icono con tonos aún más ingenuos que los habituales. El diablo no se recataba con tal de echar a perder la fe de las cavernas: adoptando la imagen de Jesucristo sedujo a un monje haciéndole bailar. Víctima de semejante conspiración diabólica, San Antonio abandonó la cueva y hasta la propia Kiev, y se dirigió a Chernigov, donde encontró otro agujero donde meterse. Lo que no contaban sus enemigos malignos era que el mágico San Antonio podía bilocarse y estar al mismo tiempo en Ucrania y en Constantinopla, allí le vieron al menos construir una iglesia a la Theotokos, la poderosa Madre de Dios. Y si podía hacer algo así, también conseguir oro para construir por fin una gran iglesia. El príncipe Svyatoslav ya le había concedido un terreno. Y ya después de eso no le dio tiempo de mucho más a San Antonio, porque murió el 10 de julio de 1073, a los noventa años. A la sazón reinaba en Kiev el príncipe Svyatoslav, y en Bizancio el emperador Romanos Diógenes. Pero eso no era bilocación sino la muestra de quiénes mandaban en aquel pequeño mundo en torno al Mar Negro. Reyes, que no diablos, en principio. Como es natural, San Antonio fue enterrado en la cueva del gran monasterio.

Su inmediato sucesor fue Teodosio, el que había sido tonsurado en 1032 por Nikon siguiendo un mandato del fundador. Teodosio también fue muy milagrero incluso de sí mismo porque al morir su cuerpo se quedó incorrupto. Según el monje San Esteban, «todos sus miembros estaban intactos y el rostro aparecía claro y brillante, los

ojos y los labios permanecían cerrados y el pelo en su sitio». Y no hay que olvidar a otro monje pionero como el citado San Nikon, quien no sólo tonsuró a Teodosio sino que hizo enfadar al príncipe Izyaslav por haber tonsurado también al noble boyardo Barlaam y a su sirviente Ephraim. Nikon se había pasado con las tijeras, como si las tonsuras fuesen medallas sobrenaturales (los indios yanomamis del Orinoco lucen en sus tonsuras una piel del cráneo llena de cicatrices, su máximo orgullo). Con lo mismo el príncipe amenazó con encarcelar a Nikon si no hacía volver a esas personas a sus ocupaciones normales, que si estaban tonsuradas ya les crecería el pelo, a lo que contestó el santo: «Haz lo que quieras, mi señor. Pero no quitaré yo soldados espirituales al Rey de los Cielos». Otra historia que se lee en el *Libro de los Padres*, concretamente en el *Paterikon* de Kiev.

Esos, en todo caso, fueron los santos primordiales de Rus, los que acataron y difundieron las reglas monásticas hasta hacer de ese país un baluarte de la nueva fe cristiana. Rus federaba las tribus eslavas orientales, y de ese cierto romanticismo de origen se reclaman descendientes en Ucrania, Bielorrusia y Rusia. La Rus de Kiev, o Kievan Rus, tuvo su inicio con el príncipe Oleg, quien avanzó por tierras del río Dniéper y luchó contra el poder khazar a finales del siglo IX y principios del X. Los khazar o jázaros, o errantes de origen búlgaro, llegaron a ser judaizantes en las orillas del Caspio. En Rus había llegado la hora del cristianismo con Volodímer, o Valdemar, o Vladimiro el Grande (980-1015), y fue cuando Rus alcanzó su mayor expresión territorial desde Lituania a Constantinopla. Vladimiro, hijo de Svyatoslav, fue príncipe de Novgorod, gran príncipe de Kiev, y santo, no en vano implantó el cristianismo en Rus en el 988. Tuvo que ser Yaroslav, uno de sus doce hijos, el que introdujera luego el primer código de justicia de Rus, pues a su padre, con tanto ardor fundacional, no le había dado tiempo de hacer algo así.

En fin compensa, pero es abrumadora la visita de este impresionante conjunto de Pecherski Lavra con sus 28 hectáreas y más de medio centenar de edificios monumentales, incluyendo iglesias medievales, museos llenos de iconos, candelabros y hostiarios de maestros de Jarkov, de Chernigov, de Kiev, y que se trata naturalmente de las piezas que no se pudieron llevar los nazis en la segunda guerra mundial. Ni tampoco las que fueron censuradas o eliminadas en tiempos soviéticos cuando éstos montaron ahí el Museo de Arte Teatral, Musical y Cinematográfico de la República Socialista de Ucrania. Y en el refectorio del convento ponían la exposición permanente de «El cristianismo y el ateísmo en Ucrania», con un afán didáctico de cierta objetividad, pues no omitía la referencia a las raíces sociales de la religión.

Es tal, en todo caso, la abundancia de obras de arte, el calor, el

gentío, y ese toque que da en el aire la fiesta de la Troitsa, que empiezo a sentirme algo cansado. A la salida, entre Pecherski Lavra y la iglesia de San Teodosio, otro gran templo pero al otro lado de la carretera, desgajado de la gran laura y su bosque de cúpulas doradas, me pregunto dónde puedo ir a comer hasta que me doy de bruces con La Coupole. Supongo que es un buen nombre para un restaurante bajo una pequeña cúpula de cemento. Examino la carta tal vez demasiado deprisa y pido lucio con crema. Mido mi error al sudar la gota gorda y es que se trata de una comida más bien para cuando Ucrania se pone hasta arriba de nieve.

Al lado de La Coupole se pone sentada en un bordillo una *babushka* de ojos claros, en los huesos pero muy aseada, y no es que pida limosna, es que la exige a los viandantes lanzándoles de paso un pequeño discurso. ¿Cómo es posible que ella no tenga nada que llevarse a la boca? ¿Dónde está la justicia del mundo? Eso le entiendo, pero ella no implora, explica. Y ahí es donde uno ve como un gran bajonazo del *ethos* de un país. En Ucrania como en Madrid, por otra parte, donde hay gente que duerme en los cajeros automáticos, o con cartones en los pasadizos subterráneos de la zona de Azca, o junto a los cines de Princesa. En la época soviética en Ucrania al menos tenían medios para desterrar la miseria transeúnte, callejera, la más tirada. Había un cacho de pan y un techo para cada quien, pero tras la caída de la URSS eso se ha ido al traste. Y no sólo en Ucrania, lo he visto hasta en Uzbekistán, y en Kirguizistán, donde ha reaparecido un tipo de gente asombrada porque se le ha caído la bóveda del mundo. No otra cosa es que no les llegue con su pensión si es que la tienen. No creo que en Kiev alguien hubiese pronosticado fácilmente lo que le iba a pasar a esta señora que pide algo para comer el día de Pentecostés. En otras partes del mundo, y no hablo ahora de Darfur, la buena señora igual iría hoy domingo a la pastelería o a la floristería. No sé cómo no se tuvo en cuenta, o sí, que es peor, que el capitalismo no iba sólo a generar su acostumbrada libertad, sino una amplia franja de perdedores absolutos, como en Nueva York por otro lado. Pero si en Nueva York, en Madrid, y en Calcuta, los pordioseros forman parte del paisaje, en Ucrania parece haber mendigos con poca práctica, y poca maña, como la *babushka* delgada, fina, con ojos azules y duros como el acero, que señala que esto no va bien, que el reparto del mundo no es de recibo.

Volví hacia la ciudad pero descartando coger autobuses, dando un paseo por el parque que se eleva sobre un gran desnivel que va bajando a la orilla del Dniéper. Me parece un río apacible, como si fuese el Don de Solojov, partiendo a Kiev en dos y fluyendo la friolera de 2 200 kilómetros. Sólo es superado por el Volga en el este del continente europeo. Voy viendo parterres de flores y estatuas de

héroes, sin dejar de acordarme del lucio y la *babushka*.

Otro día, ya en el centro de Kiev, visito el jardín de la catedral de Santa Sofía, o mejor dicho, una de sus catedrales, teniendo también la de San Vladimiro. Allí encontré al ucranio que más me ha hecho revivir a Gogol, y es que aquel hombre parecía, con su barba blanca unida a una melena del mismo color, con su seriedad, y su manera de cantar sin pedir nada a cambio, un personaje sacado de *Terratenientes de antaño*. Ahí Gogol pinta al inolvidable Afanasi Iványovich, un campesino tranquilo incluso ante el torbellino vital de su mujer, la magnífica Puljeria Iványovna, la que encabeza toda una lección de ética campesina, no reñida con las delicias gastronómicas de su tierra. «Aquí tiene vodka de milenrama y salvia —decía destapando una garrafa—. Es un excelente remedio contra el dolor de espalda y de riñones; esto es vodka de centaura, muy recomendable cuando le zumban a uno los oídos o le sale un sarpullido en la cara». El hombre de Santa Sofía también parecía haber venido directamente del pasado, y no en un trineo como Santa Claus, sino de las páginas de su paisano Gogol, un escritor nacido en la Poltava cuando esta región, hoy de Ucrania, pertenecía a Rusia.

Desde luego aquel señor atraía la atención de los paseantes por el jardín antes o después de la visita a Santa Sofía, templo de gran enjundia, aunque muy reconstruido por todos los avatares históricos del país. Ignoro lo que cantaba aquel hombre de mediana edad, con su voz que parecía una nevada copiosa y serena en medio del invierno, pero estoy casi seguro de que se trataba de una antigua balada, una tan sustanciosa que ni siquiera necesitaba instrumentos musicales para acompañarla. No pedía dinero, ni alguien pasaba una gorra para recogerlo, y tampoco nadie sentía ganas de llevarse la mano a la cartera. Era un buen momento gratis, una pausa del tiempo que hacía enmudecer a los pájaros que seguramente habitarían en las altas coníferas del jardín.

El complejo de Santa Sofía sin duda no llega a las dimensiones ni a la potencia de Pecherski Lavra, pero no deja de representar la amplitud que alcanzó en este país el poder de los ortodoxos. En su interior, aparte de mosaicos y frescos, luce como si nunca lo hubiesen restaurado un iconostasio con una espectacular puerta de oro y plata. Fue el lugar de enterramiento de los primeros reyes cristianos de Rus, entre ellos Yaroslav. Y todo eso se ratifica en el pequeño museo aledaño a Santa Sofía donde no se cuentan las fíbulas, las pequeñas tallas para juegos, las máscaras o caretas que acompañaban los cascos de los guerreros, las flechas y los arreos de caballos.

Pero sales de ahí y vuelves a oír cantar en el bucólico jardín de Santa Sofía al hombre de bigotes blancos que se convertían en una barba que parecía una cascada helada en el invierno. Seguía en algún

otro punto de su canción melancólica ante un público cada vez más escaso y distraído. Creo que yo era el único extranjero y de alguna forma sentí que nos agradecíamos mutuamente la atención prestada.
Nikolái Gogol hizo lo posible para atrapar con sus palabras el tiempo que le tocó vivir. Cuando murió su personaje, la vieja amable Puljeria Ivánovna, la pusieron sobre una mesa en su casa, y había toda clase de exquisiteces para su ágape funerario empezando por la *kutiá*, papilla de cebada con miel o pasas, y licores y empanadillas. Todo de gran mérito culinario como ella se merecía después de haber hecho los mejores y más curativos vodkas en vida. Además la Ivánovna era una campeona cocinando setas con tomillo, y otras aún más especiales con clavo y nueces de Valaquia. Ella lo decía: «Me enseñó a prepararlas una turca, en la época en que teníamos algunos prisioneros de esa nacionalidad». Y, en fin, como terrateniente que era ella misma, si bien anciana y decaída, le gustaba comer y hacer de comer. Por eso le preguntaba a su marido tratándole siempre de usted: «¿Qué le apetece, Afanasi Ivánovich? Tal vez una torta con tocino, un pastel con semillas de amapola o quizá unos rovelllones salados?».

Gogol alcanzó a ver ese mundo y esas aldeas en la región de Poltava, en la Ucrania profunda donde nació en 1801, una tierra no en vano llamada Malorossiya, o Pequeña Rusia. Ese desgarramiento ha llegado hasta nuestros días. Ambas naciones, Ucrania y Rusia, rivalizan por considerar a Gogol hijo suyo, al menos en espíritu, y no les falta razón a ninguna de las dos. Y lo que aún se disputa es su nombre y renombre, lo que se usa y contabiliza después de muerto el artista. Hay ahí una interferencia con *Las almas muertas* (1842), su magistral novela. Los campesinos fallecidos, siervos o almas muertas, se sumaban en las propiedades de los caciques y terratenientes. Aún en 2009 el pobre Gogol, con motivo del segundo centenario de su nacimiento, tuvo que asistir desde algún lugar de la descomposición universal a la contienda por llevarle o al molino ucranio o al ruso. Para eso sirven también las efemérides, loores y clarines, que no se sustentan en el amor al arte.

Gogol relató en *Terratenientes de antaño*, la primera parte de *Mírgorod*, el sereno afecto de una pareja de viejos en una aldea, pero lo que a uno le llama más la atención en este siglo XXI es que, tras morir Puljeria, su marido pudo sobrevivir cinco años más, solo, medio impedido, carcomido de ausencia, hasta que un día paseando por el jardín oyó una voz: «¡Puljeria Ivánovna me llama!». Afanasi tenía pues que ir a buscarla, donde estuviese, sólo pidió que le enterraran a su lado.

Nikolái Vasilievich Gogol, nacido en Velyki Sorochyntsi, una aldea en la Gobernación de Poltava, conocía bien el paño, cómo eran sus paisanos ucranios, o rusos, o ambas cosas a la vez. Había y hay un

sustrato en la Poltava de lengua y cultura rusas, uno no se va a poner ahora con el alma rusa y su existencia. Pero por eso se compite por Gogol. Es como la historia de Colón (genovés, barcelonés y hasta coruñés aparte de judío) en vertiente literaria y oriental. Gogol es un nombre codiciado para ponerlo en una marca de miel (Gogolmed). La misma aldea donde nació ha variado de nombre con el transcurso del tiempo. En 1909, con motivo del primer centenario de su nacimiento, un periódico, tan riguroso para la época como *La Publicidad* de Barcelona, reseñaba la aldea ucrania de Vasilljewka como el auténtico lugar natal de Nicolás Vasilievitch Gogol Ianowski, y adornaba su escrito de recordatorio con una cita de Prosper Mérimée, gran admirador de su colega ruso: «Como escritor de costumbres familiares, Gogol tiene en cuanto a pintura mucho de Teniers y de Callot».

Cada cual sale por donde quiere en temas sentimentales. Si Mérimée ve al padre de los cuatro relatos de *Mírgorod* (1835) como a un nuevo Teniers, sólo falta escudriñar el cuadro para ver en qué parte de la tapia aparece el hombre orinando. «El filósofo, después de tantear con el pie a derecha e izquierda, dijo con voz entrecortada: —Pero ¿dónde está el camino? —El teólogo guardó silencio y, al cabo de unos instantes de reflexión, comentó—: Sí, una noche bastante sombría». Gogol llevaba con absoluta normalidad la trascendencia y su contrario, entre lo cual, el hecho de haber nacido en Ucrania, donde residió de forma bastante seguida hasta los diecinueve años. Era ruso a todos los efectos, otra cuestión es lo que influye el poso del terruño en las personas. No demasiado si lo medimos físicamente, si hablamos de composición de aire y de agua, o del color de la tierra. Lo que marca es la cultura, y la familia moldea y hace sufrir o no al que da sus primeros pasos por el mundo. La familia de Gogol era de estirpe rutena, y pertenecía a la pequeña nobleza polaca (un poco como Conrad), pero por ahí no se llega a un rasgo definitorio. El lenguaje es la casa del ser, decía Heidegger, y la lengua es la esencia del individuo. Eso sin necesidad de dar la razón a Althuser que atribuye a Marx haber roto con el viejo humanismo que se basaba en la esencia del hombre, y en la ruptura por consiguiente de toda antropología y humanismo filosófico anterior.

No es cuestión de buscar un espíritu de revolución en Gogol, una revolución además que rechaza la esencia del hombre tan radicalmente como lo presentó Marx, sino de ver qué influencia pudo tener su poso natal o territorial ucranio en su oficio de escritor. Él mismo lo rescató y lo puso como estandarte de su primera memoria, y eso es lo que da a las páginas de sus relatos iniciales, compuestos al poco de salir de Ucrania, un regusto de queso añejo, o de miel salvaje. Está por ejemplo en *Veladas en un caserío de Didanka*, escrito en 1831-1832. Y el valor de ese libro, cree uno, no es porque sea su

remembranza personal, en primer plano, sino por recoger con la humildad del joven maestro que ha salido de esas raíces, pongamos de Didanka, y las empieza a ver con claridad, todo un fantástico material de leyendas campesinas de Ucrania. Historias que va desgranando un orador que es como su particular Sherezade, el llamado Rudy Panko, o Rudy el rojo en lengua ucrania, un colmenero que cuenta como los viejos bardos lo que él ha oído a alguien que lo contó.

Por lo poco que uno va viendo de este gran país que es Ucrania, entiende que Gogol llevara en su espíritu algo ucranio, y aun mejor algo de lo cosaco. Su padre venía de una estirpe de cosacos, y él mismo se sintió fascinado por esos tipos excesivos, arrolladores, que no se paraban en barras a la hora de luchar, beber o bailar. Un cosaco pintaba así para Gogol en su relato *El documento desaparecido*: «eran rojos sus pantalones bombachos, llevaba puesto un *kaftan* azul, un sable, colgado del cinturón, de colores chillones, y una pipa con una larga cadenilla de cobre le pendía junto con el sable; en fin, era un verdadero cosaco del campamento del Dniéper».

Un día Gogol también se puso tierno recordando su infancia y primera juventud en Velyki Sorochyntsi, su pueblo natal, y en la ciudad de Nizhyn donde fue al colegio los primeros lustros de vida antes de mudarse a San Petersburgo. No es poca ni leve la carga de profundidad en la nostalgia que se encuentra en el relato *La feria de Sorochinez*: «¡Oh, el aplanamiento en un esplendoroso día de verano en Pequeña Rusia!». Al mismo tiempo el relato es un anticipo al cuadrado de la literatura fantástica, pues lo que iban a ser comercios campesinos en la feria se truecan en la aparición del diablo mediante una casaca roja, portadora de prodigios e infortunios sin cuento. Es la línea de otro de sus relatos imperecederos, como *La Nariz*, donde Kovalev un día ve que su apéndice nasal le desaparece de su cara, y se inserta en otra persona. Un policía encuentra su nariz pero en otro lugar. Es una nariz que va y viene, con más movimiento aún que la de Quevedo, y que se ve o no se ve dependiendo de quién la mire. En definitiva, una pequeña obra maestra de un autor que ya sabía que la literatura no iba a ser sólo hablar de grandes arboledas y nada nimios amores.

Me pregunto con cierta frecuencia en Ucrania, ya sea en la Poltava o en Odesa, en Berdychef o en Kiev, o en ese mundo aparte que es Crimea, si en todos estos viajes, y en otros que estoy haciendo por el Este, no andaré buscando una imagen de estas tierras anterior a la URSS, como si esos 74 años que van desde 1917 a 1991 no hubiesen sido más que una tos de la historia. Es cierto que mis lecturas son de los clásicos rusos, y eso debe de influir sobre cómo veo los paisajes físicos y a lo mejor el alma humana, ese compuesto que más que etéreo aquí parece visceral. Los grandes escritores rusos, y entre ellos

el poltavo Gogol va casi en cabeza por fecha de nacimiento, interpretaron hasta el fondo cuanto se ha llamado el alma rusa, eso que en más de una ocasión se ha querido hacer coincidir con el alma española. Una frivolidad como otra cualquiera. Españoles y rusos andan tan cerca culturalmente como tuaregs y bozos del Níger. Otra cosa es que en Ucrania cada dos por tres saltan imágenes relacionadas con el mundo antiguo, campesino, el que estuvo estrechamente vinculado a los ritos y mitos de la religión ortodoxa. Pero son muchos los países de la antigua Unión Soviética que han acometido regresos al pasado pre-soviético, unos por librarse del colonialismo cultural y demás de Moscú y de los rusos en general; otros porque han visto que el nuevo capitalismo económico triunfante se compadece bien con los renovados cultos cristianos, y los ortodoxos están especialmente superdotados para el boato escénico, visual y litúrgico en una palabra. Desde luego no deja de ser una visión a flor de piel, o a la vera del camino, pero que nazcan las magnolias del capitalismo después de tantas chiribitas no es un consuelo para todo el mundo. Al menos no lo es para quien no se enriquece, para quien no ha podido cambiar el paso, para quien se ha quedado en la vieja cuneta. Y sin embargo visualmente la corteza del Este sigue siendo soviética en buena medida, en sus edificios, avenidas, gestos, y a veces administraciones, y sistemas escolares, en tantos aspectos que pueden incluir aún el recelo o el miedo a que pase algo. Ya voy viendo de qué forma tan penosa se ha abierto camino la miseria entre las clases más desfavorecidas, las que no han podido competir bien en la selva capitalista y se han quedado con pensiones de hambre y sin poder pagar de su bolsillo servicios sociales, escolares, hospitalarios. Cuanto la URSS garantizaba como un mínimo a todos con independencia de sus ganancias, si bien, eso es sabido, llevase aparejado un peaje costoso en términos de libertad individual. La vieja historia, en efecto.

Pero como se lee en *La feria de Sorochinez*: «Ya divisaban el río Psiol los ojos de nuestros viajeros».

6: Cracovia: Conrad, Malinowski y Auschwitz

Fui a Cracovia más por Conrad que por Malinowski, pero al final estos dos ilustres polacos se entremezclaron en mi camino, como lo hicieron sus vidas y conocimientos, y experiencias. Fallecida su madre Ewelina cuando Conrad tenía once años, peregrinó con su padre Apollo por algunas localidades de Ucrania hasta mudarse a Cracovia, la gran capital cultural de Polonia. Su padre murió a los dos meses de llegar allí. En el número 12 de la calle Poselska han puesto una placa: «En esta casa vivió alrededor de 1869 Joséf Konrad Korneziowski, hijo de un poeta exiliado». También se recuerda que fue en la «ciudad académica» donde Conrad pasó el tránsito de la niñez a su juventud y que fue donde conoció la amistad, la rabia y demás primeros sentimientos de una persona.

A pocos minutos andando de la espléndida plaza Rynek Glówny, el cogollo de Cracovia, se ubica esa casa conradiana de una solidez casi monasterial, hoy convertida en apartamentos burgueses, pero con una fachada decorada con blasones heráldicos pintados en tonos ocres y rojizos. El portal de la casa parece la entrada de un castillo. Un sitio en suma que no le pega nada a Conrad en su calidad de sobrio capitán mercante, pero aún menos se relacionaría con él la manera como ha ido el mundo y Cracovia más en especial. Frente a la antigua casa de Conrad abre el Hedonic Hair Studio, que no es mal nombre aunque tampoco es que evoque mucho al autor de E*l negro del Narciso*. Resulta ser una peluquería que ofrece tratamientos faciales, *lifting*, *moisturing*, *peeling*, todo en inglés para quitar mejor tal vez los pellejitos y sequedades, aparte de que depilan a la cera y al azúcar.

Algo más arriba de Poselska el aire de un cierto *weltgeist* o espíritu del mundo lo dan, de forma muy vicaria, unos restaurantes que van desde el Taco mexicano al Corleone italiano, este último con un maniquí de un mafioso en la entrada. Para que no se diga hay también un restaurante polaco, el Miód Malina, ya casi esquina con la calle Grozca, que cae bien ya desde su nombre que traducido es Grosella de Miel. Luego igual ofrece un contundente plato de setas salvajes con crema agria, o un *tartare* que hace salir galopando (en busca de un vasito de vodka de patata). Es todo un oasis en una ciudad como Cracovia que ya se ha hecho mucho a la comida rápida para el turismo ocasional. Y es un buen recuerdo en las papilas (las gustativas porque a lo mejor hay otras) que uno se lleva de Poselska, la calle conradiana, anónima, gris, estrecha, con ese caserón que parece un palacio de burgueses inmunes a cualquier cambio.

Si acaso, bajando hasta el final de Poselska se abre a mano izquierda otro desahogo. El Museo Arqueológico tiene un jardín que te restaura de las caminatas y que es que ni pintado para leer páginas de Conrad. Lo cual confina con un parque público que estalla de verdes en una lluviosa primavera como la que estamos teniendo los que pasamos por Cracovia.

Tras el fallecimiento repentino de su padre, Conrad abandona la casa de Poselska y pasa a vivir a una pensión de la calle Florianska con ciertos aires dickensianos, como si la historia se retorciera o hiciese un *looping* extraño: Apollo había sido el traductor al polaco de *Tiempos difíciles*. Su tío Tadeusz Brobowski se hace cargo en Cracovia del desvalido, enfermizo, pero muy atento muchacho, y Conrad se lo agradeció toda su vida, empezando por dedicarle su primera novela publicada: *La locura de Almayer*. Su tío y su conversación y su cosmopolitismo le marcaron. Precisamente había sido en la finca de su tío en Chernigov (Ucrania) donde el pequeño Joséf conoció a Nicholas, su mítico tío abuelo, el hombre que había luchado como oficial en el ejército napoleónico, y que una vez, en retirada por Lituania, tuvo que comerse un perro para sobrevivir. De eso ya di cuenta cuando viajé por Ucrania, pero lo que me llama ahora la atención en Cracovia es lógicamente lo que le hizo escribir una vez a Conrad sobre Polonia: «El destino de esta crédula nación ha sido morirse de hambre durante más de cien años, sobreviviendo de falsas esperanzas —y bueno, sí—, de perros».

Conrad no parece guardar de sus seis años de Cracovia una pátina de distinción, una especie de camafeo para sacar en sus noches solitarias de melancolía en los siete mares. Se lleva lo de siempre, desarraigo y el tesón por superarlo, por no hundirse como un plomo. Contra todo pronóstico es en Marsella donde se hace marino, y eso influye para que empiece a surcar rincones insospechados para un muchacho nacido en el campo de Ucrania, y criado entre las agujas góticas de Cracovia. Él está muy lejos de todo eso. La isla de la Martinica es el primer Caribe que toca en su vida, y el que más le afecta el Caribe de Venezuela, el que según algunos acabaría siendo transformado en Costaguana, el país de *Nostromo*. Si no fue allí fue en un sitio parecido donde el escritor confesó que se había sentido un lépero, como cuenta el colombiano José Gabriel Vasques en *Joseph Conrad, el hombre de ninguna parte* (2007). Y un lépero era la palabra criolla para un proletario, si no un tirado de la fortuna. En otro momento de su larga vida de marino mercante Conrad se sintió un capitán amargo como Almayer, un *lord* Jim todo honor inseguro, un Charlie Marlowe que no ceja de encontrar a Kurtz, o un copartícipe secreto que busca siempre su otra sombra. Todos los escenarios de esos personajes, islas tropicales, mares llenos de tifones o de

incendios, se encuentran en las antípodas de la picuda y elegante Cracovia. Si bien, por otro lado, Cracovia merece un poco más de atención porque también está lejos de ser la Kakania de Robert Musil, el ejemplo de país agotado, austrohúngaro en el más decadente sentido de la palabra. Cracovia, bien vista, guarda una vitalidad polaca con la que no pudieron ni austríacos, ni alemanes, ni rusos.

Existe en Cracovia más de una conexión entre Conrad y Malinowski, el literato y el antropólogo habiendo semillas cruzadas de esas disciplinas en sus quehaceres. No se trata de coincidencia temporal siendo sus épocas muy alejadas entre sí. Bronislaw Malinoswski nació en la insigne ciudad polaca el 7 de abril de 1884, cuando Cracovia pertenecía a la provincia austríaca de Galicia. Lo que les unió, pese a la diferencia de generaciones y carreras, fue su voluntad de hierro por superar los límites de una Polonia siempre reconcentrada, si no asfixiante con sus problemas de identidad y de vecindario internacional. Y en ambos casos escogieron Gran Bretaña, no como mera vía de escape, sino incluso como nacionalidad, forma de vida y temperamento. Y ambos aprendieron el inglés hasta poder usarlo como herramienta para la máxima expresión de los sentimientos y pensamientos. Pero si aún se excava más, como nunca se ha dejado de hacer, en *Diary*, el diario de campo de Malinowski donde refleja su trabajo en las Trobriands, se encuentran ecos entre depresivos y enfadados en una prosa que tiene un claro marchamo de *El corazón de las tinieblas* de su paisano Conrad. En otras obras, en cambio, Malinowski tenía el mismo estilo florido de su maestro Frazer, sobre todo en *The Natives of Mailu* (1915), el primer trabajo etnográfico de cuantos hizo en Papúa-Nueva Guinea.

Bronislaw Malinowski, Bronio para su familia, vivió con sus padres en algún apartamento de profesores de la Universidad Jagiellonian. Su padre Lucjan era profesor de filología eslava. La universidad está también cerca de la calle Poselska de Conrad, y forma con ella una especie de anillo ideal para el viajero deseoso de evocar *in situ* a dos grandes polacos cada uno en su género, que era el mismo, profundizar en lo humano y sus variantes. Dos clásicos, de nuevo, como los que vamos encontrando en este periplo por el Este, y en el sentido que le daba Italo Calvino a un texto clásico, aquel que «nunca termina de decir lo que tiene que decir». Y eso se encuentra en el casco antiguo de Cracovia, las huellas una y otra vez interpretables, y gozables, de dos escritores polacos, autodesterrados, que afilaron el inglés hasta sacar a ese idioma brillos y filos de un yatagán expresivo invencible.

Malinowski tuvo hasta una conexión conradiana, si bien tangencial, cuando viviendo ya en Inglaterra, conoció a Anielka Zagórska, una prima de Conrad y traductora de las obras de su tío al polaco. Anielka fue también la profesora de inglés que tuvo Bronio. Y con ella se

sinceró sobre su decisión de cambiarse de las ciencias exactas a las ciencias sociales para siempre jamás o si no hasta que el cuerpo aguantara.

Bronio fue también un niño enfermizo, como el propio Conrad. A la salud quebradiza de Bronio le hizo bien la casa que alquilaba su familia en Zakopane, un pueblo de los Cárpatos polacos, a una centena de kilómetros de Cracovia. Bronio conoció allí a su íntimo amigo Stas Witkiewicz. Íntimo y amigo del alma, hasta el punto de que lo llevó consigo como fotógrafo y dibujante en su primera expedición a Australia en 1913. Tal vez en Zakopane, una elegante estación de montaña, donde los chalés, obra algunos de ellos del padre de Stas, acogían a la crema social y cultural de Cracovia en vacaciones, se encuentra más definida la huella de Bronio que en Cracovia, y su temprana afición por los horizontes abiertos, por la naturaleza, por una especie de retorno imaginario a un paraíso.

Aunque para Bronio los paraísos de existir estaban, como en el caso de Conrad, en los libros, en el largo hilo de seda que va uniendo épocas y pensamientos y que no se puede dejar de desenrollar. Malinowski, una mente privilegiada, indudablemente estaba dotado para las matemáticas, y al licenciarse de la universidad obtuvo, como estudiante puntero, un anillo de oro regalado por el emperador austrohúngaro Francisco José. Pero también tenía facilidad para la filosofía, en la que llegó a doctorarse en la Universidad de Cracovia con una tesis sobre Ernst Mach (1838-1916). Era un filósofo que le gustaba a Bronio por su multiplicidad de acercamientos, su positivismo, su monismo, su empirismo crítico, y hasta por sus estudios de diversos aspectos de física pura (estudios del calor), y de los sistemas de fluidos dinámicos, sin olvidar sus peculiares teorías psicofísicas, como llamaba Mach a la fisiología de la percepción. Pero a Malinowski, a quien el eclecticismo juvenil no le encontraba nada ajeno, también le influyó Nietszche aunque parezca tan alejado por su irracionalidad de un hombre como el futuro antropólogo que trató de conducirse entre parámetros funcionalistas, y todo lo racionales que pudiera dadas las circunstancias de las islas del Mar de Salomón.

Otra pasión intelectual de juventud fue para Bronio la de Richard Avenarius (1843-1896), un filósofo germano-suizo defensor de un positivismo radical, y copartícipe no secreto de Mach en su empiriocriticismo. Y eso es lo que buscó y exploró Malinowski en su tesis. Todo indicaba que haría carrera en la intelectualidad austrohúngara. Pero aquel imperio, más que lleno de positivismo, tenía bajo tierra las raíces asfixiantes de la Kakania que luego delataría Musil. Bronio no pintaba nada en ese cuadro empolvado si no retrógrado. Además Malinowski leyó entre 1904 y 1905 *La rama dorada* de Frazer y al impacto que le hizo atribuyó que su vida diese

un vuelco. Quiso ser un antropólogo, algo que en Cracovia era tan claro y cotizado como un pescador de calamares en la luna.

Bronio tenía esa pasta anímica conradiana por la que no iba a sentirse amilanado por un cambio en sus estudios, ni por un cambio de país, paso previo a cambiar de idioma, de nacionalidad, y de casarse al final con una mujer inglesa, y luego, al enviudar, con una norteamericana, para acabar sus días, de un ataque al corazón, en su querida Universiad de Yale. Salió, pues, de Cracovia, decidido a abrazar la antropología, y sólo le faltaba el salacot al llegar al Támesis, aunque eso vendría luego, y las polainas, y la soledad, y el mundo etnográfico tan grato como lo contrario que se encontraría también en esos jardines de coral en que tanto profundizó y con los que hizo soñar a tantos futuros antropólogos y viajeros. En 1910 viaja a Londres solo y con poco dinero pero dispuesto a jugarse todo a una carta pionera, estudiar antropología en la London School of Economics. Por primera vez esa institución daba clases de esa materia, impartidas además por antropólogos de la talla del finlandés Edvard Westermark, pionero en el estudio del tabú del incesto, y de Charles Gabriel Seligman, el etnógrafo de los veddas de Sri Lanka y de los shilluk de Sudán (cuyo sistema de parentesco sería un foco constante de la antropología británica, y a ello contribuyó también una figura como Evans-Pritchard).

Cuatro años más tarde Malinowski ya pone rumbo a Australia en la primera de sus tres expediciones oceánicas, y ello obviando problemas de incomprensión por su nacionalidad (al ser ciudadano austrohúngaro era teóricamente un enemigo de los ingleses), y de financiación. Se siente ya tan seguro que enrola en su viaje a Stas Witkacy, su mejor amigo de Cracovia y de Zakopane.

Personalmente esa amistad siempre me había llamado mucho la atención y, gracias a los buenos oficios de Swiatoslaw Lenartowicz, uno de los directores del Museo Nacional de Cracovia, pude conocer los trabajos que se hicieron con motivo de la exposición «Malinowski-Witkacy» en el año 2000. Se publicó un volumen extraordinario, en la revista *Konteksty*, de 457 páginas, con fotos de Bronio y de Stas, y artículos, como uno de Helena Wayne, Malinowska, la hija de Bronio Malinowski, que desentrañan todos, o casi todos, los perfiles de los dos amigos. Una amistad al principio entre dos almas gemelas, luego bifurcadas y por fin enfrentadas. Malinowski dirigió sus pasos académicos al mundo antropológico, y en lo personal a lo anglosajón, hasta el punto de que su amigo Stas lo encuentra «raro y anglicizado hasta la médula». Eso fue cuando se reencontraron en Zakopane en 1930, siendo ya Bronio catedrático de antropología cultural en Londres. Mientras Stas siguió por su lado con su vida bohemia y artística, tocando palos del teatro, la fotografía y la pintura, siempre

como un vanguardista.

No quiero perderme en el Museo Nacional de Cracovia los cuadros que exponen de Witkacy, que no son muchos, pero sí muy relevantes para el período impresionista de la pintura polaca. Aparte de que denotan una imaginación incendiada de colores y seres a los que encuentro, por cierto, un parecido con las figuras que dibujaba Julio Caro Baroja. Pero, claro, Witkacy tenía información de primera mano sobre los nabis, los fauves, los cubistas, tras su viaje a París en 1907. Por otro lado, hombre de extrema sensbilidad, parece que nunca superó el suicidio de su novia Jadwiga Janzzewska en 1914, acaso, como apunta Daniel Gerould, por un *imbroglio* emocional, involucrando una tercera persona, quizás el singular viajero y compositor musical y poeta Karol Szymanoski, uno de los íntimos del grupo de Zakopane. Sea como fuere, Stas fue adelante con su arte y sus relaciones amorosas un tanto atormentadas, por ejemplo con Czeslawa Korzeniowska, un apellido como el de la familia de Conrad. Sintiendo Stas una especie de ansia de redimirse incluso como patriota —algo muy conradiano por otra parte— trata de alistarse en el ejército cuando estalla la segunda guerra mundial, pero es rechazado a causa de su edad. En 1939 los nazis avanzan hacia el este de Polonia. Stas, y su amiga Czeslawa, huyen como otros refugiados hasta los bosques de Jeziory, hoy en Ucrania. Es donde Stas decide matarse el 18 de septiembre tomando dieciocho pastillas de Luminal. La Korzeniowska se negó a imitarle y aún menos a cortarse las venas de la muñeca, y que no le saliera sangre como a él. Eso fue, o pareció, una tragedia griega, y al día siguiente Rusia comenzaba su invasión de Polonia.

La carrera y la vida de Malinowski fueron más templadas, como si hubiesen sido acariciadas por las brisas de las Trobriands. Sería excesivo decir que su existencia quedó iluminada por las teorías de los nativos sobre el *baloma* y otros espíritus que se encarnaban en las personas. Sin embargo, Bronio, aunque disimulara más que Stas, y se controlara mejor, no dejó de sentir una atracción hasta cierto punto oscura, si no conradiana, por las desnudeces nativas y sus comportamientos sexuales en cuya descripción alcanzó amplia fama. Fue el caso específico de las gentes de la isla de Mailu, su primer destino en Papúa-Nueva Guinea. Desconocían el beso incluso durante la copulación, y en cambio otras veces «doce chicos montan a una chica. Esto tiene lugar fuera del pueblo, en el huerto». Eso escribía Malinowski en *The Natives of Mailu* ya en 1915.

Pero su gran trabajo se desarrolló más al este de Papúa-Nueva Guinea, concretamente en las islas Trobriands donde aprendió el idioma kirivinian hasta el punto de poder reflejar hasta sus últimas consecuencias la sociedad isleña, las funciones del *kula*, o circuito

ceremonial de intercambio, y por supuesto dar nuevas aportaciones sobre la sexualidad que los isleños no hacían coincidir con sus resultados, la gestación, cosa que se producía más bien por un zarcillo misterioso que se introducía en el oído de la mujer.

El mundo de los mares del sur está lejos de todo si hablamos de Europa, y dentro de ella Cracovia es una de sus antítesis. Si uno está en Rynek Glówny, la fastuosa plaza del Mercado, en medio de sus potentes iglesias y palacios, y coincide con una hora en punto escuchará por los escondidos altavoces un gemido, o más bien el lamento en forma de trompetazos exánimes, que lanza un carillón. Con eso se quiere recordar a todas horas a un heraldo a quien los tártaros le atravesaron la garganta de un flechazo, y encima el buen custodio pudo dar, casi exangüe, la alarma a la ciudad.

Es casi imposible en Cracovia no beberse una buena cerveza, o no escuchar un concierto de música clásica, ya sea en una de sus iglesias como en una sinagoga. Una de las pocas que han sobrevivido se llama Isaac y se ubica en la calle Kupa del barrio de Kazimierz, la docta y gran aljama de Cracovia hasta que los nazis se ensañaron con ella. La sinagoga fue fundada en 1638 por el rico mercader Isaac Jakubowicz, y ahora la lleva la comunidad hasídica Chabad Lubavitch. Ahí da sus conciertos un cuarteto llamado Tempero con músicos que tocan el violín, el violón, el acordeón y un tambor. Pretenden rescatar la vieja música klezmer, aunque tengan influencias modernas ya sea del *jazz* como de la música folclórica. Pero la cuestión y la suerte para los amantes de la música es que no hay tarde en Cracovia que no se pueda elegir un concierto y su marco más invitante. En el palacio Bonerowski de la calle Jana sus ventanales dan a la misma plaza del Mercado, y se interpreta a Frederic Chopin todos los santos días del año. Por el precio de la entrada no dan únicamente la satisfacción de escuchar mazurcas y baladas, polonesas, preludios, estudios y valses, sino el *impomptu op. 66* en do menor de Chopin, el gran músico polaco que, como tantos otros conciudadanos, tuvo que emigrar y labró su carrera en París.

Malinowski fue más lejos. Su iniciático viaje de 1913 a Adelaida (Australia) fue solamente el prólogo de otros viajes que tuvieron como foco las islas de Papúa-Nueva Guinea. Si en el primero de sus periplos le acompaña su amigo Stas Witkacy, en lo sucesivo Bronio trabaja en solitario. En 1914 desde Brisbane se dirige a Port Moresby, capital de la Papuasia, pórtico de cinco meses de trabajo que le llevan a residir también en Mailu, isla donde lleva a cabo su primer estudio de una tribu melanesia. Tras la publicación en Cracovia de *Primitive Beliefs and Forms of Social Structure*, vuelve en junio de 1915 a la Melanesia y pasa diez meses en las que desde entonces serán sus queridas islas Trobriands, aprendiendo kiriwinian, la lengua nativa con la que pudo

comprender cómo funcionaba esa sociedad. Como la de unos nematodos, eso sería horrible pensarlo. Los hombres no se agrupan en sociedades que son poco más que organismos. Los mitos tienen una función social, pero no sólo constituyendo un desahogo imaginativo y cultural de la existencia. En fin, Malinowski aplica sus pautas del funcionalismo, de cierta estirpe procedente de Durkheim.

Pero Malinowski tiene entre manos unos materiales en las Trobriands para los que ni siquiera funciona el funcionalismo. ¿Cómo abordar el *baloma*, la creencia de que los muertos no lo son sino que se reencarnan en niños recién nacidos? Malinowski se entrega con pasión a desentrañar un enigma así, y en 1916 escribe «Baloma, los espíritus de los muertos en las islas Trobriands» que años más tarde publicó integrado en su libro esencial *Magia, ciencia y religión* (*Magic Science and Religion, and other essays*, 1948).

En 1918 hace su segundo viaje a las Trobriands, fruto del cual puede acabar su celebérrimo *Diario*, el que había empezado a pergeñar en 1914, y que contiene agudas impresiones personales, su colección privada de impertinencias, y los más descarnados comentarios de un antropólogo de campo en unas islas de no tanto ensueño como cabría esperar. Ese mismo año muere su madre, la que le había llevado a las Canarias preocupada por su salud. Pero Malinowski, a diferencia del antropólogo británico Bernard Deacon en Malekula (Nuevas Hébridas), no contrae parásitos ni fenece por la fiebre del agua negra. Hace todo lo posible porque el salvajismo de aquel entorno melanesio no le quite sus esperanzas de una vida confortable en Occidente, y no en su Polonia natal, sino en el país que consideraba un espejo de calidad.

La carrera de Malinowski tuvo la misma trama que la de Conrad. Acabó haciéndose tan filobritánico que en 1922 rechazó un puesto en la Universidad de Cracovia. Fue su corte definitivo. Su futuro ya estaba en el mundo que se expresa en inglés, primero en Inglaterra (en 1931 se convierte en ciudadano británico) y a partir de 1933 en EEUU, donde empieza a dar clases en la Universidad de Cornell.

Malinowski puede que echara de menos sus años de libertad en las islas remotas. No desaprovecha la oportunidad de viajar, aunque sea para cubrir algunas rutinas académicas. En 1934 viaja con el International African Institute y visita a los estudiantes que trabajan con las tribus surafricanas bemba, chaga y swazi. En 1936 consigue el doctorado honorífico en Harvard. Puede permitirse licencias o algunas escapatorias. No rehúsa en 1938 prologar un libro del polémico Jomo Kenyata, hombre no ajeno al Mau Mau y padre de la Kenia independiente de los británicos. Y a partir de entonces busca y encuentra su acomodo en Yale, universidad rival de Harvard, y allí es donde le sorprende la muerte, de un ataque al corazón, en 1942.

Pero disfrutó cuanto pudo también, amó y fue correspondido, y en general careció de esos flecos de barbaridad y exceso que caracterizaron a su amigo artista Witkacy. Eso no quiere decir que Malinowski hubiese perdido de forma absoluta sus raíces polacas: fue el primer presidente del Instituto Polaco de Ciencias y Literatura en 1942. Ni siquiera enterró en algún lugar remoto de su alma la relación con temas y lugares hispánicos. Llevaba muy dentro su gratitud por las Canarias, por su estancia en Icod de los Vinos, y en especial por los meses tan fructíferos transcurridos en la finca Boquín, aparte, se supone, del buen clima y alimentos de Tenerife que sustentaron la gestación de sus argonautas. Con el tiempo algo de las Canarias le golpeó el recuerdo cuando estuvo en Cuba. Tuvo Malinowski un interés especial en la vida y la obra de Fernando Ortiz, antropólogo cubano a quien conoció en La Habana en 1929. No sólo nace una amistad entre ellos, sino que Malinowski prologa la obra aún hoy esencial del cubano de origen español: *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar* (1940). Azúcar y café no son solamente productos, son «los personajes más importantes de la historia de Cuba», y Malinowski se los toma con pasión intelectual porque lo que hace es respaldar el concepto de transculturación que había propuesto el propio Ortiz.

Sólo mucho después, viviendo ya en Estados Unidos, y siendo un profesor de antropología en pleno Olimpo, tiene algunas conexiones específicas más con el mundo hispano, como su viaje de 1940-41 para estudiar mercados campesinos de los zapotecas en el valle de Oaxaca. Allí ya va acompañado por su segunda mujer, Manna Valetta Hayman-Joyce. Fruto de ese viaje es el libro publicado en 1957, al alimón con Julio de la Fuente, antropólogo, indigenista y magnífico fotógrafo: *La economía de un sistema de mercados en México*. La idea era estudiar el cambio social en un valle mexicano, y la verdad es que el mayor peso de la investigación recayó sobre de la Fuente.

Malinowski sufrió siempre una gran punzada de nostalgia de cuando trabajó entre los nativos de la Papuasia. Pero allí no siempre lo pasó bien. Sus consuelos eran acaso la lectura de *Kim*, de Rudyard Kipling, especialmente cuando vivía en la isla de Mailu. En las Trobriands también le consolaba el recuerdo de la bella Elsie, la inglesa que había conocido en su primer viaje a Australia, cuando estuvo en Adelaida, y con la que se casaría en Melbourne. Bien es verdad que Elsie no era la única mujer que ocupaba sus pensamientos. Bronio siempre tuvo una generosa disposición a encontrarse con el otro sexo, y ahí no había distingos de color, siendo un admirador tanto de anglosajonas como de indígenas. Pero, en fin, tuvo suerte al poderse casar con Elsie Rosaline Masson, superando los prejuicios de su familia ante un polaco no muy dotado social y económicamente. Ella fue la primera Malinowska siguiendo la costumbre polaca de que

las esposas adopten el apellido del marido feminizándolo. Sucede igual con las hijas. Elsie vivía en Melbourne y conocía bien algunas partes de aquel inmenso país. Su libro *An Untamed Territory* (1915) versa sobre el Territorio del Norte y despliega una prosa más que aceptable, como cuando describe las flotas de praos que avanzaban desde las islas Célebes por el Mar de Arafura. Fue, pues, Elsie una compañera integral para Bronio, de letras y de vida, y con ella se casó en 1919. Un año después Bronio viaja a Tenerife con Elsie, y con su recién nacida hija Józefa. Era el segundo viaje de Malinowski a las Canarias. Ya en 1906, teniendo 22 años, había hecho una primera visita de ocho meses a Tenerife, La Palma y Gomera con su madre Józefa Lacka, una reconocida lingüista polaca, preocupada por la frágil salud de su hijo. Pero en su segundo viaje a las Canarias Bronio ha superado sus problemas de salud, de hecho no ha muerto en las palúdicas islas melanesias, y lo que trae entre manos es escribir cuanto acumuló en las Trobriands.

La fortuna asiste a Bronio y su familia cuando se instalan en la finca Boquín, de Icod de los Vinos, invitado por su propietario Quintín Antonino Pérez Díaz y su mujer Elizabeth Voituriez Valdenbruque. En el sosiego de ese campo tinerfeño a poca distancia del mar, con un clima en las antípodas de la ferocidad tropical, es donde escribe *Los argonautas del Pacífico Occidental*, el libro decisivo de su carrera, publicado en 1922 con un prefacio de su admirado y totémico maestro *sir* James George Frazer. No podía pedir más en Icod de los Vinos, tierra generosa en calma y buenos alimentos, sol moderado y la compañía ocasional de sus anfitriones. Antonino, el dueño de la finca Boquín, era un prohombre de Icod. Llegó a ser alcalde accidental en 1930, y presidente de la Sociedad Campo de Deportes del pueblo. En 1930 en prueba de su arraigo y buen hacer sus paisanos le ofrecieron un banquete de homenaje en el hotel Milán. Tuvo un hijo, Antonio Pérez Voituriez (1929-2000), profesor y jurista, pero autor asimismo de una obra con algún resabio étnico llevado a su terreno, como *Los aborígenes canarios y los derechos humanos*. Malinowski sólo estuvo unos meses en Icod, y no pudo disfrutar en profundidad de una sociedad en apariencia tan sosegada como la de ese pueblo, donde se alza el drago más famoso de Tenerife. El 28 de julio de 1930 se estrenaba allí la «interesante película» *El pagano de Tahití*, pero no había muchos que relacionaran ya en esa época la Polinesia con la Melanesia de Bronio, es más, casi nadie sabía ya que el antropólogo había recalado en el pueblo a principios de siglo.

En Icod y entornos hay uva tintilla y bastardo blanco y bastardo negro, y moscatel y malvasía, tantas variedades, y hacen unos caldos potentes. En la actual Cracovia no falta el vino, ni los clubs nocturnos, al estilo del *Burlesque*, pero una palabra se impone sobre las otras y es

piwa, cerveza. Malinowski se marchó de Cracovia antes de la eclosión cervecera de su ciudad. Tenía otros horizontes, por supuesto, por ejemplo cómo beber agua pútrida en las islas y no ponerse enfermo. Hoy un polaco de Cracovia lo que no perdona, pudiendo, es dejar de ir a un PPPP, cuatro pes de Polska Partia Przjaciol Piwa, o Amigos Polacos de las Fiestas de Cerveza. Si en el Pacífico sur entronizan la *kava*, el jugo un poco narcótico de una pimienta salvaje, en Cracovia la cerveza es casi de naturaleza nacional y sacrosanta. Y por si no tuvieran bastante corre el vodka, y el más especial que llaman del bisonte, pues dicen que es mejor si está hecho con las hierbas donde orina ese animal. Tanto dan vueltas a su religión, que es la cerveza, y naturalmente al culto mariano, muy vivo en Cracovia, que en 1990 un artista cómico como Janusz Rewinski se inventó lo de las PPPP y arrasó además en un período muy delicado de transición desde el comunismo a la democracia occidental. Ya entonces Juan Pablo II, hijo honorífico de Cracovia, estaba muy encima del proceso, ya que no de las PPPP. Esas siglas fueron lo más nombrado de un partido político que aprovechó el desencanto inicial por el flojo ritmo democrático, y que llegó a sacar dieciséis escaños en 1991. Nada mal para lo que nació como una broma cervecera. Pero la dicha no dura en la casa del pobre, ni del marginal, y el partido sufrió una secesión suicida en dos tamaños, jarras de cerveza grandes o pequeñas, como decir pintas o cañas, y la espuma bajó. Hay días aún que las nieblas de la crisis económica amustian la gaya Cracovia.

No trascendieron situaciones o anécdotas relacionadas con la estancia de casi un año de los Malinowski en Tenerife. Hay que suponer al cracoviano concentrado en transferir al papel el conjuro del mago de Oburaku, que no era sencillo tratándose del aprendizaje de una bruja local. «La *yoyova* deja su cuerpo (*inini wowola*, que en realidad significa "hace ruido fuera de su piel"): está tendida y duerme, la oímos roncando. Su cubierta (*kapwalela*, es decir, su cuerpo exterior, su piel) permanece en la casa, y ella misma vuela (*titolela biyova*)». Y, sin embargo, salir del propio cuerpo una bruja, y volar de otra forma en otro lugar, es lo que también hacían las brujas del Pirineo y de tantos otros sitios.

La finca de Boquín, donde eso y mucho más fue escrito por Malinowski, está a cargo del Ayuntamiento de Icod de los Vinos, y con sus 175 000 metros cuadrados, junto al parque del Drago, constituye una joya de la naturaleza canaria, junto al cercano espacio natural protegido del acantilado de la Culata. La finca es más bien un barranco, el de Caforiño, con una espléndida vegetación gracias a sus nacientes de agua subterránea y a sus correntías, sin que falten los dragos, las palmeras y los plátanos, aparte de viñátigos, fayas y barbusanos, tres plantas que suenan a poema. Y debió de serlo en

1501 para el que se quedó con esa hacienda fabulosa, el capellán portugués Ruy Blas, quien acompañó al Adelantado Fernández de Lugo en la conquista de la isla. Luego la finca pasó en el siglo XVII a Jerónimo Boquín, gaditano de origen genovés. Una larga historia de prosapia, tan exótica respecto al mundo de las yoyova trobriandesas, siendo los elementos voladores y nidificadores de ese sitio tinerfeño mucho más clementes cual cernícalos, aguilillas y corujas, otra trinidad de nombres, aunque Malinowski no estuviese por esa y otras labores, concentrado al máximo en sus notas y recuerdos de otra parte del mundo donde florecen los hibiscos de flores rojas y los arbustos de crotón exhalan un aroma que embriaga.

Malinowski siente gratitud por el lugar y firma su libro de los *Argonautas* en «El Boquín, Icod de los Vinos, Tenerife, abril de 1921». Se lo dedica a su maestro Seligman y se lo prologa su otro maestro Frazer. Se cierra el círculo de oro que empezó a trazar Bronio cuando entre 1911 y 1913 escribía artículos sobre Frazer y el totemismo para la revista etnográfica polaca *Lud*. Y respecto a que su destino pasaría por los mares del sur más remotos desde Europa estaba claro desde la aparición en 1913 de su primera obra, pero en lengua inglesa, lo que ya supuso una machada del cracoviano: *The Family among the Australian Aborigenes*. No se inventaba nada, lo que fue clave siempre del buen hacer de Bronio. El 10 de agosto de 1913 Malinowski ve con sus propios ojos a los primeros indígenas de su vida, y son con los que hace su trabajo de campo, con los de la tribu marrinyerri en Milang, junto al lago Alexandrina, y los observa bailando, usando bumeranes, haciendo cestas… Su vida empezaba a ser tan verdadera e increíble como la había pensado en Cracovia o en Zakopane.

En esta segunda década del siglo XXI estando en Cracovia no puedes evitar que alguien se te acerque y te proponga ir a Auschwitz. En los hoteles, en los restaurantes, en la plaza del Mercado, no se cuentan las compañías turísticas que ofrecen el viaje diario al campo de exterminio, y en su defecto a las minas de sal de Wieliczka con su capilla subterránea de Santa Kinga. Hay dónde elegir y los píos se apuntan a la ruta de Juan Pablo II empezando por ir a Wadowice, su pueblo natal, y visitando luego Kalvaria Zebrzydowska, el mayor Calvario europeo con santuario incluido. Espíritus más amantes de la santidad de la naturaleza encuentran interés y reposo en Zakopane y los montes Tatra, donde se cimentó la amistad entre Malinowski y Witkacy, y donde gente de la cultura, las artes y el deporte de Polonia, mantienen ese punto como una especie de capital de invierno del país.

Opté por ir a Auschwitz no sin superar alguna clase de contradicción. ¿Es buena idea realmente ir a ver un *lager* nazi aunque sea a deplorar y compadecerse? En realidad mi capacidad de indignación ya estaba colmada tras la visita al antiguo barrio judío de

Casimierz. Todavía me resonaban las palabras de la guía Jana contando que en esas calles, llenas hoy de restaurantes kosher o no, de bares, tiendas y animación, era donde el jefe de las SS se dedicaba literalmente a cazar judíos, como si fuesen ciervos. La mayoría de ellos acababa en Plaszow, el campo de exterminio ubicado en las afueras de la misma Cracovia.

—Todavía tiene que haber ahí asesinados, enterrados en fosas comunes, y no se sabe dónde. En Cracovia había 65 000 judíos, hoy día yo creo que puede haber cien al máximo.

Para Jana el tipo verdaderamente terrible de Cracovia, el ser nunca suficientemente denostado, fue Amon Goeth, el comandante nazi responsable de las deportaciones en masa del gueto, el que se estableció como tal en marzo de 1941. En 1942 empezó ahí la aplicación de la «solución final», uno de los eufemismos más crueles de la historia. El campo de Plaszow, apenas a cuatro kilómetros de distancia del gueto, se convirtió en una caricatura de la vida cotidiana, lo cual era más bien la muerte cotidiana. Los nazis, los desolladores como los llamaba Jünger, perpetraban el horror sin que aparentemente Alemania supiese nada de nada. A veces nadie quiere saber nada.

Hoy día Cracovia crece hacia Plaszow con sus centros comerciales de lujo (como el Bonarka) o el Castorama, un complejo gigante de tiendas y *outlets*. Nada más aparcar allí el coche ves enfrente campos incultos, sin señales. A partir del verano de 1942 los nazis llevaron a Plaszow carretas enteras de ancianos, niños, enfermos, para eliminarlos sistemáticamente. Sólo los declarados aptos para el trabajo forzado resistían el tiempo que podían en las barracas del campo contra el hambre, el tifus y la opresión.

Los campos de Plaszow se han quedado yermos, sin visitas, flechas o rótulos. Sobrecoge el aire del espanto. Nada tiene que ver con otros lugares de Cracovia convertidos en museos colosales, como la propia fábrica de cacerolas esmaltadas de Schindler en Podgórze. Es la aplicación del éxito de Hollywood al relato de una tragedia, todo muy bien hecho y presentado, no lo niego. En cambio, Plaszow es un sitio donde te encuentras acaso con tu sombra. El campo de prisioneros estaba al lado de una cantera y de un par de cementerios, así que la logística nazi estaba bien amarrada. Las lápidas del viejo cementerio judío de la calle Jerozolimska se volvieron a usar en la construcción de una nueva carretera en Plaszow, mientras el cementerio de la calle Abrahama, que apenas había sido abierto en 1930, fue convertido en un establo para caballos.

Eran maneras ulteriores de humillar a los judíos que tenían los nazis, hasta que se cansaban de contemplaciones y fusilaban a quienes no les servían. Los salvajes de la Melanesia, aunque no fueran

precisamente los trobriandeses que estudió Malinowski, no sólo mataban al enemigo sino que al comérselo le infligían el mayor de los desprecios. Los nazis no comían carne humana, comían espíritus humanos como si fuesen hamburguesas. No era «el viraje hacia la culpa que hay en lo inconsciente», como en los relatos de Poe, como en las novelas de Dostoievski. Era, según Jünger, que vivió las dos guerras mundiales, y el auge y el fin de Hitler, lo que no se podía creer. Y por tanto no podía existir. Lo peor como normalidad que se transformaba en silencio aceptado. Acatar el terror se debía al mando absoluto de Kniébolo, por otro nombre Adolf Hitler. Los alemanes a un lado, las víctimas a otro. Jünger trata de entenderlo, pero no siempre lo consigue: «No conocemos el otro lado. En el instante en que la víctima cruza el portal de la gloria olvida a su verdugo; éste queda atrás, como uno de los fantasmas del mundo del terror, como un portero vestido con la librea del tiempo». Frases geniales estampadas sobre uniformes hitlerianos. No es suficiente con el olvido. Es necesario el recordatorio. ¿También ir a Auschwitz? Hace 13 700 millones de años aparecieron los primeros seres vivos, de los que se tenga noticia en el universo conocido. La involución, no la evolución, es lo que no ha dejado de acechar en el largo camino.

Sobre todo lo cual, vidas y fusilamientos, reinaba el comandante del campo Amon Goeth, a quien se le atribuye la acelerada destrucción del gueto de Cracovia por el procedimiento de matar en masa. El 13 y el 14 de 1943 se enviaron a Plaszow entre 6 000 y 8 000 judíos, muchos de los cuales seguían viaje cargados en las carretas hasta las cámaras de gas de Auschwitz Birkenau. Entre mil y dos mil fueron ya fusilados y enterrados en fosas comunes en Plaszow. Bajo el mando de Goeth ese campo también sirvió para internar a prisioneros políticos polacos, no sólo a judíos. Las barracas alojaban a 150 prisioneros en un espacio de ochenta metros. La mayor cota se alcanzó en 1944 cuando llegó a haber 25 000 prisioneros en 81 hectáreas de un campo rodeado por cuatro kilómetros de alambre de espino electrificado. Doce torretas de vigilancia evitaban escapatorias. ¿Un cálculo de muertos? Tal vez 150 000 sólo en Plaszow, pero las estadísticas nazis no eran tan fiables como sus procedimientos letales. Ya he referido que muchos acababan en los hornos de Auschwitz.

Hoy apenas se distingue algo en Plaszow, un parque sin mantenimiento, un campo ondulado, sin grandes árboles, si acaso un cartel: «Por favor, recuerde la penosa historia de este sitio». Algunos prefieren observar todo esto un poco a distancia, y lo entiendo. Se sufre menos si se va a Koplec Krakusa, la mayor loma de las afueras de Cracovia, un antiguo sitio pagano de adoración, donde se han encontrado hasta restos prehistóricos. Se encuentra en los confines del barrio de Podgórze, y aunque no sean ciertamente demasiados los

dieciséis metros de altura de su cumbre permiten una mirada panorámica sobre los sitios que fueron escenario de la matanza de los judíos: los campos de Plaszow, la cantera de piedra caliza de Liban, el viejo cementerio. Uno puede retrotraerse también a tiempos más antiguos y ambiguos, a cuando fundó esta ciudad el rey Krakus o Krak. Tal vez se hizo este túmulo en su honor, para enterrarlo a él y a sus deudos, si bien su cráneo o algo así nunca ha sido hallado. Puede que el montículo fuese construido por poblaciones eslavónicas a partir del siglo VII de nuestra era. Es un misterio arqueológico no bien resuelto, pero donde un atardecer puede ser memorable entre melancolías.

Con todo, quien desee rememorar, y pulsar, la verdad de Plaszow aún se alza en la parte norte del campo la infame Casa Gris, donde torturaban los nazis. Y en el extremo sur está la Casa Roja, donde vivía Amon Goeth, no muy distante de Hujowa Górka, uno de los sitios de ejecución. Cuando se acercaba su derrota los nazis exhumaron de ahí 10 000 cuerpos de judíos para que no se supiera de aquellos crímenes. Tampoco consiguieron eso. Un monolito de época soviética, el Memorial de los Corazones Desgarrados, de 1964, lleva la inscripción «A la memoria de los mártires asesinados por los nazis que perpetraron el genocidio en los años 1943-45».

Ernst Jünger escribía el 8 de julio de 1943, en el París ocupado, esta anotación de su diario: «Tras el desayuno he leído el salmo 90. El hombre, la mosca efímera que vive un solo día, ha logrado en él su canto más poderoso, su canto trágico».

Plaszow, Podgórze, pero Auschwitz y Birkenau seguían golpeándome con sus nombres en Cracovia, ¿cómo no iba a ir allí? Es una vez en la vida. Es una vida en una vez, por miles y miles, eso me contraía el estómago. Me he apuntado a un autobús que sale a las ocho, y que parará frente a mi hotel, el Pollera, un edificio de la calle Spitalska, donde antes había un hospital y ahora no falta de nada, desde una librería de viejo a una pastelería, y una cafetería y un bar, y en el número 10 una pequeña capilla de Santo Tomás, si no me equivoco con la advocación, donde media docena de monjas cantan por la tarde. Y si no haces paradas llegas a la plaza Rynek en unos diez minutos. El edificio donde se ubica mi hotel es de fines del XIX y tiene esa solera que no se improvisa con sus techos altos, balaustradas generosas y unas vidrieras de *jugendstil* donde los rayos de sol sacan a los lirios y sus hojas tonos oros y turquesas. Eso anima a bajar la escalera principal incluso en ayunas. Pero el día destinado a Auschwitz-Birkenau había amanecido del color acerado que corresponde a esos campos de muerte y a un volumen de matanza que me cuesta asimilar: un millón y medio de judíos fueron aniquilados allí por los nazis entre 1940 y 1945.

Es lunes 27 de mayo y en el autobús nos saluda el guía, un joven polaco llamado Gabrys, y dice que en una hora y diez minutos llegaremos a Auschwitz. Una distancia tan corta que acongoja. Rebasada la periferia de Cracovia pasamos ante una iglesia de los carmelitas y por la aldea Lizski, con cuatro casas, sin que falte un *Supermarket*, no sé qué clientes pueda tener. En Koszow las casas parecen buenas, sólidas, individuales. Seguramente sus habitantes tendrán ingresos aparte de su campo de un color esmeralda, pero tan vacío que se diría un desierto verde de la vieja Polonia rural. Empiezo a creerme las señales de tráfico que veo pasar desde el autobús y que advierten del peligro de ciervos. Parece más fácil encontrarlos que a humanos, y eso es lo que pasa, nada ni nadie, antes que los bosquecillos lejanos se aprieten y la carretera se estreche al ir llegando a Ctuów. Es el desvío y hay que tomar hacia Babice, una carretera recta como una espada, donde hay signos de vida si por eso entendemos un restaurante llamado Gala. En Babice anuncian un parque de dinosaurios, interpreto que de pisadas fósiles de los mismos, y hay una iglesia barroca, reconstruida con mucho cemento y con una cúpula que es un bulbo oxidado. Aquí queda alguna casa de madera en medio de los prados y al resguardo de colinas boscosas. En las afueras de Babice la carretera se bifurca, un ramal va hacia Katowice, y tomando a la izquierda, como lo hacemos, hacia Bierun y Oswiezerim, ya vamos en la correcta dirección de Auschwitz. Los bosques se tupen y llegan a lamer los arcenes de la carretera, parece una zona aún más despoblada. Gabrys, el guía de esta excursión, no ha proferido ni una palabra en todo este trayecto. Tal vez sepa que lo mejor es que la gente se reconcentre y se prepare para lo que va a ver. Otro triángulo amarillo en la carretera de peligro de ciervos: debería decir peligro de nazis. Ya es Koniec. En otro cruce, el de Bierun, dejamos esa carretera y faltan siete kilómetros para Auschwitz entre bosques cerrados.

Son las diez de la mañana y entramos en Oswieçim, un pueblo ya de tamaño medio con algunos hoteles y restaurantes que hacen su negocio con los visitantes a los campos de Auschwitz y Birkenau. Una pizzería se llama Trattoria Viva, que no deja de ser casualidad, si existe eso, casualidad y no causa-efecto. Hay un gran anuncio de Toyota ofreciendo repuestos y vehículos, y el tráfico que ha sido inexistente hasta ahora parece rebrotar. Otro cartel anuncia un *Life Festival* de *rock* con Sting de protagonista el 29 de junio de 2013, el día de San Pedro. Sting cantará «Message in the bottle», con el grupo The Police también presente en un desliegue en toda línea contra el racismo y el antisemitismo, y la xenofobia del color que sea. Mensaje en una botella para los vecinos de Oswieçim y para los visitantes con ranuras que cerrar en el alma. Es un festival que empezó en 2010 con

motivo de aliviar un poco la carga opresiva que ejerce Auschwitz, en el mismo término municipal de Oswieçim. Y encima a Sting le acompañará este año un grupo que no se corta con el nombre de Red Hot Chile Peppers, o los Guindillas en español, los de la banda de *funk rock* que sacó *Californication*.

«It's the edge of the world / And all of western civilization…», es el borde del mundo y de toda la civilización occidental: me resuena como un cortocircuito la letra de los Guindillas, una disonancia absoluta con lo que voy mirando en Oswieçim desde la ventanilla del autobús. A la derecha abre sus puertas, para viajeros con necesidad de pararse en su viaje al horror, un hotel llamado Glob. Luego hay una tienda pintada de rojo y gualda, aunque no en las proporciones de la bandera española, que anuncia «Alkohol» con ka. Dejamos a la derecha las vías por donde discurre un tren y llego así, estremecido de antemano, al gran aparcamiento del *Muzeum* de Auschwitz, está claro que eso es lo que vamos a ver en primer lugar.

Pregunto a Gabrys cuántos visitantes reciben al día en Auschwitz y no sabe precisarlo, pero entre 3 000 y 5 000 en la temporada de primavera/verano. Las colas hoy son colosales. Hay que pagar un zlotzy para ir al baño, y parece ser el día de las vejigas a punto de explotar por tantas cosas. Un expreso de la máquina vale cinco zlotych, qué menos para templarse un poco con lo que le espera al incauto viajero. Pero él lo ha querido.

Ya a continuación viene el horror que supera al pintado por Conrad, y a cualquier conjuro maléfico de las Trobriands de Malinowski: «Cierro los ojos con niebla; hago temblar al mar con niebla; cierro vuestras bocas, tiburones, *bonubonu* (gusanos pequeños), *ginukwadewo* (otros gusanos). Id por abajo y nosotros nadaremos por la superficie».

Creo que la humanidad es un término que cesa de existir en la puerta de Auschwitz.

—Todo el pelo que se ve es real —dice el guía Gabrys al pie de las vitrinas. Al otro lado, masas de pelo humano cortado por los nazis en su afán de hacer económico el genocidio. Nada que no fuera susceptible de tener un valor económico fue descuidado por aquellos potentes artífices de muerte que fueron los nazis destinados a Auschwitz y otros campos. Y luego estaba su extrema delicadeza al descalzar a las víctimas: les dio tiempo de gasearlas e incinerarlas pero eso no lo hicieron con las montañas de zapatos que ahora a uno le revuelven el estómago. Pilas de zapatos planos, de tacón, botas y botines, los cueros marrones, negros, que contenían pies de judíos. No creo que haya nada mas patético que la visión de ese sinfín de zapatos judíos de Auschwitz, aparte del pelo, que es humano, aunque viejo y cortado, con el que los nazis, muy mirados para la economía, hacían mantas. Pero arrancar el zapato del que va a morir es lo más cercano a

la animalidad que uno pueda imaginar. La pezuña nazi no resistía que otros hombres y mujeres tuviesen la cortesía humana de ir calzados, de tener la suela que levanta a la humanidad del polvo.

A su lado peines, cestos, maletas, escudillas, en tropel. Es una parte angustiosa del museo y al salir al aire libre en un día gris siguen los barracones del horror. «Ha sido horroroso», dice una lotera de Madrid que ha vendido todos los décimos de Navidad con la fecha del nacimiento de Mandela. Lo horroroso en España se ha reblandecido. El próximo puñetazo en el estómago en Auschwitz es ese arco metálico visto una y mil veces en fotos y películas y con el que los nazis se reían de todo dios viviente: «*Arbeit macht frei*». El trabajo hace libre. Sí, porque el judío condenado, por muy fuerte que esté al principio, fenece por su propio pie, o si no es retirado de la circulación y gaseado. Hasta lo del trabajo de otros era una incomodidad para los nazis deseosos de vivir rodeados de cadáveres, sin nadie que abra la boca, la obediencia prusiana de cádaver, *kadavergehorsan*, por fin realizada.

Otra ironía es que en 1940 autorizaron las orquestas de judíos para amenizar el campo. La primera que se organizó era de siete músicos, violín, trompeta, percusión, saxo, acordeón y contrabajo, doble bajo, contra todo dios, que sonara Beethoven. ¿Fue traidor por eso Beethoven al género humano? La excelsitud, la sordidez, una simetría. Según Jünger la simetría no siempre es buena, los tibetanos la evitan en sus templos porque convoca a los demonios. Otro acre sarcasmo en Auschwitz es la larga y estrecha piscina que los nazis enseñaban a las eventuales visitas para demostrar el exquisito trato que dispensaban a los prisioneros: éstos hasta podían hacer unos largos en esa alberca hoy frígida y verdosa. Otra mentira más. A los nazis no les gustaba que los judíos nadaran, ni que comieran ni que bebieran, ni que existieran, aparte de ser una consigna oficial su exterminio. Pero tampoco hacían ascos a su oro. La cantidad de muelas de oro que arrancaron fue un trabajo digno de los dentistas más locos del mundo. Algo bueno tenían que tener los judíos en sus cavidades. Total, de nada les serviría la dentadura cuando respirasen el sustancioso gas de la patria padre que era Alemania bajo Kniébolo, el buen pastor.

Gabrys nos recuerda que hasta las cenizas de los judíos incinerados en los hornos crematorios servían de fertilizantes, o como material de construcción. Dientes de oro, pelo para mantas asquerosas, zapatos que hay que quitar inmediatamente a los seres inferiores, y por fin cenizas humanas para cultivar la buena remolacha de la patria. Gabrys el guía me dice en un aparte que, como joven polaco que es, no entiende, y lo remacha, no entiende por qué puede haber negacionistas del Holocausto en Estados Unidos y otros países.

Caminamos ahora por un terreno despejado tras los barracones en

paralelo a la vía muerta del tren. En cierto modo estamos haciendo el mismo camino que los judíos tras ser apeados del tren de la muerte. En aquel entonces había una gran actividad en el andén. Multitud de famélicos hacían cola, y un doctor nazi que miraba con su ojo clínico la mercancía que le llegaba: éste para la cámara de gas, éste para trabajar, ésta para nada. Y así se avanza, bloque a bloque, hasta el onceno, el de la Muerte, con el corazón encogido. Una de las celdas de 90 centímetros por 90, pues ni el metro daban los nazis para unos últimos días de vida, recuerda al padre polaco Maximilian Kolbe, el que se quitaba la comida de la boca para otros presos.

Después sales al exterior y una chimenea cuadrada avisa de dónde te vas a meter. No te salvas de ver el crematorio construido con todas las garantías por Topf und Söhne, una empresa de Erfurt que sabía dar a sus clientes un acabado imbatible en materia de cámaras de gas. Lo hicieron tan a gusto de los verdugos nazis que la firma consiguió vender hasta cuatro hornos crematorios, con sus chimeneas correspondientes, para Auschwitz II y Birkenau. Antes de quemar había que matar. Simplemente estremece entrar en el edificio que alojaba las cámaras de gas, donde se usaba Cyclon B, el producto estrella de la fábrica alemana Degesch. Y un gran avance de la ciencia humana sobre los primates, tipos inferiores por no haber rozado siquiera el poder calorífero, asfixiante, que despiden esas bolitas cristalinas, pequeños polígonos blancos. Una vez usado el gas, del que se gastaron 20 000 kilos entre 1942 y 1943, los hornos hacían su papel y quemaban hasta 350 cadáveres al día. Es sin duda una de las visitas más espantosas que puedes hacer en el mundo, y uno de los mayores impactos que puede recibir la sensibilidad individual. Los verdugos nazis no daban abasto: tenían que usar de cinco a siete kilos de Cyclon B para aniquilar a 15 000 personas. Les hubiese traído más cuenta disponer de una especie de arma atómica portátil, pero que no contaminase al nazi que la agarrase por el mango.

La dura caminata culmina en el Muro de los Muertos, un memorial con muchos idiomas y muchos llantos. Una de las placas conmemorativas está escrita en ladino. Un recuerdo para los judíos de la vieja Sefarad, los que fueron expulsados para acabar muriendo de esa forma aquí en Auschwitz. A todo esto me parece muy sensata la apreciación de Gabrys de que estemos pisando un terreno sobre el que se volcaron toneladas de cenizas humanas. Hay un charco que han dejado las últimas lluvias cerca de la explanada donde echaban las cenizas de los cremados, y una piedra con pequeñas piedras encima de recordatorio fúnebre a la manera judía. Respecto a otras cámaras de gas con los techos arrumbados dan otro golpe con su imagen espectral. ¿Cómo fue posible esa bajada a los infiernos? Jünger recibe en su casa de Kirchhorst el 12 de mayo de 1945, perdida ya la guerra, a dos

periodistas norteamericanos, que conocen sus libros y hasta a sus amigos de París. El escritor y ya ex oficial de la Wermacht les escucha: «Una mujer joven que había sido liberada en un campo del Este les contó que un crematorio inmenso había escupido allí fuego a últimas horas del día, como un volcán que entrase periódicamente en erupción y que había llenado con su humo toda la zona. Es una estampa cainita». Como Auschwitz.

En unos minutos de autobús llegamos al contiguo campo de Birkenau y huele a hierba recién segada. Experimento un auténtico alivio con ese aroma que algo disipa la reciente visita de Auschwitz. Otro lenitivo es oír un fugaz canto de un pájaro, y aunque no lo veo para mí es como si fuese un charrán que hubiese venido desde el Mar de Salomón, o de otros parecidos que conozco de la Melanesia, a estos sombríos campos verdes de Polonia. El viaje me ha costado 105 zlotyze, ida y vuelta, pero es incalculable el daño que propina.

De vuelta a Cracovia trato de reasentarme de vísceras y mente tras la visita a Auschwitz, pero la lectura de las *Radiaciones* de Jünger que tengo entre manos no es para levantar la moral. Él la tenía por los suelos el 13 de mayo de 1945, en su casa de campo cerca de Hannover. Se consolaba con el jardín y con el *Libro de Isaías* «ya en el primer capítulo describe una situación semejante a la nuestra: la cabaña en la viña. "Vuestro país está desierto; vuestras ciudades, abrasadas por el fuego; vuestro suelo a vuestra vista extranjeros lo devoran"». Salgo del hotel Pollera para dar una vuelta por la Lonja de los Paños de la plaza Rynek. Cracovia tiene ese tipo de ambiente que hace pasar página rápidamente, al menos a los ojos. Entro en una iglesia picuda de Santa María, la que tiene un frontis sobre el altar que parece un cielo azul marino cuajado de estrellas. Sólo le falta algún revoloteo de entes voladores. En el centro de la plaza se alza un monumento que quizá no diga mucho a los extranjeros, pero a que los polacos les importa y cómo. Es la estatua de Adam Mickiewicz, el patriota y escritor que Apollo, el padre de Joseph Conrad, veneraba. Tanto fue así que Apollo impuso a su hijo el nombre de Konrad por ser una de las figuras del gran poema épico de Mickiewicz, y ése entre los muchos apelativos del escritor es el que al final le ha caracterizado. Pues bien, los nazis no pudieron soportar una estatua como la de Mickiewicz con tanto significado de rebeldía, de libertad para los polacos, y la demolieron. Suponía también una desesperación nazi por la resistencia de las cosas, las piedras, los cuerpos humanos tenaces en no morir y en tardar en ser cremados. Tuvo que venir la posguerra y en 1955 se volvió a levantar la reconstruida estatua del poeta polaco que tiene a sus pies, como no podía ser menos, la Patria, la Ciencia, la Poesía y el Coraje. Cuatro efigies de un todo. ¿Quién puede pedir más? Bueno, hoy tal vez los estudiantes, los que dan vueltas al monumento

saltando a la pata coja. Cuantas más den mejor nota sacarán.

Sin embargo, en Cracovia hay rincones que son como oasis contra toda tribulación. Uno de los que más me acaba gustando es el Jardín de los Profesores de la Universidad Jagiellonian. Está sembrado de bustos en bronce de personalidades docentes, y recuerdo sobre todo la del escritor polaco lituano Czeslaw Milosz. Todo eso se alterna con réplicas de instrumentos astronómicos que respaldan el hecho de que Copérnico estudiase aquí al lado, en el Collegium Maius. Datando de la renovación del edificio de 1400, se trata del Colegio más antiguo de la Universidad. Y sobre todo supone un descanso para los ojos su jardín con la serenidad que dan sus rosas rojas al espíritu baldado por el recuerdo de Auschwitz. Son impagables unos momentos transcurridos en un banco de ese jardín angosto, pero que rebosa de aire puro, sin que allí te asalte finalmente un retrospectivo olor a carne quemada o a pelo humano, lo que se fija como una pesadilla en la visita de Auschwitz.

En el patio del Colegio Mayor se puede oír a su viejo reloj dando las 11, o si no la 1 o las 2 de la tarde (también las 9 y las 17 horas en verano). Mientras en la biblioteca del contiguo museo se guarda para seguridad del género humano, que también tuvo instantes nobles, *Sobre el movimiento de los cuerpos celestes*, obra de Copérnico, el hombre que hizo honor al lema de ese Colegio, algo que los nazis evidentemente se pasaron por el forro de sus capotes: «*Plus ratio quam vis*». Más vale la razón que la fuerza. La maña es otra cuestión, supongo que más mediterránea, aunque no por eso despreciable.

Son lugares donde el padre de Malinowski se batió el cobre académico, y su madre lo mismo, y el hijo, si bien no fuese un estudiante de los que no se perdían una clase, se afinó él mismo como un violín bien temperado. Bronio no iría a favor de corriente ni en los estudios ni en la vida. Iba a ser él también un argonauta en busca de los secretos antropológicos aún no desvelados. Los trobriandeses iban al revés incluso en cuestión de partes sexuales. «En los ojos reside el deseo y la lujuria (*magila kayta*, literalmente: “deseo de copular”)». Los actos de la procreación eran mágicos. Como el *spirit-child*, el espíritu-niño más que el espíritu del niño, el que entraba en la madre trobriandesa por un conducto inhabitual, una de las más tempranas apreciaciones de Malinowski. Revela que era un antepasado del clan el que se reencarnaba en el niño que estaba gestando la madre, y se trata exactamente del mismo pensamiento que tenían los antiguos sami de Laponia. Eso producía problemas de parentesco y la relación paterno-filial dejaba de estar bien definida, como se puede suponer. Pero es entre otros temas lo que uno también ha buscado por el mundo, no precisamente en Cracovia, cómo diversas culturas han tenido sus coincidencias extraordinarias pese a sus tan disímiles latitudes. Un

género humano único, eso es lo que es, asunto distinto son las respuestas que se han dado a la lucha por el poder, y las locuras colectivas que cuajaron en algo como Auschwitz.

7: Vilnius con Milosz (y la sombra de Lou Andreas-Salomé)

La mayor sorpresa que uno se lleva al bajar al valle donde se aplasta Vilnius, la capital lituana, es la cantidad de templos barrocos, católicos casi todos, que pueblan sus calles y plazas. Cierto es que Vilnius, la que antaño tenía decenas de sinagogas que fueron destruidas como sus fieles, durante la parte del Holocausto que los nazis dedicaron a Lituania, tiene también muchos templos ortodoxos, incluso alguno de los uniatas (la secta ortodoxa que aceptaba la autoridad del papa). Pero a todo gana el derroche de barroquismo de los templos católicos, con sus amerengadas cúpulas y retorcidas fachadas, un anticipo de su interior cuajado de columnas floridas, floripondios por doquier, y *putti*, algo que a uno le llama la atención en Vilnius, porque es como si el comunismo hubiese pasado por aquí sin romperlo ni mancharlo.

Por eso Vilnius y todo ese vértigo religioso suyo, con su epicentro en el templo de la Virgen de la Puerta de la Aurora, me hacía recordar las lúcidas palabras de Lou Andreas-Salomé, una de las mujeres más inteligentes de su tiempo y de todos los tiempos (al margen de que conoció personal y estrechamente a Freud, a Rilke, a Nietszche…). Ella recalcó en más de una ocasión que en el fondo se sentía rusa, es decir, que se sentía de donde había nacido, en Rusia, pese a su mistura étnica y cultural, pero por eso también subrayaba «esa fuerza de atracción casi religiosa con que el bolchevismo se apoderó del proletariado ruso, volcando, por así decirlo, la leyenda de Lenin sobre la leyenda de Cristo».

Esa frase es algo que siempre he manejado, porque me impresionó su ambición de exactitud, y me parece que también la voy a tener muy presente en Vilnius. Andreas-Salomé sabía de lo que hablaba valorando sobremanera su nacionalidad rusa encima de un origen familiar judío, y aparte de tener el idioma alemán como expresión del mundo y de su espíritu o *Weltgeist*. A eso se sumaba su conocimiento en las materias más vanguardistas de su tiempo, empezando por el psicoanálisis, y siguiendo por la literatura vivida casi en el mismo momento en que algunos de sus mayores creadores estaban concibiendo el más allá de poemas y prosas geniales. Un refinamiento intelectual, en suma, como se ha visto en pocas ocasiones adornando a una persona.

Vilnius, y prefiero ese nombre suyo en lituano al polaco Wilno, incluso al más usado de Vilna, ha sufrido muchas barbaridades de otros pueblos. Los lituanos han tenido que hacerse expeliendo a

empujones a sus invasores, ya fuesen enemigos claros como los asiáticos o amigos como los polacos. Nada se diga tampoco de la presión que los lituanos sufrieron unas veces por parte de los Caballeros Teutones, luego por los alemanes nazis, y otras veces, hasta 1991, por los soviéticos. Por eso Andreas-Salomé fue una de las que abrieron camino a otros escritores lúcidos, ya de la tierra como Czeslaw Milosz, para no dejarse engañar por las novedades. Todo tiene una capa anterior. La leyenda de Lenin añadida a la leyenda de Cristo. O Milosz, quien en *El poder cambia de manos* profundizó hasta la extenuación en lo que significa la lucha por dominar, particularmente en laVarsovia caída en manos soviéticas, pero daría igual en su nativa Lituania. «Desde luego, puedo equivocarme —prosiguió Baruga—. Pero me parece que soy fiel al programa establecido en estos últimos años. Hemos aprendido a no tomar a la ligera los nacionalismos. Ni la religión».

Los nazis se ensañaron particularmente con los judíos de Lituania, aunque tuvieron también sus simpatizantes y colaboradores lituanos, acaso en el viejo espíritu de los Caballeros Teutones, los que fueron los dueños del país largo tiempo. Más recientemente Lituania, que es un país pequeño, original, correoso, con una marcada cultura polaca de fondo, pero lleno de atavismos y particularidades, tuvo motivos bajo la URSS para temer la desmesura, esa medida no pocas veces habitual de lo ruso. La desmesura de la que hablaba Andreas-Salomé y que ratificó Czeslaw Milosz por mucho que los polacos le tiraran a este último de la chaqueta para integrarlo, al menos en cuanto a escritor, en su lengua y sentido. Pero si hay un país en el Este abocado realmente a la busca o pesca de la trascendencia es Lituania. Oscar Milosz, primo lejano de Czeslaw Milosz, era también poeta, lingüista, esotérico y certero al mismo tiempo, y manejaba con competencia la Cábala, el sufismo, el Apocalipsis. Y escribía en su poema «Nihumin»: «He visto, en un gran viento / de influjo, la elipse del “sabat”». Y en su impresionante *Cantique de la connaissance* reconocía: «La locura sopló siete veces sobre el candelabro de oro del conocimiento».

Eso, más que para ver Vilnius, sirve, como los ojos de Poe, o de Baudelaire, que inspiraron a Oscar Milosz, para adentrarse en otros lugares, ésos que se llaman los arcanos. La poesía lleva al «abismo de tormenta del tiempo». La historia de Vilnius, pasadas tantas galernas históricas, es más evidente. Ofrece aún hoy una sucesión tan nutrida de templos que parece que el paréntesis soviético debió de ser más breve de lo que fue, o que se desdibujó con tanta carcasa barroca, y con tantos santos y santas como abundan, como si las personas normales fuesen menos que ellos. Otra cosa es que Czeslaw, el primo de Oscar Milosz, y mucho más joven que éste, tenía un espíritu más racionalista, pegado a la piedra, y se parecía mucho al profesor Gil,

uno de sus personajes novelescos: «Como la mayoría de los solitarios, siempre se olvidaba de comprar un poco de mantequilla o de mermelada». Pero Czeslaw se hartó, consideró fatídico vivir en el centro mismo de las neuronas de aquel régimen, y se escapó exiliándose primero en París en 1951 y luego en California.

La única norma importante, según Czeslaw Milosz, es «mantenernos libres de tristeza e indiferencia», las palabras finales de *El poder cambia de manos*. Después de todo era tan mesiánica la obediencia debida por los siervos de la gleba, las almas muertas, o al menos muy enfermas, bajo el zarismo, como el acatamiento obligado del sistema marxista-leninista. ¿Quitar unos iconos para poner otros? Según Lou Andreas-Salomé mucho de eso se debía a la tardía cristianización de Rusia (en el siglo X). Pero si se esgrime tal razón, Lituania goza del privilegio de haber sido la última nación pagana de Europa. O donde el paganismo tardó más en ser erradicado, y a lo mejor eso no ha acabado del todo, ni adherencias y ensoñaciones, y una cultura con un plasma sanguíneo que no sigue los patrones habituales. No hay más que ir a ver el Museo de los Diablos (Velniu Muziejus) de Kaunas, la vieja capital lituana. Un artista provocador, como muchos paisanos suyos, llamado Antanas Zmuidzinavicius, tiene un final de apellido que a los curas católicos les permitiría un chiste fácil. Llamémosle Antanas al creador de una exposición donde no hace ni frío ni calor, pero donde no se escapa ni una careta demoníaca producida en el país. Y respecto al resto del mundo Antanas ha ido encontrando figuras luciferinas de las formas más extrañas y en toda clase de materiales, madera, cristal, aunque falta, si el demonio fuese de verdad, carne y hueso.

No voy a poder acercarme a Kaunas, y bien que lo lamento siendo la segunda ciudad del país, aunque después de todo los diablos se ven en muchas partes. Andan sueltos, incluso en las páginas de escritores tan dotados para la religiosidad como Dostoievsky, a quien por esa razón tuvo muy en cuenta Milosz llegándolo a comparar con el visionario Swedenborg: «El ateísmo del viejo Karamazov es volteriano». No comparte Milosz, sin embargo, lo que sostuvieron algunos escritores de religión ortodoxa sobre el autor de *Los hermanos Karamazov*, nada menos que tildarlo de «el mayor teólogo que había dado el cristianismo oriental». Milosz niega eso y, apoyándose en Anna Akhmatova, la poetisa nacida en Odesa que propugnaba el acmeísmo, la claridad casi adánica del texto, llama «herejes» a Dostoievsky y a Tolstói. Herejes respecto a la religión rusa ortodoxa, se entiende. Heterodoxos, quizá sería más apropiado, pues Milosz, que unía a su capacidad de fabulación un fino bisturí de crítico moral y literario, también admiraba a Dostoievsky por estar lleno de un sentido de la perplejidad, aparte de un desgarro, que ha marcado la cultura del Este

de Europa.

Son intrahistorias, tal vez unamunescas, de Vilnius, y de su hijo preclaro Czeslaw Milosz, Premio Nobel de Literatura en 1980. El autor que por un lado entró en colisión con lo soviético y por otro lado incorporó muchas de las dudas de Dostoievsky empezando por la más desacralizadora: «si Jesús murió y no se levantó entre los muertos». Eso, tan dostoievskyano, no le pareció muy errático a Milosz, que era de origen judío, nacido en 1911 de noble familia lituano-polaca, hombre que nadaba en el idioma francés como pez en el agua, y luego en el inglés, y siempre en el lenguaje que implica libertad del ser humano por encima de cualquier etiqueta política o religiosa. Pero volviendo a Vilnius, la de las tantas iglesias, puede que Dostoievsky acertara en la muerte sin resurrección de Cristo: «Esto es, si él sólo era un hombre entonces la Tierra es un "vodevil diabólico" y uno debería convertirse en Gran Inquisidor en el nombre de la compasión por la gente, a fin de transformar a los miserables "esclavos rebeldes" en esclavos felices».

A diferencia de otras antiguas capitales de la URSS, Vilnius no tiene ese aire soviético que viene definido por la amplitud de las avenidas, los macizos bloques de un mismo estilo arquitectónico, y demás notas pétreas. Vilnius, especialmente en su vasto y tortuoso centro, no ha renunciado a callejas, a pasadizos, ni a sus empedrados ni a sus iglesias, un bosque de setas blancas. Abajo es una ciudad barroca hasta la médula, y desde su discreta altura el castillo de Gediminas parece proteger aún a la ciudad para que no se desmande y se haga como cualquier otra degenerada urbe del planeta.

Pero Vilnius también tiene algo ancho y escenográfico, la gran plaza donde se ubica la catedral. Su título oficial es el de basílica de San Estanislao y San Vladislao, y ha sido construida y reconstruida tantas veces que se ha perdido la noción de que ahí pudo haber un templo consagrado a Perkunas, el antiguo dios lituano del trueno. Desde la cristianización tardía, pero efectiva, de los lituanos, Perkunas pasó a ser el amo del folclore, de los mitos, aunque el santo nacional, todopoderoso, milagrero, empezando por sí mismo, fuera el incorrupto San Casimiro, que lo seguía estando en 1604, cuando transcurridos ciento veinte años de su muerte abrieron su ataúd. Su sarcófago preside una capilla de mármol negro hecha para dejar sin aliento. Es plata todo lo que reluce en el sepulcro de aquel príncipe polaco y lituano (nacido en Cracovia), y hasta la madera está recubierta de plata en las ocho estatuas de duques y reyes lituanos que lo acompañan.

A uno de todos modos lo que más le gusta es un cuadro de San Casimiro que tiene tres manos, y nadie sabe por qué. Se dice que se intentó borrar una de sus manos, pero reaparecía una y otra vez de

forma que lo han dejado así. El portento no tiene fronteras culturales ni biológicas. Todo se salta con permiso de Darwin.

Es un placer caminar por la Vilnius baja, eso es indiscutible, por sus vericuetos y laberintos. Pero no habría que perderse observar la ciudad desde lo alto del Kalvariju en el barrio de Jerusalé (o Jerusalén), desde donde se ve discurrir sin prisa alguna al grisáceo río Neris, el segundo río urbano junto al Vilnia. En días de tormenta y luces tenebrosas en el cielo supongo que no es difícil evocar el cuadro *Vista de Toledo* del Greco. Vilnius se derrama entre muchos verdes y muchos pliegues de carácter. En ese sitio, que consideran su particular Jerusalén, han puesto un viacrucis y una iglesia, la del Hallazgo de la Santa Cruz, que ha ido sobreviviendo a casi todo desde que se empezó a construir en 1662. ¿Dónde se ha metido el viejo dios Perkunas?

Se ha ido infiltrando acaso bajo los mármoles de la capilla catedralicia de San Casimiro, o los de las iglesias de los jesuitas, sobre todo de la rimbombante San Pedro y San Pablo. Es un templo donde lo barroco lituano, que es mucho más agresivo que lo churrigueresco, llega al orgasmo místico. Bóvedas y muros están revestidos con hasta dos mil figuras de estuco. Intento creer que es algo razonable, pero no lo consigo. Entre dos mil figuras lógicamente no todas han de ser pías ni bíblicas, habiéndolas asimismo animalescas, demoníacas, satíricas, de militares y menestrales, de cuerpos celestes y de aperos. El cariz de todo ello se aprecia ya desde la entrada donde se enseñorea un gran San Cristóbal, el santo del escudo de Vilnius, y un esqueleto, que es personaje respetado allí, si no tanto como en México. En Vilnius de todas formas el esqueleto no es de azúcar. Pisa con sus pies huesudos los símbolos del poder humano, temporal, pasajero. Otra vez la vieja lección, «mi ritrovai per una selva oscura / che la diritta via era smarrita», Dante al cubo, todo claro y conminatorio. Y sin embargo la prodigiosa iglesia de San Pedro y San Pablo está edificada sobre las ruinas del templo de Milda, diosa del amor.

Más céntrica, la iglesia de Santa Ana tiene una fachada con tres picos, como un sombrero gigantesco de ladrillos rojos, y al mismo tiempo toda ella es estrecha, alargada, como una cara del Greco. Pero son tantos los templos barrocos de Vilnius que para conocerlos un poco se necesitaría un gran tiempo, si no devoción. Y uno, no lo oculta, echa de menos algún lugar que evoque a Perkunas. Me informan de que encontrar algo así es más posible en Kaunas, por ejemplo una casa del siglo XVI, de estilo gótico tardío, que tal vez sirviera de oficina a la Liga Hanseática. Es la Perkuno namas, y el nombre delata que se asentó sobre un santuario de la vieja deidad lituana.

Indudablemente Vilnius recuerda mucho a Cracovia en cuanto a baluarte de lo católico, y ésa es su marca diferencial con Riga y con

Tallin, las otras dos capitales bálticas y protestantes, amén de con otros lugares del Este. En consecuencia es notable la escasez de templos ortodoxos en Vilnius. Y ahí radica una diferencia sustancial también con ciudades rusas. Como recordó Lou Andreas-Salomé, la ortodoxia griega triunfó en Rusia siendo ésa la religión que mejor se adapta a la idiosincrasia de los rusos, por encima del catolicismo por supuesto, pero también del islamismo, del budismo… y de otras confesiones fruto de otras inercias históricas.

Tiene su sentido que los lituanos adoptaran el catolicismo como seña de identidad, si no como un bastión más que erigir entre protestantes del Oeste y ortodoxos del Este. Poca metafísica hay ahí, pero lo cultural es una materia, no sólo un espíritu, y el poso lituano de paganismo se quedó latente aún mucho tiempo después de la tardía cristianización del país. No era fácil extirpar sus largas raíces y el respeto por los viejos dioses y fuerzas de la naturaleza. En Lituania no iban a quemar todo eso de golpe como si fuesen fetiches del África tropical, o como abigarrados dioses de la India. Se fingió que los dioses lituanos se habían rendido, eso es al menos lo que el catolicismo enseñó en muchos lugares, empezando por mover de sitio la Natividad de Cristo a la fiesta romana del Sol Invicto, y se permitió que quien quisiera seguir ilusionándose con supercherías las dejara simplemente en la puerta de la iglesia. Dentro de ella ya iban a encontrar portentos inigualables, como el del pan que se convierte en carne de cordero pascual, cierto que no era un ciervo pero tampoco algo tan remoto. Mientras el viejo vino rojo del sur, una extraña delicia para ellos, siendo de un país proclive a la cerveza, se haría sangre de Cristo.

El caso es que después de que durante la URSS se vaciaran las iglesias lituanas, parecen estar abarrotadas de nuevo. Especialmente ocurre eso en el santuario de la Puerta de la Aurora con su Madre Misericordiosa, tan negra como la Moreneta de Montserrat, aunque sólo el rostro y las manos de la Virgen lituana aparecen entre una riza de oro cegador.

Milosz viviendo en Berkeley volvía una y otra vez a sus recuerdos de Vilnius. Era lo suficientemente imparcial para encontrar en esa ciudad rasgos que se apartan de lo común. A Milosz siempre le pareció indiscutible, y poco pregonado, el influjo de las logias masónicas en Vilnius. Eso venía de una época muy vinculada a la cultura polaca, y al mismo tiempo de cuando el zar Alejandro I había permitido la creación de «la mejor universidad del imperio» precisamente en la capital lituana. Los francmasones y el movimiento de los philomaths (los amantes del saber), creado en la Universidad de Vilnius en 1817, y que seis años después sería aplastado por los rusos, imprimieron un carácter a la ciudad. Otra cosa es lo poco que duraron sus actividades

antes de ser enviados muchos de ellos a Siberia, el destino de quienes se enfrentaron al poder ruso ya fuera el zarista de San Petersburgo o el soviético de Moscú.

Pero ese fermento especial de Wilno, la polaca, no se extinguió. En los años treinta del pasado siglo el propio Milosz, siendo estudiante de enseñanza media, fue admitido en una organización secreta llamada Pet. Todos o casi todos sus profesores eran masones, las logias proliferaban, y marcaban la capital lituana de alguna forma que Milosz no se atreve a definir. Pudo tratarse del fermento que existía como alternativa a lo bienpensante, a lo católico, a lo derechista del lema «Dios y Patria», a lo polaco en suma. No era leve en Wilno el peso de eximios literatos y patriotas polacos como Mickiewicz o Pilsudski… Cuando Milosz se matricula en la Universidad ingresa al mismo tiempo en el Club Académico de los Vagabundos, una fratría cuyo nombre sólo en apariencia era una contradicción. «Yo veo en esas "logias" un legado del romanticismo: el sueño de la salvación de la humanidad "desde arriba" por quienes "conocen mejor"».

Impresionante es en cualquier caso el icono, todo oro, del siglo XVII de la Madre Misericordiosa. Las paredes de su capilla están hasta arriba de exvotos valiosos (se han contado ocho mil), y la gente se apretuja en largas colas con tal de verla unos segundos. Es la imagen que triunfa en Vilnius. Poco o ningún caso se hace al dios Mercurio, dios del comercio y de los ladrones, que aún preside en efigie la Puerta de la Aurora, una de las cinco entradas de la muralla antigua, al lado mismo del templo mariano. La paradoja es que tras las logias de los philomaths, y los exorcismos de los soviéticos, la Virgen Misericordiosa, un icono cuya influencia bizantina resulta más que evidente, es la que oscurece en tamaño de seguidores a Hermes, y a Perkunas, y a los masones, incluso a los ortodoxos y a los uniatas.

El este de Europa, Lituania incluida, es zona de confluencia, como la red de afluentes que forman sus grandes ríos, el Danubio, el Dniéper, el Dniéster, el Daugava. Lou Andreas-Salomé también destripó en la escritura de sus vívidas memorias el tema de la rusificación de los textos bizantinos, y lo que se originó cuando el patriarca Nikon quiso cotejarlos y corregirlos. Fue la rebelión en toda regla de miles de fieles. «Más o menos un tercio de ellos prefirieron abandonar la Iglesia e incorporarse al Raskol, que fue donde se inventó la frase: "Quien ama y teme a Dios no va a la iglesia"».

Decir Raskol en Rusia es como mentar la más fantasiosa extravagancia religiosa. Los lituanos se horrorizan con esos rasgos un tanto urálicos de sus vecinos. Los raskolnik (cismáticos) no es que se azotaran con un cilicio. Algunos pertenecían a la secta de los skopzen, existente desde 1770: «exigía a sus miembros la autocastración en espera del Mesías». Hay testículos que valen, aunque sea en el terreno

reproductivo, y otros que estorban en el camino de perfección. Pero hay que tener una vesania descomunal, como la de esos rusos skopzen, para practicar la emasculación por motivos místicos. Dostoievsky no en vano ni por azar llamó Raskólnikov al protagonista de *Crimen y castigo*, el que mata a hachazos a la vieja y a la joven, y a su propia alma de paso.

Pero aunque el lituano esté muy orgulloso de su recobrada independencia en 1991, no todos los males, las insidias, o el desprecio, lo vuelcan en Rusia. Una cosa fue la URSS y otra los rusos. Lou Andreas-Salomé, que se encontraba a gusto lo mismo en Roma que en Suiza, o en Alemania, también vivía «la embriaguez del reencuentro con la realidad rusa». Eso sentía cada vez que viajaba allí, y no sólo era por motivos venales, ni siquiera familiares, sino por contemplar también la extensión de la resignación y de la esperanza de aquella humanidad, algo que le resultaba sobrecogedor a la escritora. Eso a uno le infunde respeto. Andreas-Salomé no era una mujer con unas dotes intelectuales y una sensibilidad comunes. Hablaba de los temas con toda la precisión que le otorgaba su propio saber y el que le reflejaban, o proyectaban sobre ella, las personalidades con las que se codeaba. Es distinto leer a Nietzsche como afición a hablar con él diez horas cada día, y ser amada por él hasta el punto de tener que rechazar su propuesta de matrimonio. Por si fuera poco a Nietzsche lo conoció nada menos que en la basílica de San Pedro, y así fue en Roma donde habló con él por primera vez.

Como tampoco era muy habitual el privilegio que tenía Andreas-Salomé para ver a Wagner en Bayreuth y departir con él antes de que se empezara una representación de *Parsifal*. Ni era poco don poder seguir los consejos personales que le daba el patriarca Ivan Turguénev. O conocer de primera mano los remedios para el alma, o la psique, tal como empezaba a proponer el propio Freud. Es decir, que ella se nutrió de la misma fuente del saber de su tiempo. Por eso creo que tuvo gran valor que se sintiera siempre rusa, y que guardara ese sentimiento como oro en paño por sus años iniciales, infantiles y juveniles, pasados en Rusia, y luego por sus esporádicos, cortos pero fértiles regresos al país. Me llama la atención que Andreas-Salomé viajase tanto por Bosnia, Herzegovina, Dalmacia, Montenegro, Albania, y que allí encontrase una explicación: «todo resultaba aún más oriental que en Rusia, aún más intactamente arcaico». Eso le reafirmaba en la idea de que Rusia recibió una influencia evidente de lo bizantino, pero no así de lo otomano, es decir, del enemigo. Y en cambio pasó al revés en la particular mezcla étnica y cultural balcánica.

Rusia, en fin, era su madre patria, junto a tantas otras, naturalmente. Su patria era también Rainer María Rilke, a quien ella

personalmente enseñó el ruso, y a quien guió en Rusia para ir a ver a Tolstói, autor que por fin Rilke pudo leer en idioma original. Y lo mismo la poesía de Pushkin. Ahí estaba la mano de Andreas-Salomé, la que vibraba tanto con las ideas de Nietzsche y Freud, injertadas con las propias, como con la pulsación de la naturaleza desde el norte al sur de Europa. Un viajero en la primavera de Vilnius, como lo soy ahora, siente admiración por Lou. Ahí es nada poder disfrutar de tres primaveras yendo sucesivamente desde Italia hasta Rusia, sintiendo a cada paso de país «la anulación del tiempo y del cambio tras la discordia de la noche o el mediodía, de lo tardío o lo temprano».

«Desacostumbrarnos a lo mediano», como decía Goethe en su poema «Confesión general», eso le gustaba mucho a Lou Andreas-Salomé. Pues bien, cómo no, y para ello Vilnius tiene una catedral con once capillas a cual más espectacular, si bien ya he indicado mi estupor ante la del incorrupto San Casimiro. Un tema, la incorruptibilidad de los santos, que podría haber desentrañado Freud. Al sabio de Viena lo que sí que le maravillaba era la tenacidad de Andreas-Salomé, su afán por aprehender técnicas tan punteras como las que él empezaba. Ella ya tenía completamente asumido el espíritu psicoanalítico, y lo que decía Freud al respecto: «yo no enseño otra cosa que a lavar la ropa sucia de otra gente». Eso le dijo Freud un día y ella no le iba a contradecir. Freud había demostrado que no sólo en el ser humano patológico, sino también en el sano, «el sustrato psíquico venía a ser cabal exposición de aquello que llamamos “codicia”, “brutalidad”, “bajeza”, etc…, en una palabra, de lo más abyecto y de lo cual más vivamente se avergüenza uno».

¿Hay una ropa sucia en la falta de libertad de los pueblos? Milosz sufrió mucho precisamente por eso tras sus experiencias por el Este de Europa y luego por California, el lado opuesto. Sin embargo Milosz no nació exactamente en Vilnius, sino en Seteniai en 1911, y tampoco murió a la provecta edad de 93 años en su exilio dorado de Berkeley, como algunos creen, sino en Cracovia, la ciudad que en más de una manera y actitud es como una alternativa de Vilnius. Milosz amaba Cracovia, y su esencial carácter polaco, y ello pese a que en algún momento los polacos hablasen de él como un traidor. Su cultura era polaca, el polaco su lengua literaria, polaco-lituana la historia de su familia, y es cierto, eso al margen de su ascendencia judía, y de sus saberes políglotas y su *savoir faire* en asuntos internacionales. Sentimentalmente, decía de sí mismo, era el último ciudadano del Gran Ducado de Lituania, un extenso país del Este de Europa que llegó a unir lenguas y pueblos distintos.

Su autobiografía informal, y muy divertida por otro lado, salió en inglés con el título *Beginning with My Streets* (1991). Es un conjunto de impresiones y ensayos sueltos, con el célebre diálogo que mantuvo con

Thomas Venclova sobre Wilno en 1979. Sus memorias formales, contundentes, y menos alegres, las volcó en cambio en *Native Realm* (1959), incluso en su novela *Issa Valley* (1981). En la rememoración de las calles de Vilnius incide sobre todo en la ciudad que vive de estudiante, otra cosa es que acabe el texto remontándose a unas alturas literarias y ensayísticas, sobre «Who is Gombrowicz?» (¿Quién es Gombrovicz?») o sobre «Swedenborg and Dostoievsky», como las que cimentaron y explicaron su Premio Nobel de Literatura. Su poesía gira en planeta aparte, y ahí no hay que olvidar a su primo Oscar, un maestro casi secreto. Pero en su pequeño errar por la remembranza infantil y juvenil Milosz saca brillos ocultos, y para uno conmovedores, de sus paseos por la calle Vokieciu, o de los Alemanes, también conocida como la calle de San Jorge siendo habitada totalmente por judíos. Sus fondas daban arenque y vodka helado, algo inolvidable para la memoria del paladar de Milosz, como lo fueron para sus neuronas, siendo ya profesor en Berkeley, las funciones de los teatros de barrio en *yiddish*.

Al poco de empezar la primera guerra mundial la familia de Milosz se trasladó a Vilnius y vivieron en el número 5 de la calle que estaba al pie de las colinas (en sus memorias en inglés Milosz la llama Foothills Street). Desde allí el niño Milosz bajaba hasta la esquina con la calle Sierakowski, y luego cogía la calle del Puerto hasta Wilenska. Era su itinerario habitual para ir hacia el centro y así se le quedó en su evocación de cuando era niño y joven. De todos modos la impresión general que mejor guardó Milosz fue la de que Wilno era una ciudad provinciana, no una capital estrictamente. Tenía cierto parecido con Cracovia, aunque desde luego carecía de una plaza del Mercado tan espectacular y central como eje de su vida. Y si acaso Milosz, escudriñando viejos recuerdos, encontró más *wilnoismo* en Praga que en Cracovia o en Varsovia.

Pero Milosz no pretendía una geografía exacta, una Historia con mayúscula de un niño, sino ver hasta qué punto podía recordar detalles nimios, o los que así parecen sin serlo. La famosa calle judía de los Alemanes estaba plagada de tiendas, alguna de ellas tan peculiar como la de botones, forros y entretelas, regentada por la señora Sora Klok, fea y con bocio. Y ahí estaba la librería Rutski, del padre de un compañero de estudios. Y la tienda de Halpern, donde compraba lápices y cuadernos. Para el joven Czeslaw era sin dudar «la calle más cosmopolita de Wilno».

Luego estaba la calle del Arsenal donde escribió algunos de sus primeros poemas. Y la calle Wilenska, eminentemente ecuménica viviendo allí católicos y judíos y donde estaba el cine Helios en el que vio emocionado *Tormenta sobre Asia*, una película de 1928 de Vsevolod Pudovkin sobre las tribulaciones de un mongol, comerciante

en pieles, durante la revolución bolchevique. Lo político fue más tarde para él muy amargo, viviendo tras la segunda guerra lo que consideró una invasión en toda regla de su país por los rusos, como en Polonia y tantos otros sitios. Eso le llevó a Milosz a escribir su más sentida y meditada crítica en *El pensamiento cautivo* (1953), encuadrado en el tiempo y modos criminales de Stalin, los que tres años más tarde condenó Jrushov en sesión cerrada y secreta (en principio) del XX Congreso del PCUS en 1956. La bomba por fin que se esperaba.

Andreas-Salomé muchos años antes había ahondado en otro tipo de cautiverios mentales, pero después de todo era la misma pasta humana, la que Freud había empezado a sajar. «En relación con los rusos se ha dicho a menudo —y el propio Freud lo hizo, antes de la guerra, en la época de mayor clientela rusa— que en este "material" tanto enfermo como sano, coincidían dos cosas que por lo común no se dan juntas con tanta frecuencia: una simplicidad de estructura y una capacidad de, llegado el caso, mostrar también de modo ingenuo y penetrante un lado complicado, encontrar expresión para lo anímicamente difícil».

La sombra de Dostoievsky es sinuosa más que alargada, que también. El ruso soviético, sin tantos problemas, ocupó Lituania y todo lo demás del Este de Europa. Se fue suspendiendo lo nacional, lo lituano o lo polaco, y lo católico, pero también lo librepensador, esa libertad, ¿para qué? Y hasta el viejo dios Perkunas fue colocado en la parte más oculta del trastero ideológico. Cierto es que la actual Vilnius, y no hablo de su barrio viejo junto a la universidad tan bien conservado, sino del lado oeste de la catedral, con la avenida Gediminas (que naturalmente antes fue avenida Stalin y antes Lenin) muestra una capital con restaurantes, librerías, tiendas, que no desmerece ante otras millas de oro de otros sitios, siendo acaso una cuestión de diferentes tamaños. Una nota especial es la del Teatro Dramático, donde salen del techo unas musas de color negro y cara de bronce dorado que dan miedo más que animar, acaso sean heraldos de un arte oscuro como el sueño de un vampiro.

En la mirada melancólica que lanza Milosz recuerda a Vilnius como una especie de triste Trieste o como otra ciudad fronteriza, Chernovitz, hoy en Ucrania pero antes de Rumanía y antes una joya del Imperio austro-húngaro. El axioma habitual, tanto, que se ha convertido en un cliché, es que Lituania fue el último país europeo en abrazar el cristianismo, o ser abrazado por él, pero Milosz lo pone un poco en cuarentena. No sólo los católicos, sino los judíos de Vilnius también se ilusionaron con que Vilnius era su Jerusalén, y lo fue hasta que los nazis destruyeron todo.

A Milosz también le molestó la actitud polaca hacia los judíos: «Y aunque me ofende y duele profundamente el odio de los polacos a los

judíos, pese a su sorprendente indulgencia con los alemanes y rusos, tengo que admitir que un pequeño antisemitismo puede anidar bajo la piel no menos que los crímenes, porque es algo que uno se encuentra cada día».

Oscar Vladislas de Lubicz Milosz (1877-1939), el primo de Czeslaw, ya desde los once años vivió en París, y el francés fue su lengua literaria, incluso una vez nacionalizado llegó a servir diplomáticamente a Francia. Fue desde luego un precursor directo del cosmopolitismo de su primo Czeslaw, pero con particularidades, porque su cualidad de políglota incluía desde el hebreo al euskera. Oscar escribía en los años treinta cosas muy peculiares, y las publicaba de su propio peculio, como *L'Apocalypse de St. Jean déchiffrée* (*El Apocalipsis de San Juan descifrado*) o *Les origines ibériques du peuple juif* (*Los orígenes ibéricos del pueblo judíos*). No se trata por supuesto de una nostalgia por Sefarad que Oscar Milosz, de raíces más bien lituano-polacas, no podía tener. Se trata de un hilo más irracional que se tambalearía si no tuviera alguna clase de aliento poético: «"Iber", uno de los nombres primitivos del Guadalquivir, vendría, según el vizconde de Belzunce, de *ur*, agua, y *beor*, caliente. Estas dos palabras ibéricas tienen un sentido idéntico en hebreo: *yeor*, río; *beor*, ardiente». Y se queda tan ancho Oscar Milosz, como cuando saca alguna de sus máximas: «La gran, la terrible desgracia es creerse escéptico cuando se es simplemente mendaz». Era mucho más penetrante como poeta hermético, y a su primo lejano Czeslaw le caía en gracia, y por eso lo evocaba con un velo de nostalgia y tristeza dentro de sus recuerdos de Vilnius. La historia real de la ciudad, después de todo, tenía rasgos mágicos. Fue capital a causa de un sueño del duque Gediminas, quien residía en el castillo de Trakai. Tras haberse pasado una jornada de caza persiguiendo a un ciervo, el duque se quedó dormido en el bosque y soñó con un lobo de hierro. Con un lobo que aullaba como cien lobos. Eso significaba, sin Freud aún en el horizonte, que había que fundar una capital indestructible junto a los ríos Vilnia y Neris. Y así fue.

También recuerda Czeslaw Milosz en algunos de sus poemas a una Wilno que no viene en los mapas, la Wilno que vive un muchacho que aún no sabe que al final comprenderá una amplia porción del mundo y de la gente. «En San Pedro y San Pablo los ángeles guiñaron con sus espesas pestañas una sonrisa a una monja que tenía impuros pensamientos». Es un estigma de la Vilnius ante todo barroca, «sin embargo el Barroco necesita generalmente espacio, distancia, perspectiva… La Vilnius barroca es un Barroco contra un fondo medieval».

Czeslaw Milosz me descubre lo que tengo ante los ojos. Al pasear por Pilies, la calle principal de la Ciudad Vieja, es como si recorres en

poco tiempo desde los siglos XV al XVII y al XVIII. Si acaso falta el románico: «La mezcla es realmente extraña, pero los estilos coexisten en una manera muy viva». Milosz reflexionando sobre la historia da en la diana del carácter cultural. Por eso ve una cultura polaca que domina en Vilnius en gran medida, pero también cultura italiana, alemana, francesa y a fin de cuentas, cristiana. Lo judío, lo francmasón, lo soviético, siempre fueron por otro lado.

Milosz nació en Sietenai, cerca de Klaipeda, en el breve litoral báltico de Lituania de donde tuvo que salir en 1939 con sus padres cuando Hitler la ocupó. Desde allí fueron primero a Kaunas, la otra antigua capital lituana, y por fin a Vilnius, donde a Milosz le resultó arduo tener que echar raíces de nuevo. ¿Le produjo ese errar algún resentimiento? Tras la guerra, cuando los polacos habían vuelto a Polonia si es que no estaban muertos, o deportados en Siberia, Milosz alcanzó a ver en Wilno a una serie de personas, los restos de la vieja *intelligentsia* lituana, que debían integrarse en la nueva elite soviética. «Era una ciudad de proscritos y era peligrosa». ¿Cómo podía gustarle eso a un poeta: «¿Culpa, tuya y mía? No una gran culpa. Secretos, ¿tuyos y míos? No grandes secretos», escribía en «Elegía para N. N.», un poema que se resistió a publicar. «Occidente no estaba interesada en la situación de los países bálticos».

En *El pensamiento cautivo* (1953) es donde Milosz explora todo eso desde su ya estrenado exilio en París, pero con una carga precisa de profundidad política, explicando desde dentro de qué forma el estalinismo iba devorando todo, conciencias y mentes, en los países de la URSS. Precisamente una de las primeras víctimas de todo eso era la noción nacional, tan debatida y sinuosa en Lituania, un país por otro lado tan deudor de lo polaco. En sus memorias de Wilno Milosz entra ácidamente en la cuestión: «La influencia de la cultura polaca, especialmente después de la Unión de Lublin (1569) fue enorme; creo que fue positiva en su conjunto, aunque prácticamente no habrá algún lituano que esté de acuerdo conmigo. Sin Polonia no habríamos conocido muchas cosas, incluido el concepto de derechos políticos. Nuestro renacimiento también ha tenido altos tonos polacos, tanto sármatas como mesiánicos, si bien esos modelos, en una moda paradójica, se volvieron contra la dominación cultural polaca».

Son desgarros y ambivalencias de Milosz que se pueden evocar, y no de forma tan indirecta, en la casa-museo del gran héroe y patriota polaco Adomas Mickevicius (Adam Mickiewicz) en Vilnius. Aparte de la exaltación habitual que se le dedica, hay una curiosa reproducción de una celda, como la que empleaban los zaristas para encarcelar a los miembros de Philomath y Filaret, las antiguas sociedades secretas de la *intelligentsia* polaca que tanto impresionaron al joven Milosz. El maduro Milosz se armó de opiniones más contrastadas en temas de

fervor nacional y nacionalista, pudiendo en él desde luego una visión de mayor contenido internacional. Cree Milosz que vascos, flamencos y catalanes son nacionalismos antiguos «y pagan el precio de ir retrasados en su rebelión contra la cultura escrita de franceses o españoles». Pero en Milosz había otro matiz de la cuestión. «Como ven, hablo de nacionalismo sin darle por adelantado un significado peyorativo, pese a ser responsable a menudo de los odios entre las varias nacionalidades».

La cuestión que más le preocupaba a Milosz estaba en la profundidad del ser, a veces en el abismo del ser. «¿Qué tenía en mente Nietzsche cuando previó que una "palidez cadavérica" velaría las cosas de pasado?». Milosz explica de dónde viene el catastrofismo, un *background* muy lituano, no sólo polaco. «Si Jesús era aún una figura central en el socialismo utópico, ese Jesús figuraba sólo como un ideal retórico y reformador. Pronto se anunciará abiertamente que ese Hombre-Dios y no ese Dios-Hombre restaurará la naturaleza caída». Las ilusiones, después de todo, no tienen fronteras en el Este ni en el Oeste, ni en Lituania ni en Polonia: están en el corazón de los hombres y en los sueños que, como explicó Malinowski, pueden concretarse en mitos con función social.

Le interesaba a Milosz la «Oda a la Caída de la Libra» un poema de Jerzy Zagórsky que tal vez pertenezca a la poesía social, pero que es más que una predicción sobre el colapso del Imperio británico. Con lo mismo a Milosz le encanta «La llegada del Enemigo» siempre del poeta Zagórsky, «un relato surrealista sobre el advenimiento del Anticristo. La acción tiene lugar en las llanuras de Eurasia, cerca del Océano Ártico, y en el Cáucaso». Ni Pushkin ni Lermontov lo vieron. Ellos buscaban la exaltación de la vida y a ser posible coleccionar amor.

Vilnius desde luego es el mejor sitio posible para leer a Czeslaw Milosz y no sólo para meterse en sus callejas de juventud. Tiene un ensayo estremecedor por su precisión y belleza sobre «La Tierra como Paraíso», siguiendo las huellas de Thomas Traherne, un poeta metafísico inglés que murió en 1674 a la edad de 37 años, pero que dejó escrito *The Centuries,* «un himno de alabanza a la felicidad, al contento del hombre sobre la tierra». Los tonos de Traherne son insuperables por lo increíbles en esta época de deforestación física y mental del mundo. Y, sin embargo, él creía en la belleza del planeta, incluso de sus gentes: «Al principio las Puertas estaban en el Fin del mundo, cuando vi por vez primera los árboles verdes a través de las Puertas me transportaron a un éxtasis y me maravillaron casi hasta la locura».

Pero admito que con Traherne es difícil viajar en estos momentos. Vivo en un hotel de la calle Pilies que es como decir en el ventrículo del corazón de la vieja Vilnius. Al lado quedan muchos edificios

góticos de dos pisos y al máximo de tres, y con tejados puntiagudos, y casas nobles, iglesias y capillas, y callejas donde lo peatonal todavía lleva ventaja sobre los coches. El pequeño dédalo viejo está salpicado de tiendas, restaurantes, con bares incluso donde la gente va a comprar cerveza a granel, cosa que no se ve a menudo. Todo ello confluye en Universiteto, la calle de la universidad. La cual, más que un conjunto de edificios, es otra auténtica isla en el interior de Vilnius, con sus patios, colegios y facultades. El Alumnado, construido en 1622, era la residencia de los discípulos uniatas protegidos por el papa Gregorio XIII. Los patios son como plazas renacentistas y son tantas que uno puede pasear por ellas hasta caer rendido. Nada se diga si se siente interés por visitar la Biblioteca, o el Observatorio, este último en un patio particular donde destaca su fachada con dos torres cilíndricas, cual si fueran tubos de telescopios gigantes. Y luego está su magnífico friso con signos zodiacales, lo que más se descodifica de la astronomía por parte de los profanos. «*Addidit antiquo virtus nova lumina coelo*», reza una inscripción del famoso verso de Virgilio y no se puede estar más de acuerdo: «El valor da una luz nueva al viejo cielo».

En otro patio se encuentra la biblioteca de fines del siglo XVI con su impresionante sala de F. Smuglewicz, la que en una época sirvió de Museo de Antigüedades con pinturas y bustos griegos, y libros y manuscritos entre los que destaca *De revolutionibus orbium coelestium* (1543) de Copérnico. Lo cual llama la atención de quien como yo estuvo en Cracovia, en cuya Universidad Jagiellonian guardan también un ejemplar.

Empiezo a pensar que voy a necesitar más días en Vilnius si quiero conocer la ingente cantidad de colegios, iglesias y palacios, que además tengo a tiro de piedra desde Pilies. Por ejemplo la Cardinalía que está junto a San Juan, o la casa noble de los Radziwill, a quienes encontré —es un decir metafórico— en Berdychef acogiendo y tutelando al joven Chopin. Yo creo que a este paso me interesaría más dar con un buen guía. Al final lo encuentro y se llama Jonas, tiene barba roja, y no sólo habla un inglés excelente, sino un digno español.

—¿Qué te gustaría visitar? —es su salutación.

Le digo que algo del pasado judío de Vilnius, que ya he visto mucho barroco. No se conoce bien la cantidad de tragedia que los nazis volcaron en esta ciudad, a diferencia acaso de lo que hicieron en Cracovia y en Auschwitz, pero en Vilnius hubo una comunidad con entre 45 000 y 50 000 judíos, y prácticamente fue exterminada. Los judíos fueron divididos y encerrados en dos guetos, a un lado y otro de la calle Vokieciy. A partir de 1941 el vivir se transformó para ellos en muerte sistemática, primero el gueto chico (con unas 12 000 personas, muchos intelectuales y profesionales liberales), y ya para 1943 se eliminó a las cerca de 35 000 personas del gueto grande, con una

población más bien de artesanos.

Jonas me va llevar primero a la calle Zydu del gueto chico, donde se ubicaba la mayor sinagoga de la ciudad, y otra que quedó completamente arrasada por los alemanes. Cerca estaba la casa del Gaón, el rabino genial de Vilnius, y sobre su solar se construyó la guardería que actualmente funciona. Otra amarga paradoja es el teatro de marionetas Lélé, situado donde había un teatro en *yiddish*. En fin, vamos dando un paseo algo sobrecogedor y empiezo a percatarme de la magnitud que alcanzó el Holocausto en esta ciudad. Según Jonas, si manejamos la relación entre población y exterminio, la matanza de judíos en Vilnius fue incluso más elevada que en algunas ciudades polacas. Testigo mudo de ello es la estatua del Gaón, el prodigioso rabino Elijah ben Sholomó Zalman Kremer (1720-1797). Lo llamaron Gaón, que quiere decir erudito por no decir genio, y eso por su vasta sapiencia en materias de Torá, Talmud y Cábala, no siéndole ajenos los conocimientos astronómicos, matemáticos y geométricos. Lo que tiene es que cuando la influencia de los hasídicos empezó a ser notable el Gaón se opuso a ese movimiento, y hasta tuvo el poder y los arrestos para excomulgar a varios miembros de esa nueva secta. Cosa que no sirvió de mucho habiéndose extendido sin parar: uno ha visto y contado ya el fervor que aún produce en la ucrania ciudad de Berdychef uno de los líderes hasídicos, el rabino Itzhok, cuya tumba atrae hasta a judíos de Israel.

Lo cierto es que la antigua judería de Vilnius fue reducida literalmente a escombros. Jonas me lleva a una antigua casa, de las pocas que resistieron del barrio judío, donde han puesto un centro de información. Nos permiten visitar un sótano que sirvió de refugio a algunas decenas de judíos con la esperanza de sobrevivir. El sótano ha quedado tal cual, con su falta de luz y con su angustia flotando en el aire.

Jonas me confiesa que el judaísmo no es su fuerte, preferiría guiarme por los tesoros barrocos y católicos de Vilnius, pero hace lo que puede, incluso pedir prestado el coche a un hermano suyo, para acercarme a la *kenesa* o sinagoga de los karaítas. Puede que en Vilnius no haya ni una docena de miembros de esta comunidad, y en torno a un par de centenares son los que pueden quedar en toda Lituania, y ya son muchos. En Eupatoria, la bella localidad ucrania del Mar Negro, también hay una *kenesa* pero sin culto. Los karaítas eran, y son, unos judíos muy especiales, y lo demuestra el hecho de que su sinagoga, en los límites del casco urbano de Vilnius, tiene un claro aire arquitectónico oriental, arabizante. Un golpe estético en un barrio más bien moderno y anodino de la muy europea Vilnius. La cúpula de la *kenesa* recuerda a la de una mezquita, aparte de sus ornamentos en la fachada a base de motivos vegetales.

Los karaítas, que tienen aún una pequeña comunidad viva en Trakai, a 28 kilómetros de Vilnius, no se consideraban judíos observantes al cien por cien, ni ellos ni por supuesto quienes les tomaban más bien por musulmanes. Según cierta leyenda urbana, o sádica, según Jonas, algunos karaítas trataron de escapar del pogromo de los alemanes negando su identidad hebraica. Pero no les valió de nada porque los nazis no admitían contemplaciones ni matices, y echaban en el mismo saco de muerte, o cámaras de gas, a quienes no presentasen aspectos raciales del estilo seudo-ario que pregonaban como raza de pureza acreditada. Así, los karaítas, que eran pocos miles, se vieron reducidos a la práctica extinción en Lituania, aunque dada la supervivencia de algunos pocos no voy a descartar una visita a Trakai en el curso de este viaje.

De momento las ruedas del coche me llevan al parque Europa, un nombre que es un malentendido jugando a que suene al centro geográfico de Europa. No es así, y la confusión procede de 1989, cuando el Instituto Geográfico Nacional de Francia determinó que el centro de Europa estaba (y está) en Girijos Kaimas, a 24 kilómetros al norte de Vilnius (coordenadas: 54º 54' Norte y 25º 19' de longitud). Una columna de granito blanco, con una corona de estrellas de metal, simbolizando a los países de la Unión Europea, obra del escultor Gediminas Jokums, trata de convencer a los raros visitantes de que ése es el ombligo del viejo continente. Por qué no. La verdadera frontera oriental de Europa se extendería a lo largo del río Kara en los Urales e iría bajando por el mapa por el Caspio, la península de Aspheron, el Cáucaso, el Mar Negro. Más claro es el intento de definir el punto más septentrional de Europa, que estaría en las islas noruegas de Spitsbergen a 80º 45" Norte y 20º 35' Este. Mientras el punto más meridional se lo llevarían las Canarias a 27º 38' Norte y 17º 58' Oeste.

En todo caso esa noción geográfica del centro europeo, y la columna con las estrellas, tiene poco que ver e imaginar salvo cifras y coordenadas, hasta el punto de que los lituanos decidieron hacer algo con más gancho. Así surgió un redundante Europos Parkas (parque de Europa) en Joneikiskiu, un pueblo a diecisiete kilómetros de Vilnius (a 54º 83' Norte y 25º 35' Este). En 1991 Gintaras Karosas, un joven artista lituano, tuvo la brillante idea de llenarlo de estatuas, hasta noventa obras de escultores de veintisiete países. Muchas son piedras esféricas, casi planetarias, aunque ya cubiertas de verdín en ese lugar al aire libre donde se juega indirectamente con la idea de estar en el centro, si no geográfico, espiritual o conceptual del viejo continente. Después de todo otros ponen parques temáticos de indios y vaqueros, o con *vahinés* de la Polinesia. Son también las ganas locas de originalidad comercial que tienen en algunos países.

Como tampoco hay límites en la sandez en la propia capital, Vilnius,

se han sacado de la manga la existencia de la República independiente de Uzupis, en realidad un barrio que desde 1997 pretende tener su propio calendario, ejército, dos obispos, dos iglesias y siete puentes entre otras amenidades. Su santo patrón es una estatua de un ángel que toca un cuerno. Aunque si va de esculturas, ya en plan serio, la espectacular es la del rey Gediminas, el abuelo del gran duque Vytautas, en la plaza de la catedral. No es por la imponencia histórica de ese personaje, el fundador de Vilnius, incluso creador de la gran Lituania que se consiguió tras casar a su hija Aldona Ona con Casimiro, el rey de Polonia. Lo importante de esa estatua reside en que siendo ecuestre el monarca no va montado en el caballo. Aparece desmontado, a pie, orgulloso en su bronce, y le sigue el caballo sin jinete. Creo que se debería tomar esta obra como canon de todas las estatuas ecuestres por hacer, si es que todavía alguien piensa en algún país que ha de inmortalizar así a su propio dictador.

Tras un inevitable saludo al rey Gediminas, pues tengo que cruzar su plaza cuando quiero ir a la parte moderna de Vilnius, miro a ver dónde queda la parada de los autobuses que van a Trakai. Hoy es miércoles, Primero de Mayo, y me parece una fecha idónea para ir a ese sitio tan histórico. Hace un día fresco y soleado y lo primero con que me topo, allá hacia las diez de la mañana, es con una manifestación de gentes con banderas rojas por la plaza de la catedral, pero no llegarán ni a los cien. Pasa una docena de coches con banderas y pitando, quién te ha visto URSS y quién te ve.

Enfrente de la catedral hay una parada de autobuses, y cojo uno que no tarda ni tres cuartos de hora en llegar a Trakai. Pese a estar cerca de la capital es uno de esos sitios que aúnan la belleza del campo con el interés de la historia. El epicentro es un castillo en medio de un lago, o mejor en una península junto a tres lagos. Eso, tan etéreo como el marco de un cuento, concentra la historia principal de Lituania. Pero confieso que me atrae más la historia marginal de los karaítas. Son hoy en torno a un centenar de judíos, la menor minoría del país, por debajo incluso de los tártaros lituanos que son algunos miles. Los tártaros de aquí descienden de los que trajo de Crimea en 1397 el gran duque Vytautas para que defendieran y conservaran su residencia de verano de Nemezis. Los tártatos lituanos todavía tienen en ese lugar su propio cementerio y una mezquita de madera, aunque hecha en 1909, habiendo perecido sus templos anteriores por el fuego varias veces.

Trakai tiene categoría de Parque Histórico Nacional de Lituania, el único de su clase, lo que da idea de la importancia que le dan al sitio. Su punto neurálgico es el castillo donde nació el gran duque Vytautas, en una fecha por determinar en torno a 1350. De lo que no hay duda es de que fue el héroe nacional por antonomasia de Lituania. El castillo se alza en la isla de Galvé, rodeado de bosques y de lagos

donde los veleros aprovechan las brisas y el buen tiempo para disfrutar del Primero de Mayo. Numerosas vendedoras de empanadillas locales se ponen por el camino que uno necesariamente ha de recorrer hasta el castillo, y es raro que no caiga alguna víctima compradora. Esa fritanga, especialidad de los karaítas de Trakai, entra bien al aire libre.

Los karaítas, o karaimos, han decidido, ya que son pocos, explotar cualquier cosa que marque diferencia. En la calle principal del pueblo, siempre junto al lago y enfrente del castillo, abren sus puertas un par de restaurantes basados en la supuesta cocina karaíta. Digo supuesta porque ahí se mezclan influencias orientales, con muchas especias, y platos completamente homologables a lo lituano. La virtud del karaísmo es hacer pasar por superexótico, y casi estambulí, a unas empanadillas llamadas *kibinai*, con relleno de pollo o de cordero. Y luego pregonan mucho también un licor propio, bastante empalagoso y hecho con alguna hierba, que no captas a la primera.

Más valor tiene la *kenesa* o sinagoga de los karaítas de Trakai. Es la joya en una calle donde las demás construcciones son de madera, a menudo pintadas de verde. Se han ido librando de insidias y destrucciones al menos desde el siglo XIX. Esas casas karaítas se han hecho famosas en Lituania por tener tres ventanas. ¿Por qué no dos, o cuatro, o cinco? Tres es la trinidad, y aunque sean judaicos de origen, respetan lo trinitario en sus casas poniendo una ventana para Dios. Y cuando debería bastarles Yahvé, ponen otra para Vytautas, como si el gran duque tuviese que entrar en liza en las casas karaítas. Y una tercera ventana para la familia, y menos mal que sus miembros pueden mirar de vez en cuando la calle vacía, y los sauces que se inclinan ante el lago Galvé. Las ramas de esos árboles, mecidas por el viento, son lo que más ruido mete por las tardes, cuando Trakai se vacía de autobuses turísticos y se convierte en la aldea espectral que siempre fue en el fondo.

Puede que sean setenta, ochenta a lo sumo, los actuales karaítas. Siguen hablando una lengua de ascendencia turca. A uno su historia le recuerda la de los gaugazios de Moldavia, que de musulmanes pasaron a ser cristianos ortodoxos, sólo que los karaítas de aquí debieron de ser judíos que adoptaron algún punto coránico para sobrevivir. En cualquier caso la *kenesa* de Trakai es un edificio rectangular de cemento con un tejado de placas verdosas que sustenta una torreta o templete. El templo está circundado por una verja de pinchos de hierro que no podría resguardarlo ni de una invasión de adolescentes. Es la única *kenesa* en Europa que tiene algún culto y la pena naturalmente es que uno coincida con el 1.º de Mayo, cuando sólo algunos perros y patos se mueven en esta orilla del lago Galvé. Tampoco abre hoy el Museo de la Cultura y la Religión de los karaítas.

Algunos historiadores han situado a los de esta secta viviendo en Rusia ya mucho antes de la vida de Jesucristo, con lo que si son judíos nada tuvieron que ver con la crucifixión. Eso ya en 1795 motivó la radical separación de los judíos karaítas respecto a los judíos rabínicos, y no sólo por motivos doctrinales, sino por solicitar los primeros su propio sistema de impuestos y no cumplir con la obligación del servicio militar. La antigüedad del karaísmo (del hebreo *karaim*, lectores), también llamado el ananismo por su posible fundador Anan, se remonta para algunos a un tiempo entre remoto e incalculable. Versiones más sensatas fijarían su origen en Egipto, o en Bagdad, a partir del siglo VII. Otros conjeturan su concomitancia con los saduceos del Segundo Templo de Jerusalén, siendo ése un período elástico que va desde el 516 a. C. hasta el año 70 de nuestra era.

No hay, pues, mucha concordia en lo tocante a orígenes y mitos karaítas. Sólo existe coincidencia a la hora de resaltar sus peculiaridades judaicas respecto a la mayoría de judíos que son talmúdicos y rabínicos. Me llama la atención si acaso, cuando pruebo una empanadilla de las suyas en el lago, que entre las peculiares normas dietéticas de los karaítas figure el sacrificio ritual de las aves y pollería. Eso es lo que se llama la *melikah* e implica pinchar la cabeza del pájaro con clavos (no que el rabino le hunda la uña en el cuello). Pero aparte de la manera de sacrificar, únicamente se prescribe como comestible a la paloma y a la tórtola, y sólo a hembras, los machos están prohibidos. Sin embargo, según la *Enciclopedia Judía* de 1906, entre los karaítas no se considera impuro mezclar en una comida carne y leche, ni eso está reconocido así por la Torá, ni es contraproducente, como en cambio sí lo consideran los demás judíos. Luego en muchos puntos los karaítas se adaptan a las reglas dietéticas generales que se encuentran en el *Pentateuco*, y especialmente en el *Deuteronomio*. Se pueden comer todas las aves excepto veinte que son impuras. Los pescados sin aletas y escamas serían impuros. También es conocido el poder consumir animales con pezuña hendida. Ahora bien, tratándose de cuadrúpedos, se permite solamente el cuarto delantero, no así los cuartos traseros salvo que se extraiga el tendón de la cadera (o tendón isquiático) y la vena del muslo. Por supuesto la sangre, y cualquier morcilla y producto del cerdo, son de una total impureza para los judíos, lo mismo que para los musulmanes por otro lado. De esta manera, las inevitables *kibinai* al final resuelven el problema de la comida en Trakai. Y aún mejor si comes las empanadillas en una mesa al aire libre mirando el lago gris un día de primavera.

Tuve la suerte en 1980 de entrevistar en Jerusalén al rabino Adin Steinsaltz, el autor de *El Talmud esencial*, del que se han vendido más de dos millones de ejemplares. Steinsaltz ha sido una de las personas

más sabias que he podido conocer. Traspuso a un lenguaje accesible a todo el mundo nada menos que el *Talmud*, la ley oral recogida por los estudiosos judíos que vivieron en Palestina y Babilonia hasta los que vivieron a principios de la Edad Media. Steinsaltz todo lo hace fácil, ameno, comprensible y aleccionador en su *Talmud*. Recuerda a quien no sabe que el *sabbath* es el principal precepto, por delante de los Diez Mandamientos: «Estése, pues, cada uno en su estancia, y nadie salga de su lugar en el séptimo día» (Éxodo, 16:29). El comentario de Steinsaltz al respecto es muy iluminador sobre el karaísmo: «Esta prohibición fue tomada al pie de la letra por varias sectas, incluidos los karaítas, que se abstenían de salir en *sabbath* bajo ningún propósito».

Viejos recuerdos de Jerusalén que me vienen en Trakai (Troki en polaco), donde los karaítas tuvieron una indudable fuerza cultural y figuras eminentes. Una de ellas fue Solomon Troki, quien llegó a escribir, a instancias del famoso profesor alemán Samuel von Puffendorf, discutidor de Hobbes y partidario de que el estado natural fuese el de la paz y no el de la guerra, un tratado de karaísmo titulado *Appiryon* (*c.* 1700), aparte de varios ensayos muy críticos contra el rabinismo y el cristianismo. Otro hijo de Trakai fue Abraham ben Josiah de Jerusalén, aunque vivió en Crimea. Fue el autor de *Emunah Omen* (1712), una obra sobre el dogma karaíta también llena de críticas contra el rabinismo.

Los karaítas dicen que, al igual que un árbol se nutre de su savia, deben alimentarse sólo con la *Tanakh*, que comprende la Torá escrita y única, el texto tal cual de los veinticuatro libros de la Biblia hebrea o, dicho de otro modo, la palabra única auténtica y clara de YHWE, no sus versiones orales, ni comentarios rabínicos que valgan. Steinsaltz se admira de ciertas extremosidades históricas como ésa. Él ha dado a todo el mundo un *Talmud* lleno de sencillez y esperanza: «En la época del Primer Templo la oración era completamente espontánea; cuando un hombre sentía la necesidad de pedir algo a su Dios o agradecerle algo, rezaba con sus propias palabras y en el lugar que estuviese».

Pero una cosa es la letra y otra la verdad. El museo karaíta de Trakai fue inaugurado en 1938, en una época que empezaba a ser tenebrosa en Lituania, por Seraia Shapshal, el *haján* o superior de esa comunidad. Algunos karaítas trataron de sobrevivir cuando eran apresados por los nazis diciendo que no eran judíos de pura cepa, que eran más bien musulmanes judaizantes o judíos que habían preferido apostatar. Una historia de vergüenza, y chocante sobre todo un día como hoy, 1.º de Mayo, cuando el mundo está tan adocenado que no lucha más que para ver cómo adelgaza.

8: Riga y Ganivet

Riga se ha convertido al final en lo que ya era, en una ciudad burguesa, sólida, para lo que tenía la cáscara bastante intacta si no el espíritu decaído por su falta de independencia. Letonia es un país báltico, acerado y angustiado cuando permanece bajo la bota de otro, y a Riga, su capital, eso siempre le ha afectado sobremanera. De forma que no es que hayan vuelto a lucir, es que siguen haciéndolo, quizá con un renovado poderío, sus espléndidos edificios góticos y los de *art nouveau*, y en estos últimos las nobles fachadas modernistas esculpidas con figuras míticas. Mientras en las solemnes sedes de los gremios se diría que se siguen haciendo negocios y mandando en todo lo que se mueve. Eso si el tiempo fuese elástico, o si, como dice Jünger, fuese a la mitad de velocidad, entonces aumentaría mucho la percepción en todo, en lo físico y en lo órfico. Por soñar que no quede.

Y por supuesto Riga sorprende sea cuando sea que vayas, que uno debiera haber ido antes de lo que fue en 2013, por las decenas de iglesias picudas que meten esas increíbles agujas que las rematan en las costillas del cielo: aquí hay que interpelar a Dios o espolearlo directamente. El fiel letón será pequeño, pero también un orgulloso protestante con una decidida ambición de ser rico en esta encarnación mortal. Luego ya se verá. El período bajo la URSS fue demasiado largo y pobre para sus gustos de grandes comedores de pan de centeno y bebedores de balzam, un vodka con hierbas que al parecer curó a la propia Catalina la Grande.

Pero Riga se expresa con algo que no cambia tanto, y es su geografía, su carácter acuático por contar con un gran río como el Daugava y el Mar Báltico en las puertas. La capital tenía condiciones para que en ella se desarrollara con rapidez la alegría devastadora del capitalismo. Hubo un paréntesis, pero ahora parece que están felices, unos más que otros, como suele pasar en el Este, que tras la URSS ya han visto que no es oro todo lo que reluce.

En cualquier caso la libertad de Letonia ya ha llegado hace veinte años y el país estaba en el pelotón de cabeza para desengancharse del socialismo científico. Según Marx, «lo que caracteriza al comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición de la propiedad burguesa». En Riga parece que nunca han tenido otra cosa que bares, restaurantes, franquicias, anuncios publicitarios, rótulos comerciales, visualmente al menos poco o nada hace recordar que aquí hubo una época sin color, sin variedad, dedicada sólo al crecimiento del ideal. En la Letonia ex comunista, hoy en la vanguardia del neocapitalismo, parecen resonar muy a destiempo, casi como fantasmales, las palabras del *Manifiesto* de Marx: «El capital no

es por tanto una fuerza personal; es una fuerza social».

¿Será así en Latvia, como llaman los letones a su país? ¿Estarán tan satisfechos de la fuerza individual del capitalismo? Tengo algunas dudas si me alejo brevemente del centro, cruzo los pasadizos subterráneos de la estación, y voy al mercado donde el gusto letón por las flores es extraordinario, así como por comprar varitas de sauce con sus brotes peludos para celebrar la inminente primavera. Y patatas y tomates que no falten. Pero junto a todo eso, y los habituales zapatos baratos, lo que me impresionan son los oculistas. No otra cosa son los dueños y dueñas de puestos de gafas. Ponen su mercancía sobre un tenderete y es raro que alguien que tenga tiempo, y se pruebe veinte o treinta pares de gafas, no encuentre un roto para su descosido ocular. Gafas de primera mano, chinas tal vez, y gafas de segunda mano, y cristales algo arañados, pero no tanto como para no poder verse algo a través de ellos. Ese es el nivel de las ópticas de la capital letona, para algunos. No quiero decir que los pobres de Riga no vean tres en un burro, mientras los ricos cambian cada poco de monturas de Gucci o de Armani. Eso es así. Simplemente creo que Riga tiene sus recovecos, sus zapatones, sus casas frías en este último tramo del invierno, sus sopas bobas si lo puede ser una buena *solianka*.

No se trata de una teoría científica de la historia, como la que quería Marx. Tampoco de una ruptura radical, como la que hizo Marx con toda teoría anterior que fundamentaba historia y política en la «esencia del hombre». Lo que uno ha venido a hacer sobre todo a Riga es evocar a Ganivet. Ángel Ganivet, que fue el verdadero autor de la frase que se atribuye a Pío Baroja de que el sueño del español es llevar en el bolsillo un papel donde dijera: «Este español está autorizado para hacer lo que le dé la gana».

Ganivet fue cónsul español en Riga, pero no acababa en eso ni mucho menos el arco de sus inquietudes. Era un escritor y un pensador, pues no siempre ambas cosas coinciden. Estaba influido por Hipólito Taine y sus tres fundamentos, la raza, el medio y el momento de las causas naturales históricas, y por el *Volkgeist* de Hegel, un espíritu nacional que no siempre ha sido entendido democráticamente… Cuestiones positivistas sin duda, pero Marx avanzó mucho más que todo eso en su intento de debelar el viejo humanismo y la consecución de un humanismo socialista de la persona, cuyo alcance e implicaciones en cuanto a logro que se consigue tras la dictadura del proletariado exploró Louis Althusser entre acerbas polémicas, incluso con Jorge Semprún, como ya hemos mencionado.

Humano es un caldo para el frío. La realidad va a su ritmo y con su lógica. Una calle principal de Riga llamada Brivibas (Libertad) antes fue calle Hitler y calle Lenin, y calle del zar Alejandro II. A partir del

final de los ochenta los letones, siendo gente comedida y sabedora del potencial militar de la URSS, empezaron una revolución cantante por llamar de algún modo a una revolución pacífica. En 1991, ante las dilaciones de la ya inminente independencia, hubo barricadas humanas ante una posible invasión militar, y largas cadenas de gente letona dispuesta por fin a retomar su soberanía. Y volvió el capitalismo, los partidos políticos, la religión o mejor las religiones. Incluyendo el regusto por el viejo paganismo letón que se quedó agazapado tantos años durante la URSS, pero que comprendía un culto por la naturaleza.

La fuente del rey Kevele, aunque sale el agua en varios puntos con ese nombre, está en conexión legendaria con un rey sueco. Pero lo que importan son sus poderes curativos, por no decir milagrosos, y de hecho en Vitini Kevele se embotelló con una etiqueta que lleva una cigüeña. En ese aspecto mítico el sitio más popular sin duda se encuentra en la región de Semigallia y se llama Naudite Pokaini. Hay allí no menos de un millar de montículos de piedras, parecidos a los *ovó* de Mongolia, o los *cairn* célticos, desperdigados en un área colinosa de cien hectáreas. Esos amontonamientos pétreos pueden tener en Semigallia de dos a cinco metros de diámetro y una altura de medio metro. Clarividentes, magos, curanderos, se vuelcan con la naturaleza mágica de Naudite Pokaini. No hay otro Compostela natural que lo iguale, ni río Ganges, ya puestos. Algunos creen que fueron peregrinos europeos quienes construyeron estos montículos a lo largo de los siglos, mientras los geólogos sostienen su origen natural, datándolos en la primera mitad del primer milenio. No hay registro de culto. Ni señal de papel sagrado en tiempos antiguos, pero el sitio continúa suscitando artículos periodísticos y deseos de la gente de tener experiencias extrañas. Juris Urtans ha recopilado muchos de esos sitios letones, adornados con la presunción de cultos antiguos, y para sorpresa en un país tan cristiano abundan por doquier las marcas del diablo. Generalmente es una huella de un pie, que en el caso sería de pezuña, y se cuentan por centenares a lo largo y ancho de Letonia. A lo que hay que sumar sitios con aguas del diablo, pantanos y pozas, y ojos de agua como los de Zvarde, y puertas y puentes, conteniendo siempre el nombre de Veln. Y Veln no es otra cosa que el demonio.

Como toda profusión necesita un correctivo, y más en terrenos que incomodan a los bienpensantes, Janis Zilgavis y Marina Levina han recopilado en un libro sesenta sitios religiosos sólo en Riga vinculados al cristianismo. Y al mismo tiempo con un carácter artístico fuera de lo corriente. Y ahí incluyen desde los espléndidos y picudos templos luteranos a las barrocas iglesias católicas, como la de María Magdalena, o la de San Francisco, sin olvidar las cúpulas redondas de los ortodoxos, como las de la catedral de la Natividad. Confieso que

alguno de esos templos me sorprende, entre tanto abigarramiento y abundancia. La iglesia Reformada (de 1722) parece incrustarse en las casas burguesas de color rosado de la calle Marstalu, casi esquina con Alksnaja. A uno le da la impresión de un pequeño descubrimiento, pues si no mira un poco hacia lo alto, una torre con dos pisos que acaba en un fínisimo chapitel que se va adelgazando hasta convertirse en una aguja, no se da cuenta de que eso es una iglesia. Tenía además el órgano más antiguo de Riga. Durante los soviéticos la compañía Melodija aprovechó la magnífica acústica del templo para poner ahí un estudio de grabación.

Ganivet, que era natural de Granada, debió de ver en Riga una ciudad que cultivaba intensivamente el más allá. Él era, con todos sus desajustes, muy de la sensualidad y concreción del sur. Luego está la tragedia. Ganivet y Riga van indisolublemente unidos por el suicidio del escritor, como si el gran río Daugava le hubiese puesto una soga azulada al cuello.

Quién sabe si le marcaba la profusión de rubias y hermosas letonas o la ausencia de su problemática mujer. Me parece un poco excedido atribuir el suicidio de Ganivet en Riga al año en que lo cometió, 1898, o a la propia lejanía de la patria. En ese último caso habría que hablar de una nueva figura, de un suicidio por patriotismo, es decir, de una locura incardinada en un extremo *Volkgeist*, o un enfermizo espíritu del pueblo. Las inmolaciones también fueron de gran prestigio en los altares de algunos pueblos indígenas.

Barajaba estos temas tomando un café con un bollo para combatir el fresco acerado de la ciudad, mientras por las cristaleras veía pasar bellezas locales, supongo que lo eran, tan bien abrigadas iban. Luego empecé a pasear por calles como Marstaju o Audeju, y otras llenas de casas del XIX, muchas de tres pisos, anchas, blancas o rojizas, con tiendas muy surtidas y de amplios escaparates. Tuve que ir a ver la iglesia evangélica de San Pedro, cuya mención más remota se remonta al siglo XII. Es inusitada sin duda, y por el contraste, yo creo que irresistible, entre la casi redondez de su planta levemente poligonal, sin esquinas, y sus dos picos, el menor y el mayor. El menor es como la torreta de un castillo con su tejado de pizarra, y naturalmente se trata del campanario, completado en 1491, lo cual no se queda ahí sino que le sale una especie de alabarda de color verdoso, con varios niveles que corresponden a otros tantos balcones. Si finalmente, como es aconsejable, subes en ascensor hasta allí y miras hacia abajo, tendrás las pompas de Riga, la ciudad del río Duna, o Dvina, el Daugava letón, hendiendo como una enorme cimitarra las diversas partes de la ciudad. Pero si te alcanza el cuello aún falta para divisar lo más alto del todo en absoluto, el gallo plateado y coronado sobre la última punta de la aguja. A uno le parece más bien un pato, pero si te

dicen que es un gallo debes creer a una gente tan seria como la letona. Ya a finales del siglo XVI el médico alemán Basilius Plinius escribió en latín una obra rendida a Riga: *Encomio de la ínclita ciudad de Riga metrópolis de Livonia* (*Encomium inclytae civitatis Rigae metropolis Livoniae*). Livonia es Letonia, donde el doctor Plinius ensalza al Daugava por ser testigo de la historia gloriosa de la ciudad. De hecho los mercaderes tudescos de Bremen y los Cruzados Teutones no sólo pasaron por la ciudad, sino que la embellecieron. El río, el más bonito, rico y poderoso del mundo, era testigo: un rival muy serio del Danubio, como decía el doctor Plinius sin que por eso se sintiera menos patriota: «Las profundidades del Duna te harán dudar de tu poder».

Me imagino a Ganivet yendo a la embajada, en su tiempo el consulado, en el número 11 de la calle Elizabetes, en pleno barrio modernista de la capital, al lado mismo del parque Esplanade y del Museo Nacional de Arte. Pero el señor cónsul, recién llegado de desempeñar el mismo empleo en Helsinki, vivía en la otra orilla de Riga, en la hoy como ayer zona residencial de Pardaugava (al oeste del río). Es fácil llegar allí desde el centro cruzando el puente Vansu Tilst, atravesando la gran isla fluvial de Kipsala, y entrando por la calle Kalncielma, muy animada sobre todo en verano con su mercado y sus conciertos al aire libre. En el barrio hay otra iglesia monumental de los ortodoxos con rango incluso de catedral, la Santísima Trinidad, de finales del XIX, y de un subido rojo salvo en los festones blancos de sus ventanales. Estuvo abierta al culto durante el período soviético con lo que prácticamente se encuentra inalterada desde su consagración, con todos sus iconos en su sitio y luciendo poderosos, desde el San Nicolás el milagrero a San Panteleimon (Pantaleón), uno de los catorce Sagrados Ayudadores para los ortodoxos.

Las calles en torno conservan gran cantidad de casas de madera desde el último tercio del siglo XIX. No se alquilan mal a tenor de tres mil euros al mes por alguna vivienda de 400 metros cuadrados. Ángel Ganivet residió en el n.º 22 de la calle Balozu, en una hermosa casa de madera clara de dos alturas. Una galería acristalada recorre en chaflán el primer piso. Es una morada espaciosa, típica de la arquitectura decimonónica estonia y rusa, aunque lo que más conmueve al meridional que da con ella es el pequeño monumento que han puesto en la calle, frente a la casa. Recuerda con una cenefa de mármol azulado y unos azulejos granadinos que ahí vivió «Anhels Ganivets».

Poco antes de morir había enviado al periódico *El Defensor de Granada* un poema un tanto profético, «El escultor de su alma. Drama místico en tres actos». Se publicó un año más tarde con el pie equivocado: «Riga, 1899». Para entonces, Ganivet había dejado de existir, aunque sus despojos siguiesen en la capital letona.

Ganivet había sido nombrado cónsul de España el 8 de junio de 1898, pero se demoró en tomar posesión hasta el 10 de agosto de ese mismo año. Tenía experiencia nórdica o mejor dicho báltica, pues su anterior nombramiento en 1895 fue el de cónsul de segunda clase en Helsingfors, el nombre sueco de Helsinki, que en aquella época estaba bajo el dominio de Rusia. Ganivet llegó a tomar allí posesión de su cargo en enero de 1896. Ese mes es cuando la ciudad de Helsinki está más brumosa y gélida que nunca. Pero hay constancia de que le entró una cierta simpatía por el país. Aprendió en buena medida el idioma sueco, que era el más últil para su empleo, y sintió una indudable atracción por las mujeres bálticas. Lo cual no limitó a las de Helsingfors. Realmente fue Masha Djakoffsky, su vecina, de origen eslavo, pero buena conocedora de los idiomas nórdicos, quien le introdujo especialmente en la literatura noruega, Ibsen, Björnson…

Ganivet, al trasladarse a Riga, no hacía sino tocar una tecla parecida a la de Helsinki. Su problema no era, pues, cultural, ni el frío, o ese tipo de asuntos. Más debió de sufrir por el recuerdo lacerante de Amelia Roldán Llanos, su mujer, aunque no estaban casados. Ganivet la había conocido en un baile de máscaras en Madrid y Amelia le iba a visitar en sus varios destinos diplomáticos. Primero en 1892, cuando Ganivet estuvo de vicecónsul en Amberes, otra ciudad apta para la melancolía del tiempo pasado, en la que quiso encontrar la opulenta belleza flamenca. Luego es cuando Ganivet pasa a Helsingfors, y cuando en junio de 1898 se elimina ese consulado por Real Orden, le destinan a Riga. Ya en la capital letona, entre lo poco oficial que tenía que hacer —el lugar no era muy fecuentado en esa época por españoles—, y la comezón por su inestabilidad sentimental, y hasta puede que en alguna pequeña medida por el desencanto que le causaba la marcha de los asuntos públicos en España, no es casual que 1898 acabase siendo para Ganivet el año en que él mismo cava su tumba en un río.

No siendo el Daugava cualquier río, por supuesto, sino un poderoso brazo de agua dulce que discurre por dos mil kilómetros antes de echarse en el Báltico. Al pasar ya casi en su final por Riga parte la ciudad en dos trozos, uno más noble y eclesiástico que el otro. Los rusos lo llaman el Dvina del sur existiendo el Dvina que desemboca en el ártico Mar Blanco.

Pero el misterio que aún encierra el río letón es por qué en un año como 1898 un hombre de 33 años, al que no le faltaba fama, dinero y un cierto porte físico nazarí, de barba muy negra y ojos como enfebrecidos que no debía de dejar indiferentes a las rubias letonas, entra en un proceso de depresión implacable. En septiembre de ese año crucial, y crucificado, se publican sus *Cartas finlandesas*, una contribución muy rara de un español al entendimiento de una cultura

nórdica, en ese caso la de Suomi. Y casi seguido en el mes de octubre aparece el segundo tomo de *Los trabajos del infatigable creador, Pío Cid* (se ha dicho que a lo mejor en Riga se perdió un tercer e inédito tomo de esa obra). No podía pedirse más. O sí, viviendo en Riga con su hermana Josefa, y echando de menos a Amelia (Amalia según Antonio Espina), la mujer valenciana con la que había tenido un hijo que él reconoció, y Natalia, una hija de pocos meses que había muerto en París en 1897 y fue enterrada en Saint-Léger-lès-Domart en la Picardía. También se ha conjeturado con que si Amelia acababa de llegar a Riga con el hijo, Ángel Tadeo, y sin embargo Ganivet le habría conminado a que no fuese a verle. Eso se añade al misterio final de Ganivet, si bien las sobrinas granadinas del escritor sostuvieron la versión de que su tío iba a buscar a Amelia a la estación cuando de repente cambió de idea. Y fue al río.

Tal vez le importara más que unas eventuales calabazas letonas, y que un recurrente mal de amores con Amelia, que el Ministerio español estuviese dando largas a su petición de excedencia. Ya había solicitado su vuelta a España. Ya he esbozado antes que no le dio demasiado tiempo para sufrir un embate mortal de angustia por el 98, el año que más se perdió en Filipinas, nada se diga de Guam, ni de Cuba y Puerto Rico. Tampoco era Riga el lugar más idóneo para asimilar el impacto de un colapso colonial. Debió de tratarse de algo más interior. Acaso fueron decisivas las secuelas de la parálisis sifilítica que sufría. Todo junto a un auténtico problema axiológico, la abulia, España como enfermedad, que eso lo tenía muy somatizado también. Pero ¿se iba a quitar la vida por una variante de la abulia hispánica?

La locura que le condujo a la muerte no tiene nombre específico. El 29 de noviembre de 1898 Ganivet se vistió de etiqueta, pero calzando alpargatas, un toque entre surrealista y macabro, y dijo a su hermana Josefa que iba a ocuparse de ciertos asuntos oficiales. Y tanto, llevaba puesto su traje mortuorio. Cogió un pequeño barco, el que usaba para ir desde su casa al suroeste del río hasta la oficina del Consulado en la orilla norte, y se tiró al agua. Los buenos marineros lo rescataron, pero Ganivet tenía una voluntad suicida de hierro. Se zafó de todos y se volvió a tirar a la corriente helada del Daugava. Esa vez no sobrevivió. Alfonsina vestida de mar, eso recuerda uno, esa canción, viendo fluir el manso Daugava de primavera, un río que parece incapaz de matar a un barbo ni siquiera por contaminación. Ganivet tenía la edad de Cristo, 33 años, habiendo nacido en Granada el 13 de diciembre de 1865.

Y lo enterraron en el cementerio de Riga poniendo una lápida con su nombre en ruso y escrito en caracteres cirílicos. Hasta 1925 sus restos (y la lápida) no fueron repatriados a Granada, al cementerio de

San José. «La voz de la creación por el caos vuela / y algo divino nace: blanca forma» escribía Ganivet en su poema «La Venus de hielo».

Mucho más tarde se supo toda la verdad al descubrirse su *Declaración*, fechada en Riga el 15 de noviembre de 1898, y dirigida a su amigo Francisco Navarro Ledesma. Es en realidad su testamento, publicado por primera vez en *Revista de Occidente* en diciembre de 1965. Contradice una carta de Ganivet a su amigo Navarro Ledesma del 18 de noviembre de ese año donde declara sentirse «en una gran crisis espiritual, que si no estuviese tan bien templado me echaría a la fosa» (*Epistolario*, 2008). Pero Ganivet se estaba mintiendo a sí mismo y a su amigo. Ya tenía todo previsto, y en su *Declaración* no ahorra detalles de una especie de proclamación universal de creencias, valores, locuras, a modo de despedida. Dice, por si fuera poco, que hay una ley fundamental del universo: «es la psicofonía, o sea, la manifestación gradual del espíritu: la vida es un génesis perenne».

Indudablemente su testamento resulta más conmovedor cuando se disculpa por sus necedades con Amelia, añora a sus dos hijos, confiesa no haber hecho daño conscientemente a nadie. Pero el pobre Ganivet está trastocado. Dice que el hombre es «un embrión del psícope». En su análisis de los *reversos* de Pío Cid (y de Silvestre Paradox, y de Silverio Lanza y otros) David González Romero analiza al propio Ganivet como si fuese un personaje en sí mismo en busca de autor. Y encuentra que ese psícope ganivetiano, un tipo de globo de color, dibuja «una especie de ameba o mónada leibniziana». Y es que al final ya la mente ganivetiana navegaba por los predios de la ciencia ficción, ni siquiera se posaba en aquellos criterios suyos tan medulares, tan unamunianos también, ni en sus descargas de *guasa* e *impiedad humorística* a lo Pío Cid, como los que ha destacado David González Romero: «Se repite, igual que en su *Idearium español*, esa reacción al progreso, a la industrialización, en definitiva se da una reacción espiritualista, nacionalista, y en buena parte, irracionalista, muy propia de ciertas capas del modernismo entendido en sentido amplio».

Trato de que no me pese tanto la historia de Ganivet con otro tipo de visitas en Riga. Me impresiona ya desde el nombre la Casa de los Cabezas Negras. Suena a una tribu, pero era una hermandad de mercaderes solteros y extranjeros que viajaban para hacer negocios por el área báltica, y no tenían casa propia en la ciudad letona. Su patrón era San Mauricio y el santo tenía como símbolo una cabeza de moro (más bien negro), y una cruz y una espada. Por eso la cofradía se llamó así. Ya se mencionaba su existencia en el año 1324 y la situación de su sede no pudo ser mejor, el puro cogollo de Riga, la plaza del Ayuntamiento, donde por otro lado se ponía el patíbulo para las ejecuciones de maleantes. Más que nada cortando cabezas, lo que sufrió por ejemplo el canciller de la ciudad Welling en la revuelta de

1589.

Cada vez que se dice cortar cabezas, a algunos nos viene a la memoria la Reina Roja de *Alicia en el País de las maravillas*, aunque en inglés su sentencia «Off with their heads!», «¡Fuera sus cabezas!», suena más mórbida que su traducción más atendible: «¡Que les corten la cabeza!». No estaría mal ensayarlo con quienes han llevado el mundo, no sólo España, a la semirruina. En la Plaza Mayor de Riga hay un carillón que da las horas con una tristeza muy báltica y comedida. Y en medio han puesto la estatua de Roland, un guerrero con escudo y espada, que Riga curiosamente elige como patrón de la ciudad y como campeón de la independencia, aunque no haya mayor conexión entre el Báltico y Roncesvalles. Tampoco con el abad cisterciense San Roland o Rolando. La estatua de Roland, Hruotland en letón, es una copia de la que hizo August Volz en 1897, y que los soviéticos no tardaron en derribar en 1945. Les molestaba el tipo de héroe, germanizante, con su espada y escudo, porque además habían sido los alemanes quienes escogieron ese personaje para ponerlo en Riga. Para ellos Roland no es meramente francés, sino un posible sobrino de Carlomagno y, por su raíz germánica y su trayectoria, es el héroe que simboliza la libertad de varias ciudades en el norte de Alemania, que es donde por otra parte proliferaron más las estatuas rolandianas.

Ganivet, de tez aceitunada, alto, dicen que de ojos claros, no tenía aires de Roland, ni una espada de piedra. Fue, eso sí, un gran diagnosticador de males, aunque ciertamente estaba muy lejos de Marx y su *Manifiesto*, incluso de su análisis de que antes de la propiedad burguesa estaba la propiedad pequeño-burguesa, y la propiedad de los campesinos, propiedad individual fruto del trabajo y del mérito, que eso sí que lo reconocía, sólo que para hacer con todo eso una cosa, abolirlo.

Cincuenta años después del *Manifiesto* de Marx, Ganivet se instala en Riga en una casa superburguesa, y aparte de sus problemas personales puede que le llegasen los últimos ecos de la decadencia de España. Su *Idearium español*, con todas sus oscilaciones, tenía preguntas de calado: «Por donde quiera que echemos a andar por los caminos de España, nos saldrá al paso la eterna esfinge con la eterna y capciosa sonrisa. ¿Es mejor vivir como hasta aquí hemos vivido, ayer cargados de gloria, hoy hundidos y postrados, mañana de nuevo en la prosperidad, y siempre organizados al modo bohemio?». Un país moderno, una nación ordenada y equilibrada, eso quería Ganivet, y se está en ello. Era sin duda un precursor como Larra del ensayismo crítico español, como recordó Antonio Espina: «Inteligencia atormentada y estremecida del hombre que vive en permanente lucha consigo mismo». Pero pasaron sesenta años de la muerte de Larra para

llegar al perplejo Ganivet, y desde el suicidio de éste en 1898, hubo que esperar un decenio hasta ver en 1908 en el cementerio madrileño de San Nicolás a Baroja, Unamuno, Azorín y otros con una corona de flores para Larra y lamentando lo de siempre, la pérdida de la razón que escondía un pistoletazo en la sien derecha.

En su fase final en Riga Ganivet ya ha pasado de ser un enfermo melancólico, esquivo y desesperado, a acariciar el suicidio. Ya no le consuelan ni sus viejos espejos, Taine como dije, pero también Ibsen, Björnson, Tolstói, Zola y Nietzsche. Y Schopenhauer por supuesto, cuyo rastro encuentra Espina en el *Epistolario* de Ganivet: «Realmente lo único que hay, o que es, es la voluntad, la fuerza creadora, cuya primera materia es el conocimiento, y cuyo impulso es el sentimiento o que llamamos tal».

Como Larra, devastado por el desamor de Dolores Armijo, el granadino sufría por Amelia desde luego, pero a nivel teórico lo había resuelto a su aire y de forma drástica: «Delante de la hija de Eva que tira coces y huele, y no a ámbar, no queda más vía libre que la del hidalgo manchego ante la moza tobosina: tomar de ella la idea de sexo, nada más (el olor, como quien dice), y reconstruir sobre este pequeño cimiento un castillo imaginario que llegue hasta donde se pueda». Tanto idealizar Ganivet la mujer báltica o la española, y resulta que era un misógino.

«Cuando la realidad es demasiado grosera, no hay más recurso que embrutecerse o idealizarse». Eso decía también en *Idearium español* publicado en 1897, sólo un año antes de su muerte. Es un libro lleno de aspiraciones a la mejora del género hispano, pero con multitud de contradicciones. Parece tener como clave el estoicismo español, ése tan natural y humano de Séneca, y hasta al imperativo categórico de Kant Ganivet lo relaciona con el espíritu cristiano. Al final el escritor granadino es un tradicionalista español, con atavismos inarreglados, si acaso tiene el valor de romper moldes de la típica abulia, del ya lo arreglarán otros. El impacto del desastre del 98 fue grande, pero no por las derrotas coloniales de Cavite, Santiago, y tantas otras que estaban cantadas, sino porque se había hecho realidad de nuevo el célebre «España es un país sin pulso» de Silvela. Y no se abría paso el «Hay que echar doble llave al sepulcro del Cid» de Costa.

Pero mirando uno el Báltico azul, y la antigua morada de Ganivet, le viene una duda: ¿Cómo iba a mejorar un país sin justicia? Ganivet lo tenía claro, lo mismo que Quevedo: la justicia —ministros, ministriles y golillas— no era cosa de este mundo, o cosa de España, sino del otro mundo.

A veces hay que ir a otros lugares lejanos para encontrarse. Su novela, nostálgica y satírica, *La conquista del reino de Maya por el último conquistador español Pío Cid*, sale en 1897. Todo se le acumula a

Ganivet para bien. La segunda parte, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* es de 1898. ¿Iba a tirar todo eso al río? Su Pío Cid es anterior al Silvestre Paradox barojiano, y un trasunto mismo de Ganivet. Pío Cid va a Bagamoyo, una ciudad inventada, no la capital del África oriental alemana, que también se llama así esa hermosa villa hoy tanzana. Desde Bagamoyo Pío Cid viaja a Tabora, también nombre real de la antigua capital de los esclavistas de Tanzania, donde pone una tienda o bazar. A partir de allí se interna en las selvas del reino de Maya. Ganivet igual tenía presente el mito de Quetzaltcóatl y otros parecidos del ancho mundo. Según un mito de la tribu ancu-myera un día aparecería un mensajero, un hombre blanco naturalmente, y Pío Cid saca partido de eso. Es él, ¿quién si no? La tribu le nombra deidad con el nombre de Arimi. Y él organiza el país como en Europa, pero mejor: lleva la electricidad, transportes públicos, armas de fuego, moneda de banco, nada de conchas. Hace cambiar las camas de plumas de los nativos, que se llenaban de molestos insectos, por catres con granzones majados de los rastrojos, una especie de paja es de suponer. «Yo había dispuesto, para no aburrirme a solas, que en el patio del harén se colocara una larga mesa, capaz para mis cincuenta mujeres, y que en torno de ella, todos sentados, hiciéramos las comidas en común». Eso era un «comunismo familiar», como el practicado por los enanos accas en la ciudad de Rozica. Los niam-niam en cambio preferían, como sugiere su nombre, degustar carne humana. Lo que concluye Pío Cid, el andaluz Pío García del Cid, que tal era su nombre completo, es que la civilización no hace más felices a los nativos. Cuando Pío Cid comprueba que con sus medios y su política europea no consigue la felicidad se va a Madrid, buen sitio para volver solo y pobre. Y ahí se remata la pura autobiografía de Ganivet. Pío Cid va a un baile de máscaras donde conoce a su amor, exactamente lo que le pasó a él con Amelia Roldán, aunque en su novela salga como Martina Gomara.

Ganivet se sentía mal en sus últimos tiempos. Acudió a la consulta del doctor Von Haken acompañado por su amigo el barón Von Brück, cónsul de Suecia en Riga. Mal diagnóstico tuvo el escritor padeciendo, como refiere Espina, «una parálisis general progresiva, enfermedad catalogada entre las parasifilíticas, cuyo curso y terminación es inexorable. Hoy se trata la enfermedad con cierto éxito, y en algunos casos logrando la curación total mediante la inoculación del virus malárico, que produce fiebres altas y sostenidas. El espiroqueto pálido no soporta temperaturas un poco elevadas».

El doctor Von Haken recomendó el internamiento inmediato del cónsul español en un sanatorio. Ganivet sentía también delirio persecutorio, pero debido al cargo que ostentaba los trámites para la autorización de su ingreso iban a ser premiosos. Según Espina,

«Ganivet, sin Amalia [sic], se habría suicidado lo mismo». En septiembre de 1898 parece que la pareja se haya reconciliado. Amelia y el hijo de ambos, Ángel Tadeo Ganivet, deciden ir a Riga, pero queda la duda de si él dijo de verdad que si esa mujer se presentaba allí se mataría. El caso es que Amelia y Ángel Tadeo llegaron el 29 de noviembre, el mismo día que Ganivet se suicidó en el Daugava. Y al parecer eso sucedió mientras Amelia y su hijo ya estaban esperándole en el Consulado español.

Dos días antes, el 27 de noviembre, Ganivet había dejado en casa del cónsul sueco en Riga una carta, a modo de testamento, para su amigo Francisco Navarro Ledesma. Ahí decía: «No recuerdo haber hecho mal a nadie, ni siquiera en pensamiento; si hubiera hecho algún mal, pido perdón». Según Navarro Ledesma, Ganivet al menos en Amberes estaba bien, pero al trasladarse primero a Finlandia y luego a Letonia, se había transfigurado en otra cosa, víctima ya como era de la enajenación. Lo cierto es que fue un hombre de ideas no sólo peregrinas, sino originales. En su testamento habla del psícope, pero también de instrumentos necesarios para una nueva psicología como la cama giratoria, el ciclobio, el paseo elíptico, los zapatos Z y el reloj sentimental. En el *Idearium* comparó a España con la Virgen Dolorosa. Entre su cristianismo de origen y su nietzschianismo adoptado no acaba de resolverse la pugna. Y encima dividía las ideas en redondas y picudas.

En Helsinki ya se habían acentuado sus males de forma clara, según destaca Espina de lo que Ganivet contó a un amigo, posiblemente en una carta: «Me paso dos o tres meses solo, sin hablar con nadie más que con la criada. Y créete que hasta se me invierte la función de los sentidos, *y me parece que veo y oigo hacia dentro* y me incomunico con el mundo como si fuera ciego y sordomudo». Cuando llega solo a Riga, a mediados de agosto de 1898, parece un personaje salido de *El escultor de su alma*, una obra suya tremebunda que recuerda, según Espina, al Oswald de Ibsen que «camina hacia el pavor de la nada». Y quizá sea un poema que roza a veces el documento clínico. El protagonista Pedro Mártir ve a su hija Alma convertida en estatua, y es como si fuese su propia alma la que él quisiera esculpir…

Llámese avariosis, sífilis, morbo gálico, su vida libertina, o libre, quién sabe, en París, Amberes, Helsinki, le había dejado secuelas de una gran patología. Pero Ganivet que lo veía todo negro en Riga, también veía la España negra, y no le aliviaban los cielos bálticos, ni el fluir manso del río Daugava que cruza la ciudad como si fuese un preludio marítimo, ni el gusto por la música de órgano en las iglesias luteranas, ni la cerveza rubia, ni la curiosidad por una historia mítica que separaba a los letones de Rusia, teniendo héroes propios como Lacplesis, una especie de San Jorge que mata a un monstruo. A

Ganivet no le da tiempo, ni le da el humor, para adentrarse en un país donde si acaso tenían el complejo de ser conquistados o bien por los teutones del Oeste o por los rusos del Este. Sin embargo, los letones tenían y tienen un mar abierto a los comercios, a las influencias, a respirar libertad o aire con algo de salitre. Ganivet estaba demasiado concernido por la España negra, reconcentrado en la Andalucía atormentada, y alguna mujer a lo mejor le clavaba puñales como los que llevan las vírgenes granadinas en el pecho. No debía de tener tiempo ni ganas, y fue una lástima, para acercarse desde Riga a una localidad balnearia como Jurmala, la orilla del Mar Báltico, un sitio donde hoy florecen los *spas*, el *reiki*, el silencio, salvo cuando lo rompe el viento en las agujas de los bosques de pinos, o en olas que golpean como pidiendo perdón en largas playas color de ámbar.

Bibliografía

Althousser, Louis & Jorge Semprún & Michel Simon & Michel Verret (1968): *Polémica sobre marxismo y humanismo*. México: Siglo xxi.

Andreas-Salomé, Lou (1981): *Mirada retrospectiva. Compendio de algunos recuerdos de vida*. Tercera Edición. Madrid: Alianza Tres. (Primera edición en Alianza Tres, 1980. Título original: *Lebensrückblick-Grundriss einiger Lebenserinnerungen*. Frankurt am Main: Insel Verlag, 1968).

Anónimo (1976): *Strannik. El peregrino ruso*. Tercera edición. Madrid: Editorial de Espiritualidad. (Título original: *Strannik*. Primera edición, 1963. Primera edición en ruso, *circa* 1865).

Balzac, Honoré de (2006): *Voyage de Paris à Java*. Paris: Actes Sud. (Edición original, Paris, 1832).

———. (1984): *Papá Goriot*. Madrid: SARPE. (Edición original: *Le père Goriot*. Publicada en entregas desde 1834 a 1835 y en volumen en 1835. Edición revisada y corregida en la *Comédie humaine*, t. IX (1844), en *Scènes de la vie parisiennes* en la parte titulada «Études des moeurs». Posteriormente integrada en ediciones de «Scènes de la vie privée»).

———. (1880): *Histoire impartiale des Jésuites*. Paris: C. Lévy.

———. (1885): *Scènes de la vie privée et publique des animaux*. Paris: Marescq.

———. (1842): *La Chine et les chinois*. Cuatro artículos con dibujos publicados en el periódico de París «La Législature, journal des deux chambres, politique, comercial, industriel et littéraire», 14, 15, 17 y 18 de octubre de 1842.

———. (1841): *La fisiología del matrimonio*. Barcelona: Ignacio Oliveres. (Edición original: *La physiologie du mariage ou méditations de philosophie éclectique, sur le bonheur et le malheur conjugal, publiées par un jeune célibataire*. Paris: Levavasseur et Urbain Canel, 1829).

Bartlet, Rosamund (2007): *Chéjov. Escenas de una vida*. Madrid: Siglo xxi. (Título original: *Chekhov. Scenes from a life*. London: Simon & Schuster, 2004).

Bulgákov, Mijaíl A. (2002): *El Maestro y la Margarita*. Tercera reimpresión. Madrid: Alianza Editorial. (Primera edición en «El libro de bolsillo», 1968. Título original. *Master i Margarita*).

Chaves Nogales, Manuel (2013): *El maestro Juan Martínez que estaba allí*. Prólogo de Andrés Trapiello. Décima Edición. Barcelona: Libros del Asteroide (Primera edición, 2007).

Chéjov, Anton P. (1985): *La estepa. Diario de un viaje. Mi Vida. Relato de un provinciano*. Versión directa del ruso y prólogo de Víctor Andresco. Madrid: Club Internacional del Libro.

Cimdina, Ausma&Deniss Hanovs (eds.) (2010): *Latvia and Latvians. A people and a State in Ideas, Images and Symbols*. Riga: Zinatne Publishers.

Conrad, Joseph (1990): *Crónica personal. (Remembranzas*). Edición de Miguel Martínez-Lage. Madrid: Trieste. (Título original: *A Personal Record (Some Reminiscences*).

———. (1981): *Notas de vida y letras*. Traducción y prólogo de Carlos Sánchez-Rodrigo. Barcelona: Ediciones del Cotal. (Título original: *Notes on life and letters*).

———. (1977): *El copartícipe secreto. Un episodio de la costa*. Buenos Aires: Torres Agüero Editor. (Título original: *The Secret Sharer. An episode from the Coast*).

———. (1976): *El corazón de las tinieblas*. Prólogo y notas de Araceli García Ríos. Madrid: Alianza Editorial. (Título original: *Heart of Darkness*).

Dostoievsky, Fiodor (1969): *Los hermanos Karamazov*. Traducción de José Laín Entralgo. 3 Vols. Barcelona: Círculo de Lectores.

———. (1968): *Crimen y Castigo*. Prólogo de José Domingo. Traducción de J.Z.

Barragán. Barcelona: Ediciones Nauta.
Eliade, Mircea (1985): *De Zalmoxis a Genghis Khan. Religiones y folklore de la Dacia y de la Europa Oriental*. Madrid: Ediciones Cristiandad. (Edición original: *De Zalmoxis à Gengis-Khan. Études comparatives sur les religions et le folklore de la Dacie et de l'Europe Orientale*. Paris: Payot, 1970).
———. (1972): *Zalmoxis, The Vanishing God*, Chicago: University of Chicago Press.
Engels, Friedrich (1992): *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Barcelona: Planeta-Agostini. (Edición original: *Der Ursprung der Familie, des Privateigenthums und des Staats. Im Anschluss an Lewis H. Morgan's Forschungen*. Hottingen-Zürich: Verlag der Schweizerischen Volksbuchhanlung, 1884. Primera edición en inglés: *The Origin of the Family, Private Property, and the State: in the light of the researches of Lewis H. Morgan*, 1884).
Espina, Antonio (1972): *Ganivet, el hombre y la obra*. Cuarta edición. Madrid: Espasa-Calpe (Primera edición: 1942).
Hanovs, Deniss & Ausma Cimdina (eds.) (2010): *Latvia and Latvians. A people and a State in Ideas, Images and Symbols*. Riga: Zinatne Publishers.
Harris, Marvin (2005): *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*. Décimocuarta edición. Madrid: Siglo XXI de España. (Edición original: *The rise of anthropological theory. A history of theories pof culture*. New York: Thomas Y. Crowell Co., 1968).
Ganivet, Ángel (2008): *Epistolario*. Editor Fernando García Lara. Granada: Diputación Provincial de Granada. (Incluye la Carta-Testamento de A. Ganivet, publicada por primera vez en *Revista de Occidente*, n.º 33, diciembre de 1965).
———. (2004): *Idearium español. Seguido de El porvenir de España*. Biblioteca de Autores Andaluces. Barcelona: Sic Idea y Creación Editorial. (Primera edición del *Idearium español*: Tip. Lit. Vda. e hijos de Sabatel, Granada, 1897).
———. (2001): *La conquista del reino de Maya*. Madrid: Editorial Jaguar. (Edición original: *La conquista del reino de Maya por el último conquistador español Pío Cid*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1897).
———. (1928): *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*. Madrid: Francisco Beltrán y Victoriano Suárez.
———. (1896): *Granada la Bella*. Artículos publicados en *El Defensor de Granada*. Helsingfors: Imprenta J.C. Frenckell e hijo.
Gogol, Nikolái V. (2004): *Mírgorod*. Traducción de Víctor Gallego Ballestero. Barcelona: Alba Editorial. (Primera edición en ruso, 1835).
———. (1963): *El documento desaparecido*; *La feria de Sorochinez*; *La nariz*; *El capote*. n.º 1.661, Año XXXV, 10 de marzo de 1963. Madrid: *Revista literaria 'Novelas y cuentos'*.
———. (2003): Las v*eladas de Didanka*. Madrid: Gredos. (Relatos escritos entre 1831-1832 y publicados en revistas).
González Romero, David (2011): «El reverso. Arqueología del filósofo en pantuflas». En *Desacuerdos*, n.º 6, 2011: 46-73. Madrid: Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía,
Jewish Encyclopedia (1901-1906): 12 Vols. New York: Funk&Wagnalls.
Jünger, Ernst (1992): *Radiaciones II. Diarios de la Segunda Guerra Mundial*. Traducción de Andrés Sánchez Pascual. Barcelona: Tusquets. (Edición original: *Strahlungen II; Das zweite Pariser Tagebuch, Kirchhorster Blätter, Die Hutte im Weinberg (Jahre der Okkupation)*. Stuttgart: Ernst Klett Verlage, 1979).
Levina, Marina&Janis Zilgavis (2010): *The Heritage of Religious Architecture and Art in Riga*. Riga: Neputns.
Morgan, Lewis H. (1993): *La sociedad antigua*. Traducción de Luis María Torres, Roberto Raufet, Ramón E. Vázquez y Angélica Álvarez de Satín. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. (Anterior edición en español: La Habana:

Venceremos, 1966. Edición original: *Ancient Society*. London: MacMillan and Company, 1887).

Malinowski-Witkacy (2000): «Catálogo de la exposición del Museo Nacional en Cracovia». Varios Autores. *Konteksty*. LIV n.º 1-4: 248-251. Warszawa (Varsovia): Instytut Sztuki Polskiej Nauk.

Malinowski, Bronislaw (1913): *The Family Among the Australian Aborigines: A Sociological Study*. London: University of London Press.

———. (1915): «The Natives of Mailu: Preliminary Results of the Robert Mond Research Work in British New Guinea». *Transactions and Proceedings of the Royal Society of South Australia* 39: 494-706.

———. (1916): «Baloma: Spirits of the Dead in the Trobriand Islands». *Journal of the Royal Anthropological Institute* 46: 354-430. (Publicado en *Magic, Science and Religion and Other Essays*. Garden City (New York): Doubleday, 1948. *Magia, ciencia y religión*. Barcelona: Editorial Ariel, 1994).

———. (1932): *La vida sexual de los salvajes del Noroeste de la Melanesia. Descripción etnográfica de las relaciones eróticas y conyugales y de la vida de familia entre los indígenas de las islas Trobriand (Nueva Guinea británica)*. Prefacio de la edición inglesa de Havelock Ellis. Prólogo del Dr. Gregorio Marañón. Traducción y nota preliminar de Ricardo Baeza. Madrid: Javier Morata Editor. (Edición original: *The Sexual Life of Savages in North-Western Melanesia. An Ethnographic Account of Courtship, Marriage and Family Life among the Natives of the Trobriand Islands, British New Guinea*. London: George Routledge and Sons, 1929).

———. (1973): *Los argonautas del Pacífico Occidental. Un estudio sobre comercio y aventura entre los indígenas de los archipiélagos de la Nueva Guinea melanésica*. Prólogo de James G. Frazer. Barcelona: Ediciones Península. (Edición original: *Argonauts of the Western Pacific*. *An Account of Native Enterprise and Adventure in the Archipelagoes of Melanesian New Guinea*. London: George Routledge and Kegan Paul, 1922).

———. (1989): *Diario de campo en Melanesia*. Traducción de Alberto Cardín. Madrid: Ediciones Júcar. (Edición original: *A Diary in the Strict Sense of the Term*. Prólogo de Raymond Firth. London: Routledge & Kegan Paul, 1967).

Malinowski, Bronislaw & Julio de la Fuente (1957): «La economía de un sistema de mercados en México. Un ensayo de etnografía contemporánea y cambio social en un valle Mexicano». *Acta Anthropologica*, Época 2, Vol. 1, n.º 2. Ciudad de México: Escuela Nacional de Antropología e Historia, Sociedad de Alumnos.

Marx, Karl&Friedrich Engels (1965): *Manifeste du Parti Communiste, suivi de Les Luttes de Classes*. Paris: Union Générale d'Editions 10/18. (El *Manifiesto* es de 1848; *Las luchas de clases*, 1848-50. Primera traducción española: José Mesa y Leompart en *La Emancipación*, 1872).

Masson, Elsie Rosaline (1915): *An Untamed Territory: The Northern Territory of Australia*. London: Macmillan & Co.

McMahon, Katharine (2010): *Encuentro en Sebastopol*. Barcelona: Salamandra. (Edición original: *The Rose of Sebastopol*. London: Weidenfel&Nicolson, 2007).

Milosz, Czeslaw (2010): *Beginning with My Streets*. New York: Farrar Strauss Giroux. (Primera edición en inglés, 1991. Incluye artículos y ensayos: «Dialogue about Wilno with Thomas Venclova», publicado en inglés en *Cross Currents* 5 (1986): 143-72; y en polaco en *Kultura*, París, 1979. «On the Side of the Memory», introducción en polaco de «Po stronie pamieci, wybor esejow». Paris: Instytut Literacki, 1965).

———. (1980): *El poder cambia de manos*. Barcelona: Destino. (Título original: *Zdobycie władzy*. Primera edición en francés: *La prise du pouvoir*. Paris: Gallimard, 1953).

———. (1981): *El pensamiento cautivo*. Barcelona: Tusquets. (Edición original: *La*

Pensée captive. Prólogo de Karl Jaspers. Paris, Gallimard, 1953. Edición original en polaco: *Zniewolony umysł.* Paris: Instytut Literacki, 1953).

Milosz, Oscar (2001): *Los orígenes ibéricos del pueblo judío y otros ensayos*. Madrid: Editorial Árdora. (Título original: *Les origines ibériques du peuple juif*, 1932. Incluido en *Ars Magna. Oeuvres complètes*, de O.V. de L. Milosz, tomo VII, junto a «L'Apocalypse de St. Jean déchiffrée» y «La clef de la' Apocalypse». Édition de André Silvaire. Paris: Rocher, 1998).

———. *Seis poemas de Milosz* (1953). Prólogo y traducciones acompañadas de los originales franceses, de Dictinio de Castillo-Elejabeytia. Murcia: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia.

Omelchuk, Galyna (ed.) (2013): *The Kiev Pechersky Paterikon*. Kiev (Ukraine): Kiev-Pechersk Lavra Press.

Ovidio Nasone (1910): *Le Tristezze*. Prólogo del Profesor Eugenio Levi. Milano: Casa Editrice Sonzogno. (Título original: *Tristia*).

Puchkin [Pushkin], A. (Alexandr, S.). (2014): *El prisionero del Cáucaso*. Traducción de Selma Ancira y Gerardo Torres. Barcelona: Acantilado.

———. (1969): *La hija del capitán*. Madrid: J. Pérez del Hoyo Editor.

Raspe, Rudolph Erich (1973): *Strani viaggi, campagne e avventure del Barone di Münchhausen*. Ilustraciones de Gustave Doré. Milano: Rizzoli Editore. (Título original: *Singular Travels, Campaigns and Adventures of Baron Münchhausen*. Primera edición: *Baron Münchhausen's Narrative of his Marvellous Travels and Campaigns in Russia*. Oxford: Smith, 1785).

Réau, Louis (1973): *El arte ruso*. Primera reimpresión. México: Fondo de Cultura Económica. (Edición original: *L'art russe*. Paris: Larousse, 1945. Primera edición en español, 1973).

Reed, John (1975): *Diez días que estremecieron el mundo*. Madrid: Akal. (Edición original en castellano: Editorial Progreso de Moscú, 1974. Edición original: *Ten Days that shook the world*. New York: Boni & Liveright, 1919).

Steinsaltz, Adin (1977): *The Essential Talmud*. Traducción del hebreo de Chaya Galai. Segunda edición. New York: Bantam Books. (Primera edición, 1976).

Tierno Galván, Enrique (1976): *España y el socialismo*. Madrid; Tucar Ediciones.

Tolstói, León (1969): *El sitio de Sebastopol*. Madrid: J. Pérez del Hoyo Editor.

Turguieniev [Turgénev], Ivan S. (1984): *Lluvias primaverales*; *Un sueño*. Prólogo y traducción de Víctor Andresco. Barcelona: Promoción y Ediciones-Club Internacional del Libro.

———. (1970): *Humo*. Versión J. Ribera. Barcelona: Editorial Petronio.

Urtans, Juri (2008): «Ancient Cult Sites of Semigallia». *Culture Clash or Compromise (CCC) Papers*, 11. Edición bilingüe en inglés y letón de «Zemgales Senas Kulta Vietas». Riga: Nordik.

Vasquez, José Gabriel (2007): *Joseph Conrad, el hombre de ninguna parte*. Bogotá: Grupo Editorial Norma. (Primera edición 2004).

Table of Content

1: Moldavia de Pushkin y más aún
2: Por la Crimea de Chéjov
3: Sebastopol al finy el sitio de Tolstói
4: Ucrania donde nació Conrad
5: Las Cavernas de Kievy la Poltava de Gogol
6: Cracovia: Conrad, Malinowski y Auschwitz
7: Vilnius con Milosz (y la sombra de Lou Andreas-Salomé)
8: Riga y Ganivet
Bibliografía